



La primavera
del comisario
Ricciardi

Maurizio
de Giovanni

Lectulandia

Como siempre, Ricciardi, que tiene el don de ver a los muertos y escuchar sus últimas palabras, camina sin sombrero por las callejuelas de la ciudad, esta vez intentando buscar el culpable de la muerte de Carmela Calise, una anciana que vive en un piso miserable y se gana el sustento como vidente. Un buen día alguien la encuentra muerta, desfigurada por una paliza que parece instigada por el odio, y la investigación empieza.

Quien ayuda al comisario en su trabajo es Maione, un policía devoto, que perdona las excentricidades de Ricciardi y que en esta segunda entrega vivirá en carne propia las penas del corazón y el dolor de la renuncia. Como siempre en las aventuras de nuestro comisario, el amor y el hambre son el origen de todo mal, y algo de ese amor encontraremos incluso en la mirada reservada del comisario, que por la noche espía por la ventana los quehaceres de una señorita de buena familia.

Lectulandia

Maurizio de Giovanni

La primavera del comisario Ricciardi

Comisario Ricciardi 2

ePub r1.2

P3lμdμ5 17.09.13

Título original: *La condanna del sangue. La primavera del commissario Ricciardi*

Maurizio de Giovanni, 2007

Traducción: Celia Filipetto Isicato

Editor digital: P3lμdμ5

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Al niño en el cochecito
Mi padre

Nadie podía saberlo, pero aquella tarde cayó la última lluvia del invierno. La calle reflejaba la tenue claridad de las farolas colgantes, quietas en el aire sin viento. A esa hora de la tarde la única luz provenía de la barbería. En el interior, un hombre sacaba brillo al latón de un espejo.

Ciro Esposito tenía un férreo orgullo profesional. Había aprendido el oficio de niño, barriendo toneladas de pelos del suelo del local que había pertenecido a su abuelo, y después a su padre, tratado ni más ni menos que como los demás empleados, antes bien con algún que otro bofetón cuando tardaba un segundo de más en tender la navaja o un paño húmedo. Pero le había servido. Ahora, como entonces, su salón contaba con clientes no solo del barrio de Sanità, sino también de la lejana Capodimonte. Mantenía con ellos una magnífica relación: sabía bien que al barbero se iba no solo para cortarse el pelo y afeitarse, sino sobre todo para librarse durante un rato del trabajo y la esposa, y en algunos casos, incluso del partido. Había desarrollado esa sensibilidad especial que le permitía conversar guardando silencio y disponer siempre de un comentario sobre los temas preferidos de la gente.

Había llegado a saber todo lo que hacía falta y más de mujeres, dinero y precios, honor y deshonor. Evitaba la política, pues en aquellos tiempos era terreno peligroso. Un vendedor ambulante de fruta se había quejado porque no conseguía aprovisionarse fácilmente de mercancía; cuatro tipos, desconocidos en el barrio, le destrozaron el carrito y lo llamaron «cerdo derrotista». Evitaba también los cotilleos, nunca se podía estar seguro. Lo enorgullecía la convicción de que su salón era una especie de círculo y, precisamente por ello, le preocupaba el hecho de que el episodio sucedido hacía un mes arrojara sombras sobre su honrada actividad.

Un hombre se había quitado la vida en su barbería. Se trataba de un antiguo cliente que ya frecuentaba el salón cuando lo regentaba su padre. Persona jovial, expansiva, se quejaba siempre de su mujer, de sus hijos, del dinero que nunca alcanzaba. Empleado estatal, no recordaba de qué sector, o tal vez nunca lo había sabido. En los últimos tiempos se había vuelto huraño, distraído, ya no hablaba ni se reía de los famosos chistes de Ciro; su mujer lo había abandonado, llevándose a los dos hijos.

Todo ocurrió sin previo aviso; mientras él le pasaba con cuidado la navaja por la patilla izquierda, el hombre lo aferró de la muñeca y de un solo golpe, certero y decidido, se cortó la garganta de oreja a oreja. Por suerte estaban presentes su empleado y dos clientes, de lo contrario le habría resultado imposible convencer a los guardias y al magistrado de que aquello había sido un suicidio. Limpió todo enseguida y al día siguiente, en un esfuerzo porque no se enterase nadie, no abrió la barbería. El muerto vivía en otro vecindario y eso había ayudado. En una ciudad tan

supersticiosa era fácil adquirir la reputación equivocada.

En eso pensaba Ciro Esposito aquella última tarde de invierno cuando, concluida la limpieza, se disponía a cerrar los dos pesados postigos de madera que protegían la puerta de su salón. En via Salvator Rosa era el único que terminaba de trabajar tan tarde. Pero el día aún no había tocado a su fin. Un hombre entró en el local, murmurando un saludo.

Ciro lo reconoció, era uno de sus clientes más raros. Delgado, de estatura media, taciturno. Poco más de treinta años, tez oscura y labios finos. Normal y corriente en todo, excepto por los ojos, verdes, vítreos, y por el hecho de que nunca llevaba sombrero, ni en pleno invierno. Lo poco que sabía de él agudizaba la incomodidad que le causaba su presencia; no eran tiempos para contrariar a los clientes, sobre todo a los habituales, pero éste, en particular, no era de trato fácil. Saludaba, se sentaba, cerraba los ojos como si durmiera, erguido en la butaca, como embalsamado.

—Buenas tardes, dottore. ¿Qué hacemos hoy?

—Solo el pelo, gracias. No muy corto. Algo rápido.

—Sí, señor, enseguida, enseguida estará listo. Póngase cómodo.

El hombre se sentó. Echó un rápido vistazo alrededor y Ciro lo vio sobresaltarse y contener un instante la respiración. ¿Sería una sugestión o había mirado la silla al fondo del salón, la del muerto? El barbero pensó que lo suyo se estaba convirtiendo en una obsesión, pues le parecía que todos los que entraban se percataban de las manchas de sangre que con tanta paciencia había quitado.

Con gesto seco, el cliente se apartó de la frente el mechón de cabellos rebeldes que le caía sobre la nariz fina. Bajo la luz artificial parecía más pálido, como si sufriera del hígado, su tez morena parecía ahora amarillenta. El hombre suspiró y cerró los ojos.

—¿Se encuentra bien, dottore? ¿Le traigo un vaso de agua?

—No, no. Por favor, dese prisa.

Ciro empezó a cortar por la nuca, con veloces tijeretazos. No podía saber qué trataba de no ver el otro al cerrar los ojos.

Sentado en el fondo de la sala, ese cliente tan especial veía a un hombre, la cabeza encajada entre los hombros, las manos abandonadas sobre las piernas, un paño negro atado al cuello, la mirada vuelta hacia el espejo de la pared. Apenas por encima del paño un corte enorme, como una sonrisa dibujada por un niño, del que brotaba rítmico un borbotón de sangre. Tras los párpados cerrados, percibió que el cadáver giraba despacio la cabeza hacia él con un ligero crepitar de las vértebras del cuello y un roce húmedo de los bordes de la herida.

«Quiero ver qué dice ahora la muy puta. Ahora que ha dejado a sus hijos sin padre».

El cliente se llevó la mano a la sien. Ciro se sentía más incómodo que nunca, a

aquellas horas ya no pasaba nadie y el holgazán de su empleado se había marchado hacía rato. ¿Qué más podía ocurrir? Las tijeras rechinaban cada vez más veloces. El hombre mantenía los ojos cerrados con fuerza, el barbero notó que el sudor le perlaba la frente. Tal vez tuviera fiebre.

—Casi hemos terminado, dottore. Dos minutos más y estará listo.

Desde el fondo de la sala, el muerto repetía su lamento. Fuera, tras la puerta abierta de par en par, la calle callaba y la primavera esperaba. El aire parecía inmóvil.

El hombre sentía el repiqueteo de las tijeras como pinzas enloquecidas de cangrejos, pero estaba decidido a no escuchar.

Con una profunda exhalación, el barbero desató el paño del cuello del cliente.

—Ya está, dottore, listo.

Tras lanzar unas cuantas monedas en la mesita que servía de caja, el hombre salió en busca de aire. Se ahogaba.

La noche húmeda abrazó a Luigi Alfredo Ricciardi, comisario de policía de la brigada móvil perteneciente a la Real Jefatura de Policía de Nápoles. El hombre que veía a los muertos.

Tonino Iodice había regresado a casa, donde lo esperaban su mujer, su madre y sus tres hijos. Había sido un pésimo día. Como todas las noches, se había detenido en el zaguán del antiguo edificio de via Montecalvario para ponerse la máscara, la del padre de familia cansado pero satisfecho, al que le iban bien las cosas. Sabía que no era esa la verdad, pero lo hacía por el bien de ellos, no quería cargar aquel peso también sobre sus espaldas.

Era tarea suya pasarse la noche con la vista clavada en el techo, escuchando la respiración de su familia, un día más de tranquilidad, a saber hasta cuándo podrían seguir así. Era tarea suya hacer una y otra vez las cuentas, siempre el mismo dinero y siempre los mismos días, esperando el vencimiento de la letra de cambio, buscando las palabras con las que intentaría convencer a la vieja para que le concediera otra prórroga.

Tonino había tenido un carrito de pizzero, y ahora que lo pensaba, no le iba tan mal. Fue una desgracia que entonces no lo entendiera así y decidiera cambiar. Se despertaba a las cinco de la mañana, preparaba la masa y el aceite, ordenaba los trastos en el carrito; si hacía frío, se abrigaba todo lo que podía o se resignaba a recibir la bofetada del sol infame del verano, y se iba a recorrer la ciudad. Siempre el mismo trayecto, las mismas caras, los mismos clientes.

La gente apreciaba a Tonino, cantaba a voz en cuello; bonita voz, se lo decía su madre y se lo decían los clientes. Le tomaba el pelo a las señoras hermosas, se fingía enamorado y ellas se reían y le decían «Anda, Toni, ya está bien, dame esa pizza y vete». Era de esos hombres que llevan el buen humor a todas partes con su carrito, su

silbido y su voz, y los policías hacían la vista gorda, pasando por alto si tenía los permisos y la licencia. Al contrario, a veces se acercaban y él les ofrecía la pizza, de gorra, sin pagar. Pasaron los meses y los años, se casó; su hermosa Concettina era alegre y todavía más pobre que él. Mario, Giuseppe y Lucietta llegaron uno detrás del otro, hermosos como su madre, bulliciosos como su padre, y con tanta hambre como los dos juntos. Y lo que ganaba con el carrito empezó a no alcanzar.

Entonces Tonino se convenció de que si no intentaba hacer algo mejor, se morirían de hambre. Nadie lo decía, pero se conformaban con cualquier cosa que pudiesen llevarse a la boca. Los clientes disminuían y con eso de la pizza a ocho días, come hoy y paga la semana entrante, muchos comían y desaparecían.

Llegó entonces a la conclusión de que solo los ricos comen fuera de casa y que los ricos quieren sentarse a la mesa, escuchar al guardacoches con la mandolina, beber y divertirse. El viejo herrador del callejón San Tommaso se jubilaba y cedía el local. Allí cabían por lo menos dos mesas largas y una pequeña, tal vez dos. Al principio, él se encargaría de hacer las pizzas y Concetta de servir; más adelante, cuando las cosas mejorasen, Mario, el mayor, les echaría una mano.

Tras reunir los ahorros de su madre y pedir a parientes y amigos cuanto se podía pedir, todavía le faltaba un montón de dinero. Vendido el carrito, ya no podía echarse atrás. Un amigo le comentó que en el barrio de Sanità vivía una vieja que prestaba dinero a bajo interés y largo plazo.

Fue a verla y la convenció, se le daba bien convencer a la gente y todavía más si eran ancianas; consiguió el dinero que necesitaba y la pizzería ya llevaba seis meses abierta.

A la inauguración asistieron todos, parientes, amigos y conocidos. La vieja no, le dijo que no le gustaba salir de casa. Fueron todos y comieron, ese día y el siguiente, para deseársela suerte, y él no les cobró. Al final, los amigos y los parientes acabaron esfumándose.

Tonino comprendió que la envidia golpea más que los escopetazos, como decían los viejos, y tenían razón. De vez en cuando pasaba alguien y entraba, pero el local no daba a una calle principal, había que conocerlo para encontrarlo, y no lo conocía nadie. Fueron pasando los días y los meses, y Tonino se dio cuenta de que había hecho una tontería: había gastado demasiado dinero en montar el negocio, dinero que no recuperaría jamás. Al cabo de tres meses la vieja le renovó el préstamo por otros dos, aumentando el interés, después le concedió una sola prórroga de un mes y lo echó a gritos de su casa con la advertencia de que era la última oportunidad, debía devolverle el préstamo.

Tonino abrió la puerta de su casa y Lucietta se lanzó en sus brazos y lo cubrió de besos, siempre era la primera en oírlo llegar. Él la estrechó con fuerza y, con la sonrisa estampada en la cara, fue a saludar al resto de la familia. Notó que se le

encogía el corazón. Al día siguiente vencía la letra. Y él no tenía ni para pagar la mitad del importe.

2

La primavera llegó a Nápoles el 14 de abril de 1931, poco después de las dos de la mañana.

Lo hizo con retraso y, como de costumbre, acompañada de una ráfaga de viento nuevo del sur, tras un aguacero. Los perros fueron los primeros en darse cuenta, en los patios de las heredades del Vomero y en las callejuelas cerca del puerto; alzaron el morro, olisquearon el aire y, suspirando, se echaron otra vez a dormir.

Su llegada pasó inadvertida mientras la ciudad se tomaba esas dos horas de descanso entre la noche cerrada y el amanecer. No hubo festejos ni nostalgias. La primavera no exigía recibimientos, no pedía aplausos. Invadió las calles y las plazas. Y, paciente, se quedó esperando delante de las puertas y las ventanas cerradas.

Rituccia no dormía, lo fingía. A veces funcionaba. A veces él se quedaba mirándola y después se iba al altillo. Entonces ella oía el ruido de la vieja cama, era él que daba vueltas, y luego los rasposos ronquidos, un sonido horrible que a ella le parecía hermosísimo porque le evitaba el horror. A veces. A veces le estaba permitido dormir.

Pero esa noche de primavera había llamado a la ventana agitando aquella sangre agriada por el vino barato de la taberna del final del callejón. No le sirvió de nada fingir que dormía. Como siempre, al notar en el cuerpo las manos de su padre, pensó en su madre. Y la maldijo por haber muerto.

Carmela se quejó en sueños, la artritis era un hierro candente que le sacudía los huesos. No tenía frío, la manta pesada la abrigaba y las paredes no rezumaban humedad. De haber estado despierta y no sumida en un sueño sin sueños, la vieja habría contemplado orgullosa el papel pintado de flores recién puesto. De haber estado despierta, habría pensado que con todas esas flores en las paredes se había comprado la primavera y que, con la nueva estación, las flores habrían competido en el balcón y en la casa.

Pero a Carmela le sería negada la primavera. Aunque no las flores, que las tendría. Pero no las vería.

Emma se volvió de lado, procurando no despertar a su marido que dormía a su izquierda. Sabía por experiencia que cuando el movimiento del blando colchón de lana lo sacaba del sueño antes de tiempo, sus mil malestares de viejo egoísta se agudizaban. Escudriñó su perfil en la penumbra; la luz de las farolas se filtraba a

través de las cortinas de seda. ¿Lo había amado alguna vez? Si era así, no se acordaba.

Sonrió en la oscuridad, sus ojos de gata iluminados. No habría una noche más, una primavera más sin amor. Su marido dormía con la boca abierta, el pelo sujeto con redecilla y la camisa de dormir abrochada hasta el cuello. Dios, cómo lo odio, pensó.

Al otro lado de las trancas de madera que atravesaban la puerta del bajo, Gaetano oía a las ratas en el callejón. Durante el día se escondían en las alcantarillas de las cloacas nuevas, menos las gordas y enfermas que los niños perseguían y mataban; pero por las noches, y desde hacía una semana, las oía correr. Llegaba el calor, quizá era por eso. Su madre se había dormido al fin. Había oído sus sollozos sofocados junto a él hasta hacía una hora; después el cansancio de la jornada la venció. Tendría dos horas de paz, tal vez tres, antes de volver a empezar. Él no, no dormía: pensaba en lo que habían decidido. Qué remedio. No podían seguir así. Cerró los ojos y, como todas las noches, esperó que amaneciera.

Attilio no lograba conciliar el sueño. Ésa noche había sido grandiosa pero, como de costumbre, nadie lo notó. Sintió que la lívida frustración, compañera de tantas veladas, le pellizcaba el estómago mientras fumaba en la oscuridad. Sin ver, paseó la mirada a su alrededor; total, pensó, para lo que hay que ver, no hay más que miseria. Sin embargo, lo intuía, siempre lo había intuido: llegaría a ser rico y famoso, respetado, adorado. Como ese infame y presuntuoso que no tenía más que él. Empecemos por el dinero. El dinero trae lo demás. Su madre se lo decía siempre, desde que era niño. Primero el dinero. Una semana más. Y después basta de habitaciones tristes en sórdidas pensiones.

En las profundidades de su agitado descanso, Filomena soñaba. En sueños estaba delante de la puerta de su casa y se veía salir, arrebujada en un largo chal negro, la cara tapada como siempre, para ocultarse.

En la puerta, escrita en enormes letras rojas una palabra: puta. Así, simple y sin dudas, como si se tratara de un apellido. Se vio agachar la cabeza, avergonzada, culpable sin culpas. Puta. Sin hombres, sin amores, sin miradas ni sonrisas. De cualquier modo, puta. En sueños sintió la angustia, el miedo de que su hijo encontrara la pintada cuando regresara a casa. Intentó borrarla con las manos mojadas de llanto, pero cuanto más la frotaba, más crecía, tiñéndole las manos de rojo. El rojo de una antigua culpa, la de ser hermosa.

Enrica dormía aquella primera noche de la nueva estación. En la mesilla estaban las gafas, un libro y un vaso de agua medio lleno. La bata doblada encima de la butaca, debajo el bastidor con el bordado.

En la negrura del sueño, un toque desconocido, un olor extraño y dos ojos que la miraban fijamente. Verdes. En sueños, la joven mujer sintió que llegaba la primavera y que le haría bullir la sangre.

A pocos metros de ella, pero tan lejos como la luna, Ricciardi estaba dormido. Había cenado, luego escuchó un rato la radio mientras la veía bordar a través de la ventana. Entrando en una vida ajena como si fuera la suya. Tocando objetos con otras manos, riendo con otra boca, imaginando ruidos y voces que no oía al otro lado del cristal.

Fuera, tras la ventana, esperaba la primavera.

Por la mañana temprano se paseaba con gusto. Poca gente en la calle, poco ruido, excepto los gritos lejanos de los primeros vendedores ambulantes. No había necesidad de intercambiar miradas, ni de andar con la cabeza gacha para no mostrar la cara, los ojos.

Sabía que tenía un olfato muy desarrollado. Para variar, no era una ventaja, porque los malos olores superaban con creces a los buenos. Sin embargo, en mañanas como aquella, oculto bajo las emanaciones que provenían de los barrios hediondos, se percibía el perfume de la vegetación de la colina que dominaba el mar. Aquél perfume le recordaba los olores de Fortino, el pueblo de Cilento donde había nacido y donde, sin saberlo, había sido feliz por última vez; allí la naturaleza primaria, lozana, acogía a los hombres como una madre.

Un leve placer y una preocupación: sabía con qué se iba a encontrar. La primavera, pensaba Ricciardi mientras caminaba en dirección a la piazza Dante, transformaba las almas como hacía con las hojas de los árboles; las plantas ásperas y oscuras, fuertes y firmes en su secular espera, se volvían locas en esa estación y lucían flores llamativas, igual que a las personas más equilibradas les entraban las ideas más extrañas.

Aunque tenía poco más de treinta años, Ricciardi había visto y a diario veía de qué era capaz el ser humano, incluso el que, a primera vista, parecía menos predispuesto al mal. Había visto y seguía viendo mucho más de lo que hubiese querido y mucho más de lo que hubiera deseado: veía el dolor.

El dolor que trastorna, el dolor que se repite. La rabia, la amargura, incluso la ampulosa ironía del pensamiento que acompañaba a la muerte. Había aprendido que la muerte natural saldaba bien las cuentas con la vida. No dejaba rastros pendientes en los días futuros, cortaba todos los hilos y suturaba las heridas antes de llevarse su carga y emprender su camino, restregándose las manos huesudas en la túnica negra. La muerte violenta no, no tenía tiempo. Debía marcharse deprisa. En esos casos se escenificaba el espectáculo, a los ojos de su alma se proponía la representación del dolor extremo, se lo soltaban sin más a él, único espectador del pútrido teatro del mal humano. El Asunto, lo llamaba él. Y el pensamiento de que la muerte, en su marcha inesperada, no había tenido tiempo de saldar las cuentas, lo asaltaba y pedía venganza. Quien se marchaba de aquella manera, lo hacía volviendo la vista atrás. Y dejaba un mensaje que Ricciardi recogía al oír ese último pensamiento repetido obsesivamente.

Se abrían los primeros balcones de la piazza Carità y empezaban a animarla. Al ir hacia la jefatura, Ricciardi se dio cuenta, como todas las mañanas, de que jamás

tendría elección, solo podría hacer ese trabajo y ningún otro. No le quedaban fuerzas para pasar por alto el dolor, para mirar hacia otro lado, tampoco podía invertir su dinero para recorrer el mundo. No se puede huir de uno mismo. Sabía que sus parientes lejanos no se explicaban por qué él, hijo único del difunto barón de Malomonte, no ejercía como tal y sacaba partido de las puertas que ese nombre podía abrirle en la sociedad; sabía también que su tata, la setentona Rosa que lo cuidaba desde niño, hubiera querido para él serenidad y un poco de paz. Nadie sabía explicar sus silencios, los ojos apuntando siempre al suelo, la perenne tristeza que lo acompañaba.

Pero a él, Ricciardi lo comprobó nuevamente, no le había tocado la posibilidad de elegir, debía caminar contra el viento, arrollado por el último dolor pasajero de los muertos con los que se cruzaba. Y hacer el trabajo que la muerte no había tenido tiempo de concluir.

O intentarlo al menos.

En el aire suave de las primeras horas de la mañana, Ricciardi entró en el edificio de la jefatura. El vigilante de la entrada, medio dormido en la garita, intentó levantarse y hacer el saludo militar, aunque solo consiguió tirar la silla con un ruido seco de madera que retumbó en el patio. Mosqueado, con una mano hizo el signo de los cuernos en cuanto el comisario le dio la espalda, aunque este no se había inmutado siquiera.

Al personal, tanto guardias como empleados, no le gustaba mucho Ricciardi; no era porque se comportase mal o fuese demasiado duro. Al contrario, si alguien tapaba errores o negligencias ajenas ante los superiores, era él. La cuestión era más bien que no lo comprendían. Su modo de comportarse, solitario y silencioso, su aparente falta de debilidades, la ausencia de datos sobre su vida privada no inducían a la camaradería, a la solidaridad. Por otra parte, su extraordinaria capacidad resolutive tenía algo de sobrenatural; y en aquella ciudad no había nada que diera más miedo. Se había difundido primero y consolidado después la idea de que trabajar con Ricciardi no era nada bueno. No era infrecuente que la designación a una de sus investigaciones provocara repentinas enfermedades o, peor aún, se atribuían a su presencia hechos desagradables que nada tenían que ver con él.

Cuanto más vacío creaba Ricciardi a su alrededor, más se alegraba la gente de mantenerse lejos de él, pero el comisario parecía no percatarse de ese estado de cosas y mucho menos sufrir a causa de ello.

Con sus superiores, el subjefe y el mismo jefe de policía, la cosa no era muy diferente. Aquéllos no eran tiempos en los que se pudiera prescindir fácilmente de un hombre con grandes capacidades. Roma interfería cada vez con mayor frecuencia en la autonomía de la jefatura y había que responder de la eficacia de las

investigaciones, encontrar un culpable y ponerlo a disposición de la prensa. El régimen exigía que la imagen de la vida fascista en las grandes ciudades transmitiera seguridad y optimismo; con sus soluciones veloces y expeditivas, Ricciardi era perfecto.

Sin embargo, la incomodidad que provocaba su presencia resultaba innegable. No era bienvenido y, por lo tanto, no se le reconocían méritos, así como tampoco se le concedían el espacio y la carrera que los resultados hubiesen requerido. No se podía prescindir de él, pero no se lo premiaba. Por otra parte, a Ricciardi no parecía importarle su carrera. Sacerdote de la justicia más que funcionario estatal, siempre estaba consagrado a su trabajo; ya estuviera sentado en su despacho o cruzando a pie los barrios más sórdidos, bajo la lluvia repiqueteante o en el calor intenso del verano, jamás cesaba su búsqueda febril de la fuente del dolor que lo ahogaba.

Un muro de recelo lo rodeaba, pero había una persona con quien podía contar.

El sargento Raffaele Maione tomaba su café asomado al balcón, disfrutando del panorama. En realidad, no era café lo que contenía su taza; ni siquiera tenía la seguridad de acordarse de su verdadero sabor. Tampoco se podía llamar balcón a aquella especie de breve antepecho con barandilla que el propietario de la casa del callejón Concordia había construido sin permisos, unos veinte años atrás. Por último, había que tener mucha imaginación para llamar panorama a la red de callejuelas oscuras que, ramificándose hasta perderse de vista, albergaba el hambre y los intercambios miserables.

Pero Maione tenía imaginación y optimismo. Dios sabía que los tenía. Dios también sabía cuánto optimismo había necesitado para superar algunos momentos de su vida.

Mientras la oscuridad cedía a las primeras luces del amanecer, Maione olisqueó el aire de la misma manera que, pocas horas antes, lo habían hecho los perros. Hoy flotaba un perfume diferente. Quizá ya había llegado el momento de que el invierno infinito tocara a su fin. Otra primavera más, la tercera sin Luca.

A veces oía su risa. Una risa hermosa, desbocada y ruidosa, que lo precedía siempre. A saber si no fue justamente su risa lo que lo perdió. Jamás lo sabría. Maione se miró la mano y luego el brazo, era moreno y corpulento, sólido y fuerte, aunque tuviera cincuenta años.

Luca no, él era rubio como su madre, y como ella reía siempre. ¿Como ella? Desde aquel día Maione ya no había vuelto a oír la risa de su Lucia. Claro, la vida seguía su curso, ¿cómo iba a detenerse con otros cinco hijos que criar? Pero no volvió a reír. En las noches de invierno, cuando los hijos dormían y el tiempo se detenía, Luca llegaba alegre, levantaba en brazos a su madre y la hacía dar vueltas como una muñeca, o le tomaba el pelo a él, llamándolo viejo panzón, mientras lucía con orgullo el uniforme nuevo de recluta de la policía.

Aquella mañana todavía fría, la primavera le llevó al sargento el olor de la sangre de su hijo. Y el recuerdo de cómo el agente Ricciardi, aquel extraño joven con el que nadie quería trabajar, se había encerrado en la taberna, a solas con el cadáver durante cinco minutos interminables. Y apretándole el brazo y mirándolo fijamente, le había transmitido el último mensaje de amor de Luca, usando unas palabras de ternura que no podía conocer. Habían pasado tres años de aquello y Maione todavía se estremecía de emoción y de espanto.

Desde entonces se había convertido en el escudero del comisario. No permitía que nadie hablara mal de él ni ironizara a su costa.

Era también el guardián del método especial de Ricciardi, que exigía una primera y solitaria inspección de la escena del crimen. Maione mantenía a todos a raya

mientras el comisario entraba en sintonía con lo ocurrido; y también era confidente de lo poco, muy poco que Ricciardi estaba dispuesto a confiarle. Se trataba de razonamientos en voz alta sobre la investigación en curso, que dejaban traslucir rasgos de la persona que Maione intuía gracias a su simple experiencia. Investigaba cada caso como si se tratara de un problema propio, un dolor propio, una infamia propia que vengar, un agravio sufrido que reparar. No era como los demás, que indagaban movidos por el dinero, la carrera o el poder, había conocido a muchos de éstos. No era como los demás.

Aquella mañana Maione pensó que Ricciardi no era mucho mayor que su Luca, apenas tenía diez años más. Pero le pareció un viejo de cien años, solo, como un condenado.

Entrecerrando los ojos y pasándose la mano por la mejilla nuevamente hirsuta una hora después de haberse afeitado, Maione pensó de pronto que justo por esa condena el comisario había podido transmitirle las últimas palabras de su hijo. Recorrido por un escalofrío, entró en casa. Era hora de ir a trabajar.

Odiaba aquel puesto, pero no lograba dejarlo. Mientras esperaba, Emma pensó en ello; lo había intentado en varias ocasiones, pero no lograba dejarlo. Odiaba a aquella panda de niños gritones. Odiaba la escalera estrecha y empinada que conducía al último piso, odiaba la humanidad andrajosa con la que se encontraba: los inquilinos miserables del edificio y los parroquianos con los que se cruzaba y se apartaban para dejarla pasar.

Lo comprendía, ella también se avergonzaba. Nunca había puesto los pies en uno, pero se imaginaba que ocurría lo mismo en los burdeles, donde ser reconocido era arriesgarse a echar por la borda una reputación intachable construida con esfuerzo.

Y además, estaba el hedor. Ajo, comida rancia. Y orina, como regusto. Orina por la calle, en el zaguán, en el apartamento. A veces llevaba flores, pero las recibían con la sospecha de que ocultaba la petición implícita de ahorrar. Las llevaba únicamente para aspirar su aroma y huir del hedor. Claro, la mujer era vieja, y los viejos no se controlan. Ella se sentía feliz de ser joven y tenía la intención de seguir siéndolo el mayor tiempo posible. Y hermosa. Y rica. Y deseada. Además, ahora que había encontrado el amor verdadero, la vida era todavía más bella, y el futuro, radiante. Desde hacía unos años lo decía todo el mundo: el futuro de la nación estaba lleno de luz. ¿Por qué no el suyo? ¿Cuánto más debía pagar por un error cometido por otros y que ella debía purgar?

Precisaba de un último viático, la autorización extrema del destino. Estaba segura de sus sentimientos, pero no podía permitirse otro error. Ya no.

En el apartamento hacía calor. Había salido con el abrigo grueso, el tupido cuello de pieles, la agraciada gorra de piloto con orejeras, renunciando al chófer y al coche. La última vez, en la mirada del hombre había visto conmiseración y fastidio por la larga espera en medio de decenas de granujillas que intentaban subirse al imponente vehículo, como si se tratara de una montaña de hierro. Se desabrochó el abrigo. Le entraron ganas de fumar, pero a la vieja no le gustaba. ¿Dónde estaba? ¿Cuánto más debía seguir esperando para empezar a vivir?

De pie, ante la ventana de su despacho, Ricciardi contemplaba la piazza Municipio. La calle seguía mojada tras el aguacero nocturno, pero el cielo lucía azul y despejado. En la suave brisa flotaba el olor del mar.

Los árboles de los jardines de la plaza estaban bien modelados para ofrecer cobijo a los bancos de hierro forjado. Los cuatro quioscos verdes empezaban a reunir clientes, periódicos y bebidas.

Algún carruaje, cuatro automóviles, un furgón. A lo lejos, más allá de la plaza, se veían las tres chimeneas del buque de vapor inglés que llevaba unos días anclado.

Sobre todo destacaba la mole del Macho Angevino.

Pocos vivos. Ningún muerto. Ricciardi se permitió inspirar bien hondo y contuvo el aire. Luego lo expulsó despacio. Se volvió hacia la habitación, dejando la ciudad a sus espaldas; ante él estaba «la celda de Ricciardi», así llamaba el personal a su despacho.

La mujer asistía otra vez al rito con el corazón en la boca, y el latido de siempre en los oídos. Se había repetido un millón de veces que eran tonterías, y un millón y una veces más había vuelto a experimentar aquellas sensaciones hermosas y tremendas. El destino. Veía el destino cobrar forma.

La vieja había sido la única. Al principio, se reía cuando sus amigas muertas de tedio le referían en qué empleaban las tardes sin amor, persiguiendo el sueño de un mañana más vivo; alguna vez llegó incluso a acompañar a una de ellas para encontrarse con representaciones ridículas, brujas de pacotilla con criados que se hacían pasar por fantasmas que hablaban con sus voces lúgubres desde el más allá. El problema radicaba en que el más allá era un compartimento de madera, mal disimulado por una cortina medio abierta.

Y un buen día había conocido a Attilio, después del teatro, había ido sola como de costumbre, y en esa velada mágica tuvo lugar el encuentro casual con la vieja. Se le había acercado, arrastrando los pies, ella la confundió con una mendiga y, haciendo caso omiso de su presencia, se dispuso a seguir su camino. Pero la vieja la había aferrado del brazo y en la penumbra la había mirado fijamente, y entonces ella se había detenido, sorprendida. Después, con esa voz cascada que a partir de entonces escucharía tantas veces con avidez, le había dicho sin medias tintas que era infeliz porque tenía el corazón vacío.

Aquella frase, el corazón vacío. ¿Cómo podía saber la vieja que era así como se veía cuando pensaba en sí misma, como una mujer con el corazón vacío? Attilio había intervenido con vehemencia, tan vigoroso y apuesto, en el pórtico del teatro y luego bajo la lluvia. Había alejado a la vieja, sin cordialidad alguna, con exagerado resentimiento. Pero antes de irse, la vieja le había susurrado una dirección. Al día siguiente ella había ido. Y desde entonces otras cien veces, para seguir los caminos que le indicaba, para disipar dudas, para superar encrucijadas ante las que le asaltaba la duda. Se le había hecho necesaria hasta para respirar, le pagaba lo poco que pedía, aunque ella le hubiera dado el doble, el triple, cien veces más. Se pagaba la fuerza para vivir.

En esta ocasión también estaba en juego la vida. Esperaba un oráculo definitivo, y en su interior ya conocía la respuesta: en esta ocasión tal vez podría sentirse viva por primera vez, en esta ocasión podría elegir amar. Instintivamente juntó las piernas al pensar en las manos de él, en el leve susurro de las medias y se avergonzó,

convencida de que la vieja le leía el pensamiento sin esfuerzo alguno. Pero la vieja estaba sentada a la mesa, a duras penas se mantenía erguida, parecía sufrir; eran los huesos, claro. Le llegó una ráfaga de ajo y orina, parpadeó despacio. Los dedos deformados se acercaron a la baraja grasienta. La mujer contuvo el aliento.

En el apartamento no había cortinajes ni velas. Ni una sola concesión al espectáculo, excepto las modestas flores de las paredes empapeladas. Era uno de los primeros detalles que había notado y que la habían sorprendido la primera vez, cuando llegó casi sin aliento a causa de las empinadas escaleras y el olor a rancio. Por lo que había podido ver, era una casa sencilla: una habitación que daba a una cocina minúscula, una puerta cerrada.

Con la rapidez habitual y sorprendente de sus dedos retorcidos, la vieja mezclaba la baraja susurrando unas frases; Emma nunca había entendido lo que decía y no quería saberlo. Tras recitar su fórmula oscura escupió sobre las cartas tres veces. Recordaba con claridad el asco que le había dado la primera vez que la había visto hacerlo. A punto estuvo de levantarse y salir corriendo, pero la fuerza de aquellos gestos le produjo impotencia. Las gotas de saliva desaparecieron enseguida, borradas por las manos diestras y por las propias cartas al deslizarse una sobre la otra. De repente, con los movimientos elegantes propios de un crupier, le tendió la baraja para que cortara. Emma suspiró, le sudaban las manos. La vieja cogió la mitad de la baraja y la depositó sobre el mantel manchado. Con la otra mitad hizo ocho montoncitos que ordenó en forma de cruz, luego la miró fijamente a los ojos. Tras un largo momento en que la mujer sintió, como de costumbre, que se hundía en un mar de petróleo, le indicó a la vieja el montoncito del centro de la cruz. La vieja asintió en silencio. Desde que había llegado no habían dicho una palabra.

Llegó entonces aquel movimiento repentino ante el cual, inevitablemente, la mujer daba un respingo, y a continuación la vieja asestó un puñetazo sobre el montoncito que la mujer había indicado graznando:

—¡Munacie, dame voz!

Las dos palomas que estaban en el balcón levantaron el vuelo, espantadas. En la calle, tres pisos más abajo, el griterío de los niños cesó un instante. El tiempo se detuvo, mientras la mujer asistía una vez más a una magia en la que creía ciegamente, con todo el corazón. La vieja tenía los ojos cerrados y respiraba ruidosamente, los labios apretados, el pelo blanco recogido en un moño, la cabeza encajada entre los hombros, los puños apretados sobre la mesa. Un momento después se relajó, respiró profundamente y levantó la primera carta del montoncito elegido.

El rey de oros.

Filomena Russo salió del bajo, apretando el nudo del pañuelo que llevaba al cuello; sentía frío, ese año el invierno se le hacía eterno. El viento helado la embistió cuando se detuvo a echar el pestillo de la puerta de madera. Puta, vio escrito con tiza. Malditos, pensó. Malditos.

Vico del Fico era un callejón sin salida, un hueco en mitad de una de las cuevas que llevaban a los Quartieri Spagnoli. A la entrada había un nicho con una estatuilla de Nuestra Señora de la Asunción, unas flores por la esperanza de gracias jamás recibidas; después venía una placita, invisible desde la calle: cinco bajos que bullían llenos de vida, sobre los cuales se veían las ventanas altas y oscuras de antiguos edificios semivaciados. La luz del sol brillaba pocas horas al día; el resto del tiempo, la humedad y las sombras eran dueñas y señoras.

Un pequeño pueblo en el corazón de una ciudad, y ella forastera en aquel pueblo.

Avanzaba con la cabeza gacha y el cuello del abrigo subido, tapándole media cara. El pañuelo cubría la otra mitad. El viejo sobretodo de hombre, deformado por el uso, zapatos con suela de cartón; ponía cuidado para evitar los charcos, de lo contrario, tendría los pies mojados todo el día. Y los pies le hacían falta, debían sostenerla durante la larga y fatigosa jornada en la tienda de tejidos de via Toledo. Caminaba deprisa, mirando al suelo, pegada a la pared. Notaba las miradas hostiles que la seguían desde las ventanas. Notaba el odio.

Por suerte esa noche regresaría antes que su hijo, a tiempo para borrar la pintada hecha con tiza y cal; se quitaría con agua. Había ocurrido otras veces, algún infame la había grabado con un cuchillo, y ella tuvo que rascar durante una hora. Gaetano preguntó. No es nada, contestó ella. Nada. No tienen otra cosa que hacer.

Parapetada tras el cuello del abrigo sonrió irónica. Puta ella, que hacía más de dos años que no la acariciaba la mano de un hombre, ella, que rehuía las miradas. Puta ella, que había tenido un solo hombre y que no tendría ningún otro, porque su Gennaro se había muerto y no habría soportado que nadie más la tocara.

En la esquina del callejón, como todas las mañanas, estaba apostado don Luigi Costanzo. Le hubiera gustado evitarlo, pero un día que había cambiado de acera, por la noche había llamado a la puerta del bajo. La había agarrado del brazo, haciéndole daño, y le había susurrado a la cara aterrorizada, no lo vuelvas a hacer nunca más, o vendré a por ti estés donde estés. Gaetano observaba desde la oscuridad, con un grito en los ojos, no en la boca. Ella lo había tranquilizado con la mirada, no temas, hijo mío querido, no te preocupes, que este desgraciado se va enseguida. Don Luigi era joven, pero se comentaba que ya había matado a dos: a un camorrista con una carrera por delante y a un futuro capo del barrio. Casado, dos hijos en dos años, entonces, ¿qué quería de ella? Me has hecho perder la cabeza, tienes que ser mía. ¿Y qué he hecho yo para que perdieras la cabeza, si ni siquiera te he mirado? ¿Si vivo como una esclava y trabajo de la mañana a la noche, para darle de comer a mi hijo, para permitirle que aprenda un oficio, para que viva y tenga un futuro?

Y lo había echado, amenazando con ponerse a gritar, con desenmascararlo, con contárselo a su joven esposa o, algo peor, a su suegro, el verdadero capo del barrio. Se había marchado. Pero antes había sonreído a su hijo, era la sonrisa de un demonio.

Vaya, qué muchachito más guapo, había dicho. Carne tierna para un cuchillo. Filomena se pasó toda la noche llorando.

La vieja levantó la segunda carta de la baraja. Siete de espadas. La mano retorcida como una rama de encina secular tembló brevemente, las cejas se juntaron. Emma contuvo la respiración sin parpadear siquiera. Ajo, orina. Los gritos de los niños en la calle. La morfología del destino.

Filomena apuró el paso cuanto le permitieron los zapatos rotos y el empedrado mojado. Trató de evitar al hombre, pero él se desplazó veloz hacia un costado y se le puso delante. Ella se detuvo, con la cabeza gacha, la cara oculta tras el cuello del abrigo. Él emitió un ridículo sonido con la boca, imitando un beso prolongado. Ella se quedó quieta, esperando. Él sacó la mano del bolsillo y se la tendió, ella dio un paso atrás. Después le dijo: «Filomena, es cuestión de tiempo». De tiempo, pensó ella. Y riendo él dijo: «¿Qué haces tan tapada? Parece que te avergüences. ¿Te avergüenzas?». Ella se apartó y enfiló hacia via Toledo a paso rápido. Sí, pensó, me avergüenzo. Filomena Russo se avergonzaba de su peor defecto, de su peor condena. Filomena Russo era la mujer más hermosa de la ciudad.

La vieja levantó la tercera carta: un as de copas. Los labios apretados. Una mosca golpeó contra el cristal de la ventana y sonó como un estallido. Emma se dio cuenta de que se había llevado la mano al cuello, notó de pronto los latidos. Tenía los pies helados. Otra carta, la cuarta: el cinco de espadas. La expresión de la vieja no cambió, pero le temblaba la mano.

Con el tiempo había aprendido qué carta lo representaba a él, al hombre que amaba: el caballo de bastos. Siempre había salido, desde el principio, todas las veces presente junto con las que incitaban a la fuga, al cambio, a la vida. ¿Por qué esta vez, cuando ya se había decidido, no salía?

La vieja levantó la última carta del montoncito, la última posibilidad. No era un caballo ni un rey. Era la sota de oros. Emma descubrió espantada que del ojo de la vieja caía una lágrima.

Filomena esperaba que entrara la primera clienta en la tienda de tejidos donde trabajaba. Se detuvo en la esquina, arrebuja en el sobretodo, con el pañuelo apretado en la cabeza, indiferente al viento. Le hubiera gustado notar en la piel la tibieza de la enorme estufa de la tienda, seguramente ya encendida, pero aún no podía

entrar. Sabía que al señor De Rosa, propietario del establecimiento, le preocupaba mucho que su local fuese cómodo desde la apertura, convencido de que las clientas muertas de frío se quedaban así más a gusto eligiendo y, por tanto, comprando.

Pero también sabía que el señor De Rosa, cincuentón y ya abuelo, la amenazaba desde hacía tiempo. «Filomena, te despido, si no te acuestas conmigo ahora mismo, te despido. Pero si accedes, te haré rica, regalos, joyas, me has embrujado, Filomena. Me has enloquecido y ahora tienes que curarme».

Hablar con su mujer no habría servido de nada, sería su palabra contra la de un hombre respetable, apreciado por su seriedad y su amor a la familia. En el mejor de los casos, la habría despedido de malas maneras y ella no podía perder el empleo, no mientras Gaetano siguiera siendo aprendiz; se habría visto en la necesidad de ponerlo a trabajar como peón, y con ese oficio se moriría de hambre el resto de su vida. Y Gaetano estaba antes que nada. Erguida, en la esquina, con toda su belleza oculta bajo el viejo sobretodo, Filomena Russo esperaba, llorando en silencio.

Ricciardi abandonó su despacho a las ocho de la tarde. No se había concedido demasiadas pausas; sobre la una bajó a comerse una pizza que compró a un vendedor ambulante, atraído por la columna de humo de la olla de aceite que servía de insignia. La tata Rosa no solo no habría aprobado su elección, sino que habría refunfuñado durante horas: «A usted la salud le importa poco». «Para eso más le valía pegarse un tiro en la cabeza», hubiera añadido. Era mejor decirle que no había comido nada.

No había sido un buen día. Lo pasó relleno de impresos, que después irían de mesa en mesa hasta el infinito. Muchas veces se sentía como un pobre contable que ni siquiera era capaz de comprender las fórmulas fijas que empleaba para describir y tratar de racionalizar el mal con el que se encontraba. Como si las perversiones, las emociones sangrientas, la rabia y el odio pudieran verbalizarse.

No eran delitos lo que le faltaban, sino más bien acción, aire fresco, movimiento. No se sentía cómodo encerrado entre cuatro paredes, aunque supiera lo que le esperaba allá fuera; siempre había sido así. Quizá fuera una herencia del colegio donde había pasado su adolescencia. Como entonces, la gente lo evitaba, sentía en carne propia el dolor innatural que incubaba en su interior; también en un ambiente de muchachos crueles, dispuestos a fustigar al que fuera mínimamente distinto, él navegaba solitario y en paz. No recordaba haber sufrido demasiado por ello; bien mirado, se sentía mejor así. Una vez conocido el Asunto, pensaba: ¿qué vas a contarle a un amigo? ¿Lo que te dicen los muertos?

El pasillo estaba a oscuras, casi todos se habían marchado a casa. Todos los días era igual, el primero en llegar y el último en marcharse.

Sabía lo que iba a ver, y de hecho lo vio, de pie en el segundo peldaño de la amplia escalinata vacía, juntos, uno del brazo del otro, como dos viejos amigos, el policía y el ladrón, como en los juegos de niños.

A su manera, constituían una rareza en el ámbito del Asunto; habían pasado dos años y Ricciardi seguía viéndolos, vagamente luminiscentes en la penumbra; quizá fuera debido a la enormidad de la sorpresa, quizá a que fuesen dos. Recordaba bien el suceso, había marcado una época: un ratero con un largo historial de condenas, detenido por una riña, le había quitado la pistola a uno de los dos agentes de guardia que lo llevaban a la celda y se había disparado en la sien. La fatalidad quiso que la bala le traspasara la cabeza y, sin detenerse, alcanzara al agente de su izquierda.

Al pasar junto a la pareja, Ricciardi oyó por enésima vez lo que seguían repitiendo sin cesar. El ratero decía: «Yo a la cárcel no vuelvo, allá dentro no vuelvo», y el guardia decía: «Maria, Maria, qué dolor». No se refería a la Virgen, sino a su mujer.

El lado derecho de la cabeza del delincuente, el traspasado por la bala, estaba destrozado: un agujero enorme, la piel de la cara toda quemada, la órbita vacía tras estallarle el ojo, la masa cerebral le salpicaba el hombro y el tórax. En el lado izquierdo apenas se veía una pequeña herida por la que había salido el proyectil para hundirse en la cabeza del agente de guardia, que tenía el ojo derecho enrojecido como si se le hubiera metido un mosquito, pero se trataba de un reflejo de la sangre que le había inundado el cerebro. Sus ojos apuntaban a los peldaños, miraban sin ver, Ricciardi susurró apenas «Maria, qué dolor» al mismo tiempo que el agente muerto, como si se tratara de la frase final de un chiste conocido. Cruzó deprisa el portón entrecerrado, sin reaccionar a la mirada hostil del guardia que le había hecho el saludo militar. Necesitaba tomar el aire.

Incluso a esa hora de la noche, cuando las tiendas y los cafés estaban cerrados, via Toledo era un hervidero de vivos y muertos. Hacía sesenta años le habían puesto el nombre de via Roma, pero para la gente de la ciudad el nombre de aquella calle no cambiaría nunca; se llamaba Toledo cuando los españoles la construyeron, y Toledo se llamaba hoy, mientras Ricciardi la cruzaba escabulléndose entre los mendigos que pedían pan, dinero, atención. Fuera cual fuese el nombre que quisieran darle, el genuino de aquella calle era «frontera». Se trataba del límite que dividía dos pueblos distintos como lo son el día y la noche, en perenne y tácita guerra. Cuantos intentaban aferrarlo por el faldón del abrigo se creían titulares de una condición especialmente desgraciada. En realidad, los infinitos colores de la pasión se reducían a dos necesidades primarias: asegurarse la inmortalidad mediante la procreación y buscar alimento para sí y la propia familia. Poder y prevaricación, honor y orgullo, comodidad y envidia: todos hijos del hambre y del amor.

Enrica cenaba mientras su padre y su cuñado discutían. Estaba acostumbrada a aquellas largas parrafadas políticas que acompañaban a la familia en torno a la mesa puesta; tanto ella, que era la hija mayor, como su madre y sus hermanos habían comprendido que no era posible evitarlas, y mucho menos intervenir o cambiar de tema. Más les valía seguir comiendo y dejar que, concluida la cena, continuaran la discusión al lado de la radio. Ella aguardaba con impaciencia ese momento durante todo el día y quizá también por la noche, lo anhelaba igual que en sus sueños. Era muy hábil fingiendo que seguía la discusión cuando en realidad se dedicaba a repasar sus pensamientos. No veía la hora de que la cena terminara, se retiraran todos al gabinete y la dejaran sola fregando los platos. Le gustaba aquella costumbre; su carácter tozudo y alegre, introvertido y sensible había hecho de ella una mujer ordenada y pulcra. Amaba la limpieza, el respeto de los papeles, y la cocina era su pequeño reino. No quería ayuda, no quería gente a su alrededor.

Además, tenía una cita.

Ricciardi comía y la tata Rosa lo miraba mientras lo hacía. Así todas las noches. A él le hubiera gustado que ella se retirara a descansar, la pobre tenía más de setenta años y estaba en pie desde el amanecer. Ella era siempre fiel a su principio de no irse a la cama sin haberlo visto dejar el plato limpio. Él hubiera preferido con gusto evitar las comidas de siempre. Ella se quejaba de que no podía cocinar otras cosas. A él le hubiera gustado descansar la mente. Ella se pasaba el día cargando las pilas de sus quejas, esperando su regreso para descargarlas en su presencia. Un idilio, pensaba Ricciardi, mientras, por tercera vez en seis días, se comía el plato de pasta con salsa de tomate.

—Una vida ajetreada, muy ajetreada la que lleva usted. Fíjese, sin ir más lejos, ayer se cortó el pelo y ya tiene otra vez el mechón sobre los ojos. Y además, mírese, está tan pálido que parece un fantasma —y Ricciardi hizo una mueca—; ¿es que alguna vez ve el sol? Hoy, por ejemplo, del bosque de Capodimonte viene un perfume que es una delicia, pero ¿acaso ha ido un momento a los jardincillos de delante de la jefatura? No, ¿eh? Lo sabía. ¿Qué ha de hacer una pobre vieja como yo, marcharse de este mundo condenada, sabiendo que lo dejo a cargo de nadie? ¿Es que no quiere buscarse una bonita muchacha y formar una familia, así a mí me lleva a un hogar de ancianos y puedo morirme en paz?

Ricciardi asentía muy serio, levantando de vez en cuando la mirada del plato para demostrar su empatía con las desgracias de su tata, a quien le había tocado la horrible suerte de tener que ocuparse de él. En realidad no había oído una sola palabra, pero habría podido repetir la letanía con total fidelidad, pues la había escuchado miles de veces. Como de costumbre, pensaba en otra cosa y se enfrentaba a la tata Rosa como suele hacerse con la lluvia: se espera que termine, tratando de mojarse lo menos posible. De haberse propuesto replicar, se habría pasado toda la velada intentando convencer a la tata de que su vida era tal y como él quería.

Además, tenía una cita.

Enrica fregaba los platos. Toda la familia se había marchado al gabinete, en la alegre y cotidiana trashumancia que alejaba el ruido y el desorden de su reino, y le permitía mirar a su alrededor satisfecha.

No era hermosa; al verla pasar por via Santa Teresa, cuando iba a misa o a comprar verduras al carrito de la esquina, nadie se habría molestado en echarle una segunda mirada. Alta, de piel morena, llevaba gafas de miope con montura de carey. Había cumplido veinticuatro años y nunca había tenido novio. No era hermosa, cierto, y no iba a la moda, pero tenía cierta gracia en la sonrisa y los movimientos lentos y precisos, en su forma atenta de hacer las tareas con la mano izquierda.

Había estudiado para maestra y por las mañanas daba clases particulares en casa a los chicos cuyas familias se empeñaban en que continuaran en la escuela. Ella, sin levantar la voz ni recurrir a castigos, sabía domesticar a los animalitos más salvajes. Sus padres estaban preocupados y con frecuencia hablaban del hecho de que no tuviera novio, pero ya habían dejado de organizar encuentros con los hijos de sus amigos. Con cortesía y firmeza, la muchacha siempre se había negado a cultivar esas relaciones.

Ricciardi entró en su dormitorio, la redecilla en el pelo, las manos en los bolsillos del batín. La antigua lámpara de aceite de la mesita de noche proyectaba una luz amarilla sobre los escasos muebles: una silla, un pequeño escritorio, un armario de dos puertas. Estaba de pie, junto a la cama, de espaldas a la ventana; notó las manos frías y sudadas dentro de los bolsillos, respiraba agitadamente, los latidos del corazón le martilleaban en las sienes.

Lanzó un profundo suspiro, se volvió y avanzó un par de pasos.

Por el rabillo del ojo, Enrica vio el resplandor de la luz tras los cristales de la ventana al otro lado del estrecho callejón. Cinco metros, no más, los había calculado mil veces. Y, como mucho, aproximadamente un metro más arriba. Una distancia que parecía infinita. No habría cambiado por ninguna otra sensación ese minuto de espera, desde que se encendía la luz hasta que se perfilaba la silueta de él. Era como abrir una ventana y esperar un soplo de aire en la cara, como tener sed y llevarse un vaso a los labios. Aquélla figura a contraluz, los brazos cruzados o caídos a lo largo del cuerpo, tal vez las manos en los bolsillos. Inmóvil. Ni un gesto, ni una llamada, ni un intento por establecer más contacto que el estar allí, todas las noches, a las nueve y media. Ella no habría faltado a la cita por nada del mundo. Y con calma, su calma, terminaba de fregar y secar los platos con gestos suaves, después se sentaba en el sillón al lado del balcón de la cocina, se colocaba sobre el regazo el bastidor con el bordado o el libro que estaba leyendo. Envuelta en aquella mirada, sonreía y esperaba.

Ricciardi la contemplaba mientras bordaba. Y al mirarla le hablaba, le contaba sus angustias y ella lo ayudaba a desenredar la maraña de pensamientos. Era raro, sin duda. A través de los cristales de las dos ventanas, seguía los gestos lentos de los que se había enamorado hacía un año. Sus movimientos, la lectura, el bordado. Ella. Creía no haber visto nada más hermoso en el mundo desde que había nacido: la forma en que la muchacha bordaba. Sin embargo, habría sido incapaz de acercársele; a aquel hombre, impasible ante los delitos más ignominiosos, lo aterrorizaba aquella idea. Meses antes se había encontrado con ella por casualidad, en el carrito de las verduras,

y había salido por piernas de forma indecorosa, dejando a su espalda un reguero de brécoles. Ella lo había mirado, la cabeza inclinada de lado, de aquel modo que a él le resultaba tan familiar, había entrecerrado los ojos tras las gafas de montura de carey. Y el hombre sin miedo había huido.

Si supieras, amor mío. Si solo pudieras imaginar.

A cinco metros de distancia, la muchacha que sabía esperar bordaba, puntada tras puntada; y en el bastidor, además de la sábana de un ajuar optimista, veía dos ojos verdes desconocidos y familiares al mismo tiempo. Pensaba que si dos caminos están destinados a unirse, tarde o temprano se unirán, aunque sea al cabo de muchos kilómetros. Y no sin una pizca de vergüenza recordaba la visita que, dos días antes, tras dejarse convencer por una amiga, había permitido que la arrastrara hasta aquel lugar extraño, que jamás habría imaginado. Recordó las preguntas que había formulado y las respuestas que le habían dado, sin titubeos, como si constaran en un libro escrito en un futuro lejano.

Mientras bordaba y sonreía con la cabeza inclinada hacia un lado, Enrica pensaba en algo que Ricciardi jamás hubiera imaginado.

Pensaba en el caballo de bastos.

El escenario, el polvo, las luces. Eso quiero sentir, eso quiero respirar. De niño era pobre, tenía hambre y frío; pero sabía que iban a aplaudirme, que iba a asombrarlos, a conmoverlos. Siempre fui apuesto, siempre supe contar historias, encantar con las palabras. Como yo ninguno, mi madre siempre me lo dijo.

Cuánto tuvo que bregar mi madre para que nunca me faltara el entusiasmo, el valor de intentarlo. Canté y bailé en fiestas y bodas; entre ignorantes que no apreciaban lo que veían. La magia de las palabras, la magia de los gestos, mi pasión. La voz es un instrumento. Sé que soy apuesto. Siempre lo he sido. Mi madre fue la primera en decírmelo, y después me lo confirmaron.

Y la belleza fue mi perdición, mi límite. Gusto a las mujeres, y los hombres se reconcomen de celos. La vida es un teatro, me dice mi madre; a su manera, ella también interpreta. «Hijo mío —me dice—, si supieras la de veces que he fingido, ni te lo imaginas. Y todas las veces me aplaudo yo sola cuando veo el dinero que me embolso. Haz como yo. El dinero, ese es el aplauso».

Eso dice mi madre, pero yo no pienso igual. En mi opinión, si eres bueno, todos deben aplaudirte; no puede ser que un único animal presuntuoso se interponga entre tú y el éxito que mereces. Así que haré lo posible por comprarme una compañía, y si hace falta, un teatro entero.

Y entonces ya veremos.

Concetta Iodice estaba asomada al ventanuco que daba al callejón. Era tarde, Tonino debería haber regresado hacía más de una hora, la pizzería ya había cerrado hacía rato. La había mandado para casa y le había dicho que él iba a un recado. Nunca hubiera puesto en tela de juicio una orden de su marido, pero estaba intranquila y preocupada.

Por su carácter alegre, el pizzero era predecible. Cuando algo no funcionaba, Concetta y Assunta, su vieja suegra, se daban cuenta de inmediato y se entendían con solo mirarse; hacía unos días que oían esa nota disonante. Sabían que el negocio no marchaba según lo esperado, y que la deuda contraída para abrir el restaurante era importante; quizá fueran esas las angustias del hombre. Tonino ya no cantaba al afeitarse, subía despacio las escaleras, arrastrando los pies, saludaba distraído, y el día anterior había abofeteado al hijo mayor, que lo había llamado a gritos. Nunca había ocurrido algo así.

Assunta se acercó a Concetta, que seguía en la ventana.

—Los niños duermen. ¿Y él no aparece?

Sin volverse, la mujer hizo una mueca y levantó la cabeza al mismo tiempo. Pasaban los minutos y la ansiedad le oprimía el pecho cada vez más. La suegra le

puso la mano en el hombro, ella se la estrechó despacio. El amor compartido, el miedo compartido.

Cuando lo vio girar la esquina notó que el alivio le subía por la garganta, pero le duró un instante. Tonino arrastraba los pies, encorvaba los hombros. Parecía un viejo. Corrió a la puerta y le abrió; a su espalda, en las sombras, Assunta se retorció las manos. Se oyeron los pasos lentos en la escalera, en medio del silencio del viejo palacete a oscuras. El último tramo. Concetta buscó los ojos de Tonino con el deseo y el miedo de ver en su interior.

Pálido, sudado, el pelo pegado a la frente bajo la gorra, Tonino tenía la mirada perdida. Pasó delante de su mujer, le estrechó el brazo despacio. La mujer notó en la muñeca el calor de la mano.

—No me siento bien, quizá tenga fiebre. Me voy a la cama.

Concetta miró el suelo por donde acababa de pasar su marido. Había dejado una huella, como si llevara los zapatos mojados.

Al verlos parecían dos niños como todos los demás. Como los de los Quartieri Spagnoli, como los de las calles cerca del puerto; se movían en bandadas, como pájaros, ruidosos y vivaces, las niñas indiferenciables de los niños, todos igual de sucios y andrajosos; no como esos otros, monótonos, pequeños marineros o balilla que marchaban como soldados por la piazza Plebiscito. Éstos llevaban el pelo cortado a cero a causa de los piojos y los pies descalzos, las plantas cubiertas de unas costras más duras que el cuero, violáceos en invierno por los sabañones, vendados a la buena de Dios con trapos rasgados.

Gaetano y Rituccia se habían criado juntos. Aunque sus cuerpos estuvieran lejos de la adolescencia, él con casi trece y ella doce, bastaba con mirarlos a los ojos para adivinar sus edades. Viejos. Eran viejos por lo que recordaban, por lo que habían visto, por lo que veían.

Guardaban un vago recuerdo de tiempos más felices, cuando todavía vivían el padre de él y la madre de ella, y ellos formaban parte de la bandada de pajaritos que todas las mañanas alzaban el vuelo entre los callejones que eran su hogar. Pero eran tiempos lejanos, cuando hablaban mucho sentados en las escaleras de la iglesia de Santa Maria delle Grazie y, si se presentaba la ocasión, pedían alguna moneda a las viejas que salían apresuradas de la misa de mediodía. Ahora, desde que Gaetano trabajaba de aprendiz de albañil, rara vez conseguían hablar; pero no les hacía falta, eran expertos en comprender si había alguna novedad, por la arruga en el entrecejo de él, por las comisuras de la boca de ella. Se comportaban como esas viejas parejas que se conocen tan bien que logran comunicarse solamente por medio de gestos.

Por la noche, antes de recogerse, se quedaban sentados en el suelo, bajo los pórticos de la galería Umberto Primo, exactamente como ahora. En silencio buscaban el coraje para volver a casa.

Concetta Iodice se quedó mirando a su marido mientras dormía; no conseguía conciliar el sueño, temía que le subiera la fiebre, que se pusiera enfermo sin que ella se diera cuenta. Era algo que siempre la había aterrado; su padre se había ido así, por la noche, mientras su madre, sus hermanos y ella dormían tranquilamente. Por la noche estaba y a la mañana siguiente ya no estaba más; había dejado aquel pobre cascarón consumido, con un ojo entreabierto y el otro cerrado, la lengua negruzca colgando de la boca abierta. Tirado en el suelo, junto a la cama; a lo mejor había buscado ayuda y nadie lo había oído.

Por eso Concetta seguía allí, en la silla, junto a la cama, y contemplaba a Tonino Iodice, titular de la pizzería y restaurante del mismo nombre, mientras dormía su sueño agitado. Daba vueltas, se quejaba, se tapaba, se destapaba. La cara cenicienta, el cabello pegado a la frente sudada, los labios apretados en una mueca. Quizá estaba soñando. Concetta trataba de comprender si articulaba alguna palabra, pero solo oía lamentos. Suspiró y se levantó, tratando de no hacer ruido. Recogió la chaqueta de Tonino para guardarla en el armario. Sonrió sin darse cuenta, pensando en el desorden habitual de su marido y en las veces que se veía obligada a recoger su ropa desperdigada por la casa. Del bolsillo cayó una hoja de papel. Concetta se agachó para recogerla.

No sabía leer, pero supo que se trataba de una letra con la firma de Tonino. Bien visible, como un sello postal, una enorme huella roja. Volvió la cabeza de golpe hacia su marido dormido y miró horrorizada su mano grande de trabajador honrado, los dedos manchados de sangre coagulada.

La luz era débil incluso con la puerta abierta. Silencio, apenas un chirrido de goznes y alguna ventana dejaba pasar el aire fresco. La hoja del cuchillo soltó un destello que nadie vio. No hubo un solo lamento.

Doña Vincenza bajaba muy temprano al callejón. Le molestaba quedarse con el orinal lleno hasta tarde, además, le gustaba estirar las piernas. El invierno parecía no acabar nunca, todavía había que dejar las ventanas cerradas para recuperarse de la humedad de la noche que se calaba hasta los huesos; hacía meses que andaba encorvada, pareciendo más vieja de lo que era. El borrachuzo de su marido esperaba oír la campana de la iglesia para despertarse; por suerte, tocaba con tanta fuerza y tan cerca que se levantaba de la cama de un salto y comenzaba el día con una blasfemia.

Salió por el portoncito, ciñéndose el chal a la cabeza. Con el orinal en la mano pasó delante del bajo cerrado de Rachele y pensó en la pobrecilla, que había muerto un año antes dejando una hija tan pequeña. Mejor ella que yo, eso sí. Avanzó unos cuantos metros en dirección a la alcantarilla que tapaba el pozo negro; se dio cuenta de que la puerta del bajo de la puta estaba entornada; qué raro, doña Vincenza sabía que el primero en salir era el muchacho para ir a casa de su pariente, maestro albañil, con quien aprendía el oficio. Después salía la puta, a arruinarle la vida a alguna familia de bien en la tienda de Toledo.

La mujer no pudo resistir la curiosidad y se acercó a la rendija. Apoyó la mano en la jamba y la puerta se abrió. Miró dentro, y cuando recobró el aliento se puso a gritar.

El sargento Maione caminaba deprisa. No se le había hecho tarde, al contrario, llegaría antes de la hora; le gustaba ir con tranquilidad, preparar el sucedáneo del café, organizar las guardias, asignar las tareas del día al personal. Pero caminaba deprisa, porque no era de los que se entretienen y porque era pesado e iba cuesta abajo.

No le quedaba mucho trecho. Desde la piazza Concordia recorría un largo callejón, via Conte di Mola, y ya se encontraba en Toledo, a un minuto de la jefatura y de su nueva jornada, en la que ya estaba inmerso con el pensamiento. El murmullo era el de la ciudad al despertar, algún postigo que se abre chirriando, una mujer que canta, un niño pequeño que llora. Y los olores, de polvo, de excrementos, de comida del día anterior, de caballos.

El grito partió el aire que respiraba, haciendo añicos todos sus pensamientos y recuerdos; Maione tenía buen oído, ese era un grito de terror, no acompañaba una

riña, tampoco expresaba desesperación. El sonido le vibró en las orejas; a los balcones todavía no se había asomado ningún curioso, y Maione ya había echado a correr en dirección al lugar de donde provenía, apretando los puños. Un policía es un policía. Jamás se le ocurría decir Rafee, tú a lo tuyo.

Era una voz femenina, venía de vico del Fico. Llegó al lugar antes que nadie y se encontró con una anciana, la cabeza envuelta en el chal y la mano en la boca, un orinal hecho añicos en medio de un reguero de orina, la puerta de un bajo entreabierta. Con los ojos siguió la mirada de la mujer, tratando de registrar el mayor número de detalles posible: puerta abierta desde dentro, el pestillo sin echar; silencio dentro, ni un solo movimiento. Media huella, tal vez de un zapato de hombre, entre el suelo y la calle, negra. Negra, ¿por qué negra? Enseguida entendió por qué.

—No se mueva, quédese aquí, señora. ¿Ha visto salir a alguien?

Doña Vincenza, que seguía trastornada, negó con la cabeza. En la primera planta se abrió un postigo, golpeando con fuerza contra la pared, y se asomó un anciano.

—Vincenza, ¿qué ha pasado? ¿Te has vuelto loca para ponerte a gritar así tan temprano por la mañana? ¿Quién es...?

Maione levantó la mano con brusquedad y al verlo el hombre se calló. De hecho, fue tan diligente que cerró de golpe los postigos sin quitar los dedos, a continuación se oyó un grito ahogado y la ventana se cerró definitivamente. El sargento captó un destello de satisfacción en los ojos de la vieja. Debía de ser su marido.

Se acercó al umbral, esperó un momento hasta que sus ojos se acostumbraron a la oscuridad. Empezó a distinguir los contornos: una cama, un altillo, un armario, una mesa. Dos sillas. Una vacía, la otra no. Silencio. Un ruido, más bien una gota, lenta. Dio un paso al frente, distinguió el perfil de quien ocupaba la silla. Una mujer erguida, inmóvil, vuelta hacia la pared. Algo en la postura hizo que se le erizara el vello de la espalda. Preguntó absurdamente: «¿Se puede?».

La cara se volvió despacio hacia él, entrando en el débil rayo de luz que se colaba por la puerta entreabierta. Maione vio un cuello blanco, largo, unos cuantos mechones negros como la noche. Sienes, oreja, frente, una nariz perfecta. Un ojo, tranquilo y fijo, largas pestañas al final del párpado inmóvil. Incluso en penumbra, al ritmo inquietante de la gota que caía, Maione se dio cuenta de que se encontraba ante una belleza fuera de lo común. Bajo la luz de la mañana el perfil se transformó en la visión completa de un rostro. Maione se quedó estupefacto. La mujer concluyó el movimiento y el sargento vio lo que minutos antes había visto doña Vincenza.

Un grueso tajo de la sien a la barbilla desfiguraba la parte derecha de la cara de Filomena. De la herida cayó otra gota al suelo manchado de sangre.

Junto con la respiración contenida largo rato a Maione se le escapó un lamento.

Teresa se había levantado temprano; conservaba esa costumbre de cuando vivía en el campo, antes de colocarse de criada en la ciudad. Muchas veces había pensado en ir a ver a su padre y a sus numerosos hermanos, que vivían hacinados en aquel inmenso cuarto, frío en invierno y caluroso en verano, que seguía poblando sus pesadillas; pero se imponían siempre la pereza y el miedo sutil de que algo o alguien la retuviese en el pueblo y la obligara a ser otra vez pobre y desgraciada.

Para tranquilizar la conciencia enviaba a su familia algo de dinero a través de un campesino que iba semanalmente a la ciudad a servirles la verdura. También mandaba recuerdos para todos y que les dijera que estaba bien. Entretanto, se aferraba con dientes y uñas a su puesto en el bonito palacete de via Santa Lucia, junto al mar, en medio de elegantes carruajes, hermosos trajes e incluso automóviles, que veía pasar desde el balcón.

Era un buen puesto. No había niños ni ancianos, muchas de las quince habitaciones de la gran mansión estaban siempre cerradas y ella misma, que debería haberlas limpiado, no entraba en ellas más de dos veces al año. Además, a Teresa le gustaba vivir la vida de los señores, mirándolos. Se preguntaba cómo podían sentirse desgraciados siendo como eran propietarios de todos esos bienes. Sin embargo era evidente, incluso a ojos de una ingenua como ella, que sus patrones vivían rodeados de sufrimiento.

La señora era mucho más joven que el profesor. Era tal su hermosura que a Teresa se le antojaba que, por las joyas, los trajes y los zapatos que poseía, era la mismísima Virgen del Arco, y como la Virgen tenía siempre una expresión de dolor en la cara, los ojos tristes, perdidos en el vacío. Teresa se acordaba de una mujer del pueblo a la que se le había muerto un hijo por unas fiebres; a ella también se le habían quedado los ojos como los de su señora.

El profesor no estaba nunca, y cuando estaba en casa no decía palabra y leía. Teresa ni se atrevía a mirarlo, le imponía respeto con aquella blanca cabellera, alto, siempre elegante con sus cuellos duros que ella almidonaba, los gemelos de oro, los chanclos, el monóculo con su cadena de oro. Nunca lo había oído hablar con su mujer, parecían dos extraños; en cierta ocasión cuando ella entró en el salón verde a servir el café, le pareció que estaban discutiendo, pero vete a saber, a lo mejor era la radio. Comían juntos, él leía y ella miraba el vacío. Algunas veces, por la mañana temprano, había visto regresar a la señora tras haber pasado la noche fuera de casa.

Aquella mañana estaba preparando la colada. Era temprano, a lo lejos los pescadores ponían las barcas en seco, llamándose a gritos. Debían de ser las seis, quizá más temprano. De repente se presentó ante ella el profesor; nunca lo había visto así, despeinado, el cuello desabrochado, la barba le sombreaba las mejillas siempre perfectamente afeitadas. La mirada trastornada, el monóculo pendía del bolsillo como un colgante roto. Debería haber estado en su alcoba, durmiendo, nunca se despertaba

antes de las ocho.

Se le acercó, la agarró con fuerza del brazo.

—Mi esposa. Mi esposa. ¿Ha regresado mi esposa?

Ella negó con la cabeza, pero el hombre no la soltó.

—Escúchame, presta atención, te llamas Teresa, ¿no? Bien, Teresa, mi esposa regresará dentro de nada. No dirás una sola palabra, ¿entendido? Debes callar. Yo volví a casa anoche y tú ya no me viste. ¿Entendido? ¡Tú, muda!

Ella asintió con la cabeza. Habría hecho lo que fuera con tal de que aquel hombre que le parecía un demonio le soltara el brazo. Un pescador se puso a cantar, y desde lejos llegó el murmullo del mar tranquilo de la mañana.

Mirándola fijamente, el hombre la soltó y salió del lavadero sin darle la espalda. A Teresa los latidos del corazón le martilleaban en las orejas. El profesor había desaparecido, tal vez lo había soñado, tal vez nunca lo había visto. Recorrida por un fuerte estremecimiento, bajó la vista.

En el suelo vio la huella dejada por el zapato del profesor: era negra, como de barro. O de sangre.

Maione cruzó la puerta del bajo, sosteniendo a la mujer y cubriéndole el rostro desfigurado con su pañuelo ya empapado en sangre. En un instante se formó la muchedumbre habitual en los barrios populares, la convocada por todos los acontecimientos, afortunados o desgraciados; en el primer caso, se percibía la envidia, en el segundo, muchísimo más frecuente, la sensación de haberse librado de un peligro y una fría conmiseración.

Sin embargo, en esta ocasión Maione leyó en los ojos de las mujeres reunidas en la placita un punto de hostilidad más enconado que la terrible herida que palpaba a través del pañuelo. Era evidente que la mujer a la que había sacado de la oscuridad no era querida. El sargento echó un vistazo a su alrededor.

—¡Te lo tienes merecido, puta! —oyó susurrar a su espalda. Se volvió, pero habría sido incapaz de saber qué labios crueles habían pronunciado aquellas palabras. La mujer lo miraba todo con ojos pasmados, como si se hubiese quedado ciega.

—¿Cómo se llama? —le preguntó Maione, pero ella no contestó.

—Se llama Filomena —contestó por ella la vieja que había dado la voz de alarma con sus gritos.

—¿Filomena y qué más? —insistió Maione, mirándola con dureza. La hostilidad y la falta de colaboración eran palpables.

—Filomena Russo, creo.

De haber tenido tiempo, Maione habría sonreído amargamente; en un lugar donde todos saben hasta el número de pelos de los culos ajenos, aquel «creo» sonaba ridículo como una trompeta de Piedigrotta.

—¿Hay aquí alguna amiga de la señora? ¿Alguien que la quiera acompañar al hospital?

Silencio. Las mujeres más próximas dieron incluso un paso atrás. Con expresión disgustada, Maione se alejó a paso ligero en dirección de la piazza Carità, hacia el hospital dei Pellegrini, no sin antes haber grabado en la memoria alguna cara, la puerta entreabierta, la media huella manchada de sangre.

Delante del hospital ya esperaba el grupo de enfermos imaginarios, los que todas las mañanas intentaban colarse apelando a la piedad de los médicos, enfermeros y empleados del hospital con tal de conseguir un lugar abrigado, y tal vez algo de comer antes de regresar a la calle. Rodeando con el brazo los hombros de Filomena y sujetando el pañuelo sobre su cara, Maione se abrió paso con decisión hacia la entrada principal. Fuera, el mercado de la Pignasecca bullía de vida y los gritos de los

vendedores que se disputaban las ventas surcaban el aire.

El sargento había echado su abrigo sobre los hombros de la mujer; durante el trayecto, ella no había pronunciado una sola palabra ni se había quejado. En un par de ocasiones dio un respingo, cuando el suelo irregular había hecho que Maione presionara con más fuerza la mano con la que cubría su rostro. El dolor debía de ser atroz. El sargento se preguntaba quién habría sido capaz de hacerle algo tan horrendo a una mujer tan hermosa; y por qué la odiaban sus vecinas, precisamente en un barrio donde la solidaridad y el apoyo eran habituales.

La herida estaba en el lado de la cara que Maione tapaba, de manera que entre los vendedores ambulantes del mercado hubo quien rio por lo bajo al reconocerlo; fijaos, fijaos, el sargento con la comadre. Él no hizo caso, empezaba a preocuparle toda la sangre que había perdido la mujer. Al entrar en el vestíbulo del hospital le preguntó al guarda:

—¿El doctor Modo está de servicio?

—Sí, sargento, dentro de una hora termina su turno, esta noche ha estado de guardia.

—Llámelo inmediatamente. Deprisa.

El doctor Bruno Modo era cirujano y médico forense. Se había formado como oficial en el norte de Italia, pero creía que las peores cosas las había visto después, observando lo que la gente era capaz de hacerse sin la justificación de la guerra. Suponiendo que la guerra tuviera justificación, pensaba con amargura. Se asombraba de no haberse vuelto un cínico, de sentir todavía en carne propia el dolor de las heridas, el derramamiento de la sangre de los pobres desgraciados que trataba a lo largo del día. El doctor Modo no había conseguido formar una familia; había que tener mucho valor para traer un hijo a este mundo. Mujeres no le faltaban, las encontraba en algunos lugares de la ciudad hambrienta, pagaba y regresaba a su casa satisfecho.

Observaba su época manteniendo las distancias, sin poder soportar el nuevo poder propenso a la violencia. No aceptaba que se pudiese hacer el mal en nombre del bien; lo manifestaba claramente y eso lo había aislado, privándolo de una vida social y de la carrera que habría merecido. Pero tenía el aprecio de la gente con la que trabajaba y Ricciardi, por ejemplo, no habría aceptado ocuparse de un crimen sin que las hábiles manos del doctor Modo hubiesen estudiado las heridas.

Por ello Maione fue a buscarlo y el médico, a pesar de haber pasado la noche entera suturando cabezas rotas en una riña de borrachos, olvidó de buen grado el cansancio.

—Sargento, ¿qué lo trae por aquí tan temprano? ¿No viene con usted su jefe?

—No, doctor, he venido solo. Iba a incorporarme a mi turno y fíjese con lo que

me encontré..., con esto que ve usted.

Modo ya le había destapado la cara a Filomena, exponiéndola a la luz. Sin un solo lamento, ella había alzado dócilmente la cabeza del hombro del policía.

—Madre del alma... pero ¿quién ha podido hacer algo así? ¡Qué pena! Está bien, Maione. Me la llevo para dentro y veré qué puedo hacer. Gracias.

—Gracias a usted, doctor. Le pido un favor, no deje que la señora se vaya. Quiero averiguar quién lo ha hecho. Volveré más tarde.

A ninguno de los dos hombres le pasó inadvertido el destello en los ojos de Filomena. ¿Qué sería? Miedo, rabia. Pero también una sombra de orgullo.

A medida que el viento del sur ganaba fuerza, a media mañana comenzó a percibirse un perfume difuso, más que un perfume una especie de regusto, un aroma. Olía a flores de almendro y melocotonero, a hierba fresca, a espuma de mar en la rompiente lejana.

Nadie pareció darse cuenta todavía, pero hubo quien se sorprendió con el cuello de la blusa desabotonado, los puños desabrochados o el sombrero echado sobre la nuca. Y quien sintió una leve alegría, como cuando se espera algo bueno y no se sabe qué es, o como cuando le ha ocurrido algo bonito, por insignificante que sea, a alguien: estamos contentos y no sabríamos precisar por qué.

Era la primavera que bailaba de puntillas, giraba ligera, aún joven, alegre, todavía ajena a lo que traería, pero con unas ganas enormes de sembrar un poco de desorden en las cosas. Sin segundas intenciones, por el puro gusto de mezclar las cartas.

Y la sangre de la gente.

Ricciardi levantó la cabeza del escritorio para volver a aferrarse a la realidad. El homicidio del tenor del San Carlo, que había investigado un mes antes, le había dejado una herencia de varios litros de tinta consumidos sobre varias hectáreas de papel amarillo y blanco, por triplicado, que contenían las mismas cosas repetidas hasta la saciedad; sospechaba que alguien, en alguna de las habitaciones del piso de arriba o en Roma, lo controlaba para ver si lo pillaban en una contradicción, como en la escuela.

Echó un vistazo al reloj de pulsera y comprobó que, sin que se diera cuenta, habían dado las diez y media.

Tras una breve reflexión, advirtió que a la cadencia monótona de su mañana le faltaba algo y que por eso no había notado el paso del tiempo: Maione. El sargento y el horrible sucedáneo de café con el que se presentaba ante él todas las mañanas a las nueve marcaban el comienzo de la jornada. ¿Dónde se habría metido Maione?

No alcanzó a concluir aquel pensamiento cuando oyó dos golpecitos apresurados en la puerta.

—¡Pase!

El hueco de la puerta se llenó con la figura del sargento que, jadeante y con una inequívoca mancha de sangre en la hombrera de la chaqueta, amagó un saludo militar.

—Eh, Maione, bienvenido. ¿Dónde te has metido esta mañana? ¿Y esa mancha qué es? ¿Te has hecho daño?

Ricciardi se levantó de un salto, haciendo rodar la pluma sobre el impreso que tenía delante. Su expresión delataba preocupación y Maione sintió una pizca de orgullosa ternura; no era habitual captar una emoción en los ojos de su superior, a él

le constaba.

—No, no, comisario. Le he echado una mano a una mujer que..., que se había hecho daño, la he acompañado al hospital. Disculpe el retraso, lo siento, se ha quedado usted sin su taza de sucedáneo.

—No te preocupes, no hay novedad. Todo en orden, la ciudad se ha mantenido tranquila, incluso sin tu presencia, como quiere el Duce.

—Ahora mismo pido que se lo preparen, así aprovecho para limpiarme un poco. Con su permiso.

En cuanto el sargento se marchó, Ricciardi se dispuso a seguir escribiendo; pero el destino quiso que el impreso, al menos por ese día, quedara incompleto. Poco después se asomó a la puerta el guardia de la entrada para informar al comisario que en el barrio de Sanità había un muerto.

La brigada móvil de la Real Jefatura de Policía de Nápoles tenía poco de móvil. Ricciardi siempre había apreciado la ironía del nombre, asociado a la ausencia crónica de vehículos que pesaba sobre la unidad.

A decir verdad, la jefatura contaba con dos automóviles: un viejo Fiat 501 modelo 1919 y un flamante 509 A modelo 1927. En los cuatro años de servicio, él, personalmente, apenas los había visto en un par de ocasiones. El primero se encontraba perpetuamente en el taller; el segundo, con su correspondiente chófer, estaban destinados a la tarea de capital importancia de llevar de compras a la esposa y a la hija del jefe de policía.

Por tanto, cuando ocurría algo en un barrio alejado, como en esa ocasión, la brigada se convertía en móvil porque se desplazaba sobre los propios pies calzados con las botas reglamentarias.

Ricciardi se encontraba entre los que defendían la importancia de la tempestividad. Sabía bien el número y la calidad de los daños que podían causar en la escena de un crimen uno o más curiosos, impulsados por el deseo de ser testigos, de tener algo horrible que contar. Huellas de zapatos, objetos movidos, ventanas cerradas si estaban abiertas o abiertas si estaban cerradas, puertas abiertas de par en par.

Por eso el comisario detestaba llegar el último al lugar donde se había cometido el delito. El hecho de tener que abrirse paso entre la muchedumbre, verse asaltado por preguntas inútiles, dar explicaciones a los familiares que gritaban desesperados, eran cosas que se multiplicaban en un barrio popular y él, que vivía al margen, sabía que Sanità era el barrio popular por excelencia. Mientras subía por vía Toledo al frente de su brigada, seguido de cerca por Maione, que avanzaba fatigosamente, y los dos agentes que cerraban la pequeña procesión, pensaba que cada minuto que pasaba era un minuto perdido y apuraba el paso recorriendo el mismo trayecto que hacía por la

noche, cuando regresaba del trabajo. Pero en esta ocasión no lo esperaban la cena y la ventana iluminada de enfrente.

Al llegar a la placita encima de Materdei, se dio cuenta de que no haría falta preguntar nada a nadie, fue suficiente con que siguieran a los muchachos excitados, que corrían en la misma dirección. El espectáculo no debía de variar mucho en la jungla, donde las hienas y los buitres de los que hablaba Salgari se guiaban por el olor de la sangre. La multitud se agolpaba a la entrada de un edificio. Maione y los dos agentes se desplegaron en cuña delante de Ricciardi para abrirle paso, aunque hubiera bastado con que dieran unas cuantas voces para que la gente se apartara espontáneamente, impulsada por el deseo de no entrar en contacto, ni siquiera por descuido, con los policías.

Al llegar al portón, los hombres se detuvieron y se hizo un silencio. Ricciardi miró a su alrededor para comprobar si alguien tenía algo que decir o algún dato que aportar. Silencio. Hombres, mujeres y niños, todos mudos. Nadie apartaba la mirada, nadie cuchicheaba. Las cabezas descubiertas, los sombreros en la mano; en los ojos había estupor, curiosidad, asombro, incluso ironía, pero ni pizca de temor.

Ricciardi reconoció a su antiguo enemigo, el orden constituido del barrio, alternativo al que él mismo representaba. Aquélla gente no reconocía su autoridad: no obstaculizaría su trabajo, pero tampoco lo ayudaría. Sencillamente no lo quería allí, cuanto antes se marchara, tanto mejor. Así cada cual podía volver a dedicarse a sus asuntos o a llorar a sus muertos.

De lo alto les llegó un lamento prolongado; parecía una mujer. Ricciardi habló, sin apartar la vista de las personas en primera fila:

—Maione, ordena a los agentes que esperen en el portón y acompáñame. Si alguien tiene algo que decir, trata de que dejen el nombre. Los veremos en la jefatura.

Sus palabras cayeron en saco roto. Un viejo arrastró los pies, produciendo un leve crujido. Un niño balbuceó en brazos de su madre. En el centro de la placita unas palomas levantaron el vuelo.

Ricciardi dio media vuelta, entró en el zaguán y empezó a subir las escaleras.

Peldaño tras peldaño, el hedor acre de la orina y los excrementos se fue mezclando con el tufo picante del ajo, la cebolla y el sudor.

Mucho antes de conocer la existencia del Asunto, Ricciardi se había dado cuenta de su otra desgracia: los condenados olores, que en ocasiones lo aturdían y en ocasiones lo distraían, le desordenaban los pensamientos como hacía el viento con su mechón rebelde que él apartaba de la frente fruncida. Notaba que unos ojos desconocidos lo observaban desde los oscuros rincones de las escaleras irregulares. Más que verlos los intuía, y percibía su hostil curiosidad. A su espalda, los pesados pasos de Maione, seguro y protector; Ricciardi consideraba al sargento como un cuaderno viviente en el que quedaban grabadas las imágenes y las palabras que encontrarían en el curso de la investigación. Bastaba con que hojeara su memoria para hallar sensaciones, voces, expresiones.

Al llegar a la segunda planta, delante de una puerta entreabierta vieron a una mujer enorme, con el pelo grasiento recogido en un moño sobre la nuca, la cara enrojecida, las manos entrelazadas debajo del pecho con tanta fuerza que los nudillos estaban blancos; parecía acostumbrada a plantar cara a las emergencias, pero no a una como la que acababa de ocurrirle. Fue Maione el primero en hablar.

—¿Cómo se llama?

—Nunzia Petrone, soy la portera del edificio. La encontré yo.

Ni orgullo, ni incomodidad ni temor. Una simple declaración.

Desde el interior la luz del día cortaba como una cuchilla la oscuridad del rellano y a Ricciardi le llegó con nitidez el mismo lamento que momentos antes había oído en la calle.

—¿Quién está ahí dentro?

—Mi hija Antonietta. Es subnormal.

Dicho así, como si con eso lo explicara todo. Maione miró fijamente a Ricciardi que, sin responder a la mirada, asintió. A su espalda, sin hacer ruido, se había congregado el grupito de curiosos de siempre. Los cuellos se estiraban, los ojos recorrían veloces como el rayo la escena en busca de detalles que referir, convenientemente exagerados en caso necesario. El estrechamiento de las escaleras frenaba la afluencia.

—¡Cesarano! —aulló Maione—. ¡Te he dicho que no dejaras subir a nadie!

Desde la calle llegó el eco de la respuesta del agente.

—¡Y no ha subido nadie, sargento!

—Es gente que vive aquí —terció la portera.

—Aquí no hay nada que ver, vuelvan a sus casas.

Nadie se movió; los de la primera fila apartaron la vista con aire inocente.

—Muy bien, entendido; Camarda, apunta los nombres de estos señores, así sabremos a quién hay que citar en jefatura para que nos cuenten lo que saben.

No terminó de pronunciar la fórmula mágica y el gentío ya se había esfumado. Se oyó el estruendo de los portazos y el rellano quedó nuevamente despejado a excepción de Nunzia, la portera.

—Comisario, ¿hago salir a la hija de la señora? —le preguntó Maione a Ricciardi.

El viejo procedimiento consolidado: Ricciardi entra solo para la primera inspección y revive la escena del crimen. Después entra Maione, que lo revisa todo con ojo de policía; las primeras observaciones, la posición del muerto, las ventanas y las puertas. Se busca a los testigos y se los interroga. Por último, se llama al juez, se ve si se puede limpiar toda la porquería, se vuelve a jefatura y se inicia la cacería.

—No, no hace falta. Voy yo.

La vida está llena de sorpresas, pensó Maione. Dijo «Sí, comisario» y dejó pasar a su superior.

Ricciardi cerró la puerta tras de sí. Un pequeño recibidor, un perchero con sombrerera y una banqueta: madera maciza, un mueble que uno no espera encontrar en un pequeño apartamento del barrio de Sanità. El lamento provenía de la única puerta por la que se filtraba la luz. Dos pasos más allá, un comedor.

Un sofá y un sillón, raso azul con orlas doradas, los cojines de los asientos gastados; en los respaldos, unas telas bordadas cubrían el sitio donde apoyaban las cabezas. Una mesa redonda, tres sillas, una de ellas medio rota, una alfombra. En la punta más alejada a la vista de quien entraba descubrió un agujero en la trama. La angustia perenne, dolor puro. Olor a ajo y a orina: una casa de viejos. La luz que entraba por el balcón abierto de par en par era cegadora; enfrente no había edificios. Una ráfaga de aire limpio movió la cortina sin disipar los olores. Lástima, pensó Ricciardi.

El regusto dulzón, la muerte pedía sitio.

Un moscardón golpeaba, obstinado, contra el cristal.

Un paso más y vio lo que el sillón le había ocultado hasta ese momento. Agachada en el suelo, detrás del sillón, casi invisible, una muchacha se mecía, emitiendo su canto de una sola nota. Un metro más allá, tal vez dos, escapando apenas a la luz que entraba por el balcón, y cerca de la cuarta silla tumbada, un bulto de trapos en un charco oscuro y casi seco que se extendía entre el suelo de baldosas blancas y negras y la alfombra. La muchacha no miraba el bulto, miraba hacia el rincón opuesto del cuarto.

Ricciardi también miró en esa dirección. Y vio.

Ricciardi y la muchacha miraban a la vieja. No su cadáver, que era un bulto abandonado y sucio, como la alfombra sobre la que yacía. Miraban su imagen, de pie en el rincón en sombras, nítida con los colores de la última pasión.

El comisario no se sorprendió, se había dado cuenta de que la muchacha también la veía.

Era paradójico, Ricciardi no temía a los muertos sino al Asunto y a quien lo llevaba consigo. Incluido él mismo.

Observó a la muchacha, agachada en el suelo, se movía rítmicamente, hacia adelante y hacia atrás, lamentándose. Miraba con atención, como si estuviese contemplando algo. La frente arrugada, ella distraída. Miraba a la muerte, no a un muerto. Y lloraba, tal vez a causa del dolor o del espanto.

Ricciardi se centró en la imagen de la mujer. Una como tantas otras, de las que encuentras en el mercado, cargadas de años y achaques. Llevaba un vestido de algodón estampado, el mismo en verano e invierno, y un chal manchado. Menuda, las manos deformadas por la artritis, encorvadísima. Las piernas hinchadas, surcadas de varices, amoratadas.

El comisario tuvo claro enseguida que el asesino la había destrozado. Roja furia, no frío cálculo. Pasión ciega y obtusa. La inclinación del cuello no era natural, las vértebras rotas; la depresión del cráneo, en el lado derecho el ojo machacado, el pómulo hundido, la oreja hecha jirones. Una serie de golpes, tal vez bastonazos.

El otro lado también parecía hundido. Ricciardi miró de pasada el bulto de trapos y encontró la confirmación que buscaba: estaba tendido sobre el lado derecho. El asesino se había ensañado con el cadáver, tal vez lo había pateado. De ese modo se explicaba también la extensión de la mancha de sangre en el suelo, un reguero de casi un metro de largo. Un delantero centro, pensó. Un hábil futbolista.

Se concentró, ignorando el lamento de la muchacha y el runrún que provenía del otro lado de la puerta. El ojo intacto tenía una expresión casi dulce, enternecida, probablemente una catarata, un velo azul, transparente. Incluyó apenas la cabeza para oír mejor.

No sintió la sorpresa que casi siempre acompañaba la muerte imprevista. No sintió el odio bestial, la rabia ciega, la cólera de la privación. No sintió el desgarramiento de la separación. Pero sintió la melancolía. Una ternura casi obscena, una pizca de orgullo. El triste y ronco susurro de la vieja garganta rota: «El Padre Eterno no es mercader que paga los sábados».

Los dos se quedaron allí un momento; formaban una extraña familia unida por la muerte y el dolor. La muchacha con su cantilena y la expresión ceñuda, un hilo de

baba colgándole de la comisura de la boca. El hombre, pálido como la cera, de pie a unos pasos de la puerta del comedor, las manos en los bolsillos del sobretodo desabrochado, la cabeza levemente inclinada, el mechón de pelo cubriendo la frente descubierta. El fantasma de la vieja con el cuello roto miraba con singular emoción la muerte consumada y repetía con un leve suspiro un antiguo refrán en dialecto napolitano.

Quien rompió el negro encantamiento del tiempo detenido y atrancó la puerta del infierno fue el moscardón obstinado que, tras el extremo y definitivo choque contra el cristal del balcón, se convirtió en el segundo cadáver de la habitación.

Teresa quitaba el polvo a una de las salas. Se preguntaba por qué todos los días tenía que limpiar sobre limpio y ordenar lo ya ordenado, y por qué aquella casa enorme, siempre cerrada, tenía tantas salas y salones si no recibían a nadie.

Parecía la casa de los muertos; sus amos hacían su vida fuera de allí y luego se sumían en el silencio de las salas oscuras y las platas sin lustre, como en una tumba.

La señora regresó de su larga noche a eso de las nueve. Teresa se cruzó con ella en el pasillo, le susurró un buenos días al que no respondió: los muertos no oyen. Sin embargo, en ese breve momento, alcanzó a notar algo distinto; en la cara de su ama se había apagado la leve sonrisa que en el último mes había iluminado sus rasgos agraciados. Su expresión era de dolor, pérdida, resignación. La mujer arrastraba los pies con los ojos vacíos y marcas de llanto en el maquillaje.

No le dirigió la palabra, no preguntó por su marido, como hacía siempre. Teresa sintió alivio, no sabía si hubiera podido mentir, tal como le había pedido el profesor, y decir que no lo había visto desde la noche anterior. Por suerte la señora Emma pasó por su lado sin verla, como si perteneciera a otra dimensión. Como un fantasma.

Tras dejar al agente en la puerta, Maione acudió a la llamada de Ricciardi y se puso a inspeccionar el apartamento con su jefe. Disponían de algo más de media hora antes de que llegaran el juez y el forense, a los que ya habían avisado.

No había mucho que ver: la víctima, Carmela Calise, vivía sola; no estaba casada, no tenía hijos ni parientes conocidos. Dos habitaciones, una pequeña cocina, el retrete en el rellano, compartido con otras tres familias. Además del comedor donde había muerto, disponía de un dormitorio con un sórdido empapelado de flores de vivos colores, que desprendía un fuerte olor a cola reciente. Maione pensó que si no la hubiesen asesinado, seguramente la vieja habría muerto intoxicada esa misma noche mientras dormía.

Pocos muebles y sencillos: la cama estrecha pegada a la pared, un crucifijo, una cómoda y encima una estatuilla de la Virgen con una corona dorada de yeso en la cabeza y el rosario al cuello, el retrato de un hombre y una mujer de otra época y una mariposa encendida, tal vez eran sus padres, o un hermano con su esposa, recuerdos perdidos para siempre. Una silla. Una alfombrita de cuadros negros y grises. Regresaron al comedor donde la portera, con cara inexpresiva, se inclinó sobre su hija y le acarició la cabeza; la muchacha seguía con su cantilena, se mecía sin apartar la vista de la imagen del rincón oscuro que solo veían ella y Ricciardi. El comisario siguió mecánicamente su mirada.

«El Padre Eterno no es mercader que paga los sábados», repitió la imagen con el cuello roto y la voz ronca. Un soplo de viento agitó la cortina. Desde la calle llegaron los gritos de los niños que jugaban.

—O sea que la encontró usted —le dijo Maione a Nunzia.

La mujer apartó la vista de su hija, se incorporó y miró al comisario con orgullo.

—Sí, ya se lo he dicho antes.

—Cuénteme cómo fue.

—Todas las mañanas, cuando se despierta, subo con Antonietta y la dejo aquí, en casa de doña Carmela. Es la única que la acepta, dice que le hace compañía y que no la molesta. Se pone cerca de ella y la mira mientras trabaja. De vez en cuando le da una galleta o algo de comer. A mí me hace un favor, tengo mucho trabajo con todo este edificio que vigilar, no se imagina usted cuánto. Estoy sola, mi marido..., la guerra, lo mandaron al norte y nunca más volvió. La niña tenía un año.

—Entonces, esta mañana subió usted con la muchacha.

—Sí, a las nueve y media. Lo sé porque había terminado de limpiar la escalera y los rellanos y todavía no me había puesto a cocinar. Antes de ir al carrito a comprar unas verduras para el caldo, quería asegurarme de que la niña no se asustara quedándose sola.

—De modo que llamó usted a la puerta...

—¿Cómo que llamé? La puerta de doña Carmela ya estaba abierta. Ella la abre por la mañana temprano, cuando vuelve de la misa de siete y así la deja. En este edificio somos como de la familia, nos conocemos todos, no hay por qué cerrar las puertas. No hay peligros.

Maione y Ricciardi intercambiaron una rápida mirada, para destacar la evidente contradicción entre la presencia del bulto y el reguero del suelo y las afirmaciones de la portera.

Nunzia se dio cuenta y se puso colorada como si acabaran de ofenderla.

—El infame cobarde que lo hizo no es del barrio, se lo digo yo, así se ahorran ustedes trabajar en balde, y además, no vive en el edificio. Doña Carmela era una santa, una santa era, y todos la querían. Ayudaba a todo el mundo, a todo el mundo ayudaba. Ojalá que el puerco que lo hizo se pudra en el infierno.

Apretó los dientes, soltando las frases con un siseo; el odio salió de la boca de la portera como un chorro de bilis. Maione y Ricciardi, al menos mentalmente, borraron a la portera de la lista de posibles asesinos.

El sargento siguió preguntando.

—Y usted entró.

—Sí, quería darle los buenos días y avisarle que le dejaba a la niña. Y me encontré con esta..., con esto que ve. Con este desastre, con esta infamia.

—¿Cuándo la vio con vida por última vez?

—Ayer por la noche, tarde, serían las diez. Subimos con mi hija, cerramos las ventanas, apagamos el carbón de la cocina. Lo hacemos todas las noches.

—¿Y qué le pareció a usted la señora? ¿Estaba nerviosa, preocupada..., vio algo distinto de lo normal, notó algo?

—No, nada. Me dijo: «Nos vemos mañana». Yo bajé enseguida, y una hora más tarde bajó Antonietta. No sé más.

—¿Sabe usted si últimamente la señora tuvo, qué sé yo, algún altercado con alguien, algún roce? ¿Se había quejado de algo, oyó usted discusiones...?

—No, ¿cómo se le ocurre? Se lo he dicho y se lo repito, doña Carmela era una santa y todos la querían. Nadie se habría atrevido. Además, tenía las manos deformadas, no tenía fuerza, tenía esa enfermedad de los viejos...

—¿Artritis?

—Sí, esa misma. Le daban unos dolores muy fuertes. En verano, con las ventanas abiertas, la oíamos quejarse cuando dormía. Ahora ya no sufrirá más —dijo, mirando el bulto de trapos.

Maione se volvió hacia Ricciardi para comprobar si quería hacer algún comentario.

—Ha dicho usted: «Mi hija se pone cerca de ella y la mira mientras trabaja». ¿A qué se dedicaba doña Carmela?

Sorprendentemente, la mujer se sonrojó, bajó la vista y, de pronto, el aire orgulloso que había mostrado hasta ese momento desapareció. Se hizo un prolongado silencio. Entonces intervino Maione.

—¿No ha oído al comisario? ¡Conteste!

La mujer levantó la vista despacio y le contestó al sargento. Maione se dio cuenta de que en ningún momento Nunzia había mirado a Ricciardi a la cara; ya estamos otra vez, pensó. El miedo y la repugnancia.

—Doña Carmela era..., era una santa. Ayudaba al prójimo a resolver las cosas.

—¿Cómo? ¿Cómo ayudaba al prójimo doña Carmela? —le preguntó Ricciardi en voz baja.

Silencio, Nunzia no respondió. Al notar la tensión en el ambiente, Antonietta había cesado su lamento, aunque seguía meciéndose y mirando hacia el rincón.

Desde la placita les llegó un grito alegre de los niños; alguno había marcado un tanto, fuera cual fuese el juego. Un delicado perfume de flores se impuso sobre el de la sangre coagulada, aunque no sobre el de ajo y orina.

Nunzia se volvió hacia Ricciardi lentamente y lo miró a los verdes ojos vítreos.

—Doña Carmela leía el futuro en las cartas.

Rosa tenía setenta años. Sus recuerdos se remontaban a épocas lejanas, con otros valores. En los tiempos a los que pertenecía y a los que seguía anclada, una mujer se consagraba a la familia, aunque no fuese la suya propia; ella se había consagrado a los Ricciardi de Malomonte desde que la sacaron de una casa de campo, con una sola habitación, donde se amontonaban once hermanos y sus padres, que ni siquiera recordaban su nombre. Jamás había sentido la necesidad de tener marido o hijos propios. El cuidado del pequeño Luigi Alfredo la llenaba de satisfacción; la baronesa estaba enferma, carecía de la fuerza que debe tener una madre, para eso estaba ella, la enérgica tata Rosa que había aceptado el encargo de su frágil amiga de ojos verdes y tristes y había dedicado su vida entera a cumplirlo.

El señorito ya pasaba de los treinta y no daba muestras de ir a librarse del peso de la soledad que lo acompañaba desde pequeño. La aflicción de Rosa eran los pocos años que le quedaban por delante: ¿quién ocuparía su puesto, al lado de Luigi, quién cuidaría de él en la enfermedad, quién le prepararía las comidas? Ella nunca perdía la ocasión de repetírselo y nunca obtenía respuesta.

Lo amaba profundamente pero no lo comprendía; no lograba explicarse su desinterés por el dinero, las personas, los afectos. No mantenía relación alguna con su familia lejana, ni con la administración de sus bienes; de no haberse ocupado ella, con su escrupulosa sencillez, esos sanguijuelas de sus primos se lo habrían gastado todo. Y él como si nada, para él no había más que el maldito trabajo. Se pasaba las noches encerrado en su habitación, leyendo o escuchando en la radio la música americana de esos negros.

Una pobre vieja desea volver a oír la voz de los niños en la casa, pensaba con tristeza. Y desea esperar el final con un poco de serenidad.

Pensó en la baronesa: los mismos ojos verdes, la misma sonrisa triste de su hijo, las mismas manos nerviosas. El mismo silencio.

Se preguntó una vez más si había estado a la altura de la tarea que aquella mujer delicada le había encomendado.

El doctor Modo llegó a la escena del crimen sobre las dos, secándose la frente con el pañuelo, con el maletín en la otra mano y el sombrero debajo del brazo.

—No consigo entender por qué la gente se deja matar en unas formas y unos horarios que siempre acaban obligándome a saltarme la comida. ¿Qué pasa, que en esta ciudad no hay otro forense?

En cuanto oyó el típico refunfuño del médico, Maione fue hacia él.

—Hola, doctor, ¿qué me cuenta, alguna novedad?

—¿Y qué novedad debería contarle, sargento? Un pobre desgraciado hace guardia

toda la noche, atiende a cuatro imbéciles que deciden abrirse la cabeza para comprobar que dentro no hay más que la fotografía con dedicatoria del calvo ése. Y en cuanto se dispone a descansar un poco, se presenta uno de sus agentes y me convoca aquí. ¿Es que lo hacen ustedes adrede?

—No, doctor, faltaría más. Me refería a aquella..., aquella señora que le he llevado esta mañana. Ya sabe, esa con el corte. ¿Cómo está?

—Ah, la señora Russo. ¿Cómo quiere que esté, sargento? La han arruinado. La suturé lo mejor que pude, pero ese lado de la cara le quedará desfigurado. Incluso tiene el párpado desprendido. Menudo trabajo, lo que llegué a sudar. Y ella no se quejó ni una sola vez, con las manos en el regazo, la mirada clavada al frente, ni una palabra. En un momento dado, se le escapó una sola lágrima.

—Mientras estuvo usted allí, ¿fue alguien a verla?

—No, nadie. Me dijo que tiene un hijo, un muchacho que trabaja, quizá todavía no se ha enterado. Qué lástima, es un verdadero crimen, una mujer hermosísima. Y qué voz, sargento..., una voz cálida y amable. ¿Tiene idea de quién pudo haber sido?

—Todavía no, pero voy a investigarlo. ¿La dejó usted ingresada como le pedí?

—Desde luego, sobre todo porque con semejante herida es fácil que se le produzca una grave septicemia. Si supiera usted las cosas que llegué a ver en el Carso... Pues no, la dejó usted en el hospital y en el hospital la encontrará, al menos hasta esta noche. Vaya usted temprano, ya sabe que no nos sobran las camas.

Mientras conversaban, Ricciardi se les acercó.

—Pero si ha llegado nuestro forense, que se lo toma con calma, total su cliente no tiene prisa.

—Fíjate, aquí viene Ricciardi, el príncipe de las tinieblas. Ya sabía yo que sería cosa tuya, para las llamadas fuera de horario siempre estás tú, el hombre sin vida propia. Justo a mí tenías que caerme. Y suerte que no me falta mucho para jubilarme.

—No sabes cómo me gustaría verte. Serás uno de esos viejos pelmazos que después de jubilarse no hacen más que importunar y dar consejos que nadie pide.

—No caerá esa breva. Cuando me jubile podré por fin soltar todo lo que llevo dentro. Así me desterrarán a una isla llena de mujeres y no veré más vuestras feas caras, sin ánimo de ofender, sargento.

Ricciardi y Modo mantenían una extraña y áspera amistad; el médico era el único que se permitía tutear al comisario y el único capaz de captar sus ironías.

—Por aquí, doctor Modo. Te voy a presentar a esta anciana señora que lleva aquí esperándote desde esta mañana. Sin prisa, total ya no irá a ninguna parte.

Ricciardi observaba, algo apartado, el baile que tenía lugar después de un homicidio. El escenario variaba, pero la compañía que se hacía cargo de la representación siempre era más o menos la misma, el forense, un fotógrafo, un par de agentes, Maione, él mismo; cada uno de ellos tenía una partitura y una coreografía propias, y se cuidaba de no invadir el territorio del otro cuando cumplía con su trabajo. Hablaban, comentaban, reían incluso, un trabajo como cualquier otro.

En la puerta, detrás del agente encargado de aislar la escena del crimen, un puñado de ojos morbosos buscaba detalles que exagerar luego en los cotilleos que difundirían por el barrio y que, durante días, animarían las charlas de vecinos, amigos y familiares. La misma historia. Siempre.

Ricciardi separaba los delitos de factura evidente de los de factura oculta. Los primeros presentaban todos los elementos en la primera escena, la del impacto: él, pistola en mano, caído sobre el cuerpo de ella, las caras destrozadas por los disparos a quemarropa. El hombre despanzurrado en el suelo y, en el tercer piso, el otro que despotrica contra él y le dice que se levante para recibir su merecido. El pendenciero tumbado en el suelo, con el cuchillo que asoma por la chaqueta cual mango de paraguas bajo el brazo, y el otro, sujetado por cuatro transeúntes, sigue lanzándole invectivas cargadas de odio. Factura evidente. No hay duda, no queda más que hacer algo de limpieza y después redactar una montaña de atestados.

Factura oculta: el tenor que aparece degollado en su camerino y muchos con un motivo válido para quererlo muerto. La puta con el vientre abierto por un cuchillo desaparecido, en un cuarto por el que pasan decenas de personas al día. El ricachón asesinado entre la multitud de un barrio en fiestas y nadie ha visto nada.

Una pobre vieja inofensiva, pensó el comisario, «una santa», querida por todos, asesinada brutalmente a patadas y bastonazos; tenía la desagradable sensación de que no iba a ser tan fácil resolver ese crimen, dilucidar su factura.

Maione le llamó la atención; estaba agachado cerca de la alfombra, procurando no mover ni tocar nada. Debido a su mole, en esa postura recordaba a un Buda de alabastro, curiosamente vestido con uniforme de policía.

—Fíjese en esto, comisario, pisaron la sangre. Hay huellas de pisadas.

Ricciardi se acercó y observó atentamente. En efecto, se veían por lo menos las huellas de dos pisadas. Una ancha y pesada, la otra más leve. Una tercera, más atrás, amplia, alargada. Señalando esta última, Maione añadió:

—Éste es el pie en el que se apoyó el cabrón que la atacó a puntapiés. Patinó en la sangre dos veces, fíjese —aclaró, señalando otro punto en el charco de sangre negra—. Pero aquí y aquí, en cambio, es como si alguien se hubiese acercado de puntillas. Y ni la portera ni su hija tenían los zapatos sucios; yo mismo lo comprobé. Pero ¿qué

habrá hecho, ponerse a bailar?

—Quizá se trate de momentos distintos —reflexionó Ricciardi—. Pudo ser alguien que llegara después, cuando la víctima ya había muerto.

—Vaya trajín... ¿qué es esto, la estación central? ¿Y cuándo habrá ocurrido, si anoche la vieron retirarse a descansar y esta mañana a las nueve y media la encontraron muerta?

Del dormitorio les llegó la voz de Cesarano, el otro agente:

—¡Comisario, sargento, vengan!

El policía estaba de pie, cerca de la cómoda, con un cuaderno en la mano. Era un cuaderno escolar, de tapas negras, con el filo de las hojas de color rojo. Ricciardi lo cogió.

—Lo encontré entre las sábanas.

Cada hoja llevaba un número, tal vez una fecha. Una lista de nombres, con un número al lado que parecía la hora. Después de los nombres, con letra temblorosa, grande e inclinada, unas palabras con faltas de ortografía. Ricciardi leyó al azar:

9 Polverino, varón, amante mozuela, poco dinero.

10 Ascione.

11 Imparato, embra, padre muerto, mucho dinero.

12 Del Giudice, embra, marido le pega.

14 La Cava, ombre, deuda por pagar, poco dinero, charcutero.

15 Pollio.

17 S. di A., encuentro hombre de su vida.

18 Cozzolino, embra, novio pobre, viejo rico la pretende. Pedir mucho.

Ricciardi miró a Maione, esbozando una sonrisa.

—Aquí, el diligente de Cesarano ha encontrado el libro del futuro de los clientes de la santa. Tarifas incluidas. Vayamos al otro cuarto, a ver qué nos dice el forense.

Cuando se acercaron, Modo los miró negando con la cabeza.

—Seguramente murió tras el primer bastonazo. Fijaos en esto: el cráneo destrozado, hay restos de masa encefálica. Te lo confirmaré en el hospital, pero en mi opinión ni siquiera hacía falta que aplicaran tanta fuerza. La osteoporosis le había dejado los huesos finos y frágiles, podía haber muerto incluso de un bofetón bien propinado. ¿Por qué da tanto asco la gente?

Ricciardi no dijo palabra; seguía mirando el bulto, que Modo había enderezado como si se tratara de una marioneta, un pequeño maniquí vestido, una vieja muñeca rota.

Maione observaba la escena ceñudo, como si lo hubiesen ofendido personalmente.

—¿Y después? ¿Qué ocurrió tras ese primer golpe?

—Siguieron otros, al menos tres, en la cabeza, con el mismo objeto contundente, tal vez un bastón de paseo, un paraguas, no sé. Y luego, ya lo has visto, la fueron pateando por toda la habitación. Tiene varias costillas fracturadas, quizá la columna rota, no lo sé, tengo que comprobarlo. Hubo ensañamiento. No sé cuántos serían, debo averiguar si las marcas que tiene en el cuerpo son homogéneas, tengo que llevármela al hospital. Te contestaré mañana por la tarde.

—Me contestarás mañana por la mañana, sé que eres un as.

—¡No podré tener los resultados para mañana por la mañana! —protestó el forense—. ¡Que no soy un superhombre! Necesito dormir un poco, y para conseguirlo después de un día como el de hoy, tendré que emborracharme. Son cosas que requieren su tiempo.

—Protesta, anda, protesta, total, después acabas cumpliendo. Sabes de sobra que las primeras veinticuatro horas son las más importantes.

—Si vuelvo a nacer me hago policía, así yo también podré tomarla con los forenses... Anda, vete, haré lo que pueda. Pide que me la manden para el hospital, dentro de un par de horas iré yo también y ya veremos.

El doctor Modo se marchó sin dejar de rezongar ni un momento y sin despedirse de nadie; Maione se tocó la visera del sombrero, los agentes se cuadraron. Ricciardi lo obsequió con su sonrisa cansada y no dijo palabra. Se volvió hacia la imagen con el cuello roto, que le dijo: «El Padre Eterno no es mercader que paga los sábados». Y al decírselo, hizo un leve gesto que no había notado antes, como un movimiento del brazo para apartar algo.

Ricciardi se volvió hacia el cadáver y calculó su posición antes de que el doctor Modo lo moviese e incluso antes de que empezaran a patearlo. Fue entonces cuando reparó en el borde de la alfombra, el más alejado de la mesa y más próximo al viejo sofá destartado.

Se agachó y escrutó el suelo, debajo del sofá había una caja de galletas. Estiró la mano y con cuidado la arrastró hacia él: la tapa estaba entreabierta y en ella se leía: «Le Marie». Maione se acercó a Ricciardi y este lo miró fugazmente a los ojos. Sirviéndose de un pañuelo, abrió del todo la caja. Estaba llena a rebosar.

De dinero y letras de cambio embadurnadas de sangre coagulada.

En el trayecto desde las entrañas del barrio de Sanità a la jefatura, caminando veloz detrás de la delgada figura inclinada del comisario, Maione miraba distraídamente a su alrededor. Conocía bien la hostilidad de la que era capaz la buena gente de buen corazón de la ciudad, con qué rapidez la complaciente benevolencia, compuesta de sonrisas y reverencias sombrero en mano, se transformaba en violencia de manos furtivas dispuestas a lanzar piedras recuperadas del adoquinado contra los polizontes.

Protegía a Ricciardi, a un metro de distancia, sin acercarse demasiado como para resultar entrometido, ni alejarse en exceso como para no tener tiempo de cubrirlo con su propio cuerpo robusto.

Normalmente, mientras caminaba, solía observar su nuca descubierta, los mechones de pelo revueltos; reflexionaba sobre su absurda costumbre de no llevar sombrero, mostrando así su desprecio por el respeto ajeno, su indiferencia al prójimo. En la ciudad se llamaba «hombres sin sombrero» a los pobres, a los que carecían de nombre o familia, esos que por las noches se amontonaban en los zaguanes y durante el día se dedicaban a vaciar carteras.

No dejaba de comprobar con sorpresa que Ricciardi no suscitaba jamás, ni siquiera en quien lo mirase sin conocerlo, mofa o conmiseración; más bien temor, un sentimiento a medio camino entre el disgusto y el miedo, que el sargento no habría sabido definir. Era un hombre sencillo que no reconocía los matices, solo los intuía vagamente. Apreciaba al comisario, le habría gustado verlo más tranquilo, aunque le habría costado imaginarlo feliz.

Mientras caminaban en el aire fresco proveniente del bosque de Capodimonte y se alejaban de un nuevo cadáver, el sargento Raffaele Maione no conseguía quitarse de la cabeza a Filomena Russo, la mujer que a partir de aquella mañana luciría dos perfiles distintos.

Pensaba en la puerta entreabierta, en el extraño silencio de la placita de vico del Fico, en las miradas crueles de la gente que se había agolpado frente al bajo, en el insulto lanzado a espaldas de la pobre mujer. Volvía a ver la gota de sangre que caía en la oscuridad, y en el suelo, la media huella manchada de sangre, a la mujer apoyada en él con decoro y dignidad, sin miedo, durante el trayecto al hospital.

Y el horrible tajo en la carne, profundo, limpio, asestado sin titubeos ni vergüenza, sin conciencia ni remordimientos. Y a sentir el leve perfume de jazmín que le había quedado en la chaqueta del uniforme junto con la mancha de sangre, parecido al que comenzaba a percibirse en el aire, y que en poco tiempo inundaría las calles, triunfando definitivamente sobre el invierno.

Lo que más le costaba al sargento Raffaele Maione era quitarse de la cabeza la

belleza perfecta del perfil sano que había atisbado en la oscuridad de la habitación y aquella mirada serena dirigida al vacío.

En el despacho de Ricciardi de la jefatura, las sombras comenzaban a ganarle terreno a la luz de la tarde. Maione volvió a sentarse tras accionar el interruptor de la bombilla desnuda que colgaba del techo. La pantalla se había roto un año antes y nunca la habían sustituido.

—Y eso que he dicho cien veces, comisario, que le colocaran la pantalla. Les importa un pito, esa es la verdad. Como que hay Dios que hoy voy y los lleno de bofetones.

—No te molestes, déjalo. Total, no la necesito, utilizo la lámpara del escritorio. Sigamos, no perdamos tiempo.

Abierta, entre ambos, estaba la caja metálica hallada debajo del sofá. Esparcidos sobre el escritorio un montón de títulos de crédito, letras de cambio, cartas con promesas de pago. Los encontraron ordenados por fecha de vencimiento, unidos con cintas atadas con primorosos lazos. Cada documento llevaba un pedacito de papel en el que constaba el importe original y, si las había, las renovaciones.

Con la punta de la lengua asomada entre los labios y la frente fruncida por el esfuerzo, en una hoja Maione iba anotando columnas de números al tiempo que realizaba diligentes operaciones aritméticas.

—Vaya con la santa, ¿eh, comisario? Una que ayuda al prójimo al tres por ciento mensual. Una santa en toda regla. Una mártir, para ser más exacto.

—No es para tomárselo a broma, con todos estos... clientes, cualquiera pudo haberla matado. Serán unos treinta. Me pregunto por qué no tocaron el dinero.

Los dos se volvieron hacia los fajos de billetes, apilados en la otra mesa. Una buena cantidad de dinero, que nadie esperaría encontrar en el tugurio de un barrio popular, en manos de una mujer vieja e ignorante. Sobre todo, nadie esperaría encontrarlos en el lugar de un crimen tan feroz, abandonados por el asesino. Maione se encogió de hombros.

—A lo mejor no se dio cuenta, a lo mejor no vio la caja por culpa del miedo y la confusión. Incluso la rabia. Mató a la Calise y huyó.

—No. Ya lo has visto, las letras y el dinero están manchados de sangre. Hurgó en la caja con las manos sucias; después la tiró debajo del sofá. ¿Buscaba algo? ¿Encontró lo que buscaba? Y si se llevó lo que buscaba, ¿cómo haremos para dar con él? No ha dejado nada que nos conduzca a él. Tengo la impresión de que ninguno de los clientes que hay aquí —y con la mano delgada indicó el montoncito de documentos— es nuestro futbolista. Seamos escrupulosos, sigamos revisando y terminemos de censar a los fieles de la santa.

Compadecido por el prolongado esfuerzo en el ejercicio de las matemáticas, a última hora de la tarde Ricciardi mandó a su casa a Maione, aquejado de un dolor de cabeza por exposición a los cálculos; ya se encargaría él de terminar la lista de los acogotados, favorecidos por la inmerecida fortuna de la muerte prematura de su protectora.

Cuando se encontró al aire libre, el sargento inspiró hondo. El aire había cambiado definitivamente. Notó un vacío en el estómago y cayó en la cuenta de que se había saltado la comida. Pero pensó en el perfil de Filomena Russo y en su herida.

La cena podía esperar un poco más; enfiló en dirección al hospital dei Pellegrini.

Ricciardi salió de la jefatura dos horas más tarde, cuando los seres diurnos habían desaparecido y los nocturnos habían tomado posesión de la calle ancha que debía recorrer para regresar a su casa. Iba con la cabeza inclinada, las manos en los bolsillos; llevaba en los puños algunas manchas de tinta, indicio de los largos atestados que había que rellenar cuando se producía un homicidio.

Caminando bajo las miradas que lo seguían desde la sombra de los portones o la entrada de los callejones, hizo caso omiso de los intercambios que se interrumpían un instante cuando él pasaba con sus andares leves, y de las mujeres con los senos al aire que, al verlo venir, se refugiaban en la oscuridad de las travesías para ofrecerse enseguida a quien sentía la primavera latir en la sangre o, simplemente, la soledad en el pecho.

Ricciardi avanzaba con la cabeza gacha, la mente ocupada con el nuevo misterio, el sufrimiento, el dolor que pedía tregua. Repasaba paso a paso, bajo la luz ondulante de las farolas que colgaban en el centro de la calle, el rastro de sangre de la alfombra, el miserable bulto de trapos, el cuello roto. Aquélla figura cérea que, con la mitad sana de la cabeza destrozada, seguía repitiendo un antiguo refrán.

Pero también imaginaba la desesperación que la perversa actividad oculta de la víctima debía haber causado a decenas de familias. La usura es vil, pensaba Ricciardi, uno de los delitos más tristes, porque toma la confianza y la vuelve en contra de quien la entrega. Y chupa el trabajo, las esperanzas, las expectativas: chupa el futuro y se lo lleva.

Sonrió mirando el asfalto. Qué ironía, la vieja tenía dos oficios, con uno daba esperanzas, con el otro las quitaba. Con uno había vivido, por el otro había muerto. Sin diferenciarse demasiado de la humanidad misteriosa y sórdida que lo rodeaba en la negrura de los antros de via Toledo, Carmela Calise había logrado encontrar la manera de vivir explotando la confianza ajena.

Los dos oficios no eran muy distintos. La cartomántica y la usurera chupaban confianza y esperanzas, secando el alma. Pero la pregunta era la de siempre: ¿tenía o

no tenía derecho a vivir? Ricciardi sabía la respuesta. Y no tenía dudas.

Maione entró en la sala de mujeres del hospital con un ligero jadeo tras haber subido corriendo las escaleras. Como de costumbre, pese a que era tarde, la enorme habitación de techo altísimo estaba llena de gente: niños que lloraban, familias enteras que vociferaban alrededor de las camas sin preocuparse por el descanso de los enfermos. Ni señales de los médicos o las enfermeras.

El sargento miraba a su alrededor en busca de Filomena Russo al tiempo que se secaba la frente con el sombrero echado hacia atrás. La encontró casi de inmediato porque estaba sola, compuesta, de negro, con la misma ropa de la mañana. Maione se acordaba de que, al verla por primera vez, aquel vestido sencillo estaba empapado de sangre. Y volvió a oír la gota que caía en la oscuridad.

Se aproximó recorriendo el pasillo entre las dos filas de camas, consciente de que a su paso las conversaciones cesarían y las miradas se volverían hostiles.

—Buenas noches, señora. ¿Cómo se siente?

Filomena se volvió muy despacio, como había hecho por la mañana, más hacia el sonido de la voz que hacia la persona. Llevaba el lado derecho de la cara cubierto por un vendaje en cuyo centro destacaba una línea roja de sangre: el costurón.

Sus negros cabellos estaban cubiertos por una costra de sangre y sudor, el vestido sucio; sus rasgos delataban cansancio y dolor. Sin embargo, incluso en esas condiciones, era con diferencia la mujer más hermosa que Maione había visto jamás.

—Sargento, debo darle las gracias. De todo corazón.

La voz. Maione recordó que el doctor Modo había hablado con admiración del tono de la voz de Filomena. Él, por su parte, pensó que así debía de ser la voz de los ángeles: profunda, dulce, vibrante como el sonido que permanece en el aire cuando una campana ha dejado de tañir. En un santiamén, el policía sintió que flotaba e iba del hospital hasta la orilla del mar.

Tras un largo instante, salió del ensimismamiento. Con tal de no tener que responder a la mirada de aquel único ojo del color de la noche, dijo:

—Venga, señora. Venga conmigo, que la acompaño a su casa.

Al subir las escaleras, Ricciardi oyó que la radio de su casa emitía un temaailable a todo volumen. Mi tata se está volviendo sorda, pensó con ternura. Pelmaza, pedante e indiscreta, de mal carácter y pésima cocinera. Pero es mi familia.

Abrió la puerta con sus llaves, plenamente convencido de que habría podido derribarla a patadas sin que Rosa se enterara de nada. Fue derecho al salón y giró casi del todo el botón del volumen del enorme aparato de radio de madera clara. Contó hasta tres y se volvió hacia la puerta, exactamente en el momento en que la tata, hecha una furia, aparecía en el vano.

—¡Pero bueno! ¿Es que ya no se puede escuchar la radio en esta casa?

—Tú sí, faltaría más. Pero en el Museo Nacional, a dos kilómetros de aquí, se despertaron cuatro momias y se pusieron a bailar con la música de Cinico Angelini y el director fue a la jefatura a quejarse.

—¡Menuda sorpresa, se ha vuelto gracioso ahora! Entonces será que ha tenido un buen día, ¿eh? Ahí sentado, bien cómodo, leyendo sus papeles. Yo, en cambio, pobre vieja, con todos mis dolores auestas, he estado todo el día dando vueltas para sacar adelante esta casa.

—Así me gusta, sigue sacándola adelante mientras yo me voy a lavar la cara.

—Pero dese prisa que dentro de diez minutos pongo la mesa. Es tarde y todavía no ha cenado.

Una amenaza y una condena, pensó Ricciardi. Ya sé con lo que me torturará esta noche, el olor a coliflor llega hasta la piazza Dante.

Fue a su dormitorio, se quitó el sobretodo y la chaqueta y no pudo resistir la tentación de acercarse a la ventana. A pocos metros de distancia, la familia del segundo piso estaba terminando de cenar. Desde donde él estaba veía la mitad de la amplia cocina y solo una parte de la mesa a la que estaban sentados.

Se conformaba todavía con menos. Precisamente al alcance de la vista, como siempre, Enrica comía sentada en la punta de la mesa para no estorbar con la mano izquierda a quien tenía a su lado. La acompañaban sus hermanos, sus padres, el que Ricciardi suponía su cuñado porque lo había visto del brazo de la hermana de la muchacha.

Lo conocía todo: la vajilla, las copas, el mantel y las servilletas, las sillas, tras un año de muda devoción sumada a la deformación profesional de memorizar hasta el último detalle; poco importaba que ni siquiera conociese al cuñado. Es más, por primera vez había procurado no indagar.

Le gustaba así, su normalidad sin tiempo y sin espacio; calma y dulzura, fuerza y sosiego. Firme, único faro en la niebla de su dolor, pequeño puerto sereno al que regresar todas las noches Cuando su trabajo lo mantenía alejado de aquella ventana,

bien porque debía completar una investigación o redactar un informe, y se perdía el encanto de aquel momento, se apoderaba de él una leve inquietud. No encontraba sosiego hasta que regresaba a aquella ventana.

Rosa lo llamó a gritos desde la cocina. Angelini interpretó con su orquesta un último arabesco.

Hasta dentro de poco, mi delicado amor.

Maione callaba. Cien preguntas se le agolpaban en la boca del estómago, pero guardaba silencio.

Filomena caminaba a su lado, a menos de un metro de distancia; por más que lo intentaba, Maione no conseguía que fuera a su lado, ella se empeñaba en ir unos pasos por detrás del hombre uniformado. Como si no se considerara a su altura, como si se avergonzase.

—Ha de dolerle mucho.

—No, no demasiado. El médico fue amable, puso mucho cuidado.

Caminaron en silencio un trecho más. Maione miraba el suelo; Filomena avanzaba con la vista al frente. Sin miedo, sin descaro, sin soberbia. Se sostenía la venda con la mano.

—Usted comprenderá, señora, que debo hacerle unas preguntas.

—¿Por qué, sargento? No he puesto una denuncia y no pienso ponerla.

—Pero..., señora, se trata de un delito y yo soy policía. No puedo fingir que no he visto lo ocurrido.

Filomena aminoró el paso, como si estuviese considerando las palabras de Maione.

—Usted pasó por casualidad. Yo no lo habría llamado. Quiero decir, no vaya a pensar que no le estoy agradecida. Hizo usted lo que ni un hermano habría hecho. La gente del barrio..., ya se habrá dado cuenta de que no tengo muchos amigos. Podía haberme quedado allí sangrando todo el día.

—Sí, quiero decir no. No hice nada. La acompañé al hospital, y ahora la acompaño otra vez a su casa. Pero tengo que saber.

Maione se detuvo. Estaban en la esquina de la piazza Carità, bajo el cono de luz trémula de una farola. Se oyó ladrar a un perro.

—Ha sufrido usted una injusticia tremenda. Tal vez ahora no lo comprenda, pero mañana se dará cuenta. La herida que le han hecho... no volverá usted a ser la misma de antes, lo sabe, ¿no? ¿Qué ocurrió? ¿Quién fue?

La luz iluminaba el lado herido y la venda enrojecida por la sangre. La otra mitad de la cara estaba en penumbra y Maione no hubiera podido descifrar su expresión. Pero de no haber sido absurdo, por un instante le pareció que sonreía.

Fíjate, pensaba Tonino Iodice, el pizzero. He terminado de barrer, ni una miga en el suelo. Está todo como si nadie hubiera comido, todo como antes. Se han marchado a casa, con sus esposas, con sus madres. Se han reído, han cantado, se han emborrachado. También han pagado, lógico, ¿no? Alguno volverá. A saber cuándo, a saber si traerá a alguien más.

Si han comido bien, volverán. Y otra vez, y otra más. Tendré un poco de suerte: mi mujer me mirará con amor y mis hijos, con respeto. Porque la suerte trae el dinero, y el dinero, respeto. Dios me ha dado más tiempo. Si la vieja siguiera viviendo, yo no tendría tiempo. Habría tenido que cerrar y adiós libertad, adiós hijos, adiós esposa. Pero se murió. Cuánta sangre, Virgen de mi alma. Cuánta sangre.

No me acuerdo de las escaleras, no me acuerdo de la calle. Dios quiso que nadie me viera. Y lo siento, cuánto lo siento. Pero ahora dispongo de tiempo. Ella murió empapada en sangre y yo dispongo de tiempo. Sigo adelante. Y espero.

Espero el momento en que vengan a detenerme.

Ricciardi estaba otra vez delante de la ventana y miraba. Enrica había barrido hasta la última miga y la cocina estaba en orden, como si nadie hubiese comido en ella.

La miró mientras volvía la cabeza a su alrededor, inclinándola un poco de lado, se secaba las manos en el mandil que llevaba atado a la cintura.

Ya verás, ahora hace un leve gesto afirmativo y suspira. Coge el bastidor, enciende la lámpara junto al sillón, aquí mismo, a un paso de la ventana, y se pone a bordar.

Ricciardi contiene el aliento, cierra los ojos despacio y vuelve a abrirlos. Tiene los brazos cruzados, respira despacio. Enrica enhebra la aguja.

Nadie en el mundo te querrá como te quiero yo. Yo, que no te hablo. Tú no me ves, pero yo velo por ti. Eso hace un hombre que ama en silencio, como hago yo.

En las escaleras de la jefatura, el fantasma del guardia muerto llama a su esposa y dice: «Qué dolor». En el apartamento a oscuras del tercer piso, en el barrio de Sanità, la figura de la vieja asesinada repite su refrán.

Ricciardi mira a Enrica que borda.

Los muertos parecen vivos y los vivos parecen muertos.

A Lucia Maione le gustaba dormir con los postigos abiertos y las cortinas recogidas. Era de esas cosas que ella calificaba de «ocurridas después»; quería ver el cielo en todo momento.

«Ocurridas después» de haber perdido la sonrisa, las ganas de reír, el gusto por el mar. Después. Dividía su vida en «antes» y «después». Antes y después de la muerte de su hijo.

Seguía oyendo la voz de Luca cuando subía las escaleras, y viéndolo en la cara de sus otros hijos; se colaba en silencio en sus pensamientos y reía, mientras ella había dejado de hacerlo. Ella le había dado la luz y él se la había apagado.

El subjefe de policía Angelo Garzo había descolgado el sobretodo del perchero cuando Ponte, su auxiliar se asomó a la puerta. En cuanto vio que su superior se disponía a marcharse, se detuvo en el umbral, indeciso; era tarde para volver sobre sus pasos, pero sabía con qué facilidad el subjefe era presa de la ira si lo retenían por temas burocráticos cuando estaba a punto de marcharse.

Se quedaron así, mirándose fijamente, Garzo de pie, con el sobretodo colgado del brazo y Ponte inclinado en mitad de una reverencia. El subjefe de policía rompió el hechizo.

—Habla de una vez. ¿Qué quieres? ¿No ves que ya me iba?

Ponte se puso colorado y se inclinó todavía más.

—No, dottore, disculpe. Es que han matado a una mujer en Sanità. Aquí tiene el informe, me lo ha dejado el comisario Ricciardi, que fue quien intervino. Lo puede ver mañana, faltaba más, dottore.

Garzo resopló, irritado, arrancándole al hombre la carpeta que llevaba en la mano.

—Como de costumbre..., tenía que ser Ricciardi. Si hay algún lío, seguro que Ricciardi está metido. A ver, tal vez esté implicado alguien importante, y esta noche, en el teatro, si no sé nada, quedaré como un imbécil.

Leyó a toda prisa el acta, y mostrándose visiblemente aliviado, se encogió de hombros.

—Nada, nada. Una pobre infeliz a la que han quitado de en medio a golpes. Tenías razón, Ponte, no es nada que no pueda esperar hasta mañana. Si ocurre algo, estoy en el teatro. Buenas noches.

No había mucha gente en la platea; la comedia llevaba tiempo en cartel y en la ciudad había otras funciones. Marisa Cacciottoli de Roccamonfina suspiró, hubiera preferido ir a ver algo distinto. Miró a su amiga, sentada a su lado en el palco.

—¿Cuántas veces más vas a asistir a este espectáculo? Podríamos meternos en la caja del apuntador y hacerle el trabajo, nos sabemos las frases de memoria. Estamos en boca de todos, somos la noticia del día. Ayer, en el Gambrinus, Alessandra Di Bartolo me dijo: «Tú que entiendes de teatro, ¿me puedes aconsejar algo interesante? ¡Lo digo porque me comentaron que Emma y tú no os perdéis ni una!». Imagínate, «¡no os perdéis ni una!». ¿Qué habrá querido decir?

La mujer a la que se dirigía era joven y refinada. El cabello negro bien corto, como dictaba la moda, la piel blanquísima, la barbilla apenas pronunciada que revelaba su carácter fuerte y decidido.

Se volvió un momento a mirar a Marisa, pero sin apartar la atención del escenario.

—Pues si ya no quieres acompañarme, dilo claramente. Me buscaré a otra persona. Ya sabes que las hay dispuestas a que las vean paseándose conmigo. Ah, y dile a esa tonta de Alessandra y a las que se reúnen en su casa con la excusa de jugar a la canasta y luego se dedican a cubrir al prójimo de fango, que si tanta curiosidad sienten, que me lo digan a la cara.

Marisa desistió ante la vehemencia del ataque.

—Emma, somos amigas de toda la vida. Nuestras pobres madres ya eran amigas antes de que nosotras lo fuéramos y si hubiésemos tenido hijos, habrían perpetuado la amistad. Precisamente por eso debo decírtelo, estás haciendo el ridículo. No te digo que no te diviertas, faltaría más, justamente yo que ya sabes lo que soy capaz de llegar a hacer, pero un poco de discreción no te vendría mal.

—¿Discreción? ¿Y por qué, si puede saberse? ¿Qué hago yo de malo? Veo una comedia que ya he visto, ¿cuál es el problema? ¿Acaso eso autoriza a esas víboras a escupirme su veneno?

—En primer lugar, ves esta comedia dos o tres noches por semana desde que está en cartel, y por lo menos una de cada tres en compañía de esta servidora que, por seguirte, se está volviendo más tonta de lo que ya es. En segundo lugar, son mayoría las noches que no vuelves a casa. No lo niegues, porque el marido de Luisa Cassini te vio en Santa Lucia en dos ocasiones, cuando iba a trabajar a las ocho de la mañana, y tú volvías a tu casa.

Estiró la mano, cogió la de su amiga y se la estrechó.

—Sin broma, Emma, me tienes preocupada. Tú siempre has sido la fuerte. Un ejemplo que seguir. Tienes un marido importante, enamorado. De acuerdo, es mayor que tú, ¿y? ¿No lo sabías acaso cuando aceptaste casarte con él? Nadie te dice que no tengas tus..., tus distracciones, ¡pero con discreción! Y haz el favor de volver a casa. No destruyas una posición que mucha gente te envidia.

En la oscuridad del palco, los ojos de Emma Serra di Arpaja estaban rebosantes de lágrimas.

—No lo entiendes, Marisa. Es demasiado tarde para volverme atrás. Demasiado tarde.

La orquesta atacó y se abrió el telón dando paso a la escena.

A la mañana siguiente, cuando Ricciardi subía el último tramo de escaleras de la jefatura, se sorprendió al encontrarse a Maione dormido en la silla, delante de la puerta de su despacho.

—¿Maione? ¿Qué haces aquí a esta hora?

El sargento dio un respingo, se levantó de un salto, tiró la silla, se le cayó el sombrero, lo recuperó al vuelo, lanzó una maldición, levantó la silla, saludó militarmente tocándose la frente con el sombrero en la mano, lanzó otra maldición, se puso el sombrero y dijo «A sus órdenes, señor».

—No sé qué te pasa —dijo Ricciardi, negando con la cabeza—. Un día llegas tarde, todo manchado de sangre, al día siguiente te encuentro dormido en la jefatura a las siete de la mañana.

—No, comisario, es que no dormí bien y entonces pensé, ¿habrá terminado el comisario de hacer todos esos números? Y me dije, mejor lo alcanzo y le echo una mano, porque ese si no termina en casa no se va, mejor voy, pensé...

—Sí, sí, de acuerdo. Prepárame el sucedáneo de café, anda, y ponte un litro tú también, a ver si te despiertas. Y ven enseguida, que tenemos trabajo. Yo también pensé.

Ruggero Serra di Arpaja, ilustre jurista, profesor universitario, protagonista de la vida social napolitana y uno de los aristócratas más ricos de la ciudad, lloraba sentado en el sillón tapizado de raso de su alcoba. Esto pasa por casarse con una mujer más joven, pensaba. Por tener necesidad de sentirse amado y después no saber prescindir del amor. Por haber llegado a los cincuenta y cinco años sin darse cuenta de que pasó el tiempo. Por no haber tenido hijos. Por haber olvidado lo que significa estar solo. Por no tener amigos, solo eximios colegas.

Se estremeció al pensar en su soledad, tuvo la sensación de encontrarse en la cima de una montaña, sin senderos por donde enfilarse para ir en busca de ayuda. Y necesitaba ayuda. Él, que había estudiado tanto y aconsejado siempre a sus clientes cómo escapar de elaboradas trampas jurídicas, no encontraba solución para su caso.

Sin embargo, pensó, lo había dispuesto todo con cuidado: un ejemplo perfecto de premeditación. Un contrato, dos prestaciones, un pago. ¿Qué se hace, señores estudiantes, cuando no hay manera de saber si la acción pactada se llevó efectivamente a cabo?

Advirtió que en la alfombra habían quedado las huellas de los zapatos del día anterior. Debería haberle dicho a la criada que las limpiase. O quizá, para variar, debería haberlas limpiado él mismo.

Rituccia esperaba a Gaetano en las escaleras de la iglesia de Santa Maria delle Grazie. En el sitio de siempre. Esperaba sentada con las manos en el regazo, digna como una dama que ha pedido un té. Él le había dicho que solicitaría permiso al maestro para llegar a la obra un poco más tarde y así poder hablar con ella. Como en otros tiempos. Porque como él tenía que trabajar y ella sacar adelante la casa, casi no se veían.

Se conformaban con cruzarse un momento, delante de la puerta de los bajos contiguos donde vivían y contarse todo lo ocurrido. Se conocían demasiado bien; les bastaba con una mirada, pocas palabras. Incluso con una expresión.

Lo vio de lejos con su forma característica de andar, como oscilando, y por la que muchas veces le había tomado el pelo. Él siempre se enfadaba: Gaetano no sabía bromear. Rituccia le dejó sitio en el peldaño. Él la miró.

—¿Otra vez?

Ella bajó la vista. Él apretó el puño y se golpeó la pierna con fuerza silenciosa. Así desahogaba la rabia.

—Lo mato. Ésta vez lo mato.

Rituccia no dijo nada. Sin apartar la vista del suelo, tendió la mano hacia la rodilla de Gaetano y la rozó. Se quedaron así un buen rato. Él respiraba con fuerza, los ojos enrojecidos en la cara morena.

—¿Y tú? —preguntó ella, mirándolo a los ojos.

Poco después, Gaetano asintió con la cabeza y clavó la vista en el peldaño.

Se quedaron así, en silencio. Y después habló él.

—Hay un guardia. Anoche estaba con ella.

Rituccia se sobresaltó y le estrechó la mano. Su mirada destilaba una preocupación rayana en el terror.

—No debemos preocuparnos. Tiene la mirada embobada de siempre. Camorristas, guardias. La misma mirada.

Entonces sonrió, más tranquila, y apoyó la cabeza en el hombro de Gaetano.

El doctor Modo se asomó a la puerta que separaba las salas de autopsia de las de espera, y se encontró con Ricciardi y Maione que venían de la jefatura. Se estaba secando las manos con un pañuelo y llevaba la bata impregnada de manchas inconfundibles.

Parecía un muchachito dispuesto a jugar a la pelota en la calle.

—Vaya, qué agradable compañía. Bienvenidos, amigos, ¿habéis venido para llevarme a desayunar? —preguntó con una amplia sonrisa satisfecha.

Tras escutarlo un momento, Ricciardi le dijo:

—Sí, pero antes quítate el uniforme de carnicero, que ya cuando pasamos nosotros la gente se vuelve para que no la veamos hacer sus conjuros, algunos muy desagradables de ver. Solo nos falta que nos presentemos con el doctor Frankenstein y nos paseemos por el barrio de la Pignasecca.

—Éste es el Ricciardi que me gusta, el alegre, el optimista, el de las lecturas ligeras. ¿Has probado con la Invernizio, o con la tal Liala? O con Pitigrilli; a todos los imbéciles apasionados de vuestro régimen los veo con sus libros.

—Mi querido intelectual, para que lo sepas, no tengo tiempo de leer y soy más optimista que tú, que ves el futuro más negro que el presente. Anda, que te invito a café y a una sfogliatella, como te prometí.

En la calle, el mercado de la Pignasecca estaba en el apogeo de su frenética actividad. De los puestos desvencijados unos gritos canoros proclamaban las maravillas de mercancías de lance; los carritos inestables avanzaban entre la multitud; decenas de muchachitos semidesnudos, de piel oscura y cabello rapado para evitar los piojos, pasaban como una exhalación entre los vendedores tratando de robar algo para comer.

A su paso, la gente se apartaba dócilmente como empujada por el impacto de una ola silenciosa. Dos policías y un médico, de los que destrozan cadáveres. ¿Qué podía traer más mala suerte?

Llegaron a un café de la piazza Carità, donde ocuparon una mesita interior, cerca de la cristalera. La película de la ciudad en movimiento se volvió muda.

Con una seña, Ricciardi pidió al camarero tres cafés y tres sfogliatelle.

—¿Y bien? ¿Hay novedades sobre la muerte de la Calise? Imagino que me dirás que murió de tisis.

Modo sonrió con un resoplido, encendió un cigarrillo y cruzó las piernas.

—Para variar, podrías mostrar un poco de respeto por el trabajo ajeno. Entre tú y el sargento Maione, aquí presente, llevo dos días sin salir de esa cloaca de lazareto donde trabajo. Si no fuera porque quiero estar presente cuando alguien os mande allá, para daros el golpe de gracia, ya habría huido al extranjero. A España, por ejemplo,

donde aprecian de veras a los médicos y si no, los fusilan y si te he visto no me acuerdo.

Maione intervino, irónico, con aire de fingida aflicción.

—Doctor, perdone, pero la pobre perdía mucha sangre... Yo me impresioné, y ya sabe que si no está usted, no me fío. Cuando uno se siente cómodo en una tienda, vuelve. ¿O no?

—Sí, sí, siga tomándome el pelo, parece que se ha convertido en el deporte nacional. ¡De todos los clientes que me han tomado cariño, tenían que tocarme los policías más tronados de Nápoles! Mucho cuidado, que soy verdaderamente bueno, ¿me ha entendido? Por ejemplo su amiga, sargento, me hubiera gustado ver cómo le dejaba la cara alguno de mis colegas que se las da de gran profesor. Yo opero en el hospital por motivos ideológicos, no porque sea incapaz de trabajar en una estupenda consulta privada.

Ricciardi estaba perplejo.

—Tienda, amiga, consulta... ¿de qué estáis hablando, si puede saberse? ¿Qué amiga de Maione?

La cara enorme del sargento se había puesto colorada como una sandía.

—No es ninguna amiga. Se trata de la señora de la que le hablé ayer, comisario, la que me ensució la chaqueta de sangre, ¿se acuerda? No la conozco, quiero decir, no la conocía. La acompañé a ver al doctor porque se había hecho daño.

—¡Caray, se había hecho daño! ¡A esa la han arruinado para los restos! Con lo hermosa que era. Créeme, Ricciardi, un camafeo. Un auténtico camafeo. ¿Por qué será que nuestro sargento se ha puesto tan colorado? ¿Le habrán dado un bofetón? ¿O es que está enamorado?

—Oye, que Maione tiene una familia preciosa, no está solo y desesperado como tú. Así que nada de enamorarse. Digamos, más bien, que un policía es un policía, esté o no de servicio.

Maione levantó la vista en señal de mudo agradecimiento por la ayuda que Ricciardi acababa de prestarle. Pero el comisario no le devolvió la mirada.

El médico volvió a la carga tras estirar las piernas debajo de la mesa y entrelazar los dedos detrás de la nuca.

—Un policía en primavera, entonces. ¿Y qué tal tu primavera, Ricciardi? ¿Ha dado señales de vida?

—Pero si todavía hace frío. Anda, basta ya de charla que se hace tarde. ¿Has terminado con la Calise? ¿Qué has averiguado?

—No sé qué decirte, dime tú qué quieres saber. Te consta que hago hablar a los muertos, que para mí no tienen secretos; si tienen algo que decir, me lo dicen al oído, después decido si te lo cuento o no.

Maione rio socarronamente ante aquella imagen macabra. En esta ocasión

Ricciardi tampoco se inmutó.

¿Quieres decir que los muertos hablan contigo?, le hubiera gustado preguntar. No puedes imaginar siquiera lo que significa esa frase. ¿Sabías que todas las mañanas me reciben dos muertos en las escaleras de la jefatura? ¿Y que el cadáver que has troceado esta mañana sigue repitiéndome un extraño refrán con la garganta rota? ¿A mí vienes a decirme que los muertos hablan contigo?

—Por ejemplo, la Calise. Estaba enferma, un tumor de huesos muy avanzado. Le quedaban entre seis y ocho meses de vida. Tu asesino ha malgastado inútilmente sus energías, se adelantó a la naturaleza por muy poco.

Seis, ocho meses, pensó Ricciardi. ¿Te parece poco? Una primavera, un verano, un otoño. Flores, el perfume de la hierba nueva y del mar en la rompiente; el primer viento fresco del norte, las castañas asadas en la calle. Algún copo de nieve, niños desnudos que se zambullen, o con la nariz apuntando al cielo para ver a qué se parece aquella nube. La lluvia en las calles, los cascos de los caballos. Los gritos de los vendedores ambulantes. Tal vez habría contado con otra Navidad y los gaiteros en las plazas y las casas.

Seis, ocho meses. ¿Acaso la pobre e infame usurera, la cartomántica mentirosa, a cambio de las pequeñas ilusiones que regalaba no habría tenido derecho a seis, ocho minutos más, si la vida se los hubiese concedido?

—... tenía los huesos como el papel, como la madera de un mueble comido por las termitas. No era necesaria tanta fuerza. ¿Sabéis cuánto pesaba el cadáver? Cuarenta y cinco kilos.

—¿Y las heridas? ¿Qué heridas has encontrado, Bruno?

—Las heridas, dices. Hueso parietal derecho hundido con pérdida de masa encefálica —enumeró el médico con los dedos, sin dejar el cigarrillo que sostenía en la mano ahuecada, a su manera tan característica—, oreja derecha destrozada; vértebras del cuello fracturadas por dos o tres golpes en la zona. Pómulo derecho hundido con estallido del globo ocular. Y además, las patadas.

—¿Tenía más heridas?

—Sí, sargento, múltiples heridas. Afortunadamente, cuando empezaron a patearla la pobre ya era un saco de trapos, ya se había marchado al lugar donde está ahora, que para este viejo médico materialista es la nada absoluta. Todas las costillas, y me refiero a todas, destrozadas, con perforación de los pulmones, el estómago, el bazo hecho puré y así el resto. Pensad en una lesión por traumatismo, la que sea, ella la tenía. En un momento dado me cansé de transcribir lo que encontraba, ¿os lo podéis creer? Me entró el asco por el trabajo; suturé, cerré el saco y salí a fumar. Necesitaba tomar el aire.

Los tres guardaron silencio mientras miraban a través de la vidriera. De pronto era bonito observar a todos aquellos muchachitos que corrían, las mujeres que

charlaban y los hombres que se robaban mientras fingían hacer negocios. Pese a todo, aquello era la vida. Y la vida era preferible a la muerte.

—Además de la lista de las heridas y fracturas, ¿has encontrado algo que pueda resultarnos útil? ¿La dinámica?

Modo se rascó la mejilla hirsuta con aire pensativo.

—Vamos a ver, la mujer murió entre las diez y las doce de la noche, minuto más, minuto menos. El golpe mortal, el primero, tenía trayectoria de arriba abajo, como demuestra la dirección de la fractura del cráneo. El hecho de que se encuentre a la derecha puede significar dos cosas: que quien la golpeó era zurdo y se encontraba frente a la víctima o que era diestro y entonces la Calise estaba de espaldas. Me inclinaría por esta segunda hipótesis, porque con la primera patada le fracturó el cuello y la alcanzó aquí, en la base de la nuca. Además, aunque los huesos eran frágiles por el motivo que acabo de indicarte, la fuerza empleada fue mucha. No es seguro, ya lo sabéis, pero yo pensaría más bien en un hombre. O en una mujer joven, llena de rabia.

—¿Alguna huella en las heridas? No sé, marcas de anillos, cortes raros, a veces ocurre.

—No, nada de eso. Seguramente llevaba zapatos. Las heridas eran por roce, piel, cuero, suela. ¿Lo recuerdo mal o había unas buenas marcas en la alfombra? Pues eso. —Y señalando hacia el exterior de la vidriera, añadió—: Tendréis que buscar a alguien con los zapatos sucios.

Siguieron mirando fuera. Ahora, a saber por qué, las expresiones torvas eran más vivas que las sonrisas. Como si allá fuera la calle estuviese llena de asesinos rebosantes de odio, con las suelas de los zapatos ensangrentadas.

—Y alguien de ahí fuera, mi querido Ricciardi, mi querido sargento Maione, llevaba encima una buena dosis de rabia y la descargó sobre esa pobre viejecita que tengo como invitada. No tuvo piedad, ni siquiera pudo pensar por un instante que ella habría podido sobrevivir. Sin duda, la pobrecilla no se dio cuenta de que se estaba muriendo, ni siquiera debió de sufrir; una descarga y adiós. No le dio tiempo a gritar, a respirar siquiera. Quien la golpeó debía de llevar dentro el infierno entero. Quiso liberarse. Se ha dado el gusto y se ha quitado la preocupación de encima.

—No, Bruno, no se ha quitado la preocupación. No se la ha quitado. Pensará una y otra vez en lo que ha hecho. Y maldecirá el momento en que quiso darse el gusto. Créeme.

Ricciardi hizo esta reflexión en un susurro apenas audible, habló apretando los labios, mirando la negrura de su taza de café intacta, apoyado en el respaldo de la silla, con el mechón de pelo en la frente, las manos en los bolsillos del sobretodo desabrochado. Sus ojos verdes eran transparentes y parecían ver lo que nadie más veía; y así era.

Al oír su susurro, los otros dos se estremecieron.

Atilio Romor salía a escena en la mitad del primer acto. Interpretaba a un hombre apuesto, superficial, petulante y convencido de ser el mejor de este mundo. Dejando de lado la superficialidad, en la vida real no estaba muy alejado de su personaje en cuanto a la opinión que tenía de sí mismo.

Entraba con un saltito, en mitad de una divertida conversación entre el protagonista y la primera actriz. Debía decir: «¡Señores, aquí estoy yo!», y después quitarse el sombrero con un amplio ademán y una sonrisa de oreja a oreja. El protagonista, que además era autor y director de la comedia, fingía haberse asustado, salía disparado y tiraba una silla.

Todos debían reír por la torpeza, y en efecto, reían. Pero cuando el público femenino, que era mayoría, se quedaba extasiado ante la belleza de Attilio, la silla rodaba en medio de un incómodo silencio. El autor no aceptaba que otro le robara la escena. Y se vengaba. Dios, cómo se vengaba. Attilio se sentía perseguido en todo momento: en los ensayos le hacía repetir decenas de veces la misma escena banal; en las largas reuniones semanales lo obligaba a leer los papeles femeninos, «para enseñarle los medios tonos», como decía con voz impostada, humillándolo delante de los miembros de la compañía.

Attilio sabía que él era más competente y sospechaba que el director también lo sabía, por eso lo castigaba. Más competente e infinitamente más apuesto.

Cabello largo y negro como el pelaje de una pantera; ojos del mismo color, mandíbula prominente, alto, delgado, anchos hombros, voz profunda. Leía el deseo en los ojos de las mujeres, la pasión que latía en el pecho, en las bocas que se abrían como flores, en las perlas de sudor que humedecían los labios.

Siempre había sido así. Hombres enemigos, mujeres a sus pies. En la escuela lo perseguían los maestros y la perfidia de sus compañeros, mientras que las maestras lo adoraban y sus compañeras se enamoraban de él. En el escenario, las mujeres lo seguían con ojos relucientes, en las miradas de los hombres solo había odio.

Desde niño su madre lo había puesto en guardia: «Sé consciente de tu belleza — le decía, dándole consuelo por la animadversión ajena—. Es por tu belleza, los vuelve locos y envidiosos. Defiéndete, no pienses más que en ti mismo; busca tu provecho, y mejor que mejor si se convierte en mal para esos malvados».

Los celos lo seguían constantemente. Los de sus numerosas amantes, ninguna de las cuales había podido considerarse su dueña; los de sus colegas a quienes robaba las escenas; los de los maridos a quienes les robaba las esposas.

Y como en el mundo del teatro quienes decidían eran los hombres, Attilio se veía relegado a papeles ridículos; no lo echaban, no, al contrario, era más bien buscado, a todos los directores teatrales les iba bien poder contar en cada representación con

cincuenta o sesenta espectadoras embelesadas. Pero si los directores teatrales tenían ocasión de humillarlo, lo hacían siempre de buen grado.

Éste, en particular, estaba resultando peor que todos los demás. Como era un dramaturgo emergente, deseaba seguir los pasos de los artistas más famosos: tres años antes había cosechado un éxito extraordinario con su primera comedia y se había confirmado en las dos temporadas siguientes. Sabía conjugar comicidad y tragedia, conquistando el favor del público y la malevolencia de los críticos, signos ambos de indiscutible grandeza. También formaban parte de la misma compañía su hermano y su hermana, a los que Attilio consideraba —y sospechaba que no era el único— más competentes que él. De todos modos, había que reconocer que el maldito presuntuoso tenía una personalidad fuerte, carismática, y era capaz de escribir textos teatrales de éxito. A pesar de la legendaria perfidia con la que trataba a los actores, formar parte de su compañía era el pasaporte para alcanzar la gloria.

En un primer momento se sintió querido. El Maestro, como gustaba que lo llamasen pese a su juventud, lo trataba con indiferencia y el empresario le había asegurado que para él esa era la mejor demostración de consideración y estima. La hermana, horrible pero talentosa, le sonreía con avidez incluso en presencia de su marido. El hermano más joven solía tomarle el pelo con cordialidad.

Después, como era previsible, había mantenido una breve pero intensa relación con una de las actrices de reparto de la compañía. Negada para la interpretación, pero hermosísima. Qué estúpido, cómo no se había dado cuenta. ¿Qué hacía allí aquella inútil, en un grupo tan selecto en el que incluso el apuntador era un viejo actor con tablas? La respuesta no podía ser más que una: el Maestro estaba prendado de ella.

Todos estaban al corriente, pero nadie se lo había advertido; las mujeres, por celos, y los hombres, por envidia.

Cuando se dio cuenta, el daño ya estaba hecho. Se vio obligado a cortar la relación de un día para otro y sin dar explicaciones; la mujer le montó un escándalo durante el ensayo general previo al estreno, mientras él estaba de rodillas delante de ella con un ramo de flores de imitación en la mano, y ella, en lugar de rechazarlo, se echó a llorar y le escupió a la cara, gritando como una posesa y descargando sobre él todo el odio y el rencor que llevaba dentro.

El Maestro disfrutó de la escena sentado en primera fila, con el teatro vacío, feliz por una vez de ser espectador y no intérprete. Cuando ella se hubo marchado cerrando con estrépito la puerta del decorado, se levantó sin saludar a nadie y se retiró a su camerino.

A partir de entonces se convirtió en su enemigo acérrimo, y su único objetivo parecía ser acabar con Attilio. Ardua empresa, pues la confianza en sí mismo era el pilar fundamental de su existencia de joven actor. Aunque podía complicarle la vida, algo que hacía a la menor ocasión, sin perder una.

En un momento dado, Attilio no deseó otra cosa que marcharse, al diablo el pasaporte y la gloria, al diablo la oportunidad de su vida. Pero la penalización prevista en su contrato era elevada y no podía permitirse el lujo de vomitarle a la cara a aquel maldito bufón frustrado todo el rencor que sentía. Así, noche tras noche, representación tras representación, continuaba la guerra de nervios. Con el paso del tiempo, el suyo se había convertido en un papel cómico: cuando entraba en escena, la gente empezaba a reír y a carcajearse abiertamente cada vez que intervenía.

El Maestro era un auténtico granuja, pero un genio pese a todo; interpretando siempre las mismas frases, sabía cambiar el color y la tensión de toda la comedia de la que era autor. Así, Attilio vivía la pesadilla de su propia disolución, de la difamación artística de la que jamás se recuperaría.

Fue por aquella época de frustración cuando conoció a una noble dama, rica y hermosa, lo bastante resuelta para que él la envolviera en sus redes e hiciera lo que le venía en gana. Vio en ella el verdadero pasaporte para la libertad y la gloria. No le resultó difícil seducirla, pero él, que tenía el don de leer en los ojos de las mujeres, en los de ella todavía no apreciaba las tonalidades del abandono, de la sumisión absoluta que necesitaba para que su vida cambiase.

Había empleado las armas de siempre, alternando sabiamente entre la ternura y la dureza, la pasión y la indiferencia, había hecho cuanto era preciso para atarla a él. Ahora solo era cuestión de tiempo.

Entre las risotadas del público, marionetas cuyos hilos el Maestro movía en la oscuridad de la platea, Attilio sabía que los ojos arrobados de Emma Serra di Arpaja estaban clavados en él.

Concetta Iodice miraba a su marido. Mientras guardaba la vajilla y se preparaba para salir de la pizzería y marcharse a casa, por enésima vez se preguntaba cuáles serían las preocupaciones que nublaban la cara de su marido.

Observaba su expresión, el entrecejo fruncido. El dinero, pensó. No podía tratarse más que de dinero. Sabía que el negocio no iba bien, y que todavía le debían una cantidad sustanciosa a la usurera de Sanità.

Y la carta manchada de sangre que se había caído del bolsillo de la chaqueta de su marido la noche anterior, cuando había regresado con los ojos febriles, ¿qué sería? No entendía lo que estaba pasando, y tenía miedo; pero le faltaba valor para hablar de ello con Tonino. Pensaba que tarde o temprano él se le acercaría, le sostendría el rostro entre las manos sonriendo y le diría que todo estaba en orden.

Pero ahora, al final del día, ese momento le parecía aún demasiado lejano.

Ricciardi soñó con su madre.

Podía contar con los dedos de una mano las veces que le había ocurrido. Cuando había muerto a los treinta y ocho años, al principio de la guerra, él llevaba en el colegio desde los siete y la veía dos veces al año, por Navidad y en las vacaciones de verano, alrededor de diez días. Casi no se acordaba de ella, siempre enferma, menuda, en una cama repleta de cojines.

Lo acompañaron para que la saludara cuando ya era evidente que no se curaría; al quedarse solo con ella en la habitación, no le salieron las palabras y entonces la cogió de la mano. Creyó que estaba dormida, pero ella le estrechó la mano con una fuerza inesperada, casi haciéndole daño. Después le soltó la mano y se marchó; un instante antes estaba, y poco después, se había ido al más allá.

Con quince años se había encontrado muchas veces frente al Asunto, sin poder evitar el suplicio de las muertes violentas; y aún vería muchas más, demasiadas.

En el sueño seguía en aquella habitación gris, Rosa y Maione lo miraban y él miraba a su madre, que tenía los ojos cerrados. Por el perfume a flores pensó que había llegado la primavera. Esperaba, no sabía bien qué, tal vez que su madre despertara. Y de pronto ella habló: «El Padre Eterno no es mercader que paga los sábados».

Lo dijo con voz ronca, como un graznido. Él notó que no tenía dientes y que había mechones blancos en sus largos cabellos.

De pronto su madre abrió los ojos, eran grandes y verdes como los suyos; volvió la cabeza despacio, con un ligero crujido de las vértebras del cuello, que en el sueño sonó como el estallido de una serie de triquitraques. Lo miró con cara inexpresiva. Después empezó a llorar en silencio, sin sollozos, mientras las lágrimas le bajaban por las mejillas y mojaban la cama.

Se volvió para mirar a Rosa y a Maione, ellos también lloraban. Todos lloraban. Le preguntó a Maione por qué lloraba y el sargento le contestó que no está bien hacerle daño a las madres.

Se volvió otra vez hacia su madre y le preguntó: «¿Qué puedo hacer? ¿Qué quieres que haga?».

Ojos verdes, obsesionados, una sonrisa dulcificada.

—Estudia. Estudia bien, estudia. Lee de todo, saca buenas notas. Pórtate bien, sé bueno.

Experimentó la angustia de un muchacho y la ansiedad del hombre adulto en el que se había convertido.

—¿Qué, mamá? ¿Qué tengo que estudiar? ¡Ya soy mayor! ¡Ya no voy más a la escuela!

Desde su lecho de muerte, Marta Ricciardi di Malomonte tendió la mano delgada, como para impartir una orden.

Ricciardi se volvió hacia Maione y este le ofreció un cuaderno de tapas negras

que le resultaba familiar. Lo cogió y luego miró otra vez el lecho. Su madre ya no estaba; había ocupado su lugar la vieja usurera, muerta, con el cuello roto y la cuenca del ojo vacía por la que se deslizaba despacio una lágrima de sangre negra.

Fuera, en la noche, la brisa que soplaba desde el bosque de Capodimonte buscaba otra sangre que agitar.

Al salir de su casa, Maione se detuvo en vico del Fico. ¿Cómo evitarlo? En su mente esquemática, Filomena había encontrado el terreno fecundo donde echar raíces y brotar. Hojas, flores y frutos, todos con aquella sonrisa triste, aquellos ojos que encerraban la noche, aquella venda, como una moneda hermosísima, arruinada por la rueda de un carruaje.

Maione sentía un dolor sordo, su innato sentido de la justicia no podía soportar que semejante atrocidad quedara impune. Quien había tenido el valor de estropear aquella perfección, aquella obra de Dios, merecía que lo encerraran muchos años para que meditara lo que había hecho.

¿Se estaba enamorando? Si alguien se hubiese atrevido a preguntárselo, se habría puesto como una furia. Un policía ante un delito, cualquiera que fuese, tenía el deber de investigar, profundizar, descubrir, detener.

Sin embargo, en su fuero interno prefería no reconocer que, ante uno cualquiera de los muchos otros delitos que a diario manchaban las calles de la ciudad, no se habría pasado la noche entera mirando el techo, esperando con temeroso deseo que llegaran las primeras luces del alba. Tampoco habría salido tan temprano, incluso antes de que el canto de una mujer que iba a la fuente a lavar la ropa acompañara el primer viento.

Maione empezó a bajar desde la Concordia y su paso era apenas más veloz de lo habitual; nadie lo habría notado, aunque pusiera atención. Pero los dos ojos tristes que lo observaban desde la rendija de los postigos entornados veían hasta lo invisible.

La puerta del bajo de vico del Fico no estaba atrancada, ya habían quitado la tranca de madera que dejaba fuera la noche. Gaetano, el hijo de Filomena, debía llegar a la obra donde trabajaba de aprendiz con las primeras luces del día. Maione se detuvo a un metro del umbral, respetuoso; se quitó el sombrero y, tras un breve titubeo, volvió a ponérselo. Con el sombrero puesto era el sargento Maione de servicio; sin él, no habría sabido explicar qué hacía allí.

Una ventana se cerró con decisión en la planta de arriba. Maione levantó la vista y no vio a nadie. El callejón observaba y juzgaba en silencio. Dio un paso adelante y llamó golpeando con delicadeza la jamba.

Filomena se había limpiado y desinfectado la herida antes de vestirse y preparar el pan con tomate que su hijo tomaba a mediodía. No había pegado ojo, por el dolor, por la espera, por las pruebas que había pasado y por las que aún le quedaban por superar. Por el remordimiento. La silueta gruesa y desgarrada que vio en el vano de la puerta le produjo inquietud y seguridad a la vez.

—Buenos días, sargento. Pase, por favor —susurró, tranquila.

—Señora Filomena —dijo Maione, tocándose la visera y dando un solo paso al

frente, sin entrar en la habitación—. ¿Cómo se encuentra? Ha dicho el doctor Modo que puede ir a verlo cuando lo desee, si quiere que le haga él las curas.

—No, gracias, sargento. Ya puedo yo sola, si supiera usted la de heridas que se hizo mi hijo de pequeñito, jugando en este callejón. Todas las madres de los Quartieri tenemos algo de enfermeras.

Maione se quitó el sombrero y empezó a darle vueltas entre las manos. Había algo en la voz de Filomena que siempre lo hacía sentir en falta. Como si él también fuera un poco responsable de la herida que cubría la venda.

—Señora, ya sé que no es un tema del que le guste hablar, pero el mío es un trabajo especial. Si he visto, si sé que alguien ha hecho algo como..., como lo que le ha pasado a usted, ya se lo he dicho, es mi deber investigar, comprender. Imagino que tendrá miedo, si habla y dice algo que..., en fin, si alguien puede hacerle algo a usted, a su hijo. Yo..., no debe usted preocuparse, no haría nada que pudiera ponerlos en peligro. Pero si alguien ha hecho algo malo, debe pagar.

Filomena escuchaba con los ojos clavados en los del sargento, que no sabía dónde mirar. En el aire todavía frío de la tercera mañana de aquella primavera, Maione sudaba como si estuviese escalando un volcán cubierto de lava.

—Sargento, se lo agradezco. Se lo dije y se lo repito, no quiero denunciar a nadie. A veces se dan ciertas..., ciertas situaciones que, vistas de una manera, parecen, y vistas de otra, son. Es cuanto puedo decirle y le digo.

—Pero si..., si usted..., tengo que preguntárselo, si está usted con..., si tiene una relación con alguien, no sé, los celos hacen que la gente pierda la cabeza.

Se hizo un silencio espeso como el terreno que cubre una tumba. Fuera, en el mundo distante, una voz de mujer cantaba:

*Dicitencello ch'è 'na rosa 'e maggio,
ch'aggio perduto 'o suonno e 'a fantasia
che 'a penso sempre, ch'è tutta 'a vita mia...*

—No, nadie, sargento. Desde el día en que murió mi marido no he conocido a ningún otro hombre. Ya van para dos años.

La voz segura, severa. Y también distante, como si llegara del fondo del mar. Maione se estremeció y tuvo la impresión de haber blasfemado en medio de la catedral, mientras el obispo levantaba la hostia.

—Sabrá usted disculparme, señora. No era mi intención dudar de su honestidad. ¿Hay entonces alguien que la pretende, que la amenaza? Dígamelo, deme usted una pista.

—Sargento, llegará tarde a su trabajo, y yo al mío. Estoy segura de que hay cosas más importantes que yo que requieren su presencia. Descuide, estoy tranquila. No

puede ocurrirme nada. Ya no.

Maione escrutaba en la penumbra; en la mirada de desprecio de Filomena vio una absurda certeza, como si estuviese realmente segura de lo que decía. Suspiró, volvió a ponerse el sombrero y dio un paso atrás.

—De acuerdo, por ahora. Si esa es su voluntad... Pero debo volver hasta que pueda asegurarme de que ni a usted ni a su hijo los acechan otros peligros. Si se le ocurre alguna cosa, mándeme llamar, la jefatura queda a cinco minutos de aquí.

Dio media vuelta y a punto estuvo de tropezar con la mujer cuyo grito había llamado su atención dos días antes, y que tan bien había manifestado su desprecio por Filomena. Ésta vez llevaba un tazón en la mano y miraba ceñuda al sargento.

—Doña Filomena, soy Vincenza, ¿se puede pasar? Le traigo una taza de caldo. ¿Se le ofrece algo más?

Maione pensó que a veces la sangre sirve para cambiar a las personas. Saludó con un ademán y se marchó.

El hombre que acababa de salir por la puerta del bajo contiguo notaba que la cabeza iba a estallarle. La noche anterior había bebido. Y la anterior a esa también. Vino peleón, humo, canciones zafias, con tal de encontrar la fuerza de dormir sin el asco que a la mañana siguiente hacía que se sintiera tal como se sentía en ese momento.

¿Qué ha de hacer un pobre hombre que se queda sin esposa?, pensaba mientras apuraba el paso en dirección a la obra donde trabajaba, ¿dejar de vivir? ¿Buscarse otra mujer? ¿Quién iba a querer a un hombre así, con una hija y sin un céntimo?

Salvatore Finizio, albañil de primera, viudo. Un hombre que tenía poco para comer y pocos motivos para reír. Que debía pensar en su hija Rituccia, que debía mantenerla. Entonces, si alguna vez, por culpa del vino y el cansancio se olvidaba de su finada Rachele, ¿qué culpa tenía él? El Padre Eterno si es Padre Eterno lo entiende. Y perdona. Qué dolor de cabeza, por Dios.

Ricciardi no lograba quitarse aquel sueño de la cabeza. Volvía a oír la voz de su madre, una voz que en realidad ni siquiera recordaba, diciéndole imperiosa que fuera bueno, que estudiara. Pero ¿qué?

Sentado ante el escritorio de su despacho daba vueltas entre las manos al pesado pisapapeles de plomo, un fragmento de granada traído del frente, regalo del granjero que se ocupaba de su finca del pueblo.

Sus cartas, todas las hojas y notitas que esparcía sobre el tablero de madera. En lugar de tomar nota en pedacitos de papel, debería haber puesto en orden sus ideas, utilizando un cuaderno en el que escribir. Un cuaderno, como el de los apuntes de la vieja Calise. El Padre Eterno no es mercader que paga los sábados.

El relámpago que iluminó sus pensamientos fue seguido de cerca por el trueno, como en todas las tormentas: Ricciardi se quedó atónito, con el pedazo de plomo en la mano, contemplando su propia estupidez.

—¡Maione!

Como todas las mañanas subió la persiana hasta la mitad. Sabía bien que los demás comerciantes de via Toledo mandaban abrir a sus dependientes y luego llegaban más bien tarde. «Bien hecho, don Matteo De Rosa —comentaban entre ellos riéndose de él—: has nacido dependiente y sigues trabajando de dependiente incluso ahora que eres el patrón». Creían que él no lo sabía, que no se enteraba, pero sabía lo que hacía.

Mientras ordenaba los rollos de telas en sus pernos de madera, lanzó una mirada a la imagen reflejada en el espejo destinado a las clientas. Claro, algo de barriga. Y el pelo iba raleando poquito a poco. Pensándolo mejor, quizá algo más que poquito a poco. Pero el bigote era negro y ondulado; y el chaleco de cuadros con la leontina de oro del reloj mostraba a todos que don Matteo De Rosa era ahora el patrón.

Siempre supo que iba a serlo desde que trabajaba para el viejo Salvatore Iovine, el más importante comerciante de tejidos de Nápoles, que había conseguido cuanto quería menos un hijo varón. Y él, Matteo De Rosa se había quedado con el monstruo de su hija Vera, que lucía menos bigote que él aunque más barba, y pese a ser más fea que el pecado, gracias a su dinero tenía más pretendientes que Penélope.

Así, cuando el viejo Iovine se había ido de este mundo, escupiendo sangre sobre una pieza de tela beige que era las siete maravillas, Matteo se quedó al mando. Sí, claro, el viejo se lo había dejado todo a la hija. Pero el hombre era él, ¿o no? De modo que ella ya podía quedarse en casa, en la oscuridad, pues hasta al sol le daba asco tocarla, porque del negocio se encargaba él.

Todo había salido la mar de bien hasta que apareció Filomena. De solo pensar en su nombre, se le aceleraba el corazón. Filomena.

Había entrado una mañana, luciendo un vestido de algodón basto, completamente de negro, con un chal en la cabeza, como queriendo ocultar alguna fealdad. «¿Buscan ustedes una dependienta?», preguntó. «Deje que vea si tiene buena presencia», contestó él. Ella suspiró y se quitó el chal.

Matteo De Rosa perdió el alma en el mismo instante en que vio la cara de Filomena Russo. Comprendió de inmediato que no tendría sosiego hasta no haber puesto las manos sobre el cuerpo de aquella diosa descendida del cielo. Y la contrató, faltaba más. Le dijo: «La quiero aquí todas las mañanas, a las ocho en punto». Y todas las mañanas a las ocho él también llegaba puntual, los demás dependientes no lo hacían nunca hasta las ocho y media; con frecuencia se lo encontraban despeinado, acalorado; sabía que ella era viuda, una mujer pobre y desesperada con un hijo que mantener. No lograba entender por qué lo rechazaba. Todas las demás dependientas se habrían desvivido por darle el gusto, la amante del patrón, imagínate la de privilegios. Ella no.

Lo había intentado todo: regalos, dinero, amenazas. Nada, lo rechazaba todo. Lo único que había conseguido era que aquellos ojos de luna se llenaran de lluvia. Cuanto más lo rechazaba, más se convencía Matteo de que no podía prescindir de ella. Entonces le dijo que si no cedía debía buscarse otro trabajo. En caso de encontrarlo, nadie contrataría a una empleada despedida de la famosa tienda De Rosa. «¿Lo comprendes, Filomena? O Matteo o hambre para ti y para tu hijo. Espero una respuesta para mañana».

Y al día siguiente ella había faltado. El hijo, torvo y salvaje, el sombrero en la mano pero los ojos sin respeto, se había presentado para avisarle de que su madre no se encontraba bien.

Matteo siguió yendo por la mañana temprano a abrir la tienda, esperaba. Y Filomena regresó, se cubría la cabeza con el mismo chal con que se había presentado en la tienda la primera vez.

Él se aproximó, conteniendo la respiración. «¿Qué has decidido?», susurró.

Fuera pasó un carruaje cuyas ruedas herradas retumbaban en el adoquinado de la calle. Se oyó el reclamo de un vendedor ambulante.

Filomena retrocedió en la penumbra para evitar su contacto, hasta que se encontró de espaldas a una estantería, el chal se le enganchó en un rollo de tela y cayó al suelo dejando su rostro al descubierto.

En un primer momento, a Matteo le pareció una jugarreta de la penumbra, después vio.

En la alcoba había un mueble antiguo. En la vida difícil de una pareja con seis hijos y muchas fatigas había sido un auténtico lujo. Un regalo de Raffaele, de los días en que en aquella casa se reía con más facilidad y en la que ahora apenas se hablaba. Un

tributo a su feminidad. Era como si hubiesen pasado cien años.

Lucia Maione estaba de pie, con un paño en la mano contemplaba el pequeño tocador. Parecía un escritorio, sobre las patas levemente arqueadas descansaban dos cajoncitos y un tablero taraceado. Encima, un espejo ovalado y giratorio sostenido por dos montantes. Un mueble inútil, demasiado frágil para colocar encima objetos pesados, no se podía guardar en él ni sábanas ni manteles, ni apoyarse para comer o estudiar. Sus dos hijas lo usaban a veces como casa para sus muñecas de trapo.

Lucia miraba y recordaba.

Recordaba a su marido cuando, tumbado en la cama, la admiraba mientras ella se peinaba delante del espejo, los ojos rebosantes de dicha amorosa. Recordaba su sonrisa de adoración y que ella le decía en tono de burla cariñosa: «Pero ¿qué miras con esa cara, una película de cine?». Y él le decía: «No hay actrices tan hermosas como tú. ¿Para qué necesito yo ir al cine?».

Cien años atrás la vida le había dado un marido fuerte y alegre y seis hijos maravillosos. Risas, fatigas, peleas, los domingos en la cocina, mañanas enteras en el lavadero con montañas de ropa, cantando canciones antiguas. La vida le había dado. Y le había quitado. A Luca ni siquiera había podido vestirlo por última vez. Había salido una mañana con un pedazo de pan en la mano, como de costumbre, ya está bien, mamá. Y la había levantado en brazos, como todas las mañanas, para hacerla girar hasta dejarla sin aliento.

La última vez que lo había visto con vida. Porque no llegó a la noche. Era mi vida, ¿qué tiene de raro si dejo de existir?

Lucia avanzó hacia el tocador, pasó el dedo escrutador por el tablero. No, no había polvo. Se había vuelto todavía más exigente con el orden y la limpieza, sus hijos lo sabían y ponían cuidado. Todo impoluto pero sin vida. La casa parecía una iglesia, no daba la impresión de que allí vivieran otros cinco chicos. Ella sabía que no estaban a gusto con aquella madre que se había vuelto muda e irascible, y ella lo sentía, pero nada podía hacer. Jugaban fuera, animaban la calle, delante de la casa, queridos por todos, también por ella, pero de lejos.

Todo impoluto; un paño negro seguía colgando del espejo, lo único que no tocaba desde hacía tres años. Concluido el período de luto, había prescindido de todas las demás señales, menos su traje y ese paño del espejo. Se preguntó por qué solo en aquel espejo. Buscó la silla que completaba el mueble, que desde hacía años utilizaba al pie de la cama para dejar las batas, y la acercó. Se sentó. Comprobó su estabilidad, no la recordaba tan cómoda. La acercó un poco al tablero, sin arrastrarla sobre las baldosas hexagonales. Se quedó así un rato, sentada entre el pasado y el presente; el corazón le latía con fuerza en el pecho. ¿Por qué? Por la ventana abierta se colaban los ruidos del barrio, «Pescado, pescado, vendo pescado fresco, acabado de pescar». Suspiró profundamente, siguiendo un impulso tendió la mano y quitó el paño negro

del espejo.

Lucia siempre había sido consciente de su belleza. Rubia, ojos azules y sonrientes, la boca de labios gruesos ligeramente enfurruñada. La nariz fina, un tanto alargada, daba personalidad al rostro. Era hermosa. Y lo sabía. Había dejado de pensar en sí misma: ¿quién era la desconocida reflejada en el espejo?

Observó los ojos duros, algo enrojecidos. La boca fina. Las nuevas arrugas, alrededor de los ojos, en los pómulos: las marcas del dolor de cada día.

¿Cuántos años tengo?, pensó. Cuarenta. Casi cuarenta y uno. Y parezco una vieja de setenta. Miró a su alrededor, perpleja. Invisible, la primavera bailaba en el rayo de sol que incidía en el marco del espejo tiñéndolo de rojo. Oyó la voz de Luca, pensó en su marido, que había salido esa mañana sin volverse para mirar la ventana desde la calle, como había hecho siempre, cien años atrás.

Se pasó la mano por el cabello rubio. Volvió la cara un poco de lado y ensayó una sonrisa.

Cuando Ricciardi fue hacia la jefatura, en el barrio de Sanità, ya estaba claro que la primavera había entrado en escena. La alegría se notaba en el aire, soplaban un viento leve que cambiaba de dirección e intensidad, arrancándole a las señoras sus sombreritos y a los caballeros los sombreros de fieltro, levantando los faldones de algún abrigo. Un viento travieso, que hacía caprichos, pero ya había dejado de morder.

Dominaba el olor a mar, pero también se percibía el perfume de la hierba y de las hojas muy verdes a medida que uno se acercaba al bosque o a las plantas de la Villa Nazionale o el Jardín Botánico. Las flores no habían asomado aun, estaban en suspenso, como una promesa.

A partir de esa mañana, a lo largo de via Toledo la gente empezó a detenerse para intercambiar unas palabras con sus conocidos. No hacía calor aún, pero el tiempo había mejorado.

En los callejones se cantaba y se gritaba, los balcones estaban abiertos para dejar entrar un poco de sol. Las cuerdas tendidas entre las ventanas compartían sábanas y camisas que se agitaban perezosamente en el aire renovado. Se iniciaban las conversaciones, sonriendo sin motivo especial; algún vendedor ambulante se tomaba ciertas libertades con las señoras jóvenes que ofrecían sus cestas para cargar con frutas y verduras o jabón y, acto seguido, las monedas cambiaban de manos.

Los organillos funcionaban a las mil maravillas, *Amapola, dolcissima Amapola, amore vuol dir gelosia*. De los mercadillos del barrio llegaba la desafinada sinfonía de los vendedores: por una vez su rumba resultaba agradable. Nadie la veía, pero si se observaba bien, la primavera bailaba de puntillas y brincaba de sombrero en sombrero, de árbol en árbol, de balcón en balcón.

En la renovada cercanía entre las personas, los monederos desaparecían de los bolsillos y los bolsos de las mesitas de los cafés, algunas discusiones amistosas acababan en bofetadas, de vez en cuando el filo de un cuchillo destellaba al sol. Ésa también era la primavera. La cola de marineros y obreros a la puerta de los burdeles se hacía más larga; la nueva estación hacía bullir la sangre con su encanto. Alguna muchacha lloraba a su amor perdido. Y la primavera se reía burlona de todas las promesas que no se cumplirían.

Todos estos pensamientos llenaban la mente atenta de Ricciardi, que caminaba hacia el barrio de Sanità, seguido de un Maione taciturno, con la mirada clavada en el suelo. A su paso, una oleada sombría, una sospecha de miedo, cruzaba la calle para cerrarse a sus espaldas, permitiendo que volviera el engaño de los primeros aires renovados.

Podrían haber esperado el tranvía, mezclarse con las atareadas madres de familia

y los jóvenes holgazanes en busca de una sonrisa; pero Ricciardi prefería que le diera el aire para pensar. Quería volver a ver el lugar, aspirar otra vez el olor de lo sucedido.

Durante el trayecto, bordeaban infinidad de obras ya iniciadas, en aquella ciudad en perenne construcción: todos aquellos edificios nuevos, de blancos y gruesos muros, con pequeñas ventanas cuadradas, sin balcones. En los portones planos presuntuosas inscripciones con letras de piedra o bronce, para conmemorar efemérides y muertos a lo largo de los siglos. A Ricciardi no le gustaban las nuevas líneas arquitectónicas y siempre se conmovía ante los antiguos y nobles arcos y los delicados frisos que adornaban leves los pesados bloques de mármol.

El pensamiento del comisario se dirigió a infinidad de otras obras, del nuevo Vomero en la colina de Posillipo a los barrios de Bagnoli que surgían como setas para albergar a los obreros de la acería y de allí a San Giovanni. Como siempre, pensó que aquella era una ciudad que se hacía mayor sin crecer. Como una niña que de la noche a la mañana, por arte de magia, se ve convertida en mujer aunque sigue con ganas de jugar a las muñecas mientras soporta los accesos de ira imprevisibles de la adolescencia.

Al pasar junto a los andamios, el comisario vio las siluetas de los caídos en la construcción de los imponentes edificios deseados por la nueva grandeza romana. Siempre se habían producido muertes en el trabajo, incluso en los años en que cursaba sus primeros estudios en la ciudad, cuando se restauraban viejas fincas o se apuntalaban muros mal construidos; pero a saber por qué, a Ricciardi le impresionaba más que la gente muriera inútilmente por fealdades como aquéllas.

Sabía muy bien que iba a encontrarse con dos muertos en su trayecto a la comisaría de Santa Teresa. A últimas horas de la tarde eran aún más tétricos, vistos así, al pie de las estructuras de las que habían caído, murmurando su último pensamiento; de día casi conseguían confundirse entre los antiguos compañeros de trabajo; sin embargo, destacaba uno que se había precipitado de cabeza, y la boca torcida que maldecía a los santos casi se le había incrustado en el pecho; el otro, un muchacho rubio con un jersey al menos dos tallas más grande, había aterrizado de espalda para quedar completamente agarrotado. Ése llamaba a su madre.

Teresa notaba el buen tiempo que la primavera incipiente traía a través de las ventanas abiertas, y percibía cómo contrastaba con el invierno obstinado que se negaba a abandonar las oscuras habitaciones del palacete. Por sus orígenes campesinos estaba acostumbrada al ritmo de las estaciones y todos los años, por esa época, se sentía renacer; por ello, le pesaba más afrontar aquella melancolía tan densa que podía cortarse con cuchillo mientras recorría los suntuosos pasillos.

Ésa mañana la señora también había regresado tras pasar la noche fuera y se había

encerrado en su dormitorio. El profesor no había salido de su alcoba, la bandeja con la cena de la noche anterior seguía intacta en la consola de madera lacada, delante de su despacho; ella llamó con delicadeza sin esperar que le abriera. Le pareció oír sus sollozos.

De haber podido expresar su opinión, Teresa habría dicho que les faltaban los hijos. Había criado a sus hermanos, los había llevado en brazos de dos en dos cuando todavía era una niña; sabía las alegrías que procuraban. Aquélla era una casa sin madres, sin sonrisas.

De pronto, la puerta del despacho se abrió de par en par.

El hombre que apareció ante sus ojos era muy distinto del Ruggero Serra di Arpaja que tenía por costumbre hacer valer la importancia de una cultura y una posición de prestigio. El cuello almidonado estaba torcido; el nudo de la corbata, aflojado; el chaleco, mal abrochado; el cabello revuelto dejaba al descubierto una calvicie incipiente, normalmente bien disimulada. Y los ojos eran como los de un loco, inyectados en sangre, hinchados, desorbitados. Un loco que se había pasado la noche llorando.

El profesor la miró atónito, como si la viera por primera vez. Intentó hablar, pero no le salió la voz. Tosió, aferró el pañuelo que llevaba en el bolsillo de los pantalones arrugados. Apeataba a coñac.

—El periódico —dijo—. ¿Dónde está mi periódico?

Teresa indicó con la cabeza la consola donde la bandeja del desayuno con el diario había sustituido la de la cena. Ruggero cogió el periódico y comenzó a pasar las páginas de una en una, febril, respirando entrecortadamente. Teresa estaba petrificada. El hombre se detuvo, leyendo sin pestañear. Ya no respiraba. Había encontrado la noticia que buscaba.

Como si fuera a sufrir un desmayo, perdió el equilibrio y se apoyó en la bandeja, que cayó en medio de un estallido de cristales y un tintineo metálico. Teresa retrocedió de un salto. Ruggero la miró, después apartó la vista y volvió a leer el periódico. Lloraba. La muchacha hubiera deseado encontrarse en otra parte. Él dejó caer el periódico, se dio media vuelta, entró en su despacho y cerró la puerta despacio. Teresa observó que iba descalzo.

No sabía leer, de manera que no miró la página. De haber sabido hacerlo, habría visto el titular del artículo que había impresionado al profesor: «Mujer asesinada en Sanità: un bastón posible arma del delito».

Unos meses antes, el superior de Ricciardi, el subjefe Angelo Garzo, en un intento más bien miserable de crear algo de complicidad con su silencioso colaborador, le había prestado un librito de cubiertas amarillas. Le dijo que iba a divertirse, que experimentaría un especial deleite al descubrir que su oficio tenía incluso dignidad literaria.

En aquel momento, el comisario no tuvo ánimos de moderar con la ironía que lo caracterizaba el entusiasmo de su superior; sospechaba, además, que el obtuso burócrata no iba a captarla, ajeno siempre a cualquier aspecto del trabajo de policía que no pudiese cumplirse sentado ante una mesa de despacho. De más está decir que había aceptado el libro con la firme intención de tenerlo unos días encima de su escritorio para devolverlo más tarde sin hacer comentario alguno.

Sin embargo, lo había leído y hasta se había divertido: era una historia agitada en la que los buenos tenían nombres italianos y los malos, nombres americanos, las mujeres eran rubias y emancipadas y los hombres, duros de corazón tierno. Aunque no había encontrado ninguna relación con la realidad.

Recordaba que, a la luz de la lámpara de queroseno de su habitación, casi había soltado una carcajada cuando el autor de aquel libro había descrito una irrupción de la policía que había tomado por sorpresa a los malhechores, reunidos en su guarida. Él se habría conformado con llegar, aunque solo fuera una vez, al lugar del delito sin que lo precediera o lo siguiera una fanfarria de muchachitos que anunciaban a voces «Los esbirros, los esbirros», mientras Maione trataba de dispersarlos como hacen los elefantes con las moscas; o sin cruzarse en su camino con ancianos sentados en la calle que se levantaban a su paso y, obsecuentes, se quitaban el sombrero; y grupos de jóvenes que se dispersaban raudamente, no sin antes haberlos mirado con sus desafiantes ojos negros.

Se habría conformado con detener a un fugitivo, al menos una vez, sin que la gente se rebelara como si estuviese conduciendo a un santo al martirio; con que de vez en cuando el pueblo se pusiera de parte de la justicia, en lugar de reconocer como hermano al delincuente y de tratar como enemigo al agente de policía.

Irrupción por sorpresa... ¡Ni soñarlo!

Ésa mañana, al llegar a las inmediaciones del edificio de la finada Carmela Calise, la acritud y el odio envenenaban el aire casi tanto como el ajo y la primavera incipiente. Granujillas gritones, postigos que se cerraban a su paso con desdeñosos chasquidos, miradas malévolas desde los callejones oscuros incluso a pleno día. Ricciardi lo notó, como siempre; y como siempre, no dijo nada. Ése día también Maione callaba; un muchachito se dio cuenta y su audacia llegó al punto de tirarle de la chaqueta por detrás. Sin aminorar el paso, el sargento le soltó una patada como si

fuera una mula y el niño cayó al suelo, se levantó y salió corriendo sin lamentarse siquiera.

Ricciardi observó a su subordinado con cierta preocupación. Percibía una extraña tensión en el sargento, como si tuviera alguna cuita. Tomó nota mentalmente del detalle para hablar con él, procurando no ser indiscreto.

Cuando llegaron al portón se encontraron con Nunzia Petrone, la portera que, de pie en la entrada, en posición de firmes, sujetaba una escoba en lugar del mosquete, pero por lo demás era idéntica a un suboficial de infantería. Bigote incluido.

—Buenos días. ¿Se les ha olvidado algo?

Ricciardi se enfrentó a la enorme mole de la mujer sin cambiar de expresión y sin sacar las manos del bolsillo del sobretodo. Clavó los verdes ojos atentos en los de ella; estaba claro que alguien, quizá uno de los muchachitos, se había adelantado para avisarle de su llegada.

—Buenos días, señora. No, no nos hemos olvidado de nada. Pero sepa usted que no le debemos explicaciones.

Habló en voz baja, con tono firme, para que solo ella lo oyese. La mujer se hizo a un lado, bajando la vista, nerviosa.

—Por supuesto, comisario. Por favor, pase usted. Ya conoce el camino.

Seguido de Maione, Ricciardi subió trepando las escaleras. El edificio parecía deshabitado, no se oía una sola voz, en el patio no sonaba un solo estribillo.

Se detuvieron ante la puerta sellada de la Calise. Tras sacar la llave del bolsillo, Maione abrió la puerta y se apartó para dejar entrar al comisario.

La habitación estaba fresca, en penumbra, y por los postigos se colaban varios haces de luz en los que flotaba el polvo. Reinaba aun el mismo olor rancio a ajo y orina añeja mezclado con el hedor dulzón de la sangre coagulada de la alfombra. En el rincón opuesto, la vieja muerta con el cuello roto saludó a Ricciardi, repitiendo su refrán: «El Padre Eterno no es mercader que paga los sábados».

En efecto, pensó el comisario. Te pagó el martes. Y sin escamotearte los intereses, aunque en esta ocasión, tal vez, habrías preferido no cobrarlos.

Maione se acercó a la ventana y la abrió para que pasara el aire chispeante y perfumado.

—La primavera ya está aquí, comisario. Dentro de poco hará calor.

Del horno salían ráfagas de calor. Tonino Iodice acababa de echar una paletada de viruta y serrín a las llamas leves que se desprendían de los troncos y provocó una nube de chispas. Entre todos los movimientos de su oficio, aquel siempre le había producido especial alegría; a su alma sencilla le parecía una pequeña fiesta de Piedigrotta con sus fogatas en la playa estallando en la oscuridad como flores luminosas, y los niños saltando y dando palmas.

Cuando tenía el carrito y freía la pizza en la olla de aceite hirviendo, no había llamas, solo las peligrosas salpicaduras que podían dejarte ciego. Las feroces ráfagas en el calor del estío, las cuestas empinadas y resbaladizas a causa de la lluvia, el reclamo a voz en cuello, incluso los días en que ardía de fiebre en pleno invierno.

Sin embargo, echaba mucho de menos aquella vida dura de batallas diarias. En todos esos años conformándose con su miseria digna nunca se había visto en la necesidad de mirar aterrado a su espalda; nunca había tenido que ocultar nada a los suyos.

También esa mañana, antes de abrir el local y ponerse a hacer la mezcla blanca compuesta de agua, levadura y harina, había ido corriendo a comprar el periódico para leer con avidez la noticia, sin saltarse las palabras largas y difíciles que no entendía y que, por eso, le parecían aún más amenazadoras: ferocidad, vértebras cervicales, contundente.

A pesar del intenso calor que desprendía el horno, Tonino se estremeció. Mientras la leña se consumía velozmente tuvo la impresión de estar contemplando las llamas del infierno. Se imaginó allí dentro, quemándose sin sosiego por toda la eternidad. Se pasó la mano por la cara: estaba empapada de lágrimas y sudor.

Miró a su alrededor, la sala aún vacía, limpia y dispuesta para recibir a los clientes que llegarían poco después. Su sueño, ¿cuánto le había costado? ¿Y cuánto iba a costarle todavía a él y a su familia?

Pensó en el momento en que los vería entrar por la puerta. En las miradas de los clientes, de las personas de la calle. Hubiera preferido morir antes que deshonorar a sus hijos. Se cubrió la cara con ambas manos. Desde el otro extremo de la habitación, su mujer lo miraba con el corazón en la boca.

El pequeño dormitorio donde Carmela Calise había soñado con la primavera que ya no vería estaba frío y sumido en la oscuridad. Maione reflexionó sobre la rapidez con que una casa perdía vida en cuanto quedaba deshabitada.

En ocasiones, cuando tras varios días se regresaba a un ambiente donde ya no vivía nadie, uno se encontraba con alguna vibración, con el sentimiento de quien moraba en el lugar, como si se hubiese alejado provisionalmente. Otras veces, en cambio, tras apenas un día del homicidio, uno se encontraba la casa inerte, sin vida ni aliento.

No le gustaba hurgar entre las pertenencias de los muertos. Detestaba meter las narices en aquel pequeño templo, capilla que custodiaba un pensamiento aún vivo o una antigua emoción; se sentía como un intruso.

Medía los gestos, como una forma de respeto para quien ya no estaba. Debía registrar los cajones, los armarios, levantar alfombras y manteles, apartar platos; era su trabajo. Pero nadie podía ordenarle que lo hiciera irrespetuosamente.

Pensó en el doctor Modo, que debía hurgar en otros lugares muy distintos en busca de indicios, pero el pensamiento no le sirvió de consuelo.

No muy lejos de donde se encontraba, en el umbral, de espaldas a la amplia habitación donde Carmela Calise había recibido a su variada clientela, Ricciardi observaba el registro de Maione y escuchaba el viejo refrán repetido sin cesar por los labios de la muerta. Pagar, pagar. Débitos y créditos seguían vigentes a pesar de haber marchado de este mundo.

A saber qué hacía echar la vista atrás en el momento de morir, mantener el pensamiento anclado a lo terrenal: dinero, sexo, hambre, amor. Era comprensible en el caso de los suicidas, pensó Ricciardi, pero en quien era asesinado... ¿Tenía sentido? Nunca había percibido miedo, expectación, ni siquiera curiosidad hacia ese algo o esa nada a la que iban a enfrentarse.

—No, comisario. Solo estaba el cuaderno que encontró Cesarano. Ninguna otra nota. Y no constan las fechas.

—Busca en la cama.

Maione se acercó al colchón estrecho e incómodo sostenido por una vieja estructura de madera. Con movimientos lentos, como si lo estuviese preparando para la noche, apartó la colcha y la sábana limpia y raída. El colchón quedó al descubierto, presentaba una mancha amarilla.

—Era anciana, pobrecilla —dijo Maione, como disculpándose, mientras miraba al comisario con una sonrisa triste. Luego levantó el colchón. Debajo del travesaño que le servía de sostén, los dos hombres descubrieron un hatillo hecho con un pañuelo. Maione lo retiró y Ricciardi se le acercó.

Contenía algunos billetes: ciento treinta liras, una buena suma. Y una notita en la que, con la caligrafía irregular de la difunta, se leía: Nunzia.

Por la ventana abierta se colaba la brisa marina. Las cortinas ondeaban, perezosas.

A Emma Serra di Arpaja le dio una arcada y sintió que se ahogaba; tuvo la impresión de que en el aire flotaba un denso olor a pescado pasado y algas podridas.

Tendida en el sofá miraba los frescos del techo. Quedaba muy lejos el tiempo en que había amado aquella casa; recordaba los hechos, no las emociones, y mucho menos las pasiones.

Pasaba casi todo el tiempo fuera y cuando estaba en el palacete de Santa Lucia se encerraba en sus habitaciones. Hasta la hora de la pantomima para guardar las apariencias delante de la servidumbre, cuando entraba en el frío dormitorio y se acostaba al lado del desconocido con quien se había casado. Excepto las veces en que decidía no regresar, sin dar explicaciones a nadie y mucho menos a él.

En ocasiones veía a su marido como una limitación, la barrera que la separaba de la felicidad. Otras, le parecía un pobre hombre que envejecía sumido en la melancolía. Por más que Marisa Cacciottoli y las demás víboras que la rodeaban dijese que era un hombre de posición envidiable, una figura de prestigio, a ella no le importaban ni el prestigio ni la posición.

Si no hubiese conocido a Attilio, pensó, tarde o temprano se habría resignado a la vida huera que llevaban las señoras de su ambiente. Beneficencia, canasta, ópera, cotilleos. Algún amante ocasional elegido entre los pescadores abrasados por el sol que cantaban en la playa de via Partenope, o entre los obreros muertos de hambre de Bagnoli, lo justo para tener fuerzas con las que enfrentarse a un futuro idéntico al pasado.

Pero ella había tenido la suerte de encontrar el amor.

Todas las mañanas se despertaba y contaba los minutos que faltaban para volver a verlo en el teatro, o en los lugares apartados que elegía, y allí sentir sus manos acariciarla, notar su cuerpo pegado al de ella. Desde hacía tiempo había comprendido que sin él, sin su divina perfección, le faltaba el aire para respirar. Había perdido para siempre la posibilidad de resignarse a su destino.

Ante aquella idea sofocó un sollozo. ¿Cómo iba a arreglárselas ahora? La imagen de la vieja le pasó por la cabeza. Maldita vieja. Por absurdo que pareciera, en su fuero interno las imágenes de Attilio y de la Calise estaban estrechamente ligadas.

Día tras día había llegado a convencerse de que era su razón de ser, de que no podía vivir sin Attilio. Pero para vivir con él necesitaba las cartas.

En la alternancia de reyes, ases y reinas, la vieja leía el destino de cada uno de sus días. «En el teatro te robarán la bufanda», y la bufanda desaparecía. «Tropiezarás con una mendiga», y ahí estaba ella, en el suelo, con el tobillo dolorido. «Te regalarán

flores por la calle», y eso mismo ocurría. «El coche chocará contra un carrito», y así sucedía sin falta. Mil pruebas habían hecho de ella una esclava, ya no hacía nada si no se lo ordenaba Carmela Calise con sus cartas.

Fue ella quien le dijo que en aquel teatro de gente grosera conocería a su gran amor.

Y así había sucedido.

Attilio le había sonreído primero, luego se había acercado a ella a la salida. Se había fijado en él cuando salía a escena, por supuesto. ¿Cómo hubiera podido pasar por alto semejante belleza? Sonrió ante aquel recuerdo, el corazón le latía con fuerza de solo pensarlo. Y se había perdido dentro de aquellos ojos que le recordaban una noche estrellada. Había ido a ver a toda prisa a la vieja, se lo había contado todo y la vieja la había mirado inexpresiva, como si no entendiera. Quizá no entendiera de veras, quizá se tratara simplemente de una mediadora entre ella y el alma gentil que desde el más allá había decidido ponerla a salvo.

Siguieron entonces los días en los que se limitó a vivir, a vivir nada más. El paraíso y el infierno, encerrada en su cárcel mirando el techo. Y desde entonces no había permitido que su marido volviera a tocarla. En su fuero íntimo era la mujer de Attilio y no añoraba nada de su vida anterior. Basta ya de fingir. Había puesto en orden sus asuntos, vendido joyas y bienes, debían pensar en ser felices.

Faltaba una sola cosa: que la vieja dijera que sí. Maldita bruja. Emma pensó entonces en aquella terrible escena, ocurrida días antes. En la furia ciega que había sentido crecer dentro de ella. En la terrible condición de no poder volver a ver a Attilio, ni siquiera en el escenario. ¿Cómo iba a arreglárselas, ahora que ya no podía echarse atrás?

Nunzia se detuvo en el umbral de la puerta de entrada. Su mirada segura vacilaba, vagaba de izquierda a derecha. En la mano todavía llevaba asida la escoba.

A su espalda, Maione le dio un toque firme en el brazo. Ella se estremeció y entró.

Ricciardi la esperaba sentado a la mesa desvencijada. Miraba fijamente el vacío, la mente y el corazón inundados de melancolía, mientras el refrán repetido por Carmela desde su rincón resonaba en sus oídos. Prefería interrogar a las personas en presencia del fantasma de la víctima, eso le daba la fuerza y la resolución de buscar la verdad.

—Siéntese —le dijo a la mujer, que se acercó, cogió una silla, comprobó un instante su estabilidad y se sentó.

Tanto Ricciardi como Maione tomaron nota del detalle, recordando que una de las sillas tenía la pata rota. No se trataba de un dato esencial, pero demostraba la costumbre de la portera de sentarse a la mesa.

Fuera, tres pisos más abajo, por los gritos se notaba que los muchachos habían reanudado el partido de fútbol con la pelota hecha de trapos y papel de periódico.

—Cuéntenos qué relación tenía con la Calise. La verdadera relación, no las tonterías de siempre.

Nunzia parpadeó. El tono firme, la voz baja y, sobre todo, los extraños ojos verdes de gélida mirada la inquietaron. Maione cogió la escoba y la dejó en un rincón.

—¿Qué quiere decir, comisario? Vivía aquí. Ya se lo dije, a mi hija le gustaba estar con ella; y a mí me venía bien que alguien la cuidara mientras yo trabajaba. Por la noche...

—... venía a buscar a su hija, sí, eso ya me lo ha dicho. ¿Le pagaba para que la cuidase?

Nunzia soltó una risita nerviosa.

—No, comisario, ¿cómo iba a pagarle? En mi trabajo, además del cuartito de la planta baja y el poco dinero que me dan, no gano casi nada; para vivir tenemos que ingeniárnoslas. Solo faltaba que tuviera que pagarle a doña Carmela.

—¿O sea que entre ustedes de dinero nada?

Un breve titubeo, los ojos se movieron de izquierda a derecha.

—No, ya se lo he dicho. ¿Qué dinero?

Ricciardi guardó silencio. Seguía mirando fijamente a los ojos de la mujer. Maione, de pie junto a la silla, la observaba desde su altura. En el alféizar de la ventana hubo un batir de alas, tal vez de una paloma.

Al cabo de un minuto entero, Ricciardi habló otra vez.

—¿Qué tipo de mujer era la Calise? Usted la conocía bien, mejor que nadie. Maione, al que ve usted aquí, ha preguntado en el barrio, parece que nadie tenía tratos con ella, como de costumbre. Pero usted, en cambio, venía todos los días. ¿Tenía familia? ¿Cuáles eran sus hábitos? Cuénteme.

Al notar que disminuía la presión, Nunzia se mostró visiblemente aliviada. Pensó en mostrarse lo más colaboradora posible. Se acomodó en la silla, y al mover el enorme trasero arrancó un sonoro crujido a la madera.

—Doña Carmela era una santa, ya se lo dije el otro día y se lo repito ahora, y quien lo niegue no merece vivir. Se lo juro por mi pobre hija enferma que es un ángel inocente.

—Sí, una santa y un angelito, de acuerdo. Por eso esto de aquí es un paraíso. Hábleme de la vida de la Calise y no divague, por favor.

—No tenía familia en Nápoles. No se había casado, nunca me habló de ningún hermano o hermana. Era de un pueblo, no sé de cuál. Algunas veces venía a verla una muchacha, me contó que era una sobrina que vivía muy lejos, pero después ya no volvió. Tampoco me dijo cómo se llamaba. Tenía ese don de ver lo que había en el futuro y lo utilizaba para ayudar a la gente. Hizo mucho bien.

Maione intervino entonces.

—Y el bien al prójimo lo hacía gratis, ¿no? Por beneficencia.

Nunzia Petrone echó una mirada ofendida al sargento.

—¿Qué tenía de malo si la gente, en señal de gratitud, le hacía algún regalito? Ella no pedía dinero. Decía: «Si queréis tener un detalle conmigo, os lo agradezco». La gente estaba contenta.

Ricciardi enarcó una ceja y miró a su alrededor.

—¿Y qué hacía con esos regalitos? Porque en esta casa no se ven lujos. ¿En qué utilizaba el dinero?

—¿Cómo voy a saberlo yo, comisario? No estaba dentro de la cabeza de doña Carmela.

—En su cabeza tal vez no, pero usted misma dijo que estaba en sus pensamientos y en su corazón. O por lo menos su hija. De modo que quizá a usted también le llegaba algo, ¿no?

La mujer enderezó la silla.

—No, nunca, comisario. Que me muera aquí mismo si miento. Yo a doña Carmela la quería. A cambio de nada.

Ricciardi y Maione se miraron. De ese modo no iban a ninguna parte. El comisario suspiró y clavó nuevamente la mirada transparente en los ojos de Nunzia.

—Vamos a ver si aclaramos un punto, Petrone. Disponemos de elementos que nos permiten probar que hacía negocios con la finada. Que ella no solo echaba las cartas,

sino que también practicaba la usura. Y que le pasaba dinero.

La mujer se quedó muda, atrapada entre la espada y la pared.

Al cabo de un tiempo infinito, Nunzia habló en voz baja, sin doblegarse, sosteniendo la mirada de Ricciardi.

—¿Qué pruebas? No tiene ninguna prueba. Chismes. Son todo chismes.

Sin dejar de mirarla fijamente, Ricciardi le indicó a Maione con un movimiento de la cabeza que dejara caer sobre la mesa el hatillo encontrado debajo del colchón, en el que constaba el nombre de Nunzia.

Attilio Romor se sabía atolondrado. Aunque tenía la convicción de destacar siempre en esas pocas situaciones que sabía manejar, y una de ellas, la principal, eran las mujeres.

Cuando había podido hacer suya a Emma, la había dejado esperando, para que aumentara su deseo. Fue derribando una tras otra las seguridades de aquella mujer, poniendo a prueba su resistencia, ablandando su voluntad hasta convertirla en cera bajo sus manos.

En cientos, en miles de ocasiones había captado la dependencia en su mirada, había sentido crecer en ella el imperioso deseo de convertirlo en su dueño. Sabía ya con absoluta certeza que había pasado a ser el centro de la vida de aquella mujer, la única razón por la que abría los ojos al despertar. No podía haberse equivocado. No, de ninguna manera.

Sin dejar de peinarse cuidadosamente el pelo engominado, le sonrió a la imagen que le devolvía el espejo; Emma iba a suplicarle que nunca la dejara. Y de ella conseguiría su bienestar, su venganza. Solo debía jugar bien las cartas y esperar.

Filomena subía por via Toledo en dirección a vico del Fico.

Llevaba la cabeza cubierta con el chal, los ojos fijos en el suelo, la cara tapada como siempre. Caminaba deprisa, pegada a la pared.

Ocultaba sus formas con el sobretodo ancho, los zapatos viejos y la falda larga hasta los tobillos.

La mascarada de siempre, su coraza para defenderse de las miradas de los depredadores; si no tienes garras, escóndete.

Levantó la vista un instante, cuando le faltaban los últimos metros para llegar a via Toledo; de pie, en la esquina, vio a don Luigi Costanzo, elegantísimo, como de costumbre, con su traje claro, el sombrero echado hacia atrás para dejar al descubierto la frente morena, el bigote fino. La espalda apoyada en la pared, una mano en el bolsillo, la otra, abandonada al costado, sostenía el cigarrillo.

De lejos Filomena vio a dos obreros que, al pasar delante del camorrista, se inclinaron hasta casi tocar la acera. El miedo y el poder. Ella ya no estaba dispuesta a tener miedo.

Aminorando el paso, pensó en Gaetano que llevaba dos horas en la obra acarreando cubos de balasto colgados en inestable equilibrio de un madero, a veinte metros del suelo. Temblaba al pensar en el peligro que corría el pobre, pero el trabajo era el trabajo y en aquellos tiempos difíciles no se podía elegir. Notó la quemazón de la rabia causada por la frustración de ver a su hijo, apenas un muchachito, luchar para ganarse el pan.

Mientras avanzaba con la vista clavada en el suelo, se arrepintió de no ser la puta que todos decían. Tanto ella como su hijo hubieran tenido un mejor pasar. Incluso lujos, el lujo de un amante. Hasta la habrían respetado. Dinero y respeto van de la mano. Ya no hubiera sido la puta, sino la señora, con trajes de seda y un corte a la moda. Con casa propia quizá. Mantas para el frío, colchones. Un colegio para Gaetano, tan inteligente él.

Cuántas veces, en las noches en que el viento sacudía la puerta para entrar en el bajo y ellos se ahogaban de calor mientras las ratas eran dueñas del callejón, se había tragado las lágrimas y las dudas.

Hay que nacer para hacer esas cosas. Ella había nacido tan hermosa que nadie creía que pudiera vivir únicamente para su hijo y para salir adelante, recordando a su marido, al que se lo habían llevado un acceso de tos y una bocanada de sangre.

Se encontraba casi a la altura de don Luigi. Él la vio, tiró el cigarrillo, dio un paso al frente y se interpuso en su camino. La misma sonrisa segura, los ojos penetrantes.

—Aquí está, Filomena. ¿Cómo se encuentra usted? ¿Me ha echado de menos? Estuve unos días en Sorrento por unos asuntos. Pero pensé todo el tiempo en usted, la

más hermosa de Nápoles. ¿Ya se lo ha pensado? Iré a su casa. Ésta noche. Y al muchacho, me lo manda a dormir a la calle, total, como habrá visto, ya no hace frío. Ha llegado la primavera.

Filomena se había detenido. Mantenía la cabeza gacha y con la mano se ceñía el chal que le cubría la cara. El tiempo también se había detenido.

Irritado por la tardanza de la respuesta, don Luigi le destapó la cara con un ademán veloz.

—Y míreme a la cara cuando le hablo.

Filomena levantó la vista y la clavó en él, los ojos anegados en lágrimas. Al camorrista se le heló la sonrisa en la cara, dio un paso atrás, como si acabaran de abofetearlo. Golpeó la pared con los hombros, el sombrero se le cayó al suelo y salió rodando unos metros, calle abajo. Se llevó la mano temblorosa a la boca y lanzó un gemido, un sonido como de mujer espantada. Se acabó el poder, el miedo se había mudado de casa.

Filomena se cubrió despacio la cabeza y siguió caminando. Un muchacho pasó por detrás y, lleno de curiosidad, miró a don Luigi, que seguía apoyado en la pared con la mano en la boca.

No se inclinó.

Ricciardi y Maione esperaban pacientemente mientras observaban a Nunzia que lloraba. En su trabajo ocurría con frecuencia que las personas se echaran a llorar.

Frente al hatillo hallado debajo del colchón de Carmela, la portera había tenido una reacción espectacular. El ligero temblor que empezó en los labios se transmitió a los hombros. Siguió un gemido leve, casi un silbido, como de tren lejano. Al alcanzar la presión adecuada, como las calderas de vapor, se había desplomado sobre la mesa, sacudida por los sollozos, la piel cubierta de manchas rojas. Bajo su peso, la silla crujía, desesperada e impotente.

Los dos policías se miraban y esperaban que amainara la tormenta.

Sorbiéndose los mocos, la mujer levantó la cabeza de la mesa. Miró a Maione esperando un pañuelo, una mano o al menos una mirada de compasión, pero él la observaba inexpresivo. Entonces miró a Ricciardi y se encontró con sus verdes ojos de vidrio, en los que tuvo la impresión de hundirse.

—Doña Carmela me ayudaba. A veces. Quería a Antonietta, pobrecita hija mía. Y le hacía algún regalito, pequeñas sumas, para caramelos.

Maione sacó el fajo de billetes que guardaba en el bolsillo.

—¡Madre mía, la de caramelos que come su hija! Será por eso que está así de gordita. Vamos a contar, diez, veinte, cincuenta... ciento treinta liras. ¿Cuántos se podrán comprar, dos carros de caramelos?

La mujer miraba a su alrededor, los ojos entornados buscaban ayuda. Se daba

cuenta de que no tenía salida, pero todavía no estaba dispuesta a entregar las armas.

Ricciardi esperaba, con la paciencia de la araña en el centro de la tela. Solo era cuestión de tiempo; momentos más tarde, Nunzia se sentiría completamente acorralada y desvelaría otra parte de la historia. Desde el principio había tenido la convicción de que ella no había matado a la vieja, y ahora que sabía que le daba dinero, estaba más convencido aún. El dinero, fuerte motivación para matar, pero también para lamentar la muerte ajena. El dolor de la mujer era sincero. Una grave pérdida.

Desde su rincón, la vieja con el cuello roto graznó otra vez el refrán que hablaba de dar y tener. Ricciardi le preguntó mentalmente: ¿quien te mató te debía algo? ¿Estaba enfadado, desesperado, ofendido? ¿Enamorado tal vez? Por horrible que fuera, deformada por la artritis, había sabido generar una emoción tan fuerte para que la mataran de aquella forma tan salvaje.

Ricciardi siempre había pensado que el hambre y el amor, las perversiones de estas dos necesidades, se encontraban en el origen de la mayoría de los crímenes. Sentía su presencia en el aire, alrededor de los muertos que clamaban justicia, y en el odio de quienes los sobrevivían. ¿Qué habría detrás de los golpes terribles que habían destrozado a Carmela Calise? ¿Hambre o amor, o ambos?

Nunzia enderezó la espalda, adoptando nuevamente una expresión desafiante. Bajo su peso, la silla soltó un breve crujido.

—¿Quién le ha dicho que este dinero era para mí? En un pañuelo uno puede escribir lo que le dé la gana. Para mí que ustedes no tienen ninguna prueba y están buscando a alguien a quien echarle la culpa.

Aquella también era una reacción que Ricciardi y Maione conocían. El coletazo, la última rebelión.

—Así es, Petrone. Tiene razón, es usted inteligente. No tenemos pruebas y necesitamos echarle la culpa a alguien. De lo contrario, ¿qué vamos a contarle a nuestros superiores? Lo único que tenemos es este pañuelo con el dinero para caramelos. ¿Sabe qué vamos a hacer? La meteremos a usted en la cárcel. Diremos que usted chantajeaba a la Calise. Y fin de la historia.

Sin cambiar de tono, sin cambiar de expresión.

—¿Tendría usted valor? ¿Tendría valor para tanto? ¿Y mi hija?

Ricciardi se encogió de hombros.

—Hay magníficas instituciones. Estará bien atendida.

Nunzia se pasó la mano por la cara.

—De acuerdo, comisario. Le contaré todo lo que sé.

Todo había empezado años antes, unos cinco, quizá, su hija todavía era pequeña. Consumida por los dolores de la artritis, la vieja ya no podía seguir haciendo los trabajitos de modista con los que a duras penas lograba huir de las privaciones. Una noche de verano, sentadas en la calle para encontrar alivio al bochorno mientras se confiaban sus mutuas desesperaciones, la Calise le contó a Nunzia que de niña había aprendido a echar las cartas. Le había enseñado su madre que, a su vez, había aprendido de su abuela, un saber que se remontaba a los tiempos en que las sirenas vivían en los escollos de Mergellina. No se acordaba de cuál de las dos había tenido la idea de pergeñar el pequeño engaño.

Por entonces, no lejos de allí, vivía la viuda de un comerciante, obsesionada con los muertos de su familia. Para divertirse, los muchachos se colocaban debajo de las ventanas de su casa y se ponían a ulular, y por las mañanas, la viuda le confiaba a Nunzia, cuando se encontraba con ella en el carrito de las verduras, que hubiese dado lo que fuera para hablar una vez más con su marido. Lo que fuera.

Se pusieron de acuerdo, Nunzia le dijo que conocía a una mujer que echando las cartas era capaz de contarle cuanto quisiesen comunicarle desde el más allá. Tras años de confianzas, sabía exactamente las cosas que deseaba oír y Carmela se las dijo todas. En pequeñas dosis. Primero a cinco, luego a siete, más tarde a diez liras la sesión.

Al morir la viuda, feliz de poder por fin reunirse con el alma devota y enamorada de su marido, que le había perdonado todas las traiciones, la reconocida sociedad Nunzia y Carmela contaba ya con una decena de devotas clientas. Y se fue corriendo la voz.

Funcionaba de este modo. La persona oía hablar de Carmela, se presentaba, la vieja decía que estaba ocupada y no podía recibirla hasta la semana siguiente. Apuntaba nombre, apellido, dirección y motivo de la visita: amor, salud, dinero. Entonces entraba en acción Nunzia. Sirviéndose de la nutrida red de porteras, peluqueras a domicilio, vendedoras ambulantes y, chismes mediante, al cabo de la semana le transmitía a Carmela la información que precisaba para dar a quien requería sus servicios las noticias que quería oír, a cinco liras cada una.

En el fondo, dijo la mujer, no hacían ningún mal. Las personas llegaban tristes y se marchaban felices. En cierta manera eran dos benefactoras.

El nombre de Carmela Calise contaba ya con su buena trayectoria y los clientes eran más de los que podía recibir. Habían comenzado a integrar la realidad, dando al destino un empujoncito de vez en cuando, lo justo para dotar de mayor credibilidad al oráculo de las cartas. Una mendiga, el encuentro con un hombre, un pequeño incidente. Cosas mínimas, hechos en apariencia casuales que, para quien quería

verlos, constituían importantes confirmaciones. De eso se ocupaba Nunzia, con la ayuda ocasional y retribuida de interinos que no pedían explicaciones. No siempre necesitaban tanta investigación; a veces, la vieja eximía a Nunzia porque, según le contaba, algunas personas le daban directamente los elementos que precisaba. La gente tenía necesidad de hablar.

Todo iba de maravilla. Ganaban más dinero del que precisaban para mejorar su estilo de vida sin llamar demasiado la atención. Tanto dinero que ambas se plantearon el problema de qué hacer con él. En aquella ciudad, ya se sabía, con el dinero sobrante solo se podía hacer una cosa: prestarlo a cambio de un interés.

El carrusel se había puesto en marcha casi un año y medio antes: una mujer que debía prepararle el ajuar a la hija, un empleado que tenía a su mujer enferma, un comerciante en dificultades. Si no devolvían capital e intereses, se enteraba todo el barrio: la maledicencia no dejaría supervivientes. El mejor remedio contra morosos.

Un pequeño sistema eficaz, dos actividades colaterales y complementarias que giraban a la perfección, la una alrededor de la otra. Nunca habían tenido ningún problema. Hasta entonces.

No, no tenía idea de lo que Carmela hacía con el dinero. En ese punto la vieja se había mostrado poco expansiva y no se había confiado nunca; ella, por su parte, lo guardaba todo en una libreta a nombre de la hija, en el banco de via Toledo, poquito a poco, para no levantar sospechas. Cuando se lo había preguntado, Carmela le había dicho resignada que, en el fondo, las dos no eran tan distintas como parecía.

Y no tenía la menor idea de quién podía haberla asesinado. Carmela, con sus cartas, no constituía una amenaza para nadie. Nunca pedía a sus deudores la devolución del préstamo de forma apremiante. Dejaba tiempo y espacio. Prorrogaba siempre, con un pequeño sobrepago, claro está. No conocía a nadie que hubiese podido asesinarla. Y de aquella forma, además. Imposible.

—Por tanto —dijo Ricciardi, dando golpecitos en el cuaderno negro que tenía ante él sobre la mesa—, sabe poner apellido, dirección y una historia a todos los nombres que constan aquí escritos. Fueran clientes para las cartas o los préstamos. Y describir todos los sueños de la gente que, previo pago, han cultivado y hecho crecer.

Nunzia bajó la mirada al verse sometida al juicio moral del comisario.

—Sí. A todos.

—De acuerdo. Maione, ponte con la señora y torna nota de las direcciones y los nombres de todas las personas que la Calise vio el último día, y el de la última que vino antes de que encontraran su cuerpo. Me los citas para que mañana vayan a verme al despacho, de uno en uno, y así les veremos las caras. Y si no averiguamos nada, repetiremos el procedimiento en sentido inverso. Hasta que encontremos el sueño adecuado, el enfermo. El que asesinó a la vieja. Me voy a casa. Me duele la cabeza.

Esa noche, más que nunca, Ricciardi necesitaba normalidad. Gestos simples, habituales, medidos. El contacto con las cosas cotidianas: sillas, mesa, cubiertos, comida. Con miradas sanas, expresiones usuales.

Por ese día ya había cubierto su cuota de llantos, sentimientos de odio, muerte. No veía la hora de llegar a su ventana.

Tranquilizó a Rosa, que no estaba habituada a verlo regresar tan temprano; le dijo que al día siguiente lo esperaba un día intenso y que quería descansar un poco más.

Comió deprisa, leyó un poco, escuchó la radio; grandes sinfonías que lo calmaban como por arte de magia. Con los ojos cerrados imaginaba las evoluciones de las parejas cinematográficas, vestidas de largo y chaqué, mientras bailaban sobre un suelo de mármol brillante, siguiendo trayectorias que solo ellas conocían, sin rozarse nunca: las damas mirando con embeleso a los caballeros, una mano entrelazada en la del compañero y la otra, sosteniendo el vestido.

En el rojo sillón de piel, a la luz tenue y difusa de la lámpara, pensaba en sí mismo y en la vida de los otros como en un baile grandioso en el que todos se rozaban, solos o en pareja, cada cual a su ritmo. A veces, al bailar, se producían choques y entonces alguien caía; correspondía a algún otro, encargado de estos menesteres, levantar a los caídos o sancionar a los que habían provocado el incidente. Un feo trabajo, pero que debía hacerse.

A la hora de siempre, tal vez algún minuto antes, se encontró de pie junto a la ventana, en la habitación iluminada por la luz amarilla de la vieja lámpara de queroseno heredada de su madre. En el comedor diario del apartamento de enfrente estaban terminando de cenar. Los comensales se fueron levantando de la mesa para regresar a sus ocupaciones tras haber compartido mantel. Algunos se demoraban para tomar café; los más pequeños, un pedazo de tarta.

Ricciardi imaginaba que el amor verdadero, cuando se apoderaba del alma, podía convertirse en el motor de la vida. Al observar a aquella familia intuía sus sentimientos, una caricia distraída, una sonrisa, un coscorrón afectuoso. Gestos normales y extraordinarios. Una familia.

Era capaz de explicar de muchas maneras el dolor de haber perdido algo que nunca había tenido. De su madre enferma guardaba una vaga memoria; no recordaba sus caricias ni el calor de su abrazo. Solo podía soñarla.

Como todas las noches, en la casa de enfrente, la mujer de sus desvelos, ya a solas, dueña y señora del lugar, se había puesto a recoger. Él seguía sus movimientos familiares, como quien escucha un disco muy amado que ha puesto miles de veces; anticipaba sus movimientos, estudiaba sus pasos.

En su fuero íntimo se había acostumbrado a llamarla «amor mío». Palabras que

jamás le habría dicho, porque era más que probable que jamás le dirigiese la palabra. No podría ofrecerte más que mi dolor, pensó, el peso terrible de mi cruz.

Nunca se habría atrevido a acercarse a ese portón ni a pedirle a Rosa que se informara, y mucho menos a hablarle de ella a algún chismoso del barrio. Increíble, tratándose de alguien cuyo trabajo consistía en investigar las vidas ajenas.

Aunque no le pesaba. Prefería imaginar, soñar, observar de lejos. Aquélla vez en que se la había cruzado en la calle, había huido; y si llegaba a ocurrirle de nuevo, huiría otra vez.

Mientras apreciaba los gestos medidos de la mujer y su luminosa normalidad, Ricciardi pensaba en Carmela Calise y Nunzia Petrone, vendedoras de ilusiones. Horrible delito el de hacer que alguien crea posible conseguir lo imposible. La portera había dicho que la gente llegaba triste y se marchaba feliz. Pero ¿qué felicidad era la del engaño? Tú, con tus gestos seguros y tranquilos, seguramente no consentirías que una estafadora ensuciara tus sueños con sus representaciones irreales. Tus sueños son como tú, atenuados, delicados, tranquilos. Seguramente no recurrirías a una cartomántica para interpretarlos.

Mucho más que besarte y estrecharte entre mis brazos, me gustaría estar en tus sueños. Y protegerlos.

Era tarde cuando Maione salió de la casa de la Calise. Llevaba consigo la lista de las personas que la habían visto con vida el último día. Nombres, sueños y direcciones. Las características de las personas, sus familias, qué las había empujado a mendigar una palabra a aquella mujer, pagándola a peso de oro.

El sargento no lo entendía. No lograba explicarse la necesidad de compensar tan generosamente a alguien por echar las cartas. ¿Acaso eran ricos? Tal vez en la lista hubiera gente que conseguía el dinero con el sudor de su frente. Meneó la cabeza mientras caminaba; la Petrone había revelado todos los datos, demostrando así una extraordinaria capacidad para la investigación. De haber dependido de él, la habría contratado inmediatamente y con el grado de sargento, como mínimo. Entre los nombres había uno que le parecía importante, lo comentaría con el comisario; no se trataba de personas que iban de buen grado a comisaría. Al día siguiente le plantearía el problema a su superior, ahora tenía cosas que hacer.

Subió la cuesta de los Quartieri resoplando un poco a causa del peso y de la pendiente, mientras a su paso todos saludaban con las fórmulas habituales y se quitaban el sombrero, siempre a prudente distancia. Había decidido hacer una visita. No iba a pasar por la casa de Filomena para comprobar cómo se encontraba y si necesitaba algo, quizá fuera a la mañana siguiente. Tampoco pensaba ir a su casa, era temprano y, aunque no estaba dispuesto a reconocerlo ni siquiera en su fuero interno, no tenía ganas.

Fue subiendo, por debajo del corso Vittorio Emanuele, la calle borbónica que rodeaba el centro histórico. Detrás del vicolo di San Nicola da Tolentino, al final de una calle sin salida que moría entre los matorrales del campo, había un palacete. Una escalera estrecha y empinada conducía hasta la buhardilla, cuyos alféizares estaban cubiertos de excrementos de palomas; allí vivía alguien que en muchas ocasiones le había sido útil a Maione.

Resollando llamó a la puerta que se caía a pedazos. Una voz profunda y agraciada preguntó quién era y él dijo su nombre. La puerta se abrió.

—¡Sargento, qué honor! De haber sabido que venía a verme, me habría arreglado y cambiado de ropa interior.

No era fácil definir a Nenita. Llevaba el pelo negro recogido en un moño; unos mechones le tapaban las orejas de las que colgaban unos largos pendientes; en la cara lucía abundante maquillaje. Vestía un salto de cama de colores chillones que dejaba entrever el encaje de la combinación. Medias de red, altos tacones. Debajo de la densa capa de maquillaje se adivinaba una sombra de barba.

—Déjame pasar, anda, que para llegar hasta aquí arriba me he dejado diez años de vida.

—Hay que ver, un hombre guapo y fuerte como usted, que se fatiga por una subida de nada. Póngase cómodo, ¿qué le gustaría tomar? ¿Un sucedáneo de café, una copita de rosoli?

—Un vaso de agua. He de hablar contigo, tengo prisa.

Maione había conocido a Nenita un par de años antes, cuando al irrumpir en un burdel clandestino de San Ferdinando, uno de esos locales de bajo precio donde ejercían ilegalmente la profesión mujeres mayores o muchachas del campo. Entre todas las «señoritas» feas, contrahechas y ancianas, destacaba esa belleza de ojos almendrados; cuando le tomaron los datos, su «defecto» quedó al descubierto.

Maione tuvo que intervenir porque Nenita, cuyo verdadero nombre no llegó a saberse, intentó atraer en rápida sucesión a tres hombres de la escolta y a punto estuvo de arrancarle los ojos al último de ellos con un zarpazo de sus uñas.

La noche siguiente, que pasó en el calabozo de la comisaría, no dejó un solo instante de llorar, hablar y gritar contra todos; al final, Maione asumió la responsabilidad de soltarlo. Incluso porque técnicamente no se podía decir que se tratara de una puta.

Tras escuchar sus desvaríos, el policía se convenció de que el joven travesti sabía muchas, muchísimas cosas. Y que el crédito de gratitud que obtenía al soltarlo le resultaría útil.

Desde entonces Maione se sirvió de dicho crédito con parsimonia pero de forma productiva. Algunas noticias decisivas las obtenía precisamente en la buhardilla donde Nenita seguía ejerciendo con discreción. Maione hacía la vista gorda y Nenita

le hablaba al oído.

Hacia las siete de la tarde, el mar había comenzado a abofetear la escollera de via Caracciolo. Las olas envalentonadas por el viento formaban unas salpicaduras tan altas que se veían desde los balcones de via Generale Orsini en Santa Lucia.

Ruggero Serra di Arpaja se había asomado para que le diera la primera brisa de la primavera que soplaba desde el mar. Le pareció una amenaza y no le produjo el consuelo que esperaba.

No podía faltar mucho, lo sabía. Ignoraba qué iba a ocurrir, pero en cualquier caso, ocurriría pronto. El periódico daba los detalles que él conocía, aunque ocultaba otros.

No tenía excesiva confianza en las fuerzas del orden, y tampoco en la magistratura; todos los días, desde hacía más años de los que deseaba recordar, se enfrentaba a ambas y siempre las había imaginado como una bestia enorme, de lentos movimientos, incapaz de llegar a la meta.

En aquellos años, además, la máquina se había visto posteriormente obstaculizada por la política, que aminoraba y desviaba su marcha a su antojo para obtener sus propios fines.

Ahora estaba en juego cuanto había construido. Por enésima vez analizó las distintas evoluciones de los hechos y experimentó la angustia del ratón en la trampa. El recuerdo le produjo un acceso de náusea que encauzó cerrando los ojos: la sangre. Una cosa era hablar de ello fríamente en su despacho, con individuos culpables que él defendía para evitar la condena, escoria indigna pero acomodada, dispuesta a pagar por la libertad. Y otra muy distinta encontrarse dentro.

Toda esa sangre. Instintivamente se miró los pies descalzos; cayó en la cuenta de que desde que había regresado a casa y se había quitado los zapatos sucios, no había vuelto a calzarse otros. Debía deshacerse de aquellos zapatos; y tenía que ocuparse él, no podía encomendárselo a nadie.

Suspiró envuelto en el dulce viento; la peor angustia que le obstruía la garganta impidiéndole respirar no era por lo que pudiera sucederle, sino por lo que iba a hacer Emma. Para obtener la respuesta tendría que sacar fuerzas de flaqueza y salir para ir al teatro. Ésa misma noche.

Desde el campo se oía ladrar a un perro. Nenita se había sentado en un silloncito de estilo chino, en una postura educada de niña bien, las piernas juntas, las manos sobre el regazo.

—Entonces, sargento, ¿qué me cuenta? ¿Se ha decidido al fin a probar algo diferente en su vida? Ya sabe que a usted le saldría gratis.

—Vamos a ver, Nenita, yo todavía no he terminado de probar las cosas normales; imagínate si tengo ganas de algo distinto. He venido por lo de siempre, por motivos de trabajo.

El travesti bufó con gracia.

—¡Ay, Virgen Santa, qué aburrimiento, trabajo, siempre trabajo! ¡Tómese media hora de vacaciones! ¡Un hombre apuesto como usted, tan machote y tan peludo! Claro que no le vendría mal algo más de pelo en la cabeza, ¿verdad?

—Ojo con lo que dices, que hago que te encierren, ¿de acuerdo? Mis pelos no te importan, pero para que conste, los tengo en donde debo tenerlos. Más te vale pensar en los tuyos, que tienes la cara azul.

—Ay, sargento, no me lo recuerde, es que tengo un tipo de barba que se ve siempre. La cosa es que todavía no me he maquillado bien, porque después, seguro que ya no se ven. Bueno, ¿qué me cuenta? Me he enterado por mis compañeras de Sanità de que está buscando a quien mató a doña Carmela, la que echaba las cartas, ¿eh?

Maione tendió los brazos en señal de impotencia.

—Pero qué asco de ciudad. Alguien estornuda en la estación y sale uno en el Vomero que le grita «¡Salud!». Sí, estamos investigando. ¿Sabes algo?

—No, sargento, esta vez no puedo ayudarlo. Además no es mi zona, con todos esos canallas miserables que viven por allí; y la verdad es que no me he enterado de nada. Lo único que sé es que a ratos perdidos ejercía la usura, ¿le consta?

—Sí, eso ya lo sabemos. ¿Qué más sabes?

—Era muy buena con las cartas. Una compañera de Santa Teresa fue a verla; un novio suyo la tenía preocupada porque le había dicho que trabajaba en una obra de Giugliano y por eso no podía estar con ella por las noches. La vieja le echó las cartas y le dijo —Nenita sacó a relucir una voz cavernosa y entrecerró los ojos, como si estuviese mirando una bola de cristal—: «Ándate con cuidado, que ese no va a Giugliano, va a un burdel de vialé Elena». ¡Entonces mi compañera lo sigue y lo pesca saliendo del brazo de una puta! Tuvieron que sujetarla entre tres, porque por poco les raja la cara con la cuchilla de afeitar a los dos. Era muy buena. Pero no sé decirle quién ha podido asesinarla.

Maione negaba con la cabeza, admirado.

—La gente es realmente estúpida. ¿Cómo se puede creer en esas cosas? La Calise era una timadora. Recogía información, como hago yo contigo, y la usaba para sus oráculos. Y ganaba a costa de quien la consultaba.

Nenita se miró las uñas pintadas y lanzó un suspiro.

—Sargento, algunas veces se tiene necesidad de creer en algo. ¿Usted nunca siente esa necesidad?

Maione miró por la ventana y vio cómo el campo se iba encontrando poco a poco

con la primavera. El anochecer acogía en su regazo a las cigarras y se oía la hierba crecida mecerse en la brisa. ¿Crear en algo? Enseguida pensó en Lucia, que veinticinco años atrás reía al sol en la escollera de Mergellina.

—Sí, Nenita, tienes razón. Hay que creer en algo para poder seguir adelante. De todos modos he venido por otra cuestión. La otra noche una mujer de los Quartieri Spagnoli, que vive en vico del Fico, recibió una herida. Un corte en la cara.

—Ya lo sé. Filomena, la bella. Se habló mucho. La virgen puta.

Maione entornó los ojos.

—¿Cómo es eso de la virgen puta? ¿Qué significa?

Nenita soltó una risita, cubriéndose la boca con un ademán afectado.

—Es un invento mío. Llamo así a las que tienen fama de puta sin haber roto un plato. En una palabra, que los chismorreos de la gente dicen todo lo contrario de lo que es en realidad. Si supiera la de veces que ocurre, sargento.

—Y en este caso, ¿cuál es la verdad?

—Vamos a ver, le adelanto que todo esto lo he sabido por una de mis mejores amigas, que es prima del difunto marido, porque esa señora es viuda, por si no lo sabía.

Maione afirmó con la cabeza y dijo:

—Y tiene un hijo de doce años, me parece.

—Casi trece, creo. Un muchacho silencioso y muy moreno, como su padre. Lo vi un par de veces, cuando acompañé a Irma, la prima de la que le hablaba, a visitarlos. Imagínese cómo nos miraban en el callejón —Nenita soltó otra risita escudándose tras la mano—, encima del bajo, asomada a la ventana, vimos a una arpía vestida de negro, parecía una bruja de Benevento, con una cara que... no se la puede usted ni imaginar.

Maione recordó a doña Vincenza y el insulto que con labios apretados le lanzó a Filomena como un escupitajo.

—Te equivocas, me la imagino muy bien, créeme. Sigue.

—Pues bien, Filomena Russo recibió del padre eterno el regalo de la belleza. Si la ha visto usted, incluso ahora tal como la han desfigurado, lo entenderá. Es la mujer más hermosa de Nápoles, y tal vez del mundo. Bueno, lo era. Pobrecita.

—¿Por qué pobrecita? ¿Por el costurón?

—Ay, no, sargento, por la belleza. Ésa fue la maldición de su vida. Debe usted saber que si una mujer es tan hermosa, lo mejor que puede pasarle es que tenga alma de puta. Si tiene alma de puta, entonces vive rodeada de lujos, tanto ella como sus hijos, su madre, su padre, todo el mundo. Hace que la mantengan, deja que la vean y luego esconde eso que lleva entre las piernas, bendita su suerte; y los hombres, que son unos cabrones, no se me ofenda, sargento, que no lo digo por usted, la huelen y la siguen con la lengua fuera como perros callejeros. Pero si como le pasa a Filomena,

no tienes alma de puta, entonces debes esconderte para poder vivir en paz. Y aun así nadie te deja en paz.

—¿Y quién es el que no la deja vivir en paz?

Nenita miró a los ojos a Maione durante un buen rato.

—El camorrista don Luigi Costanzo. Y también el comerciante de tejidos para el que ella trabaja. Nos lo contó la última vez que fuimos a verla. Uno amenazaba a su hijo, el otro quería ponerla de patitas en la calle.

Maione apretó los puños. A Nenita no se le escapó el detalle, pero siguió con su historia.

—Aunque ahora creo que ya no la acosarán más.

—¿Y a ti quién te parece que pudo haber sido?

El travesti negó con la cabeza.

—Se lo dice alguien que trabaja con la belleza y el amor enfermo: al que se le mete entre ceja y ceja una mujer hermosa la mata, no la desfigura. No ha sido ninguno de los dos, sargento. Lo dudo mucho. Pero no sabría decirle quién ha sido el loco que ha arruinado ese esplendor.

—¿Y entonces por qué la llaman puta si es una mujer tan seria?

—Porque las mujeres no pueden reconocer que haya una mejor que ellas. Piensan que los hombres pierden la cabeza por otra cosa, no por lo que ven y nada más. Si supiera la de veces que me ha pasado y que todavía me pasa.

Maione se levantó y fue hacia la puerta.

—Gracias, Nenita. Si te enteras de algo más, me mandas llamar. Y pórtate bien, que no quiero pasarme la vida arreglando tus chanchullos. Que no eres mi hijo.

Nenita sonrió con coquetería pero con un punto de tristeza en la mirada.

—Sí, sargento, tendré cuidado. Pero quiero decirle una cosa. La belleza puede hacer que la gente pierda la cabeza. La de la cara, pero también la del alma. Usted tiene una familia hermosísima, no se comprometa innecesariamente. Si me permite el consejo.

Maione se detuvo en la puerta.

—No, no te lo permito. Además, para mí, no es más que una cuestión de trabajo. Hasta la vista.

Y se marchó corriendo a su casa.

La siguiente fue la cuarta mañana desde que la primera ráfaga de viento nuevo había cruzado los callejones detrás del puerto. La brisa se iba calentando conforme pasaban las horas; los abrigos casi habían desaparecido del todo, se empezaba a ver algún que otro canotier.

En las casas se abrían las ventanas y se ventilaban las chaquetas y faldas olvidadas durante el largo invierno, y se cantaba y se reñía a grandes voces, gracias a la ávida alegría de las viejas chismosas que espiaban en los balcones.

Por la calle, la brisa cargada de olor a mar se divertía despeinando los cabellos y rompiendo ramas. Hombres y mujeres, que durante meses se habían cruzado sin mirarse siquiera, ahora se observaban con atención, intercambiando mensajes silenciosos ocultos tras una sonrisa. Los sentimientos aletargados por el frío despertaban ahora: atracción, ternura, envidia, celos.

En las calles del centro, donde el olor a estiércol de caballo era más intenso, los vendedores ambulantes ofrecían su mercancía con renovado vigor. El aire estaba cargado de promesas, y entre ellas merodeaba invisible la primavera. El sol brillaba, el aire era dulce y perfumado, tal vez no todo estuviera perdido.

Asomado a la ventana de su habitación, Attilio aspiraba a pleno pulmón el viento suave; por primera vez desde hacía días, pensaba otra vez que sería capaz de darle a su vida el giro que había deseado.

No es que la noche anterior en el teatro las cosas hubiesen salido mejor de lo habitual; todo lo contrario. El maldito burro presuntuoso se había mostrado todavía más cáustico y punitivo si cabe. Hasta tal punto que se inventó un epíteto ofensivo para su personaje, «lechuguino». Era un modo de limitarlo, de disminuir su talento. Y por si eso no hubiese bastado, el palco seguía vacío.

Se estremeció ante la perspectiva de no poder refugiarse más en los ojos llenos de adoración de Emma si la gente se hubiese reído de él.

A la salida del teatro se encontró con aquel hombre, se había presentado para hacerle una oferta, y el corazón le había dado un vuelco pese a que no tenía nada que temer. Había rechazado su oferta con desdén, que nadie creyera que a Attilio Romor lo podían comprar.

Sin embargo, el encuentro le había permitido comprender una cosa, que existía otra posibilidad. Y tenía la intención de no dejarla escapar.

Extendió los brazos para que los pectorales se movieran bajo la camiseta y los tirantes. Lanzó una sonrisa resplandeciente a la señora que se demoraba tendiendo la colada en el balcón de enfrente. Que disfrutara ella también. El sol brillaba y el futuro era luminoso.

Ricciardi leía la lista de las últimas personas que podían haber visto con vida a la Calise. Un mensaje desde el más allá escrito de puño y letra de la muerta. Para él no era el único. «El Padre Eterno no es mercader que paga los sábados».

Observó detenidamente la escritura temblorosa de los nombres.

Passarelli, hombre, madre.

Colombo, mujer, nuera, amor.

Ridolfi, joyas esposa.

Emma.

Iodice, pagar.

Un día poco movido. Algunas páginas del cuaderno negro con el filo rojo llegaban a contener hasta diez nombres; la media era de seis o siete. Tal vez una de esas visitas se había prolongado más que las otras. Tal vez la vieja había leído su destino en las cartas.

A Ricciardi le encantaba el frío y en cuanto podía abría las ventanas de par en par para renovar el aire. Desde la plaza grande subía el olor a mar y en él viajaban las voces y los cantos de la nueva estación.

De pie y sumido en sus pensamientos, Maione miraba fuera. Ésa mañana llevaba dentro una pena que no sabía precisar. Le volvieron a la mente las palabras de Nenita, alimentando un vago remordimiento. Grabadas a fuego en la memoria llevaba la cara de Filomena todavía vendada y su sonrisa triste. Ésa mañana, cuando el comisario vio al hirsuto sargento en el umbral, le dijo: «Maione, harás que me acostumbre a tu saludo». Y Maione le contestó: «Entonces acostúmbrese, Filomena».

—Pero ¿qué te pasa, Maione? ¿Sueñas despierto?

—Nada, comisario. Hace un par de noches que no duermo bien. A lo mejor es porque la temperatura está subiendo. Empezaremos a tener más trabajo, como todos los años. Siempre pasa lo mismo en esta estación, ¿no?

Ricciardi asintió con un suspiro.

—Eso nos dicta la experiencia. Y que nos sea leve. Y ahora cuéntame lo de tu cita amorosa.

Maione abrió los ojos como platos y se puso a la defensiva.

—¿De qué cita me habla, comisario? Yo solo voy a saludar y ver cómo tiene la herida. No es por nada personal, faltaría más. Solo voy a comprobar si necesita algo, ni se me ha pasado por la cabeza...

Ricciardi le lanzó una mirada intensa.

—Pero ¿de qué hablas? Me refiero a la charla con la Petrone para descifrar esta

lista. Te advierto, Raffaele, que no soy de los que se meten en la vida de los demás, a menos que sea por trabajo. Pero voy a decirte una cosa. He compartido tu..., ese momento terrible por el que pasasteis tú y tu familia. He conocido a tu mujer y a tus hijos. Me acuerdo de Luca. Créeme si te digo que lo que tienes no se compra en ninguna tienda del mundo.

Maione había bajado la mirada.

—¿Por qué me lo dice, comisario? ¿Qué le he hecho pensar? Soy un hombre con suerte, ya lo sé. Pero desde que..., desde que ocurrió eso que usted sabe, Lucia y yo ya no hablamos. Vamos a ver, no es que no hablemos. Pero ella siempre está con la cabeza en otra parte. Mis otros hijos también la ven rara. Está callada. Con la mirada perdida, a saber a quién ve.

—¿Y tú no la ayudas? ¿No la buscas, no tratas de hablar con ella?

Maione sonrió con tristeza.

—Ya lo he hecho, comisario. Sigo haciéndolo. Pero es como hablar con la pared. A veces me comporto como un loco, voy por la casa hablando solo. Es como si los dos no pudiéramos comunicarnos más que a través de Luca. Del recuerdo de Luca. Y nunca lo nombramos.

Ricciardi lo observaba.

—No te puedo decir cómo funcionan esas cosas en una familia. Ya sabes que no la tengo, que ni siquiera la tuve de niño. Me crie con mi tata, y sigo con ella. La quiero, pero no es una familia. ¿Sabes qué pienso? Que es fácil estar juntos cuando todo va bien. Lo difícil es cuando hay que superar montañas, hace frío y sopla mucho viento. En esas circunstancias, para darse calor quizá uno tenga que arrimarse un poco más. Te lo dice alguien que vive en el frío. Y que no tiene a nadie que le dé calor.

Maione miraba a Ricciardi sin salir de su asombro. Nunca lo había oído hablar tanto y sobre temas que no guardaban relación alguna con una investigación, sino consigo mismo, con su vida y su familia. Maione sabía que no estaba casado, mejor dicho, era como si Ricciardi estuviese casado con su soledad.

—A veces pienso, comisario, que nuestro amor, el mío y el de Lucia, es como si se hubiese muerto con mi hijo. ¿Qué se cree, que solo ella sufre porque era su madre? ¿Que yo no lo veo todos los días ante mí con aquella cara que era para llenarla de bofetones, cuando me decía «Hola, sargento panzón, qué quieres que te haga, el saludo militar?». ¿Se cree que cada vez que cierro los ojos no me veo con él en brazos? Con siete años ya quería que le enseñara el revólver reglamentario. Hay momentos en que no puedo respirar de tanto que me duele el corazón. Pero mi dolor no cuenta, cuenta solo su dolor de madre.

Ricciardi negó con la cabeza.

—No lo sé, Raffaele. A lo mejor tienes razón. Aunque según lo veo no existe una

clasificación del dolor, el mío es mayor que el tuyo, el tuyo es mayor que el mío. Hay veces en que el dolor también puede unir. A lo mejor se trata de que converséis un poco por la noche. A mí, ese frío del que te hablo, me llega por las noches. Y entonces... me asomo a la ventana y tomo un poco el aire. Escucho algo de música en la radio. Y me voy a dormir con la esperanza de no soñar.

Una pianola empezó a tocar en la plaza, dos plantas debajo de la ventana del despacho. *Amapola, dolcissima Amapola*. Una bandada de palomas levantó el vuelo llenando el aire de alas. Desde el puerto llegó el eco del chillido de una gaviota. Maione miraba el mar e imaginaba a su hijo. Ricciardi miraba el mar e imaginaba a Enrica.

—De todos modos, si necesitas hablar con alguien, aquí me tienes. Y ahora veamos esa lista.

Trabaja con las manos, la mente hace un repaso de todo, la sangre, el cuerpo tirado en el suelo, la caja, él buscando su letra entre muchas otras, la letra que firmó cuando todavía creía en los sueños.

Trabaja con las manos, amasa la pizza, la extiende, aplica leves bofetones a la masa; el corazón cargado de angustia, piensa en el verdadero significado de las cosas. De los hijos, de su mujer, de su madre, pobre mamá, pobre viejecita mía. De la deshonra, de los rumores, las caras que se vuelven hacia otro lado cuando ellos pasan.

Trabaja con las manos, solamente con las manos, el calor del horno le quema el vello de los brazos, el fuego crepita y con sus gruñidos le transmite la promesa del infierno, sus ojos van de la sala a la puerta, a lo alto de los sombreros de los paseantes, a las miradas de la gente que, envuelta en el aire renacido, se pasea.

Ojalá no hubiese llegado nunca la primavera. Ojalá no hubiese dejado nunca el carrito.

Virgen santa, cuánta sangre. ¿Cuánta puede caber en un cuerpo tan pequeño? La alfombra, la alfombra había cambiado de color. La llamé, no respondió. Dos veces. Virgen santa, ayúdame.

Se acuerda de cuando era niño, alguien que vivía en el callejón había ido a la cárcel, a saber qué habría robado. Después se acuerda de que su mamá apartaba algo de comida, de por sí escasa, para dársela a la familia que se había quedado sin padre, y eso mismo hacían todos los vecinos del barrio. Pero los niños tenían prohibido jugar con los hijos del ladrón. Él nunca permitiría que a sus hijos les ocurriera lo mismo. Nunca.

No iban a detenerlo. No se dejaría detener.

Dejó de picar las anchoas saladas, alargó la mano debajo del mostrador para comprobar la larga hoja afilada del cuchillo para la carne.

Era el día. Lo presentía. Pero no iban a detenerlo.

Maione había sacado la libreta y leía sus apuntes.

—Madre mía, no se entiende nada, y eso que lo he escrito yo mismo. Ése día la Calise no recibió a nadie por la mañana, por eso solo tenía apuntadas cinco citas. Le dijo a la Petrone que tenía que ocuparse de un asunto suyo, que tenía que salir. Parece que no ocurría a menudo. De todas maneras, regresó a la hora de comer y a primeras horas de la tarde empezó a recibir. He citado a todos. A lo mejor usted conoce a alguien, comisario. Hay gente de su barrio. Un tal Ridolfi Pasquale no puede venir a comisaría, tendremos que ir nosotros. Se cayó por las escaleras justamente cuando salía de ver a la Calise esa mañana, ahora está en su casa, con la pierna vendada. ¿Se acuerda de las escaleras, no, comisario? La última vez casi me caigo yo también,

suerte que son tan estrechas que si me hubiera ocurrido, me habría quedado encajado entre las dos paredes. Y después están los demás. El primero que se ha presentado es Umberto Passarelli, vive en Foria, es contable y está empleado en la oficina del catastro.

—¿Y qué te dijo de él la Petrone?

Maione se echó a reír.

—Ay, comisario, es una historia muy divertida. Verá, el contable Passarelli tiene sesenta años. Vive con su mamá de ochenta y siete. Hasta aquí todo normal. El contable está prometido desde que tenía veinte años con una tal señorita Liliana, que vive por su zona. ¡Cuarenta años de novios, comisario! ¿Y por qué no se han casado? Porque la señora Passarelli, la suegra fallida, no ha querido. Y como todo el dinero lo maneja ella, que está muy vieja pero no se muere, ellos esperan.

—¿Y por qué se hacía echar las cartas por la Calise ese tal Passarelli?

—Aquí viene lo realmente gracioso, ¡para saber cuándo se iba a morir su mamá! De hecho lleva veinte años moribunda. La Petrone conoce a la criada del médico que la atiende, de ese modo conseguía la información que le servía a la Calise para echar las cartas. Increíble.

—Muy bien, hazlo pasar. ¿Quién viene después?

—Una joven, una tal Colombo. Era la segunda vez que iba por un asunto del corazón, después se lo cuento. El inconveniente lo tenemos con la que viene después, una señorona de Santa Lucia, Emma Serra di Arpaja. La cosa es seria, se trata de una de las principales financiadoras del negocio. La Petrone no me supo decir nada porque con esa señora trataba personalmente la Calise. Quizá no haya nada que saber. Quería preguntarle qué hago, ¿la mando llamar a ella también, o empleamos un poco más de discreción? No me gustaría remover demasiado el barro de la charca y que en las plantas de arriba nos planteen problemas.

Ricciardi bufó irritado.

—¿Cuántas veces te he dicho que no quiero oír esos comentarios? Si hay que investigar a alguien, se lo investiga. Mándala llamar como a todo el mundo. Después, si nos ponen palos en las ruedas, ya veremos cómo se los partimos por la cabeza. ¿Y el último?

—Iodice, un pizzero de Sanità. Él no iba por lo de las cartas, era un deudor. Pero desapareció la letra, lo he comprobado. A lo mejor pagó y se fue, eso pone el cuaderno.

—O tal vez la mató y se llevó la letra. Veremos. Haz entrar a Passarelli.

El contable Umberto Passarelli no creía en el destino, lo cual resultaba asombroso en alguien que se hacía echar las cartas. Pensaba que en el curso de los acontecimientos había un importante elemento vinculado a la forma en que un hombre se enfrentaba a

las cosas. Lo demás era obra del día que empezaba bien o mal.

Por ello prestaba la máxima atención a cuanto ocurría en la hora siguiente al despertar, señales inequívocas del rastro que ese día dejaría en su vida, y se preparaba convenientemente para recibir a las restantes veintitrés horas con el ceño que la situación requería. Ahora bien, no siempre resultaba fácil interpretar las señales.

Ésa mañana lo despertaron unos golpes vigorosos en el portón: mala suerte. Pero los oyó solamente él, su mamá había seguido roncando armoniosamente: suerte. Dos policías de uniforme: mala suerte. Pero eran bastante amables: suerte. Querían que se presentara en comisaría esa misma mañana: mala suerte. Pero no iban a detenerlo, tampoco tenían ningún cargo contra él: suerte. Por el momento, añadieron: mala suerte.

Así, Umberto Passarelli que, con un educado «¿Se puede?», entró circunspecto en el despacho de Ricciardi, decidió que su estrategia consistiría en una actitud de espera.

Era un hombrecito menudo y delgado, con una serie de tics que desvelaban su perenne nerviosismo, el más desagradable de los cuales consistía en guiñar el ojo izquierdo, a la vez que estiraba la boca del mismo lado; era como si hiciese un gesto pícaro y se asustara sin solución de continuidad. Gafitas de montura dorada, camisa de cuello duro, puños con diminutas manchas de tinta.

Un mechón de cabellos peinados con primor surcaba lo alto de su cabeza, por lo demás calva. La brisa ligera que entraba por la ventana comenzó de inmediato a zaherirlo, levantándose a ratos. A Ricciardi le recordó la procesión de Pentecostés de su pueblo, donde los figurantes simulaban la llegada del Espíritu Santo llevando temblorosas tiras de tela en la cabeza.

Tras tomarle los datos completos, el comisario le preguntó al contable si se había enterado del homicidio de la Calise.

—Sí, claro, lo leí en el periódico. Qué lástima. Un verdadero fastidio.

—¿Un fastidio?

—Ya lo creo, comisario. Verá usted, yo, y a saber cuántas personas como yo, nos tendremos que buscar a otra que nos ayude. Y no resulta fácil, créame —dijo guiñando el ojo—, mantener la confianza en alguien que te dice lo que debes hacer.

Ricciardi frunció el entrecejo.

—¿Cómo «lo que debes hacer»? ¿Usted hacía lo que le decía la Calise?

El ojo izquierdo guiñó.

—Claro, comisario. Si no, ¿para qué iba a verla? Y con lo que costaba, además...

—¿Desde cuándo era usted... su cliente?

—Desde hacía un año. Iba más o menos una vez por semana.

—¿Y por qué motivo? Es decir, ¿en qué asunto le daba ella sus indicaciones?

La comisura de la boca se le disparó hacia el cuello.

—Verá usted, comisario, yo vivo con mamá. Ella, que quede claro, es una gran mujer, una persona extraordinaria, y solo me tiene a mí. De manera que debo cuidar de ella, y no es fácil, porque está muy enferma, es muy anciana e irascible. Si oyera usted sus gritos... sacuden el barrio entero.

—Comprendo. ¿Y qué tiene que ver la Calise con su madre?

—La cuestión es que yo soy una persona metódica, me gusta organizarme con antelación, saber las cosas, fijar las fechas.

—¿Y?

Ojo, boca.

—Pues que me ayudaría saber cuándo, es decir, aproximadamente, se entiende, se marchará mi madre. Mi novia, porque tengo novia, ¿sabe usted?, una señorita amable y con una paciencia infinita, debe disponer de tiempo para preparar el ajuar, la ceremonia, no se hace usted una idea del trabajo que supone. No me gustaría que pensara usted que deseo la muerte de mamá, por el amor de Dios. Pero una pareja tiene que organizarse, ¿verdad? Luego hay que respetar el luto, que en el caso de una madre son por lo menos dos años. Y la casa, que está llena de medicamentos, a mi novia no le gusta la decoración y algo habrá que cambiar. Además, hay que preparar el dormitorio de los niños.

Maione, que durante todo el interrogatorio había intentado contenerse, intervino.

—¿Ah, tienen ustedes niños?

Mechón, boca, ojo dos veces.

—No, pero a mí y a mi novia nos gustan las familias numerosas.

—¿Y cuántos años tiene la señorita?

Ojo, boca, ojo. Tras un instante, temblor vacilante del mechón.

—Dos años más que yo, sesenta y dos. Pero los lleva estupendamente. Por el momento ni siquiera me puedo jubilar, hasta que..., hasta que no se arreglen las cosas.

Ricciardi miró a Maione con aire de reproche.

—¿Y cómo vio a la Calise? ¿Vio algo distinto de lo habitual, dijo algo que...?

Passarelli adoptó una actitud reflexiva que el baile de tics convirtió en móvil.

—No, comisario, me parece que no. Quizá estuvo un poco más silenciosa que de costumbre. Ni me saludó, se limitó a darme el parte de la jornada de mamá. ¡Pero qué extraordinaria era! ¡Ni se lo imagina! ¡Me decía exactamente lo mismo que el médico había dicho el día anterior! Diga que a mamá no se lo podía contar, porque si no, hasta se podía haber ahorrado los honorarios del médico.

Tras observar cómo se agitaba la espalda de Maione, que se había vuelto hacia la ventana, Ricciardi negó con la cabeza.

—Está bien, Passarelli, ya puede irse. Pero manténgase localizable, tal vez necesitemos volver a hablar con usted.

El contable se levantó, suspiró, hizo un guiño, torció la boca, amagó una reverencia y fue hacia la puerta. Antes de que la traspusiera, el mechón envió un coqueto saludo desde lejos.

Delante de la iglesia de Santa Maria delle Grazie la acera estaba repleta de gente atareada, las tiendas seguían abiertas y el aire era suave.

En las escaleras de la iglesia estaba sentada Rituccia, compuesta y tranquila. Esperaba. Al mirarla bien se comprendía que no mendigaba. Hubiera elegido un lugar mejor, más cerca del portal, al abrigo de la calle. Pero la niña se encontraba apenas en el límite del cono de luz de la farola que oscilaba en medio de la calle, fuera de la trayectoria de las miradas. Había cumplido doce años, pero parecía más pequeña y sabía que aquello era bueno, porque cuanto menos llamara la atención, mejor. Desde la muerte de su madre, cuando ella era todavía muy pequeña, se había quedado sola con su padre.

Sola con su padre.

La recorrió un prolongado estremecimiento pese a la tibieza del aire.

Había pensado mucho en lo que debía hacerse. En cómo resolver las cosas. Para Gaetano y para ella misma.

La solución era dolorosa, difícil. Costaría mucho hacer las cosas y después vendría una época complicada, no por la soledad, al contrario, la soledad sería una conquista. Suspiró.

Lo vio llegar jadeando en medio de la multitud, el gorro blando le cubría la cara morena, llevaba las manos manchadas de cal, como las perneras de los pantalones a la altura de los muslos. Ya tenía trece años; también Gaetano Russo aparentaba menos, siempre que no lo miraras a los ojos.

Se sentó al lado de ella, como de costumbre no la saludó siquiera. Dos niños sentados en las escaleras de una iglesia, pero sus miradas sumaban cien años. Ella lo observaba, y él habló al fin.

—Va mejor. Hicieron lo que tú habías dicho; habrá sido el camorrista o el cerdo para el que trabaja.

Ella sonrió brevemente. Estaba cantado. Los hombres eran todos iguales.

Gaetano tenía los ojos anegados en lágrimas.

—Era tan hermosa. Y ahora... Malditos...

Ella le apretó la mano.

—¿Y lo demás?

Él levantó la cabeza y la miró. Los ojos negros, brillantes de rabia y llanto, relucían en la sombra como los de un lobo.

—Todo como dijimos. ¿Estás segura? ¿Mañana?

Asintió. La vista clavada al frente. Mamá, entiéndeme. Si me vieras, estoy en las escaleras de una iglesia, si me oyeras, ya sabes lo que tengo en el corazón. Y en el cuerpo casi cada noche. Desde que te fuiste. Tengo que hacerlo, mamá. Lo entiendes,

¿verdad?

Desde el mar llegó una ráfaga de viento. Quizá esa fuera la causa de la lágrima que, solitaria, rodó por su mejilla.

Maione se estaba secando las lágrimas con el pañuelo.

—Comisario, este casi me mata de la risa. ¡Hijos dice que quiere! ¡Él con sesenta años y ella con sesenta y dos y dice que quiere hijos! No sé cómo, porque la mamá está como una rosa y vivirá otros cien años y después le quedan los dos de luto. ¡Está bien arreglada la noviecita! Creo que será mejor que vigilemos de cerca al contable Passarelli. Porque, tarde o temprano, acabará tapándole la cara a su mamá con una almohada y se la quitará de encima. ¡Así los novios podrán casarse!

Ricciardi negaba con la cabeza con su media mueca que, según él, era una sonrisa.

—Sin duda, la gente es rara. Uno nunca se ve como es de veras. Bien, ¿quién sigue ahora?

Maione guardó el pañuelo y recuperó la libreta con sus apuntes.

—En este caso sabemos poco. La señorita se apellida Colombo, la acompañó otra muchacha, antigua cliente de la Calise, y la vieja todavía no le había comentado nada a la Petrone. La acompañante fue por temas de amor..., tenía al novio lejos..., después parece que se casó. La Petrone cree que fueron por el mismo motivo. La Calise empleaba dos o tres sesiones para profundizar, luego le contaba lo que había averiguado a la portera, que entonces se ponía a investigar. El día del delito nos encontrábamos al comienzo del proceso. ¿La hago pasar?

Ricciardi notó una extraña incomodidad. Miró a su alrededor; la oficina estaba como siempre. Se pasó la mano por la frente; quizá estaba a punto de caer enfermo.

—Hazla pasar.

Y Enrica entró.

Meses antes, cuando Ricciardi se había encontrado con la muchacha en el carrito de verduras, la había mirado fijamente durante un instante. Un solo instante, pero en su mente, en su imaginación y en sus sueños había revivido infinidad de veces aquel momento.

Uno de esos momentos alrededor del cual se construyen vidas enteras. Las miradas se encontraron por primera vez.

Ocurría con la gente normal. Pero él sabía que no tenía derecho a ser normal.

El hecho de pensar en aquel momento con tanta frecuencia, como haría un condenado a cadena perpetua o un naufrago en una isla desierta, lo había llevado a considerarse preparado para un posible encuentro casual. Nada más falso.

Enrica también se quedó paralizada. La cita en comisaría la había llenado de curiosidad pero no se inquietó; no tenía motivos para preocuparse. Durante el trayecto, había repasado los últimos días y se convenció de que se trataba de un episodio del que había sido testigo recientemente, cuatro muchachos vestidos con camisa negra habían zarandeado en la calle a un viejo, llamándolo derrotista. Nada serio, pero con los tiempos que corrían una nunca sabía a qué atenerse.

Ahora se encontraba delante del hombre cuya silueta vislumbraba todas las noches sin falta, a la misma hora, y que poblaba todos sus sueños, sus deseos más recónditos. Y veía nuevamente aquellos ojos transparentes en los que parecía reflejarse el corazón.

Maione levantó la vista de la libreta y parpadeó varias veces. En el despacho reinaba un silencio insólito. A través de la ventana, hasta la plaza callaba. Algo raro a esa hora del día.

La primavera la disfrutaba inmensamente, adoraba esos momentos en que la sangre latía silenciosa en las venas.

El sargento los miraba a los dos, como un espectador, a la espera de que pasara algo. Después ensayó un tímido acceso de tos.

El ruido resonó como una explosión. Ricciardi se levantó de un salto, el mechón de cabello rebelde sobre la frente, las orejas arreboladas. Abrió la boca, la cerró, volvió a abrirla. Al final dijo un «Siéntese, por favor» apenas audible. Carraspeó ruidosamente y repitió la invitación.

Ella no contestó, parecía como hechizada. No daba crédito a sus ojos. Sintió el impulso de huir, pero se quedó allí de pie, paralizada, apretando el bolso con fuerza contra el pecho, como para defenderse, el sombrerito sujeto con dos agujas, la falda tres cuartos, los zapatos de tacón bajo. Por absurdo que pareciera, se maldijo mentalmente por no haber escogido un atuendo más moderno, por no haberse maquillado.

Ricciardi se quedó al lado del escritorio sin saber si avanzar o retroceder. Él también sintió el impulso de huir y consideró la ventana, puesto que ella se encontraba delante de la puerta. Miró con gesto suplicante a Maione, que nunca había visto a Ricciardi en semejante estado.

El sargento reaccionó e intervino al fin, dando inicio a una situación surrealista.

—Por favor, señorita, siéntese. Solo precisamos cierta información. Le presento al comisario Ricciardi, que le hará algunas preguntas.

Los agentes Camarda y Cesarano se detuvieron a la entrada del callejón. El primero miró otra vez la notita que llevaba en la mano y, dirigiéndose a su compañero, le hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Se metieron en el callejón y se acercaron a su destino, una pizzería.

Iban muy tranquilos, se trataba tan solo de un simple aviso para presentarse en jefatura a prestar declaración, tal vez se tratara de un testigo, a saber. Era el último encargo del día, algo bien simple, tras el cual terminarían su turno y regresarían a sus casas. Uno era padre de dos hijos, el otro, de tres.

Ahora estaban los dos sentados. Sobre ellos descollaba Maione, como el árbitro en un cuadrilátero. El atolladero físico estaba resuelto, el psicológico, no. Ricciardi no acertaba a hablar, Enrica estaba sentada como si acabaran de embalsamarla. Maione, con la espalda apoyada en la pared, hubo de intervenir otra vez.

—Entonces, usted es la señorita Enrica Colombo, de via Santa Teresa degli Scalzi, 103, ¿verdad?

Enrica volvió la cara despacio hacia el sargento.

—Buenos días, sargento. Si me entregó la citación y firmé el acuse de recibo, será por algo. Sí, soy yo.

El tono fue más gélido de lo que hubiese deseado, pero tenía motivos para estar tan enojada. Tras haber esperado tanto a que diera señales de vida, ahora no podía soportar conocer al objeto de sus sueños gracias a un «Se la convoca para recabar información», según estaba escrito en la carta que le habían entregado esa misma mañana.

Agotados los aspectos formales a los que aferrarse para intervenir, Maione miraba a Ricciardi y esperaba que comenzase a hacer las preguntas, pero el comisario no daba señales de querer hablar. Seguía sentado y mudo. El sargento estaba preocupado, pero no se decidía a preguntarle a su superior si se encontraba bien o no.

Tosió otra vez. Ricciardi dio un respingo y le lanzó una mirada indescifrable.

Maione comprendió que iba a tener que ocuparse del interrogatorio, aunque habría sido incapaz de explicar el motivo. Era como si el comisario se encontrara frente a un fantasma.

—Señorita, ¿conoce usted a una tal Carmela Calise, de profesión cartomántica?

Conque el motivo era ése. Enrica se había enterado del delito por su amiga y se había quedado impresionada; pobre mujer, la había visto el día antes de que muriera de aquel modo tan horrendo. Enseguida se sintió pillada en falta, con una dolorosa sensación de vergüenza: ¡él lo sabía! Sabía que había consultado a una cartomántica, y tal vez pensara que ella era una estúpida ignorante, o algo peor, una blasfema, que

recurría a una hechicera para resolver sus problemas.

Apretó los labios, lanzando rayos y centellas a través de las gafas de montura de carey.

—Sí, claro. Me he enterado del..., de la desgracia. Yo la había visto el día anterior. ¿Por qué? ¿Está prohibido acaso?

Maione pestañeó ante el tono inesperadamente agresivo.

—No, por supuesto que no. Queríamos saber si notó usted, no sé, algo que le pareciera extraño en la forma de comportarse de la Calise, si la vio usted distinta de lo habitual.

¡Distinta de lo habitual! Ni que ella fuese una clienta fija, una visitante asidua de aquel apartamento sórdido y maloliente. No pensaba seguir allí sentada para que la ofendiesen.

—Verá, solo fui en otra ocasión, acompañada de una amiga. Por tanto, no tengo idea de cómo era habitualmente la Calise. Puedo decirle que ella me hizo más preguntas a mí que yo a ella sobre..., sobre el tema que me interesa. No noté nada raro.

Maione pasó el peso del cuerpo de un pie al otro.

—Y al entrar o al marcharse, ¿notó usted algo?

Enrica creyó que se moriría de vergüenza por lo que tal vez estuviera pensando Ricciardi, por el hecho de que no le dirigiera la palabra, porque estaba quedando como una estúpida, por las malditas gafas que llevaba y por no haberse maquillado. Solo tenía ganas de llorar.

—No, sargento, lo único que noté fue que la portera me saludó con demasiada indiscreción, mirándome fijamente a la cara, como si intentara reconocirme. Y ahora, si me lo permite, quisiera marcharme, no me siento nada bien.

Maione, al que ya no se le ocurría qué más preguntar, observó la reproducción en piedra de Ricciardi, sentado ante el escritorio, y con la mano le indicó la puerta.

Enrica se levantó y fue hacia la salida. Obviamente, en ese momento se produjo el milagro: la estatua de sal se disolvió y se levantó de un salto, tendiendo una mano hacia Enrica.

—¡Señorita, señorita, espere! ¡Debo hacerle una pregunta, por favor, espere!

El tono de Ricciardi hizo que a Maione se le erizara el vello de la espalda. Jamás había oído al comisario farfullar y no hubiese querido volver a oírlo. Enrica se detuvo cuando se disponía a dar un paso y se volvió despacio. Habló en voz baja y un tanto temblorosa.

—Usted dirá.

Ricciardi se pasó la lengua por los labios resecos.

—Fue usted..., fue a... ¿qué le preguntó usted a la Calise? ¿Qué quería usted saber, por favor, qué fue a preguntarle?

Maione miraba a Ricciardi sin dar crédito a sus ojos, tuvo la impresión de que su superior estaba a punto de estallar. Aunque a Enrica la turbó aquel tono de súplica, no quiso transigir con el destino.

—No me parece que sea asunto suyo. Buenos días.

—Pero se lo ruego, se lo suplico... ¡debo saberlo!

¿Se lo ruego? ¿Se lo suplico? ¿Se había vuelto loco? De haber podido, Maione hubiera amordazado al comisario. Enrica lo miró y notó que el corazón se le inundaba de ternura. Entonces se decantó por la solución que las mujeres deciden emplear a menudo cuando no saben cómo salir de un atolladero. Mintió.

—Le consulté un problema de salud.

Y se fue tras saludar con una leve inclinación de la cabeza.

Tras la marcha de Enrica, siguió para Maione un momento de enorme vergüenza. No se atrevía a preguntarle a Ricciardi qué le había ocurrido, pero tampoco podía fingir que no se había percatado del espectáculo.

El comisario se dejó caer nuevamente en el sillón, la mirada ausente perdida en el vacío, las manos abandonadas sobre el escritorio, el rostro exangüe.

Maione avanzó apenas, tosió con disimulo, dijo algo sobre la necesidad de ir al retrete y salió con la cabeza gacha.

Ricciardi seguía sin dar crédito. Había fantaseado tanto con un posible encuentro pese a que la sola idea lo aterraba. ¿Cómo había podido reaccionar de ese modo, como un perfecto idiota? Él que estaba acostumbrado a contemplar a diario la muerte y la degradación había sido incapaz de mantener siquiera una breve y normal conversación. Y ahora ella se había marchado, ofendida, airada, pensando lo peor de él.

Estaba desesperado.

Enrica enfilaba a paso veloz por via Toledo en dirección a Santa Teresa; el aire perfumado acudía a su encuentro y era como si se riera de su angustia.

Estaba desesperada.

Se hubiera esperado cualquier cosa, menos encontrárselo cara a cara; de modo que era comisario de policía. ¿Cómo iba a arreglárselas ahora para que supiera que no era tan agresiva como se había mostrado? Qué estúpida, qué estúpida. Se había dejado llevar por la rabia al sentirse pillada en falta, y para colmo, vestida como una auxiliar del ejército en una novela de Carolina Invernizio.

Había sido incapaz de sonreír, de pronunciar una palabra amable, dándole así un motivo para invitarla. Y lo peor de todo, para no quedar como una romántica inocentona no había sabido inventar nada mejor que un problema de salud.

Seguramente él ahora pensaría que estaba ante una enferma, una tísica, incluso, y por las noches no volvería a asomarse a la ventana. Qué estúpida.

Enrica caminaba envuelta en el viento que traía desde el bosque una promesa de flores. Y lloraba.

Cuando regresó al despacho, Maione se encontró con el Ricciardi de siempre. Impenetrable, circunspecto, pensativo. Quizá una pizca más triste de lo habitual.

—Sigamos, Maione. Hoy es un día más complicado de lo que esperaba. ¿Quién viene ahora?

El sargento consultó la libreta.

—Vamos a ver... El próximo es Antonio Iodice, un pizzero del barrio de Sanità, cliente del sector usura. La historia es la siguiente: Iodice tenía un carrito, de esos en los que usted suele comprarse el almuerzo, y le iba bastante bien, el hombre es una fiera para el trabajo, un tipo alegre, trabajaba incluso con mal tiempo. Después abrió un local, tomó en traspaso la tienda de un herrero que cerró y pidió un préstamo a la Calise. Pero las cosas no le fueron demasiado bien, según la Petrone ya había pedido dos prórrogas al vencerle el plazo y esa noche debía pagar o sí o sí.

El comisario parecía distraído.

—¿Y pagó? ¿Lo comprobaste en la caja?

Maione asintió con la cabeza.

—Sí, comisario, lo comprobé otra vez, me parece que ya se lo dije, y no consta nada a su nombre. Disculpe si se lo pregunto, comisario, ¿seguro que se encuentra usted bien? Porque verá, no es que usted normalmente esté muy colorado, pero ahora mismo está tan pálido que parece un muerto. Si quiere, lo dejamos aquí por hoy y seguimos mañana con la investigación. Total, la Calise no tiene ninguna prisa.

—¿Que parezco un muerto, dices? Te equivocas, créeme si te digo que hace falta mucho más para parecerse a un muerto. Tal vez esté un poco cansado. Averigua si ha llegado el tal Iodice. Sigamos.

Divisó a los agentes de policía al fondo de la calle, cuando seguía asomado al balcón, pensando en lo que convenía hacer, en cómo convenía actuar. Los vio avanzar como dos insectos grises en medio de la colorida multitud de vendedores ambulantes, mujeres y niños que paseaban por Santa Lucia en busca de la primera brisa marina del año.

Supo de inmediato por qué estaban allí. Por él. De alguna manera habían descubierto las huellas que, en su ingenuidad, seguramente había dejado. Sonrió ante lo irónico de la suerte. Un inexperto. El más famoso abogado penalista de la ciudad, catedrático de la universidad más prestigiosa de Italia por su facultad de derecho, el terror de todos los magistrados, apodado el Zorro en los juzgados, queda atrapado por los hechos. ¿Y por qué? Por amor.

Porque de Ruggero Serra di Arpaja se podía decir de todo, pero no que se

mintiera a sí mismo. Si se veía metido en esa situación no había sido por defender su nombre, su posición, su importancia social. No. Había sido por amor a su esposa. La misma mujer que desde hacía mucho tiempo apenas le dirigía la palabra, se desentendía de él, de la casa y de la reputación del nombre que llevaba, ostentando sin pudor su relación adúltera.

Y sin embargo, él la quería. Con todo el corazón. Veía su cara sonriente, oía el sonido cristalino de su carcajada y pensaba que valía la pena jugarse el todo por el todo con tal de no renunciar a ella.

Los dos carabineros se detuvieron delante del portón del palacete y hablaron con el portero, cuyo uniforme era más pomposo que el de los propios agentes del orden. Ruggero vio que le entregaban un sobre y se marchaban. ¿De qué se trataba? Llamó a la criada, que siempre tenía cara de susto, y le pidió que fuera a buscar la carta inmediatamente.

Poco después, tenía en sus manos una citación para presentarse en la jefatura dirigida a la señora Emma Serra di Arpaja.

Por primera vez, después de tanto tiempo, esbozó una sonrisa forzada. Quizá no estuviera todo perdido.

En vista del retraso de la patrulla que había ido a citar al pizzero, Ricciardi le comunicó a Maione que prefería ir a ver enseguida a Ridolfi, el de la caída. Vivía cerca de la jefatura, en una de esas casas solariegas de via Toledo que unos años antes habían dividido en apartamentos para la desgracia económica de la antigua familia propietaria.

A pesar de que Ricciardi tampoco tenía en alta estima a la aristocracia de la ciudad, experimentaba cierta incomodidad al ver aquellas antiguas casas brutalmente destripadas por dentro; tenía la desagradable impresión de encontrarse ante un enorme animal muerto, con el esqueleto intacto en apariencia y las vísceras sacudidas por centenares de parásitos.

Mientras cubría el breve trayecto con Maione, procuró liberar la mente de la emoción vivida poco antes: encontrarse con Enrica, hablarle, mirarla a los ojos. Sueños acariciados durante meses, hechos realidad de una forma tan distinta a como había imaginado.

El portero no disimuló su manifiesta hostilidad; sí, el profesor Ridolfi estaba en casa. Se había hecho daño en la pierna. Sí, podían subir y no, no había ascensor. Último piso, apartamento veintiuno.

Resoplando, Maione le refirió al comisario cuanto le había dicho la Petrone: Ridolfi era profesor de latín en un instituto de enseñanza secundaria. Iba a ver a la Calise desde hacía aproximadamente un año. Había enviudado tras un accidente, su mujer había muerto en casa mientras manipulaba un disolvente y había sufrido graves

quemaduras. Consultaba a la Calise para ver si conseguía saber dónde estaba un hatillo con recuerdos de familia, cosas sin valor pero de gran importancia afectiva que, tras la desgracia, no había podido encontrar. Estaba convencido —detalle que llenaba de gozo a la sociedad Calise y Petrone— de que conseguiría averiguar dónde estaba cuando su propia esposa se lo contara mediante las cartas de la vieja.

La portera le había comentado que en cada visita a Ridolfi le daba la llorera y que, en su opinión, se había caído precisamente porque con los ojos llenos de lágrimas no había visto los escalones. Una magnífica persona, un auténtico señor. Se habían asustado mucho, porque aquella mañana el pobre había bajado rodando un tramo entero.

Llamaron a la puerta entreabierta y, tras pedir permiso, entraron. Se encontraron en un saloncito, limpio y bien decorado. Ridolfi ocupaba un sillón tapizado de raso verde y apoyaba la pierna izquierda entablillada y vendada en un escabel. Tenía un libro en la mano.

—Pasen, por favor, siéntense. Disculpen si no me levanto. ¿A qué debo el placer?

Se había fijado en el uniforme de Maione, pero no había dado muestras de preocupación. Ricciardi lo catalogó fácilmente: cincuenta años, ordenado pero sin refinamientos, corbata negra y camisa de cuello duro, batín raído. Cara de rasgos normales, ojos tristes, gafas negras algo estropeadas. Un tipo del montón.

—Buenas tardes, profesor. Venimos a molestarlo para hacerle unas preguntas sobre Carmela Calise.

—Sí, lo he leído, qué terrible. Yo había ido a verla el día anterior, fue en su casa donde me caí por las escaleras, me hice una dislocación bastante seria, me dijeron en el hospital que me quitarán el vendaje dentro de un mes. Es una incomodidad, si no fuera por la mujer del portero que me echa una mano... Claro que con eso tengo otro gasto más. Pero, ante determinadas desgracias, podría considerarme afortunado. Aunque no es así, señor...

Maione se ocupó de contestar cortésmente, aquel hombre le caía bien, le parecía buena persona.

—Comisario Ricciardi y sargento Maione de la brigada móvil, para servirlo, profesor. ¿Cómo es que el otro día estaba en casa de la Calise?

Ridolfi suspiró, negando con la cabeza.

—Ay, sargento, la vejez es algo feo. Y la soledad, peor aún. Mi esposa se me fue hace unos años y yo no hago más que pensar en ella. No tuvimos hijos, estábamos ella y yo, y ahora me he quedado solo. Por desgracia, era ella quien guardaba todos esos recuerdos que ahora no consigo encontrar. Se trata de pequeñas cosas, objetos sin valor para los demás, pero que para mí son importantes y por eso me gustaría tenerlos.

Mientras seguía hablando, los ojos se le fueron llenando de lágrimas que, poco a

poco, se deslizaron por las mejillas. El tono de su voz era calmo, no se oían sollozos ni suspiros, solo se veían sus lágrimas.

—Por eso iba a ver a la Calise. Al principio era como un juego, para no quedarme en casa. Después..., después ella empezó a leer en las cartas cosas que solo sabíamos mi Olga y yo. Entonces empecé a pensar que, quién sabe, a lo mejor aquella podía ser una forma para volver a hablar con ella. Para encontrarnos en este mundo antes de volver a vernos en el otro.

Ricciardi miraba al hombre, había en él algo que lo incomodaba. No habría sabido decir por qué, pero en sus palabras no notaba el sonido del verdadero dolor. Quizá el hecho de que no cambiara el tono al hablar, como si recitara una letanía a la que se hubiera acostumbrado. Quizá por la firmeza de su pulso. Quizá por todas aquellas lágrimas silenciosas. De pronto sintió que tenía la garganta reseca.

—Profesor, ¿puedo tomar un vaso de agua?

—Claro que sí, comisario. Pero tendrá que servírselo usted; esta pierna me impide ejercer de dueño de casa. Pase a la cocina, es esa puerta de ahí. Los vasos están en el fregadero.

Ricciardi detuvo con un gesto a Maione, que se disponía a levantarse para ir a buscarle el agua, y fue a la cocina.

Mientras dejaba el grifo abierto un rato y esperaba que el agua saliera más fresca, con el rabillo del ojo captó un movimiento. Sentada en un rincón, bien visible bajo el rayo de luz que entraba por la ventana, vio a la difunta esposa de Ridolfi.

Había pasado más de un año y todavía se la podía ver. Y con bastante claridad, de su piel quemada seguían elevándose indolentes volutas de humo. El sentimiento del último instante debió de ser intensísimo. Del esqueleto colgaban jirones de carne, de la ropa apenas se adivinaba un harapo que seguía pegado al hombro. El cráneo relucía y era del color de las almendras tostadas. Uno de los ojos había estallado dejando la cuenca vacía, el otro, que seguía entero, se agitaba despavorido. Los labios quemados habían dejado al descubierto una hilera de dientes tan blancos que parecían brillar en la negrura de la boca. Del costado, un premolar de oro desprendió un vago destello al incidir en él el sol de la tarde.

La cabeza se volvió hacia Ricciardi y clavó en él su único ojo; las manos entrelazadas sobre el regazo, las piernas transformadas en dos varas de madera carbonizada bien juntas, con una gracia extraña, horripilante. Se miraron, el cadáver y el comisario, mientras debajo del grifo el agua desbordaba el vaso mojando la mano que lo sostenía.

«Eres un putero —decía la mujer—, un putero asqueroso y sucio. Lloras cuando te conviene. Dices que ella es el amor y yo el hogar. Ésta noche, cuando vuelvas, te voy a dar yo un buen hogar. Querías las joyas de mi madre, pues están en el fondo del mar. Conque querías las joyas, ¿eh? Pues esta noche os encontraréis con un buen

hogar, tú y la puta ésa».

El esqueleto ennegrecido echó hacia atrás la calavera y lanzó una carcajada. La mujer murió riéndose, devorada por las llamas. Un buen hogar... y se había prendido fuego. Ricciardi vio detrás de la nuca consumida un mechón de cabellos rubios. Cerró el grifo, sin haber bebido dejó el vaso donde estaba y regresó a la sala.

Ridolfi estaba hablando.

—No, sargento, no noté nada raro en la Calise. Quizá estaba un poco distraída, pero a lo mejor fue una impresión mía. ¿Ha encontrado el vaso, comisario? Por favor, siéntese.

Ricciardi siguió de pie con las manos en los bolsillos.

—¿Cómo murió su esposa, profesor? ¿Qué pasó?

Siguió un momento de incomodidad. Maione no entendía el motivo de tan descortés referencia a una tragedia que seguía atormentando a aquel hombre.

Tras lanzar un profundo suspiro y reanudando el lagrimeo, Ridolfi contestó.

—Estaba limpiando la cocina, a saber por qué utilizó gasolina. Yo estaba en la escuela. Cuando llegué era demasiado tarde. Por suerte me acompañó una colega que me ayudó. Fue el fin de la vida de Olga y, en ciertos aspectos, de la mía.

En ciertos aspectos, pensó Ricciardi.

—Ahora debemos irnos, profesor. Gracias por su colaboración. Quisiera darle un consejo, profesor, sea lo que sea que esté buscando, olvídelo. Tengo la sensación de que nunca lo encontrará.

Cuando llegaron a la jefatura, se encontraron en el portón con el agente de servicio que los esperaba de pie, en el centro del patio. Supieron de inmediato que había ocurrido algo grave.

—Sargento, comisario, disculpen, nos han telefonado del hospital dei Pellegrini, Camarda y Cesarano están allí. Hay un herido grave. Una cuchillada. Han pedido que vayan, a ser posible ahora mismo.

Los dos se miraron y salieron corriendo.

La contrariedad que había quedado flotando en el aire después del interrogatorio de Enrica se había esfumado por completo. Todos los pensamientos iban dirigidos a Camarda y Cesarano, a sus hijos y sus madres.

Cuando llegaron al patio del hospital y se los encontraron de frente, sintieron un inmenso alivio. Maione, extrovertido como de costumbre, llegó incluso a abrazarlos con efusividad. Ricciardi, por su parte, se fijó en dos mujeres, una joven y la otra algo mayor, que se encontraban de pie en un rincón, resguardándose del sol de la tarde. Estaban tan pálidas y afligidas que daba la impresión de que el Asunto le estuviese mostrando dos almas muertas tras suicidarse por la pérdida de un ser querido: eran la viva imagen del dolor. La joven se tapaba la boca con un pañuelo empapado de lágrimas; la vieja parecía de mármol, la mirada perdida, con una mano ceñía con firmeza debajo del cuello el pañuelo con que se cubría la cabeza, mientras con la otra entrelazaba la de la muchacha.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó a Camarda.

—Verá, comisario, llegamos a la pizzería del tal Antonio Iodice para entregarle la citación, mire, todavía la llevo en el bolsillo. En fin, nos reíamos y decíamos tonterías, nuestro turno estaba a punto de acabar, por cierto, mi señora estará preocupada. Bueno, que entramos en el local, había poca gente, esa señora de ahí —señaló a la muchacha que lloraba—, que es la esposa de Antonio Iodice, atendía las mesas. Olía de rico... era mediodía. Como le decía, entramos, la señora se acerca y nos pregunta si queremos comer. Ya nos gustaría, comentamos entre nosotros, no, señora, ¿es este el local de Antonio Iodice? No terminamos de decir el nombre cuando el pizzero, que después resultó ser el tal Antonio Iodice, suelta un grito terrible.

Intervino entonces Cesarano.

—Para no creérselo, comisario, como se lo contamos, en el silencio se oyó un grito que nos heló la sangre en las venas, se lo juro por Dios. No entendí bien lo que decía. Me pareció que algo así como «mis hijos». Yo pensé que nos iba a atacar y eché mano al revólver...

Camarda lo interrumpió y prosiguió el relato.

—Yo estaba mirando justamente hacia ese lado y lo vi sacar de debajo del mostrador un cuchillo largo, ¿sabe cuál le digo? Como esos para cortar carne. Sargento, tiene que creerme, con las llamas del horno que se veían detrás de él, parecía un alma del infierno. En fin, que levantó el cuchillo y se lo clavó en el pecho.

Cesarano tomó el relevo.

—Virgen santa, qué impresión. Primero se clava el cuchillo y después se lo hunde más y más en el pecho. Todos se pusieron a gritar, una confusión de locos. No tuvimos tiempo de impedirselo, lo intentamos pero no pudimos. Se lo clavó hasta el mango. Dijo «Perdonadme» y cerró los ojos. Camarda se acercó...

—Sí, llegué primero, Cesarano tenía agarrada a la señora que gritaba «Amor mío, amor mío, qué te han hecho, Toni», pero lo cierto es que el hombre lo hizo él solito, ante la vista de todo el mundo. En fin, que en medio de toda la sangre que le brotaba del pecho, de la boca, vi que respiraba todavía. Virgen del cielo, comisario, se quedó blanco como el papel. Entonces levanté una de las mesas, Cesarano y yo tiramos todo al suelo, las pizzas, los platos, los vasos...

—Lo tendimos en la mesa y nos lo trajimos al hospital. ¡Si hubiera visto el cortejo que formamos en la calle, sargento! Parecía un funeral, pero corríamos todos. Ahora lo están operando, llegamos justo a tiempo, encontramos al doctor Modo cuando estaba a punto de terminar su turno.

Ricciardi volvió a mirar en dirección a las mujeres, que seguían algo apartadas, en el patio.

—¿O sea que la más joven es la mujer?

Le contestó Camarda:

—Sí, comisario. La más vieja es la madre, me parece. Llegó por su cuenta y todavía no ha dicho una palabra.

Se interrumpieron los ensayos, ante la manifiesta contrariedad del director y protagonista, que pretendía seguir repitiendo la misma escena una y otra vez hasta la eternidad. Un maniático perfeccionista, pensaba Attilio, o sencillamente un narcisista.

La primera actriz, más fea que de costumbre, amenazó con hacer sus necesidades en medio del escenario si no le concedían una pausa. Todos rieron y mordiéndose la lengua, aquel bufón presuntuoso no tuvo más remedio que ceder. Romor aprovechó para salir al callejón que había detrás del teatro a tomar un poco el aire y fumar un cigarrillo. Se reunió con él el hermano del autor.

—¿Qué me cuentas, Atti? ¿Y la guapa señora de los ojos negros, la que se sienta en primera fila del segundo palco? Hace unas cuantas noches que no la veo. ¿No se encuentra bien?

—No, Peppino. He cortado con ella, ahora va cada uno por su lado.

—¡Ay, qué lástima! ¡Una mujer tan guapa! Y parecía de familia respetable, con

dinero. ¿Y te ha convenido dejarla?

Romor suspiró, indiferente, mirando la oscuridad a lo lejos.

—Pues yo soy así, no soporto notar el resuello de nadie en el cuello. A la larga todas terminan haciendo lo mismo. Entonces, me entran ganas de cambiar.

Se asomó a la puerta un recadero con cara de preocupación.

—Deprisa, vengan. ¡Que ya ha llamado dos veces!

Intercambiando miradas de fastidio, los dos tiraron los cigarrillos y entraron.

Filomena esperaba en la penumbra del vico del Fico.

Había terminado de preparar la cena para Gaetano, que no tardaría en regresar de la obra. Se había cambiado la venda que le cubría la herida. Había recibido a un par de vecinas que tras el incidente se habían mostrado insólitamente amistosas. Y ahora Filomena esperaba. No esperaba el regreso de Gaetano, al menos no solo eso. Esperaba la visita del sargento Maione.

Seguía repitiéndose que quizá resultara útil que todo el mundo lo viese pasar por allí, por la mañana y por la noche, que la presencia de aquel militar corpulento podía mantener a raya las reacciones extrañas, por ejemplo la de don Luigi Costanzo, y que, en cualquier caso, de vez en cuando era agradable contar con una protección, en lugar de tener que protegerse sola como había hecho toda su vida.

Pero no era cierto. La verdad era otra. Maione había conocido a Filomena cuando ya la habían desfigurado, y sus miradas, su voz hacían que se sintiera mujer, sin miedo de serlo. Era una emoción nueva y le gustaba. De manera que esperaba. Tratando de no pensar en el anillo que había visto en su mano izquierda.

Sentada en la cocina, con el balcón entreabierto para que pasara la primavera, Lucia Maione esperaba. Ésa también era una novedad, al menos en los últimos tres años. Se había peinado, incluso llegó a preguntar a una amiga suya si tenía noticias de Linda, la peluquera que cuidaba el cabello y la piel de las señoras del barrio.

Había buscado en la cómoda un vestido de flores que le gustaba mucho a su marido y descubrió con asombro que le quedaba un poco holgado. Había dedicado la tarde entera a guisar su famosa genovese, salsa de cebolla y carne cuyo aroma flotaba en la casa durante dos días, y que su familia se zampaba en dos minutos.

Sus hijos la miraron sorprendidos y atemorizados, después sonrieron por lo bajo y, por una vez, no salieron a jugar, sino que se reunieron en su cuarto, para ver qué ocurría cuando papá regresara.

Y ahora, sentada en la cocina, quizá un tanto perpleja pero decidida a reconquistar su territorio, Lucia esperaba.

Con el corazón en la boca, Enrica esperaba.

Desde su regreso de la jefatura de policía se había encerrado en la oscuridad de su habitación. Acostada boca arriba en la cama, la almohada mojada de lágrimas, pensaba en lo que ocurriría esa noche. Su madre había llamado varias veces a la puerta y ella fingió sentirse mal para librarse de la cena.

¿Qué iba a hacer él? ¿Lo vería perfilado detrás de la ventana cerrada? ¿Vería la silueta recortada contra la claridad amarilla de la lámpara, los ojos brillando en la oscuridad como los de un gato, esos ojos que le daban calor? ¿Y ella, lograría mostrarse tranquila y calmada como todas las noches, moviéndose despacio entre sus cosas que le daban seguridad? ¿Y qué pensaría él, después de haberla visto de cerca y de descubrir sus defectos, los miles de defectos que antes no había tenido ocasión de notar?

Enrica pensaba en la mirada de él, llena de asombro, casi espantada; y en que tal vez ahora él la consideraba una mujer enferma.

Sumida en el desánimo provocado por miles de dudas, Enrica esperaba.

En el patio del hospital, Concetta esperaba. Su marido estaba entre aquellas paredes; el hombre que amaba desde siempre, el padre de sus hijos, se moría, tal vez ya había muerto. Jamás olvidaría las caras de los dos gendarmes, primero sonrientes y después horrorizadas; entonces se volvió y entrevió el relámpago de la hoja enrojecida por el resplandor del horno y el grito de su marido; y después la sangre, cuánta sangre.

Concetta esperaba para saber si su vida había acabado. Si la esperanza que la mantenía en pie, permitiendo que su corazón latiera y sus pulmones se llenaran de aire, duraría un poco más. Los ojos hinchados, fijos en la puerta cerrada detrás de la cual Tonino luchaba, sin saberlo, por su vida, mientras Concetta esperaba.

Y esperaba.

Tras caer la tarde, Ricciardi decidió aproximarse. Nadie se había ido, ni siquiera Cesarano y Camarda, pese a que hacía horas que habían terminado su turno; el dolor atroz, tan digno, de aquellas dos mujeres los había mantenido a todos clavados en el patio, a la espera de noticias provenientes de la sala donde el doctor Modo operaba a Iodice.

En contra de la costumbre, nadie había acudido a reconfortar a los parientes. Lo ocurrido era algo fuera de lo corriente y la gente quería antes comprender bien los hechos para no verse implicada.

El comisario pensaba que la reacción de Iodice, aunque permitía imaginar una implicación directa en el caso Calise, no equivalía a una confesión. En numerosas

ocasiones había comprobado que la llegada de dos guardias impulsaba a personas inocentes a reaccionar de forma temeraria. Tal vez el pizzero ocultara otras culpas, o tuviese miedo. Se dirigió a su mujer.

—Señora, soy el comisario Ricciardi de la brigada móvil. Quería saber si necesitaba algo. ¿Qué puedo hacer para ayudarla?

La mujer, apretada contra su suegra, lo miró con ojos alucinados. Ricciardi adivinó los rasgos de una delicada belleza, alterados por el sufrimiento.

—Sí, puede hacer algo. Por favor, le ruego que trate de averiguar cómo está mi marido, qué le están haciendo. No nos dicen nada, cuando intentamos entrar nos echan. Debemos..., debo saber qué decirle a mis hijos que están en casa.

La voz, quebrada por el llanto, le pareció a Ricciardi la de una mujer con gran voluntad, decidida y directa. Asintió y entró.

En el preciso momento en que se acercaba a la puerta de la sala, esta se abrió y salió el doctor Modo.

—Vaya, salgo de una sala llena de sangre y dolor, ¿y con quién voy a tropezar? Con la jeta de un policía. Y vaya policía, la alegría de la jefatura.

Ricciardi conocía a Modo lo suficiente para saber interpretar su cansancio más allá de sus ocurrencias. El rostro del médico aparecía surcado de profundas arrugas; debajo de la bata sucia de sangre, el cuello de la camisa estaba desabrochado y el nudo de la corbata flojo, dejando al descubierto la garganta enrojecida por el esfuerzo.

—Sí, pero no tengas miedo, no he venido a detenerte. Todavía. ¿Qué me cuentas de Iodice? Ahí fuera están su madre y su mujer. No me he atrevido a decirles que estaba en tus manos.

Modo esbozó una sonrisa cansada.

—Tu sentido del humor es francamente irresistible. ¿No has pensado en dedicarte al teatro de revista? Serías un cómico perfecto. Si te contratan, hago de bailarina del coro. De todas maneras me hacéis bailar gratis. Pero ¿te das cuenta de que no consigo terminar un solo turno en el horario normal sin que a último momento vengáis tú o Maione con un regalito extra?

—Bueno, está bien, te prometo que luego te dejaré llorar sobre mi hombro el tiempo que quieras. Es más, ¿sabes qué? Te invito a una pizza. Aunque la verdad, con todas las horas extraordinarias que haces gracias a nosotros, ganas el triple que yo. Anda, dime cómo está Iodice.

—Ah, ¿se llama Iodice? Pues no sé decirte si saldrá de ésta. Por pocos milímetros la cuchillada no le cortó la arteria, por el momento eso lo ha salvado. Pero le perforó el pulmón. Una cuchillada asestada con determinación y hasta el mango. Los que lo trajeron hicieron bien en no sacarle el cuchillo, hubieran causado enormes daños. La operación ha sido larga y muy difícil, ha perdido mucha sangre. Ahora está dormido

y así debemos tenerlo durante veinticuatro horas, de modo que olvídate de hablar con él. Ya veremos mañana. Si llega a mañana. ¿Quién lo ha acuchillado?

Ricciardi estaba pensando en qué podía llevar a un hombre a hacer algo semejante si no la certeza de no tener esperanza.

—Él mismo. Como los japoneses, ya sabes. Los del suicidio ritual.

Modo negó con la cabeza.

—Increíble. Cuanto más trabajo con los muertos, menos comprendo a los vivos.

Ricciardi regresó al patio. Las dos mujeres lo miraban de lejos, tratando de descifrar su expresión, pero no se animaron a acercarse. Fue él quien lo hizo.

—El señor Iodice está vivo, aunque su estado es grave. El médico que se ocupa de él es el mejor que hay, créanme. Si alguien puede salvarlo, es él.

La esposa estalló en sollozos. La madre parecía esculpida en mármol. Ricciardi siguió hablando.

—Ahora váyanse a casa con sus hijos, déjenlo descansar. Aquí no pueden hacer nada porque no dejarán que lo vean hasta mañana. Si ocurre algo, dispondré lo necesario para que las avisen enseguida. En cuanto a mí, si tuvieran algo que contarme, mañana por la mañana me encontrarán en mi despacho.

La vieja tomó a la joven del brazo, inclinó la cabeza y se dirigió a la verja.

Ricciardi se reunió con su grupito de colegas, que lo esperaban algo apartados. Les comunicó las novedades e indicó a Camarda y Cesarano que ya se podían marchar a casa.

Cuando se quedó a solas con Maione, lanzó un prolongado suspiro.

—Por hoy ya nada podemos hacer. ¿Tienes alguna novedad de la otra mujer, cómo se llamaba, Serra di Arpaja?

Maione se sorprendió.

—Pero, comisario, el tal Iodice... es como si hubiese confesado, ¿no?

—Maione, no acepto de ti ese argumento. Eres más experto que yo. No cabe ninguna duda de que Iodice tiene motivos para estar desesperado. Pero de ahí a concluir que es el asesino de la Calise, hay una gran diferencia, ¿no? De manera que seguimos con la investigación y después, si Iodice se despierta y confiesa, la damos por terminada. Si no, no. ¿Está claro?

El sargento agachó la cabeza.

—Tiene razón, comisario. Disculpe. Ya se le entregó la citación a la Serra. Mañana por la mañana debería presentarse en la jefatura. ¿Y nosotros qué hacemos, nos vamos para casa?

—Le he prometido a Modo que lo invito a una pizza. Qué, ¿vienes tú también?

Maione sacó el reloj del bolsillo y le echó un vistazo.

—No, comisario, me tendrá que disculpar. Me esperan, es tarde.

Ricciardi lo miró a los ojos. Asintió con la cabeza y dijo:

—Vete entonces. Nos vemos mañana. Buenas noches.

Caminaban bajo las luces del barrio de la Pignasecca, el médico con paso cansino y el comisario con el cabello al viento. El médico se echó el sombrero hacia atrás y encendió un cigarrillo.

—¿Has visto cuánto viento? Estamos en primavera, mi tenebroso amigo. A un alma alegre como la tuya no se le habrá escapado el detalle.

Ricciardi soltó un bufido.

—¿Quieres decirme qué le encuentras de divertido al hecho de que acabas de escarbar dentro de un hombre que se ha clavado un cuchillo en el corazón? ¿Sabes que el hombre tiene tres hijos? Y todo empezó con el asesinato de la Calise, que murió tras recibir infinidad de patadas en la sala de su casa. Si esta es la primavera, ya te la puedes quedar, gracias.

Modo se echó a reír.

—¡Me parto de risa contigo! ¿Por qué tendría que estar ligada a las estaciones la locura de los hombres? ¡Fíjate, por ejemplo, en ese que nos gobierna!

Ricciardi fingió una expresión de desesperación.

—¡Por favor, no, no me hables de política! ¡Antes me voy a casa a comerme la pasta con garbanzos de mi tata Rosa!

—De acuerdo, si te conformas con no tener libertad alguna, no seré yo quien trate de convencerte. Pero lo mejor es tomárselo a risa, eso quería decirte. ¿Te das cuenta de que llevo tres o cuatro años sin prescribir purgantes para que no me tomen por fascista?

Ricciardi negó con la cabeza, sonriendo.

—Bruno, mira que si no vas con cuidado el día menos pensado encontraré sobre mi escritorio la orden de detenerte y enviarte a Ventotene. Eso es lo que menos me preocupa, pero si me mandan que te vigile, eso sí será un auténtico suicidio.

Habían llegado a la pizzería. Ricciardi miró a su alrededor.

—Un local como éste. Lleno de humo, calor y olor a comida. Cada cual tiene sus sueños. Y por este sueño, Iodice se está muriendo. Pero ¿vale la pena?

Modo jugueteaba con el cigarrillo.

—¿Sabes una cosa, Ricciardi? Cada vez que hago una autopsia o una operación desesperada como la de hoy, siempre pienso en lo mismo. Llega un momento en que uno se muere. No me refiero al de la muerte en sí, sino al momento en que se pone en marcha un proceso irreversible que conduce inevitablemente a la muerte. Tal vez deban pasar años, pero no se puede evitar. Una copa de vino, un cigarrillo. La gota que colma el vaso. Encuentro tumores, lesiones en los pulmones, hígados deshechos. Puede tratarse de una palabra, una mirada. Un amor. Un hijo. ¿Quién puede decirnos cuándo empezamos a morirnos?

Ricciardi escuchaba, fascinado a su pesar.

—Por desgracia no captamos nunca ese momento.

Modo sonrió y de repente pareció mucho más viejo.

—No, amigo mío. Ésa es la suerte. El motivo por el que seguimos viviendo. ¿Te imaginas si supiéramos que hemos puesto en marcha un proceso irreversible que nos

conducirá a la muerte? En la guerra vi a muchos hombres destrozados por las esquirlas de las granadas austríacas, y me preguntaba en qué pensaban, qué sueños tendrían cuando se alistaron. Me preguntaba sin cesar si al final, en el momento en que se daban cuenta de que les había llegado la hora, alguno comprendía que había sido ese sueño, ese ideal lo que los había matado. Por eso hoy toda esa panda de exaltados que se pasean por la ciudad entonando cánticos de muerte y de guerra me dan pena.

Ricciardi posó la mano en el brazo de su amigo.

—No bromeo, Bruno. Te comprendo y quizá, digo quizá, si me interesara algo de todo esto, te daría la razón. Pero no me cabe duda de que estarás de acuerdo conmigo cuando digo que es una ingenuidad y una completa tontería meterse en líos, y en líos gordos, por el puro capricho de hablar en voz alta. Piensa en toda la gente que depende de ti, de tu oficio, de tus manos.

—Tienes razón. No vale la pena. Que este pueblo estúpido se vaya al carajo, si es su deseo. Tal vez ya haya pasado el momento en que pusimos en marcha nuestro proceso irreversible.

En cuanto enfiló el callejón vio a la mujer en la puerta mirando precisamente en su dirección.

—Sargento, bienvenido —le dijo—. Lo estaba esperando.

Lo estaba esperando. Y él había pasado casi por casualidad.

—Tiene cara de cansado. Debe de haber tenido un día ajetreado. Siéntese, le preparo algo de comer.

—No se moleste —respondió él—. En casa seguro que encuentro algo preparado.

—Ya lo sé —contestó ella—. Será solo un tentempié.

Y se encontró sentado a la mesa, comiendo una sencilla pasta con salsa de tomate que, por otra parte, le pareció exquisita. Le habló de su trabajo de ese día, de la Calise y de Iodice, pero sin dar nombres. Y de Ricciardi, ese jefe suyo tan raro, que lo tenía preocupado como un hijo.

Después, sin darse cuenta, se puso a hablarle de Luca, y cayó en la cuenta de que nunca lo hacía. Al oír sus propias palabras volvió a sentir un dolor agudo y descubrió lo que ya sabía, que no había resignación, pero que había que seguir viviendo.

Filomena lo escuchaba, sonriente y conmovida, mientras sus ojos brillaban en la penumbra del bajo. Qué bonito era poder hablar y que te escucharan.

Regresó Gaetano y Filomena le sirvió la comida. Un muchacho moreno y taciturno, pero educado e inteligente, Maione lo dedujo por sus escasos comentarios. Gaetano le preguntó sobre su trabajo en la policía y él le contestó con franqueza y un punto de melancolía.

Antes de que Maione se diera cuenta, el silencio se había adueñado del callejón; sacó el viejo reloj del bolsillo y vio que eran casi las once. Se levantó para despedirse, dar las gracias y añadir, casi mecánicamente, un «Nos vemos mañana». La sonrisa con la que fue recibido su comentario brilló en la noche como la luna.

Siguió camino a su casa, con una mezcla de alegría y tristeza en el corazón.

Ricciardi temía regresar a casa. Se trataba de una sensación nueva: la inquietud había ocupado el sitio del deseo de serenidad que todos los días lo impulsaba a colocarse delante de la ventana. Era tarde. La reacción desesperada de Iodice y la pizza compartida con Modo le habían permitido retrasar aquel momento. Pero ahora que subía a pie hacia Santa Teresa en dirección a su casa, temía que la ventana de enfrente estuviese cerrada y lo dejara fuera, en la oscuridad.

Maldijo la investigación del caso Calise y su propio trabajo por ponerlo cara a cara con Enrica, por hacer que inconscientemente le faltara al respeto haciendo que ella se ofendiera y apretara los labios de pronto y tras las gafas le lanzara miradas fulminantes. No conseguía borrar la imagen de su espalda erguida, los hombros

tenso, cuando Enrica fue hacia la puerta.

Por último, la idea de que pudiese estar enferma no le daba tregua. Su mente, habituada al análisis, se planteó la posibilidad de que el enfermo fuera un familiar o un amigo. Cómo le habría gustado tranquilizarla.

Mientras sus pasos resonaban en la calle desierta e iba dejando atrás las obras pobladas únicamente por los muertos, cayó en la cuenta de que ahora pensaba en ella como una mujer. Antes Enrica era el símbolo de un mundo, criatura de un planeta inalcanzable, pero ahora reía, tenía labios, ojos, piel, hombros. Y manos, vestido, bolso, zapatos. Lo acompañaba el leve perfume a lavanda que había aspirado ávidamente al salir ella del despacho. Y el tono de su voz, sereno pero resuelto. Lo asaltó el deseo ferviente de asomarse a la ventana. Subió los escalones de dos en dos.

Enrica había salido de su dormitorio cuando los demás terminaron de cenar. Dijo que se sentía algo mejor y, con el corazón en la boca, procurando no cambiar un solo gesto, una sola expresión respecto de lo que era habitual en ella, miró varias veces la ventana a oscuras del edificio de enfrente, siempre con el rabillo del ojo y de pasada. Después encendió la lámpara, ocupó su sillón y se puso a bordar.

Las nueve y media, las diez menos cuarto, las diez. Cada vez que el reloj de péndulo del comedor marcaba los cuartos, el corazón se le encogía un poco más, su nerviosismo aumentaba y le costaba respirar. Las diez y cuarto, las diez y media. Mientras bordaba, contaba hasta sesenta y sumaba un minuto a la espera. Las once menos cuarto: un minuto más y me levanto. Uno más. En el último año nunca, jamás había tardado tanto. La ventana parecía un abismo sin fondo.

Empezó a guardar el bordado mucho después de oír que se cerraba la puerta del dormitorio de sus padres. Apagó la lámpara. Tenía las mejillas bañadas en lágrimas.

Cerró los postigos, pensando en su mísera soledad.

Precisamente cuando la ventana de enfrente se iluminó.

El subjefe Angelo Garzo guardaba un espejo en un cajón del escritorio. Y eso era porque el funcionario daba su justo valor a la imagen y porque sobre esa imagen asentaba gran parte de su carrera.

Además del aspecto, realzado últimamente por un fino bigote que era su orgullo, consideraba que la imagen dependía de un determinado estatus: una familia en aumento, dos hijos criados y otro en camino, una bella esposa siempre presente en sociedad y sobre cuya irreprochable conducta no había ninguna duda; el hecho de que fuese, además, sobrina del gobernador civil de Salerno, no venía nada mal para escalar posiciones en su carrera. Del cuidado casi obsesivo de las relaciones sociales: no había acontecimiento, representación o concierto en los que el subjefe de policía

no ocupara la segunda fila, con una sonrisa resplandeciente, y un traje siempre a la altura de la ocasión. De la atenta deferencia que mostraba al jefe de policía, al que en realidad odiaba con toda el alma, y a cuyo puesto aspiraba con discreción.

Pero sobre todo, y en ello radicaba su fuerza, dependía de la innata capacidad de percibir las relaciones de fuerza, eligiendo indefectiblemente el lado adecuado de la barricada para quedar al final siempre junto a los vencedores, pero en un cómodo segundo plano que le permitiera, llegado el caso, dar la espalda sin sufrir demasiadas pérdidas.

Tras comprobar el crecimiento del bigote con el mimo con que el floricultor cuida sus orquídeas, guardó el espejo en el cajón y, con aire de satisfacción, paseó la mirada por su despacho. Parecía el estudio de un apartamento lujoso, muy distinto de otras dependencias de la jefatura de policía. Decorado con sofás y sillones tapizados en piel y muebles de madera oscura, las estanterías estaban llenas de libros intonsos, de aspecto importante, con los lomos de piel burdeos, perfectamente a tono con la decoración. Foto de su familia, condecoraciones enmarcadas colgadas de las paredes, las fotos del rey y del Duce en su correspondiente lugar de honor.

Era consciente de ser cualquier cosa menos un buen policía, sin embargo, se consideraba un eslabón necesario entre las fuerzas de policía y las instituciones por las que sentía un inmenso respeto. Había conocido muchas personas capaces y coherentes, que seguían debatiéndose en el fango de las pequeñas jefaturas de policía de provincias, los había superado a todos. La capacidad principal, la única necesaria, era la de saber tratar a sus subordinados, y cuanto más complicados, mayor era su mérito.

Con un suspiro pensó en Ricciardi. El mejor de sus colaboradores: joven, inteligente, capaz. El más hábil a la hora de resolver enigmas, el menos diplomático que pudiera existir. En los últimos tres años se había encontrado muchas veces en la necesidad de recomponer varios desaguizados con personalidades excelentes de la ciudad a las que el introvertido comisario había pisoteado, aunque con mayor frecuencia había sacado provecho de sus extraordinarios éxitos. Bien mirado, estaban hechos el uno para el otro: el comisario parecía interesarse únicamente por las investigaciones, los crímenes y su solución; a él, en cambio, le importaban el reconocimiento, los premios, la estima de sus superiores y cuanto menos metía las manos en el barro, tanto mejor.

Ojalá Ricciardi no le produjera tanta inquietud... no conseguía definir su personalidad, agazapada tras sus silencios, las sonrisas irónicas apenas esbozadas, las manos en los bolsillos incluso delante de su superior y, sobre todo, su mirada impenetrable.

Pero debía reconocer que era muy bueno; cuando resolvió el homicidio de Vezzi, el tenor asesinado en el teatro San Carlo, había recibido nada menos que una llamada

telefónica personal de Roma. Seguía temblando cada vez que lo recordaba, había dicho tres veces «Sí, Excelencia», y mientras los operadores de las centralitas y los secretarios se pasaban la llamada a la espera de que Él llegase, tras peinarse apresuradamente, se había puesto en posición de firmes, como si Él pudiera verlo a través del auricular. Su nombre encima de la mesa del Duce: el sueño comenzaba a hacerse realidad.

Y precisamente por eso había que ser prudentes, dejar que Ricciardi trabajara siguiendo sus intuiciones, pero sin despertar a los leones dormidos de los barrios altos, los más cercanos a la playa.

Miró el teléfono, todavía caliente: uno de ellos se había despertado. Y acababa de rugir.

El primer domingo de primavera es distinto.

Empieza con las campanadas, como todos los demás domingos, y, como los demás, guarda silencio a primera hora, aunque ofrece una serie de promesas que comienza a mantener bien pronto.

Trae un nuevo olor que perciben las pocas personas que se despiertan al amanecer y se asoman a los balcones de las plantas altas. Los veréis olisquear el aire como perros y sonreír sin motivo.

Trae un nuevo sabor, como podrán corroborar cuantos se desayunan con la leche fresca que vende un joven vendedor ambulante. Es el mismo joven del día anterior, pero la leche tiene una frescura que fortalece la garganta.

Sobre todo trae nuevos sonidos. Una fiesta pagana, con ritos y canciones; se oye en los arrullos de las palomas en los canalones, incluso antes de que asome el sol. Y en las melodías de las lavanderas que van a las fuentes, y también en los gritos de los vendedores ambulantes que llegan de los campos cercanos. Sus mercancías huelen a primavera: violetas, trigo para la tarta pascual, ruda tempranera y hierbas aromáticas. Hasta las gallinas que escarban en los callejones cacarean con más energía.

Con casi un mes de retraso, este es el primer domingo de primavera de verdad.

Ésa mañana Ricciardi decidió ir a la playa. De vez en cuando lo hacía, cuando el domingo lo sorprendía en mitad de una investigación.

Él, que era hombre de montaña, iba a la playa a buscar equilibrio y concentración.

Había dormido poco, un par de horas a lo sumo, la multitud de pensamientos que le bullían en la cabeza pedían, insistentes, un poco de orden.

Solía ir a reflexionar a una pequeña playa aislada, al pie de la colina de Posillipo, no muy lejos del lugar donde las mujeres de los pescadores remendaban las redes. Desde lejos lo miraban con curiosidad; pero su insólito atuendo lo defendía y nadie lo molestaba. Sentado en unas piedras esperaba tranquilo y en silencio a que soplara el viento. Ni una salpicadura, nada, solo el movimiento rítmico de las aguas verdes a un metro de donde él estaba.

Un mes antes, cual ejército en retirada, el invierno había decidido lanzar una última y desesperada ofensiva. Una tormenta violenta había azotado sin sosiego las costas durante dos días, inundando las calles que rodeaban la playa. Muchos tuvieron que echar a correr y buscar refugio en el interior.

Un barco de pesca, empujado por el hambre y la necesidad, había intentado una última salida con la esperanza de regresar a tiempo, pero no lo había conseguido. Tras la calma, muchos barcos se hicieron a la mar para recuperar los cuerpos y llevárselos a las madres y esposas, pero no encontraron nada.

Ahora, a la misma distancia pero en dirección contraria al lugar donde estaban las mujeres vestidas de negro reparando las largas redes, Ricciardi veía a los tres pescadores muertos cuyas almas habían sido devueltas a la playa por la resaca. Dos eran ya veteranos, el tercero apenas un muchachito. La ropa hecha jirones, la carne devorada por los peces, la violencia del mar los había llenado de fracturas y contusiones tras golpear sus cuerpos contra la madera del barco, antes de sepultarlos en el fondo del abismo. Ricciardi percibía claramente sus pensamientos, uno de ellos maldecía a los santos del cielo con voz ronca y profunda, el otro se encomendaba a la Virgen. El muchacho, abatido, los labios y la lengua tumefactos por la falta de aire, llamaba a su madre.

Nada nuevo, pensó Ricciardi. Entre el dolor de los muertos y el trabajo de los vivos, el comisario pensaba que debía evitar que sus pasiones lo apartaran de la investigación del homicidio de Carmela Calise. La frialdad que necesitaba para analizar los elementos de que disponía no podía quedar paralizada por el recuerdo de los postigos cerrados de la ventana de enfrente. Debía reacomodar las prioridades: la imagen de la vieja muerta a golpes le pedía justicia, repitiendo sin cesar un antiguo refrán desde el cuarto de su apartamento en el barrio de Sanità.

Observó la silueta translúcida del muchacho muerto. «Madre, dónde está, madre, abráceme, madre», repetía el de los labios cianóticos. A ti ya no puedo ayudarte, pensó el comisario. Pero para ofrecerle algo de justicia a Carmela Calise, a lo mejor todavía podía hacer algo.

Sin motivo aparente, le vinieron a la cabeza las dos mujeres Iodice.

No era solo melancolía, sino también preocupación y rabia. Había esperado y esperado y esperado. Se había dormido sentada a la mesa, puesta para dos, con la cabeza apoyada en un brazo. La había despertado un postigo de la casa contigua al cerrarse de golpe. Había mirado el reloj de la sala: las once.

En otros tiempos, cien años atrás, Raffaele la avisaba cuando iba a retrasarse para la cena, habría encontrado la manera de hacerlo. Enviaba a un agente, a un recadero, o llamaba al contable del primer piso que exhibía con orgullo el enorme aparato de teléfono en el centro de la mesa del comedor. Pero ahora ni noticias. En ese momento cayó en la cuenta, a saber por qué, de que hacía más de un año que ya no la avisaba cuando iba a llegar tarde.

Había guardado los platos y la comida, se había desvestido y se había acostado; hubiera sido una humillación dejar rastros de su espera. Poco después, tal vez un cuarto de hora más tarde, había oído la llave en la cerradura. Haciéndose la dormida, había escuchado atentamente los torpes movimientos de su marido en la oscuridad. No había ido a la cocina, como solía hacer, cuando el trabajo lo obligaba a volver tarde y muerto de hambre; se había desvestido en silencio y se había acostado

poniendo todo el sigilo de que fue capaz para que el colchón no se moviera demasiado. Un minuto más tarde roncaba feliz.

Lucia se acercó a él y lo olió con cuidado: notaba el aroma a comida, su marido había comido. Pero ¿dónde? Y percibió también otro perfume, ligeramente salvaje. Tal vez de una mujer.

Se volvió otra vez hacia la pared y se sintió rota por dentro. Si hubiese notado únicamente un perfume de mujer, tal vez lo habría entendido. Un hombre tiene sus necesidades y ella llevaba años mostrándose distante.

Pero comer en casa de otra, no. Eso era una traición.

Ruggero Serra di Arpaja abrió la ventana de su estudio y dejó entrar el domingo. Por primera vez desde hacía varios días había conseguido dormir unas cuantas horas y se sentía mejor.

La citación de Emma le había causado una enorme sorpresa; estaba convencido de que los dos agentes habían ido a detenerlo para hundirlo en un abismo de ruina y deshonor, del que no habría conseguido salir, fuera cual fuese el final de aquel desgraciado asunto. Sin embargo seguía allí, y podía defenderse.

La brisa que entraba por la ventana venía del mar; como siempre, traía consigo un tufillo a podrido. Pensó en la Calise, en el olor intenso de su casa. Había estado en dos ocasiones, la primera para negociar y la segunda para pagarle; pero la había visto también aquella mañana, cuando ella había ido a buscarlo a la universidad para exigirle más dinero. Recordó la voz graznante de la mujer, su jadeo de vieja; pero qué lucidez la suya. Le había ofrecido mucho, ella había pedido todavía más y él, con tal de poder huir de aquel lugar horrible, había aceptado. Codiciosa y mezquina.

Cuando había regresado sabía que habría sido la última vez. Y además, cuánta sangre. Sangre por doquier. Cada vez que lo recordaba le parecía una pesadilla, nada más que una pesadilla; pero no sentía ninguna pena por aquella bruja.

Desde el mar le llegó el grito de una gaviota. La calle estaba en silencio, solo se oían los pasos de algunas mujeres que, con la cabeza descubierta, iban a misa.

Por si acaso, para estar seguro y completar su descenso al infierno, también había ido a la casa de él. Quería verlo, mirarlo a la cara, a los ojos. Había encontrado lo que esperaba, un completo vacío dentro de un bonito envoltorio, y una nueva certeza.

Con una sonrisa triste cerró la ventana.

Attilio entró en la Villa Nazionale desde la Torretta, al final del viale Regina Elena. Prefería pasear contra la corriente de la multitud, aunque sabía bien que el trayecto más habitual era el inverso, desde la piazza Vittoria. Lo hacía de esa manera porque le gustaba cruzarse con las parejas y las familias y tener ocasión de lanzar miradas

fugaces y medias sonrisas a señoras y señoritas, y luego deleitarse con su confusión.

Se trataba de una antigua broma que gastaba para disfrutar íntimamente del goce que sentía al provocar el sonrojo de mujeres insignificantes, la frustración de los hombres que las acompañaban —mucho menos encantadores que este atlético joven moreno y elegante— y la pena de ellas por no estar solas para retribuirle la sonrisa. Attilio se sentía bien. Disfrutaba del domingo en la Villa, caminando por el largo paseo soleado, envuelto en el perfume de las flores de los parterres y del mar.

Y disfrutaba también de saber que al final todo iba a salir bien. Emma no podía elegirlo más que a él, estaba seguro, mucho más después de haberle visto la cara al marido, un hombre destruido, triste, acobardado. ¿Qué duda podía haber? Aspirando el aroma de los pinos y las encinas que rodeaban el paseo, Romor se sentía invencible.

Se disponía a recorrer la Villa en toda su extensión un par de veces más, sonriendo a las mujeres y tratando de evitar a los niños ricos que se perseguían pedaleando en aquellos horribles cochecitos de madera y metal, después iría a comer pescado por la zona de la iglesia de Piedigrotta. Ahora que la solución estaba al alcance de la mano ya no tenía sentido ahorrar, podía concederse algún pequeño lujo; los domingos melancólicos en casa de su madre habían tocado a su fin, no volvería a pisar esa casa, esas comidas lo ponían triste, y cuando estaba triste, notaba crecer la rabia dentro de él.

Sacudió la cabeza para ahuyentar los malos pensamientos y el recuerdo molesto de la voz de su madre, con sus eternas advertencias; el de hoy era el primer domingo de primavera y no quería ni una sola nube en su luminoso horizonte. Se cruzó con una familia, una pareja de ancianos, una joven con un niño y algunos chicos; entre ellos iba una señorita alta, nada llamativa pero con bastante gracia. Le lanzó una mirada intensa, inclinando la cabeza hacia un lado y aminorando el paso de aquel modo que él sabía irresistible; ella ni se dignó responderle, mantuvo la expresión triste, como si la embargara una pena.

Peor para ti, pensó Attilio, encogiéndose de hombros. Sigue con tu tristeza, si quieres, por lo que a mí respecta, el mundo me pertenece y disfruto de él.

El domingo envolvía a Enrica sin tocarla. Desde que el mundo la excluía en sus ambientes, ella jamás se había sentido sola. Como una autómatas había participado en los ritos de la familia, el desayuno, la misa en la iglesia de Santa Teresa, el viaje en tranvía hasta la piazza Vittoria. No era de naturaleza locuaz, y había podido disimular su melancolía; tanto ella como su madre toleraban el entusiasmo del padre y de sus hermanos por el paseo, pero no lo compartían.

La Villa Nazionale, aunque le gustaba, ese día le pareció ruidosa y vulgar. Los caballos de los carabinieri vestidos con uniforme de gala, que recorrían la pista junto al sendero arbolado reservado a los paseantes, estaban tan inquietos como ella. No había dejado de maldecirse por su actitud durante el interrogatorio en la jefatura de policía, por haberse mostrado tan diferente a como era.

Caminaba un paso por detrás de sus padres, llevando de la mano a sus hermanos y precediendo a su hermana y su cuñado, que empujaban el cochecito con su sobrino, mientras pensaba que envejecería sin familia ni hijos propios por culpa de su mal carácter; sin embargo, ¿acaso su madre no decía siempre que esa era su mejor cualidad? El sol bañaba los árboles en flor, los niños jugaban con sus alegres cochecitos a pedal, un organillo tocaba Duorme, Carmen. Qué ironía, y ella que no había pegado ojo.

Por encima de las copas de los pinos se oía el lento rumor del mar en calma. Se detuvieron delante de un puesto ambulante, porque su padre, como siempre, fingiendo ceder a las súplicas de sus hermanos, compraba algún cucurucho de Frutos secos para él. Quería a su familia, pero ese día la encontraba insoportable. Le hubiera gustado volver a la oscuridad de su cuarto. Siguieron andando hacia el acuario del parque zoológico, otra etapa dominical obligada, donde se dedicarían a mirar las estrellas de mar de siempre, fingiendo maravilla y estupor por enésima vez, pues a su padre le hacía gracia.

Al pasar cerca del templete con el busto de Virgilio, y mientras escuchaba distraídamente a su madre referir por milésima vez sus empresas de mago, pensó con amargura que la maga a la que había consultado no la había ayudado en nada, al contrario. Después, al recordar el terrible fin de la mujer, se avergonzó de tal pensamiento.

Su mirada se cruzó un instante con la de un hombre que le sonreía con cara de estúpido; desvió rápidamente la vista, en su cabeza no había lugar para nada que no fuese remediar el estado en que se encontraba.

Aquél hombre le resultaba vagamente familiar. Antes de borrar su imagen, se preguntó dónde lo había visto antes.

El doctor Modo no debería haber estado en el hospital, pero allí se encontraba de todas maneras, como solía ocurrirle a menudo. La noche anterior Ricciardi le había contado, como acostumbraba él con su aire frío y vibrante, la historia del hombre que se había clavado el cuchillo, y con el que ni el comisario ni el médico habían hablado nunca, y al doctor le dio por ir a comprobar cómo se encontraba.

De pie al lado de su cama, con la bata puesta, lo observaba mientras con aire pensativo se pasaba la mano por el cabello canoso. Reflexionaba sobre el poder de los sueños.

¿Quién ha dicho que los sueños no tienen poder sobre la realidad?, se preguntaba el médico. A ti te iban bien las cosas hasta que te dio por soñar. Pasaste momentos más o menos buenos; tuviste tres hijos, los acunaste entre tus brazos, jugaste y bromeaste con ellos. Trabajando de día y alguna que otra noche, siempre conseguiste alimentarlos lo suficiente.

Estrechaste entre tus brazos a tu mujer, con fuerza y con dulzura. Hiciste el amor con ella, conquistando así un pedacito de paraíso. Saliste con lluvia y con sol, cantaste y quizá lloraste, aspiraste el primer perfume de las flores y de la nieve. Conociste ojos negros y azules, contemplaste el cielo y la luna. Alguna vez tuviste sed y nadie te negó un vaso de agua fresca. Y entonces, pensó Modo, te dio por soñar. Y desde ese día tu felicidad ya no te pareció suficiente, decidiste iniciar el ascenso. Pero dime una cosa, dejando de lado lo fatigoso de la subida, ¿quién te hizo creer que en lo alto ibas a estar mejor?

Sin cambiar de expresión y sin esperar respuesta, el médico tapó con la sábana el cadáver de Antonio Iodice.

El primer domingo de primavera había tocado a su fin.

Al subir las escaleras de la jefatura de policía, Ricciardi chocó con el agente Sabatino Ponte. Era un hombre bajo y de aspecto nervioso, que el subjefe de policía Garzo se había apropiado en calidad de auxiliar y ordenanza personal. El puesto no estaba previsto en el organigrama, pero la actitud babosa y aduladora del hombrecito, unida a cierta recomendación no del todo clara, lo habían ayudado a apartarse del servicio regular y conseguir un puesto cómodo. Maione, que lo despreciaba cordialmente, decía entre rezongos que era un perro respetado como su amo. O sea, para nada respetado, agregaba, socarrón.

Ante Ricciardi, el hombre demostraba un temor supersticioso, lo evitaba siempre que podía, y cuando no le quedaba más remedio que dirigirle la palabra, procuraba no mirarlo a la cara y se alejaba de él en cuanto le era posible. Debía de tratarse de algo serio para chocar con él tan temprano, al pie de las escaleras.

—Buenos días, comisario. Bienvenido —dijo, dirigiendo la vista primero al techo para clavarla luego en los zapatos de Ricciardi.

—Sí, Ponte. ¿Qué pasa? ¿He hecho algo mal?

Ponte sonrió nerviosamente y se concentró en una grieta de la pared, a su izquierda.

—¡No, nada más faltaría! Además, ¿quién soy yo para echarle algo en cara a un hombre como usted? Verá, es que el subjefe le pide que, en cuanto pueda, pase por su despacho.

La mirada inquieta del hombrecito fastidiaba hasta tal punto a Ricciardi, que le entraban mareos.

—¿Por qué, el subjefe ya está en su oficina a estas horas de un domingo por la mañana? Me parece raro.

Ponte clavó la vista en el suelo, a tres metros del comisario, como si siguiera la trayectoria de un insecto.

—No, no, de hecho todavía no ha llegado. Pero me ha pedido encarecidamente que hablara usted con él esta misma mañana. Antes de que continúe con la investigación del homicidio de la Calise.

Fíjate, pensó Ricciardi. Al final, el viejo zorro de Maione tenía razón.

—De acuerdo, Ponte. Dile al subjefe que a las diez iré a verlo. Y hazte revisar los ojos, en mi opinión tienes un problema de la vista.

El agente puso los ojos en blanco, hizo amago de hacer un saludo militar y ahuecó el ala subiendo las escaleras de tres en tres escalones.

En la puerta de su despacho lo esperaba Maione con expresión de desconsuelo.

—El día no empieza bien, comisario. Ha llamado el doctor Modo desde el hospital. Anoche falleció Iodice.

Colgó el teléfono. Era la tercera llamada que hacía. También había recibido todo tipo de garantías.

En el tono de las tres personas con las que acababa de hablar, reconoció la compasión; por lo que le había parecido, y, por difícil que fuese juzgar sin ver las expresiones de sus caras, todos sabían lo de Emma y ese hombre. Y lo de él también.

Ahora lo importante era dejar el asunto definitivamente zanjado; más tarde pensaría en cómo reparar los daños sufridos por su reputación. Sabía por experiencia que, tarde o temprano, la gente acaba olvidándose de los escándalos. De todas maneras no había confiado en poder encontrar una solución.

Al otro lado de la pared oyó toser: su mujer estaba en casa, justamente hoy. Eso también era algo bueno. Quizá todavía podía abrigar cierto optimismo. Ruggero se pasó el dorso de la mano por la mejilla, debía afeitarse y asearse.

De su aspecto dependían muchas cosas.

De pie junto a la ventana de su despacho, Ricciardi miraba a Maione, que continuaba en la puerta con aire desolado. Se dieron cuenta enseguida de que ninguno de ellos había pegado ojo en toda la noche; y ambos decidieron pasar por alto el detalle.

—Ya sé qué está pensando, comisario. Que la muerte de Iodice no afecta en nada la investigación en curso. Pero es un hecho que él ya no nos puede contar por qué hizo lo que hizo. Y la verdad es que no me parece que sea oportuno ir a molestar a esas dos pobres mujeres, la esposa y la madre. ¿Qué hacemos?

—En primer lugar, he de decirte que has sido un buen profeta con lo de Serra di Arpaja. En la entrada acabo de toparme con tu amigo Ponte; me ha dicho que antes de encarar cualquier iniciativa debo hablar con Garzo. Está claro que ya recibió la llamada telefónica. ¿Te has asegurado de que avisen a la familia de Iodice, como prometimos ayer?

Maione asintió de inmediato.

—Estaban en el hospital, comisario. Se presentaron al alba, la madre y la esposa, pero nadie tuvo valor para decirles nada hasta que llegó el médico que, a pesar de no estar de guardia, pasó un momento a ver cómo seguía Iodice. Él se encargó de darles la mala noticia.

Ricciardi negó con la cabeza.

—Qué locura. Quitarse la vida con tres hijos. Debía de estar realmente desesperado. Pero ¿por qué? Más le hubiera valido presentarse en comisaría, aunque la hubiese matado él. No me cuadra. Normalmente, quien mata con tanta rabia, como mataron a la Calise, no tiene la sensibilidad para suicidarse. Y el que se avergüenza hasta el punto de quitarse la vida, no tiene la rabia necesaria para matar a alguien a patadas.

Maione escuchaba con atención.

—La verdad, a mí tampoco me parece tan obvio que haya sido Iodice. Además, después de ver a la madre y, sobre todo, a su esposa, la cara de desesperación de la pobre mujer, debía de tratarse de un buen hombre. Por otra parte, si no fue él, ¿por qué se suicidó entonces?

—Quizá pensó que iban a acusarlo y que no tendría medios para defenderse. A lo mejor lo acuciaba algún otro aprieto. A lo mejor fue la tensión. Y, naturalmente, a lo mejor fue él quien lo hizo. En cualquier caso, debemos seguir con la investigación y ver si, de un modo o de otro, encontramos la manera de probarlo. La expresión de dolor de una esposa no sirve de prueba ante el tribunal.

Maione se sonrojó súbitamente y antes de que pudiera contestar, llamaron a la puerta del despacho y asomó la cara de Camarda.

—Comisario, sargento, perdonen si interrumpo. Aquí fuera están las señoras Iodice, la madre y la esposa, y quisieran hablar con ustedes.

Las dos mujeres entraron en el despacho y Ricciardi y Maione fueron a la puerta a recibirlas. La esposa era la viva imagen del dolor que no conoce resignación; sus delicados rasgos estaban devastados por las veinticuatro horas pasadas en vela, llorando sin cesar, los ojos hinchados, los labios enrojecidos. La madre, que seguía cubriéndose la cabeza con el chal negro, parecía una figura de tragedia griega, la cara inexpresiva, los ojos vacíos. Solo la tez cérea delataba el infierno que llevaba en su interior.

Los dos policías se sorprendieron de la visita; deberían haber estado en el hospital, ocupándose del traslado del cuerpo al cementerio. Tal vez querían la autorización de la policía, pensó Ricciardi, pero no era necesaria, la operación del día anterior había dejado bien claros los motivos de la muerte, la autopsia no habría servido de nada. Les indicó con un gesto que se sentaran, pero las dos mujeres siguieron de pie. Se dirigió a la esposa.

—Señora, lo lamento. Comprendo su dolor y, créame, la acompañamos en el sentimiento. Si podemos hacer algo, no tiene más que pedírmelo.

Concetta dio un paso al frente e inspiró hondo.

—Comisario, esta noche lo hemos pensado mucho, aquí, mi suegra, y yo. Por una parte, pensamos en que Tonino..., mi marido, tenía que descansar en paz. Que de él no había que hablar más, sobre todo aquí dentro, y lo digo con el debido respeto, comisario. Pero después pensamos en mis hijos. Son tres, y son pequeños, y tienen toda la vida por delante. Y deben llevar este nombre. Y este nombre no debe tener ninguna mancha.

Ricciardi y Maione se miraron. Concetta había hecho una pausa, abrumada por la emoción. La suegra, un paso por detrás de ella, le puso la mano flaca sobre el

hombro. La esposa lanzó un suspiro y prosiguió.

—Nosotras decimos que las cosas se sienten. Las cosas pasan y uno las ve pasar con los ojos, y las entiende. A veces te las cuentan, las oyes con los oídos y las entiendes. En otras ocasiones, ves algunas cosas y otras no, pero las entiendes igual con la cabeza. Pero otras veces hay cosas, comisario, que no ves, no oyes, no piensas y las entiendes igual. Esto pasa con las personas que llevas en el corazón —se llevó al pecho una mano enrojecida por el trabajo y el llanto—, y no te equivocas. No te equivocas.

Ricciardi miraba fijamente a la cara a la mujer y sus ojos verdes eran cristalinos y yermos. Concetta sostuvo la mirada desde la profundidad de su certeza, dos estrellas negras inmersas en el rojo de los ojos.

—Mi marido no mató a nadie, comisario. Solo a sí mismo. Yo lo sé, su madre lo sabe. Sus hijos lo saben.

»Entonces, queremos..., como se dice..., colaborar. Lo hablamos entre las dos. Usted y el sargento nos parecen buenas personas. Nos han ofrecido ayuda, se notaba que lamentaban lo que le pasó a mi marido. Nosotras somos pobres, no sabemos cómo salir adelante; no podemos pagar a un abogado para que nos defienda. Y a nuestros hijos solo les podemos dar el nombre, y ese nombre debe estar limpio.

—Señora —dijo Ricciardi—, tenemos el deber de descubrir la verdad. Sea cual fuere, aunque no guste, aunque produzca sufrimiento. No tomamos partido por nadie, solo queremos entender qué pasó. Si quieren colaborar, nosotros, encantados. Pero si llegáramos a descubrir que..., que las responsabilidades de su marido son serias, entonces será peor, ¿lo comprenden? Tal como está la situación, si cerramos la investigación, pueden quedar dudas. Si proseguimos, entonces ya no habrá dudas. ¿Están seguras?

Tras intercambiar una rápida mirada con su suegra, de pie a sus espaldas, Concetta respondió.

—Sí, comisario. Por eso hemos venido a verlos, con mi marido muerto todavía en el hospital, como si fuera alguien sin familia, recogido en la calle. ¿Le contaron qué gritó cuando... cuando hizo lo que hizo? Dijo: «¡Mis hijos!». Y eso es lo que debemos hacer, velar por el bien de sus hijos. Estamos seguras, comisario.

Ruggero se disponía a llamar a la puerta de Emma. Intentaba armarse de valor. Se había lavado, afeitado, cambiado de traje y mirado largo rato al espejo. El hecho de haber recuperado su imagen, esa a la que estaba acostumbrado, la que infundía respeto y temor en la gente, lo tranquilizaba y le daba equilibrio.

Pero la prueba a la que se disponía a someterse era difícil, tal vez la más difícil.

¿Cuánto hacía que no hablaba con su mujer? Durante la cena no faltaban los intercambios amables de frase breves, claro; sencillas indicaciones sobre asuntos relativos a la servidumbre y la casa, pero no hablaban, y tampoco se miraban más a los ojos.

Con el tiempo se habían consolidado también los territorios. Se habían levantado paredes inmateriales: el estudio y el salón verde para él, la alcoba y el tocador para ella. En común, solo el salón comedor, y las noches sin amor. Las demás habitaciones estaban cerradas o bien ocupadas por la servidumbre.

Ahora era preciso que hablaran. Se había terminado el tiempo de las alusiones, de las medias verdades, de los silencios cargados de rencor. Era preciso que hablaran.

Antes de que todo se perdiera para siempre.

Ruggero llamó a la puerta de Emma.

Ricciardi siguió uno de sus pensamientos y luego se dirigió a Concetta Iodice.

—De acuerdo. Tengo que hacerles algunas preguntas. En primer lugar hablemos del negocio, de la pizzería. ¿Cómo la montó su marido? ¿Con qué dinero?

—Una parte con nuestros ahorros y con lo que sacamos de la venta del carrito. El resto con un préstamo. Se lo pidió a Carmela, a la Calise.

—¿Cómo eran las relaciones de su marido con la Calise?

—Yo no fui nunca a su casa, ni siquiera sé dónde vivía. A mi marido se lo había dicho Simone, el carretero, un amigo suyo; con ella era distinto que con..., con esa otra gente, que si no lo devuelves todo, te rompen los brazos y las piernas. Ustedes ya lo saben..., en fin, que comentaban que esta era más, cómo decirle, más humana, si no tenías todo el dinero, se lo podías llevar más tarde, ampliaba el plazo.

—Y su marido, ¿tuvo que ampliar alguna vez el plazo?

Concetta bajó la cabeza.

—Una vez. La pizzería no iba bien. Y el otro día..., el otro día había ido a pedirle otra prórroga. Estuvo dos días tratando de reunir el valor, creía que yo no sabía nada, pero me daba cuenta de que no dormía por las noches. Y me había hecho cargo.

—¿Y él, le pareció que estaba desesperado?

—No, pero sí preocupado. Antes..., antes de abrir el local, reía siempre. Después ya no se reía nunca. A lo mejor por eso la gente dejó de ir a la pizzería. Uno no va a

comer donde nadie ríe.

Ricciardi escuchaba con atención.

—Vayamos a esa noche. ¿Le había dicho que iba a ver a la Calise?

—No, no nos dijo nada. Pero nosotras —y miró de reojo a su suegra, que no le había quitado la mano del hombro para darle fuerzas— lo sabíamos. Salió de la pizzería sobre las nueve, cuando ya casi no quedaban clientes. Me dijo que tenía que hacer un recado, que cerrara yo y que me fuera para casa. Yo cerré, limpié todo y esperé un poco más a ver si regresaba. Después me fui para casa y pensé que a lo mejor lo encontraba allí. Pero no, no estaba. Le dimos de comer a los niños, los acostamos. Pero nada, no regresaba. Nos asomamos a la ventana, ella y yo —y con la cabeza indicó a la suegra—, y nos dijimos: «Ahora vuelve». Llegó pasada la medianoche.

—¿Cómo estaba?

Concetta tenía los ojos llenos de lágrimas y le temblaba la voz.

—Parecía borracho, pero no olía a vino. Caminaba torcido, tardó muchísimo en subir las escaleras. Dijo que estaba cansado, que no se sentía bien. Y se tendió en la cama vestido, tenía mucha fiebre, se durmió. Lo desnudé, como hago con los niños cuando caen rendidos con la ropa puesta.

Intercambió una mirada con su suegra; la vieja asintió imperceptiblemente. Entonces Concetta sacó del vestido una hoja de papel doblada.

—Y encontré esto, se le cayó de la chaqueta.

Le tendió la nota a Maione y este la desplegó.

—Una letra, comisario. Ochenta liras, vencimiento el catorce de abril, firmada por Antonio Iodice. A favor de Carmela Calise. Y...

Ricciardi miró a Maione.

—¿Y?

Maione contestó en voz baja, mirando a Concetta.

—Está manchada de sangre, comisario.

Emma entreabrió apenas la puerta. Su marido vislumbró parte de su cara, el pelo enmarañado. Los ojos enrojecidos por el llanto o tal vez el sueño.

—¿Qué quieres?

—¿Puedo pasar? Tengo que hablar contigo. Es importante.

La voz de Emma sonó cargada de dolor.

—¿Y qué puede ser tan importante?

Se dio media vuelta y fue hacia la cama, dejando la puerta entreabierta. Ruggero entró y la cerró.

La habitación estaba desordenada. Había trajes y ropa interior tirados en el suelo y sobre los muebles, los restos del desayuno estaban abandonados en la mesita de luz,

un ancho pañuelo sucio aparecía desplegado en la cama. El aire olía a cerrado y humedad.

—Has vomitado. Te encuentras mal.

Emma temblaba, se pasó la mano por el cabello.

—Qué intuición la tuya. Por eso te llaman el zorro. Siéntate, por favor, como si estuvieras en tu casa.

Ruggero pasó por alto el sarcasmo. Miró a su alrededor y siguió de pie. Luego observó con atención a su mujer.

—Y además has bebido. Mírate, estás hecha una calamidad. ¿No te avergüenzas?

Emma se dejó caer en la cama, riendo a carcajadas.

—¿Que si me avergüenzo? Sí que me avergüenzo. Me avergüenzo de no haber tenido el valor de decirle que no a mi padre cuando me impuso casarme contigo. Me avergüenzo de no haber tenido la fuerza de abandonarte y marcharme todas las veces que me trataste como una niña caprichosa. Y me avergüenzo de estar aquí en este momento, en lugar de...

Ruggero terminó la frase en su lugar.

—... estar con él. Con Attilio Romor.

Siguió un largo silencio. Emma intentaba enfocar la imagen de su marido a pesar de tener la vista nublada.

—¿Cómo sabes su nombre? ¡Maldito seas! ¿Me has seguido? ¿Has hecho que me sigan? ¡Desgraciado!

Despegó los labios dejando al descubierto los dientes y las encías, hundió la cabeza en los hombros, tensó las manos como garras, los ojos enrojecidos por la rabia y el vino y el cabello desgredado, Emma parecía una fiera enfurecida. Miró a su alrededor en busca de algo para lanzárselo.

Ruggero sonrió con amargura.

—¿Hacer que te sigan? ¿Malgastar dinero para conseguir algo que todos te ofrecen justamente porque no lo pides? Todos, amigos, amigas, hasta el portero. No te has ocultado de nadie, a todos has ofrecido tu espectáculo de puta estúpida. ¿Y te asombras? Ahórrame tu rabia y confórmate con lo que ya has conseguido.

Emma palideció, tendiendo la mano encontró a tientas el pañuelo sucio y se lo llevó a la boca, sofocando las náuseas.

—Lo he dejado. No lo veré más.

—Lo sé.

Ella levantó la cabeza y lo miró.

—¿Cómo lo sabes? No puedes saberlo.

—Ahora no importa. Tenemos un problema más serio. Mejor dicho, y para ser exactos, el problema lo tienes tú. Pero, para mi desgracia, sigues siendo la señora de Serra di Arpaja, y deberás escucharme con atención.

Ruggero sacó del bolsillo la citación para presentarse en la jefatura de policía dirigida a Emma y empezó a hablar.

Ricciardi examinó la letra y al lado del importe en cifras y la firma vio enseguida las huellas ensangrentadas. Daba la impresión de que Iodice hubiese seguido los apartados cumplimentados con el dedo embadurnado con la sangre de la Calise, como si hubiese querido asegurarse de que se trataba del título que buscaba. Levantó la vista y miró a Concetta.

—No fue él —dijo de inmediato la mujer.

Ricciardi negó con la cabeza.

—Sé que está convencida, señora. Si no, no me habría traído usted la letra de cambio. Pero ha de reconocer que, después de lo ocurrido, resulta difícil reconstruir los hechos sin pensar que su marido fue el que mató a la Calise.

Concetta dio un paso al frente. La voz quebrada.

—Sé que no fue él. Además, comisario, dígame una cosa: ¿por qué iba a guardar la letra? Podía haberla destruido y decir después que la había pagado de la debida forma, si su nombre se encontraba entre los de quienes le debían dinero a la Calise. No, usted también sabe que no fue mi marido. Él se la encontró muerta, recuperó la letra y se marchó. Tiene que encontrar al asesino, comisario. Ahora son dos los que deben descansar en paz.

Ricciardi y Maione se miraron, indecisos. Las de Concetta eran deducciones, las pruebas eran otro asunto.

La madre de Iodice dio un paso al frente y salió de las sombras. Habló con un hilo de voz, ronca por el silencio y el dolor; se notaba que le resultaba difícil expresarse en una lengua que no era el dialecto que solía utilizar.

—Comisario, sargento, disculpen ustedes. Soy una mujer ignorante, no sé hablar bien. Llevo toda la vida trabajando como una burra, ese es nuestro destino, trabajar mucho para sacar adelante a los hijos. A este hijo mío lo vi crecer minuto a minuto. Lo vi llorar y reír, y después vi a sus hijos y los de esta buena muchacha que unió su vida a la de él, a la nuestra. Lo conocía solo como una madre puede conocer a un hijo y le digo que mi Antonio no mató a nadie. A una vieja, además, como su madre. Imposible. Crea lo que dice mi nuera, créanos a nosotras. No deje a un asesino suelto, no manche nuestro nombre por comodidad, por no buscar más.

Ricciardi lanzó una intensa mirada a la mujer.

—Señora, créame si le digo que no es nuestra intención dejar sueltos a los culpables. Se lo prometo, seguiremos con la investigación. Pero también debo decirle que en este momento todo parece apuntar a que su hijo es el asesino. Pueden irse, Maione las conducirá hasta la salida. Y nuevamente las acompaño en el sentimiento.

Las mujeres inclinaron la cabeza a manera de saludo y fueron hacia la puerta. Antes de salir, la madre de Tonino Iodice se volvió otra vez hacia el comisario.

—Tarde o temprano, el que las hace las paga, comisario. O se obtiene la recompensa. «El Padre Eterno no es mercader que paga los sábados», no lo olvide usted.

Al regresar tras haber acompañado a las dos mujeres, Maione se encontró a Ricciardi mirando pasmado la puerta.

—¿Qué significa?

—¿El qué, comisario?

—Lo que ha dicho la madre de Iodice. ¿Qué ha querido decir?

Maione lo miró preocupado. La investigación en curso le estaba revelando un Ricciardi muy diferente del que acostumbraba a ver.

—¿Se refiere al Padre Eterno y el sábado? Es que a veces se me olvida que no es napolitano. ¿En su pueblo no lo dicen? Es un refrán. Significa que cuando alguien hace algo, su recompensa o su castigo no tienen fecha fija de vencimiento, como las deudas de los hombres. Pero no creo que la Iodice quisiera amenazar a nadie.

Ricciardi agitó brevemente la mano, como queriendo descartar la sospecha de Maione.

—No, lo sé, lo sé. Es que ya he oído ese refrán. Y creía que se refería únicamente a las deudas y a los pagos. En fin, que pensé que tenía un significado literal.

Llamaron a la puerta con discreción y asomó la cara afilada de Ponte, el auxiliar del subjefe de policía. Miró el sillón, la pared y la biblioteca en rápida sucesión y luego habló.

—Disculpe, comisario. El subjefe lo está esperando.

Mientras subía a ver a Garzo, acompañado por Maione, Ricciardi repasó el cambio de perspectiva abierto por la conversación con las señoras Iodice. En cuanto se enteró del suicidio, pensó que el pizzero había sido el asesino; racionalmente lo seguía pensando. Aunque debía reconocer que lo que las mujeres le acababan de contar le había producido un fuerte impacto emotivo que hacía vacilar sus certezas.

Por otra parte, quedaba la cuestión del refrán. Ricciardi había considerado que el delito podía estar relacionado con la actividad de usurera de la Calise y, este último pensamiento de la vieja, revelado por el Asunto, parecía apuntar al pago de una deuda, confirmando así su hipótesis. Pero ahora, tras enterarse de que ese mismo refrán podía referirse al curso del destino, se dio cuenta de que quedaban algunos aspectos por aclarar. Evidentemente, Iodice parecía el asesino más probable, pero bastaba con que concluyera la investigación antes de reafirmarse en esta convicción.

El destino. Una vez más el maldito e indescifrable destino. El refugio de los miedos, de las responsabilidades. «Es el destino», «Deja que el destino siga su

curso», «El destino dirá». En las canciones, en los relatos. En la cabeza de la gente.

Como si todo estuviera ordenado o escrito de antemano y nada quedara al arbitrio de los hombres. Pues no es así, el destino no existe, pensaba Ricciardi al tiempo que llegaba junto con Maione a la puerta del subjefe de policía. Solo existen el mal y el dolor.

Garzo lo recibió con una radiante sonrisa.

—¡Mi queridísimo Ricciardi! La vida sigue su curso, ¿no? Todavía asistimos a algún pequeño crimen; aunque en la nueva era los delitos casi han desaparecido. Disfrutamos de una época de orden y bienestar, pero si algún loco provoca desórdenes, estamos nosotros para poner las cosas en su sitio. Por favor, Ricciardi, siéntese.

Ricciardi asistió al pequeño mitin con una sonrisita irónica. Maldito jactancioso, pensó, ya te mandaré yo un solo día a los barrios pobres. Ya te daré yo un poco de orden y bienestar.

—Dottor Garzo, si tiene algo que encargarme... como usted ha dicho, tengo una investigación entre manos. No dispongo de mucho tiempo.

Garzo apretó los puños fugazmente; ese hombre le crispaba los nervios con su manera serena de faltarle siempre al respeto. No obstante, trató de controlarse para no abandonar la línea de conducta que se había impuesto.

—Precisamente de eso quería hablarle. He sabido que ese pizzero, ¿cómo se llama...? —Miró una nota que tenía sobre su escritorio, por lo demás immaculado—: Ah, sí, Iodice. Ha muerto, ¿verdad? Según indica el informe, a causa de las heridas que él mismo se hizo. De manera que el caso está cerrado. Otro rápido éxito.

Ricciardi esperaba el comentario y estaba preparado.

—No, dottore. Le han informado mal. No hubo ninguna confesión por parte de Iodice.

Garzo levantó la vista del informe y miró fijamente a Ricciardi por encima de las gafas de lectura con montura de oro.

—No he hablado de confesión. El acto en sí, el suicidio cuenta como una confesión. El asesino fue él, la conciencia no le dio tregua. Está claro, me parece.

Ricciardi negó brevemente con la cabeza.

—No, dottore. Todavía no hemos terminado con la investigación, nos queda una persona, quizá dos, por interrogar y un par de inspecciones pendientes. Entonces, tal vez podamos cerrar la investigación.

Garzo se quitó las gafas con un gesto teatral.

—Ricciardi, quería hablarle justamente de ese último interrogatorio. Sé que ha citado a la mujer de un hombre muy destacado. Se dará usted cuenta de la importancia de que mantengamos buenas relaciones con los jueces y abogados de la ciudad. Lo invito efusivamente a que evite motivos de fricción.

Ricciardi sonrió.

—Pero dottore, yo creía que el interés principal tanto de los jueces como de los abogados era buscar la verdad. ¿Se imagina qué sorpresa se llevaría la prensa si se descubriera que desde esta jefatura se ha..., no sé qué palabra emplear..., digamos que se ha bloqueado una citación para un interrogatorio? Debe usted saber, dottore, que la lista de nombres hallada en casa de la Calise fue descubierta precisamente por un periodista. Si todavía no se ha publicado, se debe únicamente a que nuestro sargento Maione le pidió a esa persona que no la difundiera para no entorpecer la investigación. Pero si usted lo considera necesario...

Tanto Maione como Garzo miraban a Ricciardi con estupor. Jamás lo habían visto tan locuaz.

El subjefe de policía reaccionó enseguida. Entre sus cualidades destacaba, sin duda, la capacidad de comprender cuándo lo habían derrotado y conseguir reducir al máximo los daños.

—Si ese es el caso, siga usted adelante. Y le doy las gracias, sargento, por su sensibilidad respecto de la reputación de esta jefatura y de las personas implicadas. Lo único que le ruego, Ricciardi, es que emplee la máxima discreción. De manera que... la persona de que se trata no irá a su despacho, será usted quien se persone en el domicilio de la señora. E irá en coche, para que no lo vean llegar a pie. Manténgame informado.

Si había algo que detestaba era conducir el automóvil. Tal vez porque ese medio de transporte no pertenecía a su generación, o sencillamente porque de niño montaba a caballo y se había quedado aferrado a esa forma de desplazamiento. La cuestión era que a Maione no le gustaba conducir.

—No entiendo estas manías. ¡Usar el coche por un kilómetro! ¡Si son dos minutos nada más! Dicen que lo necesitan, que no quieren dejarlo para actos de servicio. ¡Por mí podrían quedárselo sin problemas!

Acababa de sentarse al volante y los nervios ya lo habían dejado empapado en sudor. El motor rugió en punto muerto. Puso la marcha, el vehículo avanzó de sopetón y el motor se apagó. Un abogado y un auxiliar que hablaban en el patio de la jefatura retrocedieron de un salto con cara de preocupación.

—Lo que faltaba, a este trasto también se le ha quemado el embrague. Además, comisario, me pregunto por qué le contó lo de la lista y el periodista. Y por qué me nombró a mí, justamente, que a los periodistas no los puedo ver ni en pintura.

Encajado en el asiento posterior, Ricciardi se sujetaba con ambas manos de la manija de la puerta.

—Es lo primero que se me ocurrió. ¿No hay ningún chófer disponible?

Maione puso cara de ofendido.

—¡Entre todo el personal de la jefatura no hay ninguno mejor que yo, comisario, para que lo sepa! El problema reside en que este maldito coche no está puesto a punto, esa es la cuestión. Veamos... ah, sí, aquí está el control del aire.

El motor arrancó otra vez con un mugido y el coche partió. El abogado y el auxiliar saltaron en direcciones opuestas del sendero de entrada y salvaron la vida. A manera de despedida, Ricciardi pensó en Enrica al tiempo que se sujetaba con fuerza de la manija.

Entre la jefatura y via Generale Orsini, donde vivían los Serra di Arpaja, había poco más de un kilómetro. Bastaba con recorrer la calle nueva junto al mar, dejando a un lado Castelnuovo y el Palazzo Reale, y al otro, los antiguos edificios del arsenal de la Marina que pronto acabarían derribados con el fin de ganar terreno para los jardines. A Ricciardi la ciudad le recordaba cada vez más una de esas casas que disponen de una sala para recibir, mientras el resto de las habitaciones se caen a pedazos.

Al final de la calle, antes de la pronunciada curva a la izquierda en dirección al barrio de Santa Lucia, destacaban las imponentes obras de la Galleria della Vittoria, una de las empresas del régimen: unir dos partes de la ciudad mediante una calle subterránea. Un agujero de un kilómetro de largo. Ya habían muerto cinco obreros en los trabajos de excavación. Ricciardi seguía viendo a dos de ellos, brillaban en la

oscuridad de la obra mientras hablaban de sus familias poco antes de la explosión que los había despedazado.

Nadie se enteraba nunca de esos accidentes. Tras ocultarlos cuidadosamente, se hacía lo posible para que las familias recibieran ayudas especiales. Al menos eso, pensó Ricciardi, y buscó dónde sujetarse cuando Maione tomó la curva con un volantazo imprevisto. Un carrito cargadísimo de muebles, tirado por un viejo mulo, perdió parte de su mercancía y el carretero los cubrió de maldiciones.

—No hay para tanto, total en ese carro no lleva más que porquerías. Dígame, comisario, ¿a qué altura está el palacete?

—En el número veinticuatro, allá a la derecha, ya puedes ir parando.

Maione se lució con un brusco frenazo que detuvo el vehículo de golpe en la acera, precisamente en el momento en que pasaba una austera niñera, con el tradicional traje largo y blanco, crespina a juego y monumental cochecito de madera.

—Pero ¿qué forma de conducir es ésta? ¡Por poco me da un ataque! Y si el niño se llega a caer, ¿quién se lo habría dicho a la baronesa? ¡Están ustedes locos!

Maione intentó aplacar su cólera.

—Disculpe, señora, pero se trata de una operación policial y no la había visto. Íbamos deprisa.

Ricciardi miraba al niño, que parecía atraído por la cara del comisario.

—¿Cómo se llama el niño?

—Se llama Giovanni. Tiene casi dos años.

Buena suerte, Giovanni, pensó Ricciardi. ¡No es nada bonito este mundo en el que has decidido nacer! Aunque visto desde este barrio no lo parezca.

El niño sonrió. Él también tenía los ojos verdes.

El portero uniformado del palacete salió a recibir a Maione y Ricciardi con paso marcial; les preguntó quiénes eran y examinó ostentosamente una lista. El sargento y el comisario se miraron contrariados.

—Comisario, ¿se lo dice usted o se lo digo yo, aquí al almirante, que somos de la policía y que no estamos de visita? Si no, le juro por Dios que lo aparto a patadas e irrumpo en el edificio.

Ricciardi posó una mano en el brazo del portero.

—Limítese a anunciarnos. Nos esperan.

Al salir del ascensor se encontraron la puerta abierta y una criada que les hacía una reverencia.

—Pasen ustedes, por favor, y siéntense. El profesor los recibe enseguida.

Maione lanzó una mirada al comisario y le preguntó:

—Pero ¿no teníamos que hablar con su esposa?

Ricciardi se encogió de hombros; no esperaba acceder directamente a la señora,

pero estaba decidido a no marcharse sin haber interrogado a la testigo. La criada los condujo a un estudio austero, cubierto de libros antiguos. El hombre que salió a recibirlos destilaba autoridad.

—Por favor, señores, siéntense en el sofá; haré que les sirvan un té. No creo que sea necesario que usemos el escritorio, no han venido ustedes a pedir asesoramiento.

Y sonrió con aire cómplice. Maione y Ricciardi no reaccionaron a la mirada amistosa y siguieron de pie.

—Agradecemos su hospitalidad, profesor. Pero debemos hablar con la señora, cuanto antes podamos hacerlo, mejor será.

—La verán ustedes, comisario. Ahora viene. Pero debo estar presente. Sobre el punto no admito discusión. Asistiré en calidad de abogado, aunque no de marido. Para verla a solas, deberán detenerla. Suponiendo que encuentren a un magistrado dispuesto a autorizar la detención, claro está. Entonces, ¿la mando llamar?

Ricciardi hizo una veloz reflexión: se trataba de unas pocas preguntas que probablemente permitirían cerrar la investigación. Una mujer de los barrios altos a la que le había dado el capricho de consultar a una vieja cartomántica.

—De acuerdo, profesor. Procedamos entonces.

Ricciardi miraba fijamente a la señora Emma Serra di Arpaja, se la imaginaba muy distinta a como se había presentado.

Pálida, ojerosa, las mejillas hundidas. Casi sin maquillar, apenas una sombra de ojos, vestida de gris, la melena corta a la moda, recogida detrás de las orejas, la frente despejada. Los zapatos sencillos, casi planos, las medias opacas.

Clavó la vista en la mesa baja, con una expresión indescifrable, sin emociones aparentes. Al entrar saludó en voz baja, inexpresiva. Parecía estar sufriendo, pero de forma silenciosa y compuesta. Distante.

El marido ni siquiera la había mirado. Escrutaba a Ricciardi, sopesando su actitud. La tensión podía cortarse con un cuchillo.

Ricciardi habló tras un largo y embarazoso silencio.

—Señora, ¿cuál era su relación con la señora Carmela Calise, supuesta cartomántica, a la que encontraron muerta en su propia casa el quince de abril pasado?

Emma no lo miró. Contestó con voz monocorde.

—Fui a verla en alguna ocasión. Me acompañó una amiga.

—¿Por qué iba a verla?

—Por entretenerme.

—¿De qué hablaban?

Emma miró velozmente de reojo a su marido, pero contestó con el mismo tono.

—Ella echaba las cartas. Me decía cosas.

—¿Qué cosas?

Ruggero intervino, flemático.

—Comisario, no creo que el contenido de las conversaciones de mi esposa con la Calise guarde relación con la investigación. ¿No le parece?

Ricciardi consideró necesario dejar inmediatamente claros los límites de las competencias.

—Profesor, le ruego que nos deje usted decidir a nosotros qué interesa y qué no a efectos de la investigación. Por favor, señora, conteste, ¿de qué hablaban?

Emma contestó; fue como si se refiriese a otro mundo y a otras personas.

—Me gustaba. No tenía que pensar, ella resolvía todas mis dudas. Mi vida... Nosotros, comisario, vivimos sumidos en la duda. ¿Hago esto, o hago esto otro? Ella no tenía dudas. Movía las cartas, escupía sobre ellas y decidía. Y jamás se equivocaba.

Ricciardi miraba a la mujer fijamente a la cara. Había notado vibrar una emoción.

—¿Y en estos últimos tiempos iba usted a verla a menudo?

Contestó Ruggero con tono decidido.

—Comisario, mi esposa le ha dicho ya que iba de vez en cuando. Es una expresión que expresa casualidad, singularidad. En ningún modo puede interpretarse como que fuera con frecuencia.

Sin apartar la vista de la mujer, Ricciardi le hizo una señal a Maione, que sacó de la chaqueta el cuaderno de la Calise.

—En este cuaderno —dijo el sargento, tras un leve carraspeo—, hallado en casa de la Calise, el nombre de su esposa, escrito con iniciales y completo, aparece unas ciento dieciséis veces sobre un total de trescientos días de citas. Me parece que puede decirse que iba con frecuencia, ¿o no, profesor?

Ruggero resopló, irritado. Emma contestó.

—Pues sí, iba, ¿y qué? Era una distracción. Necesitamos distracciones. Sobre todo cuando la vida se vuelve agobiante.

Había dicho algo terrible, Ricciardi y Maione lo captaron al vuelo. Los dos observaron a Ruggero, que no reaccionó y siguió con la vista perdida en el vacío. El comisario prosiguió.

—¿Y de qué le hablaba la Calise? ¿Le hizo..., no sé..., alguna confidencia, le mencionó algún nombre? ¿Le comentó que estaba preocupada por algo, o intuyó usted que algo la amenazara?

Maione observó a Ricciardi, sorprendido. Esperaba que el comisario formulara más preguntas sobre el malestar de la señora Serra di Arpaja, que ahondara en la grieta entre ella y su marido, pero no, él insistía con la Calise.

—No, comisario. Hablábamos de otras cosas, ya se lo he dicho. Me echaba las cartas. Y nada más. Me decía lo que iba a ocurrir y no se equivocaba.

Cuando la mujer se hubo retirado, Ruggero acompañó hasta la puerta a Maione y a Ricciardi.

—Ya lo ha visto usted, comisario, mi esposa es como una niña. Tiene sus pequeñas manías, sus pasatiempos, las tonterías que hace con sus amigas. Pero la noche que mataron a la Calise, estuvo conmigo, cenando en casa de su excelencia el gobernador civil. Leí en la prensa las circunstancias. Nuestro nombre quedó más o menos a la vista. Le agradecería que esta conversación no trascendiera. ¿Puedo contar con ello?

—Compartimos sus deseos, profesor. Que ningún inocente deba pagar por lo que no hizo. Pueden quedarse tranquilos, usted y su señora. Sabemos cumplir con nuestro deber.

Al cruzar el portón, seguidos por la mirada mosqueada del portero, Maione se refirió a la reunión.

—Pero comisario, ¿por qué no aprovechó para hurgar en la herida y ver si le sacábamos algo más? Me parece que la señora ha recitado la lección que el profesor

le enseñó y que, sin querer, se le ha escapado que no era feliz. ¿No valía la pena averiguar un poco más? ¿No sería posible, por ejemplo, que para combatir el aburrimiento la señora decidiera matar a unas cuantas viejecitas?

Antes de subirse al coche, Ricciardi detuvo a Maione aferrándolo por el brazo.

—En efecto. Oye, Maione, quiero decírtelo antes de subirme al automóvil, por si no llego a salir con vida, aquí hay gato encerrado, las cosas no están claras. La Serra fue a ver a la Calise un montón de veces, y la vieja la atendió sin pedir la ayuda de Nunzia. Por lo tanto, el informante debe de ser otra persona. Indaga sobre la vida de Emma Serra di Arpaja, pero ve con muchísimo cuidado. Quiero saber cuándo, dónde y con quién se entendía en ausencia de su marido, cómo se llaman sus amigos y qué dice la servidumbre. Y quiero saberlo lo antes posible. Tengo la sensación de que de un momento a otro o decimos que fue Iodice o nos apartan del caso.

—Lo que usted mande, comisario. Pero lo de no salir vivo del automóvil, la verdad, no lo entiendo. Después me lo tiene que explicar mejor.

Teresa se asomó a la ventana de la cocina y con la vista siguió a los dos policías mientras se subían al coche y partían dando un bandazo. Sentía curiosidad, aquellos ojos verdes y cristalinos la habían impresionado. Había observado al profesor y a la señora: él, que en los últimos días no se había lavado ni afeitado, estaba más tieso y elegante que nunca; ella, en general hermosísima y a la moda, vestida modestamente, como el ama de llaves del párroco de su pueblo.

Había servido el té en silencio, sin ver las caras, porque procuró bajar la vista, pero había percibido la tensión en la espalda. Por la puerta del salón se colaron solo murmullos, nadie había levantado la voz. Ella había aprovechado para ordenar la alcoba de la señora y limpiar las manchas de vino y vómito.

Después había limpiado el estudio del profesor y se había fijado en los zapatos sucios, que ahora tenía allí, en el armarito de la cocina.

Teresa levantó la vista y miró el mar, desde donde soplaba un viento leve que traía su buen olor. Ya está aquí, pensó, ya ha llegado la primavera.

Después de enviar a Maione a que siguiera la nueva pista, Ricciardi regresó solo a su despacho.

Esperando en la puerta, la inquietud reflejada en los ojos, se encontró a Ponte.

El jefe de policía Garzo estaba hecho un basilisco. Así lo atestiguaban el jadeo y las manchas rojas que le cubrían la cara. Y por un detalle más, no salió a recibir a Ricciardi cuando este entró en el despacho.

—Vamos a ver, Ricciardi, como de costumbre, hace caso omiso de mis indicaciones. En esta ocasión, sin embargo, no tengo la menor intención de tolerar su comportamiento, a no ser que tenga alguna explicación.

Ricciardi inclinó la cabeza de lado con aire interrogante.

—No lo entiendo, dottore. ¿No estábamos de acuerdo en que interrogaría a la señora Serra di Arpaja? ¿Y que iríamos a su domicilio en coche? Eso fue exactamente lo que hicimos.

Garzo bufaba como un toro.

—Me ha llamado el profesor en persona para quejarse; ha deplorado su comportamiento, que calificó de cualquier cosa menos de obsecuente. Me ha dicho que lo ha tratado usted poco menos que como a un delincuente. ¿Es eso cierto?

Ricciardi se encogió de hombros.

—No todos estamos acostumbrados a las reuniones de la alta sociedad, dottore. No sabe con qué frecuencia envidio su capacidad diplomática. Me he limitado a hacer

las preguntas de rigor, sin presuponer nada. Yo en su lugar, me preocuparía por este exceso de precauciones; normalmente, como usted bien sabe por su dilatada experiencia, cuando se produce es porque se intenta ocultar algo.

Garzo apartó la vista. Ricciardi tenía la certeza de que, si se hubiera acercado a su superior, habría oído el zumbido de su cerebro funcionando al máximo de su capacidad de rendimiento. Al burócrata no le agradaba discutir con los notables, pero de ninguna manera quería encontrarse frente a un asesino descubierto gracias al azar y no como consecuencia de la investigación, porque entonces la prensa se le lanzaría a la yugular y lo crucificaría por el trato deferente y protector brindado al profesor. Había ocurrido otras veces. Y Ricciardi lo sabía.

—Claro, claro, es verdad. Ricciardi, no tengo la menor intención de orientar su investigación. Pero, por segunda y espero que última vez, le recomiendo la máxima cautela. Si debe hablar con alguien de la familia Serra di Arpaja, antes pregúnteme a mí. ¿De acuerdo?

—Sí, dottore. De acuerdo.

Por fin el trabajo que le gustaba a Maione: el de piernas. Reunir información, nombres, hechos, pequeñas historias que eran fragmentos de otra más grande. El trabajo que le permitía enfrascarse, recorrer la ciudad, entrar en despachos y tiendas, desde los callejones oscuros a las grandes avenidas arboladas. Que le daba la oportunidad de conocer gente nueva, volver a ver caras conocidas, oír las voces de Nápoles. Que le impedía pensar en otras cosas: sentía esa necesidad más que nunca. Hacía dos noches había respirado otro aire, un aire que casi tenía olvidado, el de una casa. Había notado los cuidados de una mujer, el perfume de un plato cocinado para él. Tuvo incluso la sensación de reconocer en los ojos de Filomena una preocupación sincera por su cansancio.

Sin embargo, tenía el corazón cargado de melancolía. Se veía como espectador de la vida de otro, usurpador de un trono. Había experimentado incomodidad y tristeza. Tras regresar a su casa en silencio, se había metido en la cama, y solo entonces se había sentido en su sitio, aunque Lucia llevara horas durmiendo, encerrada en su mundo hecho de recuerdos.

En eso pensaba cuando por fin, del palacete de los Serra di Arpaja, vio salir al portero, que iba sin uniforme, probablemente regresaba a su casa. Abandonó la oscuridad del zaguán de enfrente y se puso al lado del hombre.

Fingió haberse cruzado con él por casualidad y le propuso tomar una cerveza para celebrar el final de su turno.

Mientras Maione seguía sus pistas compuestas de voces, palabras y expresiones, Ricciardi rastreaba otros indicios. Necesitaba recuperar la pieza que faltaba y que ya no conseguiría empleando los medios corrientes: Antonio Iodice, pizzero suicida.

Caminando veloz por los callejones repletos del atardecer, se dirigió al local donde se habían originado el sueño y la ruina de ese hombre. No se veía capaz de saldar las cuentas poniéndole la etiqueta de culpable a alguien que ni siquiera había podido confesar, aunque las apariencias lo señalaran como responsable del delito. Quería conocer un poco su mundo, oír su último pensamiento, comprender su último dolor. A menos que el hombre no hubiese llegado al hospital medio consciente; en tal caso, solo encontraría el olor de la muerte.

Era raro que Ricciardi fuese voluntariamente al encuentro del Asunto. Siempre conservaba en su fuero interno la desesperación, algo del desmesurado sufrimiento de la separación, una especie de contagio. Se hacía cargo en silencio, como siempre, encerrándose en una celda interior, oscura y erizada de espinas.

No le quedaba otra salida; de Iodice le habían hablado la esposa y la madre, pero el amor deformaba sus relatos. Necesitaba analizar objetivamente las expresiones del dolor. Muy a su pesar era el único que tenía esa oportunidad y debía aprovecharla.

Se encontró delante del cartel de rigor, clavado en la puerta: el local estaba sometido a embargo por orden judicial. Entró en la oscuridad de la sala. Sillas patas arriba, platos rotos en el suelo, raciones a medio consumir. Las moscas habían entrado a través de una claraboya encima de la puerta, por la que se filtraba un haz de luz.

Todo había quedado tal como estaba en el momento en que se presentaron Camarda y Cesarano, poco antes de la insensata reacción del pizzero. Al echar un vistazo a su alrededor, Ricciardi tuvo la sensación de oír la agitación, los gritos, el ruido. Al fondo de la sala, después de las mesas y las sillas, se encontraba la barra donde preparaban las pizzas, justo delante del horno apagado. En el lado opuesto había unos fogones con sartenes. El aire olía a fritanga, humo y sudor. A comida pasada. Y a sangre.

Los pasos de Ricciardi resonaron en el silencio y la penumbra. Había cerrado la puerta al entrar; para ver lo que buscaba no necesitaba luz. Se acercó a la barra, se detuvo con las manos en los bolsillos de los pantalones, respirando despacio. Después, con un suspiro más profundo, siguió adelante.

El espectro de Iodice seguía sentado en el suelo, apoyado contra la pared, la cabeza inclinada sobre el hombro derecho. Tenía una pierna estirada, la otra flexionada con el zapato salido. Los espasmos musculares soportan mal las

constricciones. Un brazo descansaba al costado del cuerpo, la palma de la mano en el suelo, como si en el último impulso su dueño hubiese querido levantarse. El chaleco desabrochado, la camisa abierta, las mangas arremangadas; un delantal blanco le tapaba los pantalones. La otra mano seguía en el mango del cuchillo, que asomaba por el pecho como un hueso fracturado. De la herida brotaba el chorro negro que el corazón incauto había seguido bombeando.

Como solía suceder, el muerto tenía un ojo cerrado y el otro abierto, la expresión crispada de dolor, los labios fruncidos dejaban al descubierto los dientes amarillos y manchados de sangre. El labio inferior aparecía cortado tras el último mordisco de rabia. Una baba rojiza rezumaba de la comisura de la boca; el pulmón, pensó Ricciardi. Ni siquiera se te concedió una última y profunda inspiración.

Según habían dicho, antes de morir Iodice había llamado a sus hijos. Pero su último pensamiento antes de desaparecer en las tinieblas no fue para ellos; Ricciardi lo oía con claridad. De los labios atormentados de Iodice salía esta frase: «Tú ya sabes que estabas muerta cuando llegué».

El muerto y el vivo se miraron durante largo rato en la oscuridad, rodeados de platos rotos y olores rancios. Después Ricciardi dio media vuelta y regresó al perfume y a las falsas promesas de la primavera.

En esta ocasión, Maione se dejó llevar por sus pies.

Las cervezas con el portero de casa Serra di Arpaja se convirtieron en tres, la primera para ablandarlo, la segunda para acompañar el relato resentido que hizo el sirviente de sus patrones arrogantes y opresivos, la tercera para compadecerlo y agradecerle la venenosa información destilada por su malevolencia.

Y así, al llegar la hora de la cena, la conciencia de Maione quedó provisionalmente en silencio. Presentarse otra vez en casa de Filomena a esa hora habría situado sus encuentros fuera de una casualidad hipócrita, estableciendo una costumbre que no estaba preparado para consolidar. Todavía. De modo que, con paso inseguro, enfiló en dirección a su casa, sabiendo que llegaría a un cruce donde sus pies, por sí solos, sin la influencia de la mente, decidirían.

Sin embargo, nunca llegó a saber hacia dónde lo habrían llevado los pies: al atisbar el gentío arremolinado a la entrada del vico del Fico el corazón le dio un vuelco y se quedó sin aliento. Pensó que el misterioso autor del costurón que Filomena llevaba en la cara había regresado para terminar la horrible obra iniciada cinco días antes, que el muy cobarde se había aprovechado de que no había nadie que pudiera defenderla, alguien como él mismo, por ejemplo.

Mientras corría hacia la vivienda del bajo, abriéndose paso entre una pequeña multitud, tuvo la impresión de avanzar como en uno de esos sueños en que uno nada en una niebla espesa que retarda hasta los pensamientos. Y al correr se arrepintió de

haber dudado y de la tercera cerveza que había bebido con el portero de los Serra. Solo cuando estuvo a la altura del portón de la casa de Filomena cayó en la cuenta de que no era hacia allí adonde se dirigía la gente del callejón, sino al bajo contiguo. Vio la puerta abierta, la habitación vacía y siguió mecánicamente el río de personas.

Estaban todos amontonados en la entrada, pero como ocurría siempre, su uniforme hizo que todos se apartaran. En el interior, rodeada de cuatro o cinco plañideras vestidas de negro, estaba sentada una niña pálida, inexpresiva, cuidadosamente peinada y vestida. Junto a ella se encontraba Filomena, con el chal en la cabeza para ocultar la herida vendada de la vista de todos, la parte descubierta del rostro surcada de lágrimas.

En el centro de la habitación había una cama en la que yacía un cadáver con ropa de trabajo sucia de cal y polvo; un albañil, pensó Maione. De pie, cerca de la cama, había una decena de hombres vestidos de la misma manera, entre los que el sargento reconoció a Gaetano, el hijo de Filomena.

A pesar de que lo hubiesen arreglado lo mejor posible, Maione se percató enseguida de que el hombre había muerto tras caer de un andamio: tenía la espalda doblada de forma poco natural, la boca cubierta de sangre coagulada, su nuca no aplastaba la almohada en la forma debida.

Al verlo, Filomena fue a su encuentro.

—¡Qué desgracia, Raffaele! ¡Pobre Rituccia! Solo le quedaba su padre. Su mamá era amiga mía y murió cuando ella era niña. Y ahora el padre. Qué tragedia. Ella y Gaetano se criaron juntos. Y el destino quiso que Salvatore trabajara con mi Gaetano, en la misma obra de via Toledo. Lo vio caer, pobre hijo mío, qué impresión, él lo vio todo...

Maione observó a Gaetano, que se mantenía en la sombra, no lejos de la cama. Oyó algún comentario en voz baja, a sus espaldas: «Ahora se ha hecho amiga del policía», «¿Has oído? Lo ha llamado por el nombre, lo ha llamado...». Se avergonzó un poco sin motivo. Y se avergonzó de esa vergüenza.

Se volvió hacia la niña, destinataria de la ruidosa compasión de las mujeres del callejón, y notó sin sorpresa que no lloraba; Maione sabía que el dolor era, con frecuencia, ajeno a todo tipo de manifestaciones. Mientras la observaba, captó la mirada que intercambiaron la niña y Gaetano, con quien se había criado. Fue algo fugaz, el esbozo de una sonrisa. Se les escapó a todos, menos a Maione. No era la sonrisa de una niña. Gaetano se quedó inexpresivo, su cara parecía tallada en madera oscura.

El sargento sintió que un escalofrío le recorría la espalda.

A la mañana siguiente, de camino a la jefatura, Ricciardi llevaba sobre los hombros una carga de melancolía más pesada que de costumbre. Había pasado otro día desde el feroz asesinato de la Calise y, por su amarga experiencia, sabía que el tiempo era el peor de los adversarios.

Como ocurría con sus malditas visiones, las pistas del asesino también se iban difuminando hasta borrarse del todo por la superposición de nuevas ideas, de otras emociones. Además, los movimientos de los investigadores ponían sobre aviso a los culpables, permitiéndoles planificar el contraataque.

Por si eso no fuera suficiente, la noche anterior los postigos de la ventana de enfrente estuvieron cerrados; a lo mejor Enrica había sufrido una crisis de su misteriosa enfermedad. O peor aún, se había ofendido de tal manera que no quería ver siquiera su sombra en la ventana.

Era tal su perplejidad que sus pensamientos y su corazón estaban sumidos en un tormento que no conseguía mitigar.

Como tenía por costumbre, llegó temprano, mucho antes que los demás. En esta ocasión, el agente apostado en la entrada no se había quedado dormido, le hizo un saludo militar y fue a su encuentro.

—Buenos días, comisario. Hay una señorita que quiere hablar con usted. La he hecho subir, lo espera delante de su despacho.

A Ricciardi le dio un vuelco el corazón porque pensó que se trataba de Enrica. Asintió mirando al agente, que se quedó boquiabierto al ver su cara de susto; fue hacia la amplia escalinata con los ojos clavados en el suelo. Cuando llegó delante de su despacho, levantó la vista entre aterrado y lleno de esperanza.

No era ella.

La muchacha que esperaba sentada en el banco del pasillo era muy joven. A Ricciardi le resultó vagamente familiar, pensó que la había visto hacía poco, pero no lograba recordar dónde. Llevaba un modesto sobretodo oscuro, demasiado grueso para el tiempo agradable que ya hacía, un sombrerito impersonal le cubría el pelo recogido. Sostenía en la mano un envoltorio de papel de diario. Al verlo, la muchacha se levantó pero se quedó donde estaba, no fue a su encuentro. Él la miró con aire interrogante. Y entonces ella le dijo:

—Buenos días, comisario. Venía a dar una información sobre la..., la desgracia de Carmela Calise.

Ésa mañana Maione también llegó temprano. De la charla regada con cerveza que había mantenido con el portero de los Serra di Arpaja había surgido un elemento que quería comentar con el comisario lo antes posible; además, últimamente, solo

conseguía estar tranquilo en el trabajo.

La noche anterior se había entretenido a la cabecera del padre de la niña, sin conseguir desprenderse de la desagradable sensación de que había algo que debía indagar más a fondo, pero no sabía exactamente qué. Tal vez la tranquila resignación de Rituccia, que no derramó una sola lágrima, sentada lejos de la cama, quizá por la impresión que le causaba el cadáver; quizá la escasa participación de los compañeros de trabajo que, sombrero en mano, arrastrando incómodos los pies, no veían la hora de marcharse; quizá la sincera actitud de Filomena mientras tranquilizaba a la niña diciéndole que a partir de ese día iba a ser una hija más para ella. O quizá el hecho de que todos lo mirasen con curiosidad morbosa, como si estuviese asumiendo un papel de importancia social al lado de la belleza desfigurada de ella.

La cuestión es que, en cuanto había podido, se había marchado a su casa, después de prometer a la niña, a Gaetano y a Filomena que haría las gestiones oportunas en la empresa para la cual había trabajado la víctima con el fin de que la hija recibiera la indemnización correspondiente.

Tras abrir la puerta de su casa con la llave, por una vez a una hora decente para cenar, se encontró con un muro de hielo levantado por Lucia. No era el silencio de siempre, hecho de recuerdos, de eso se dio cuenta enseguida. En aquel silencio había una rabia nueva, parecida a la de las peleas de los primeros años de casados. Los platos estaban puestos de cualquier manera en la mesa en la que no había mantel ni servilletas, la sopa sin calentar era la que había sobrado del almuerzo de los niños a mediodía. Cuando le preguntó si por casualidad se sentía mal, recibió como respuesta una mirada fulmínea y un seco «Me siento estupendamente». Sibilante, lapidaria. No se dijeron nada más, y el resto de la velada la pasaron ella en compañía de su rabia contenida, y él de su vaga sensación de culpa.

Cuando llegó la mañana trayendo como legado un persistente dolor de cabeza, Maione salió de casa aliviado, sin percatarse de que una mirada compuesta por dos tercios de rabia y un tercio de afecto lo seguía desde la ventana.

Al llegar a la jefatura, fue enseguida al despacho del comisario y se sorprendió al ver sentada delante de su jefe, con un envoltorio de papel de periódico en la mano, a la persona que representaba su principal elemento novedoso.

Tanto Ricciardi como Maione habían visto a Teresa el día anterior; ella misma les había abierto la puerta, los había hecho pasar y les había servido el té. Con su bonita bata y la crespina almidonada, los ojos diestros de los investigadores no la encontraron distinta de cualquier otro adorno del recibidor, pero ahora, vestida con discreción, adquiriría cierta personalidad.

Maione saludó y le indicó por señas al comisario si podía hablar con él. Ricciardi se excusó y salió del despacho con el sargento.

—Comisario, ayer hablé un buen rato con el portero de la casa de los Serra. Después de un par de cervezas, que pagué yo, naturalmente, me contó un montón de detalles interesantes. En primer lugar —y empezó a enumerar con los dedos, mientras los asía por la punta, de uno en uno, con la otra mano—, la buena señora, tan simple y tan modesta, mantiene una bonita relación con un actor de teatro. Lo sabe todo el mundo y, según el portero, también el profesor, pero hace como si nada —los dedos de la mano prensil soltaron un momento su presa para hacer unos cuernos—. Además, dice que la cocinera le ha contado que la señora no hacía nada, pero nada de nada, si la cartomántica, para entendernos, la Calise, no le daba el visto bueno. El chófer tenía que acompañarla, incluso tres veces al día, hasta que la señora empezó a usar su coche, un deportivo rojo, un Alfa Romeo Brianza nuevecito, precioso como el sol. Según parece, los días previos a la muerte de la Calise hubo una discusión, no se entendía de qué hablaban, pero gritaban tanto que las oyeron hasta en la calle. En fin, el dato más interesante se refiere a la señorita que está en su despacho, que lleva dos años colocada como criada en la casa. ¿Se lo cuento?

Ricciardi negó con la cabeza.

—¿A ti qué te parece, quiero saberlo o no?

Maione puso cara de fingido arrepentimiento y contestó:

—Se lo cuento enseguida, comisario. La señorita que está ahora en su despacho llevaba mucho tiempo visitando a la Calise. Le mostró al portero una notita con la dirección y el nombre de la cartomántica, y fue el portero quien le dijo a la muchacha qué tranvía debía tomar la primera vez.

Ricciardi y Maione volvieron a entrar en el despacho. Teresa, con el envoltorio apretado contra el pecho, esperaba mirando el vacío. El comisario se dirigió a ella con amabilidad.

—Dígame, señorita, ¿qué podemos hacer por usted?

—Me llamo Teresa Scognamiglio, comisario. La fallecida era mi tía, la hermana mayor de mi madre, que Dios tenga en su gloria. Pensé mucho antes de venir a verlo; para mí es muy importante no perder este empleo porque no quiero regresar a mi pueblo, en el campo. Y ya sé que a partir de hoy no podré volver a pisar esa casa. Pero no podía quedarme callada. Desde el otro mundo, el espíritu de mi tía no me daba tregua, iba a hacer que me volviera loca como mi pobre abuela, que en paz descanse.

Los ojos se le llenaron de lágrimas, que comenzaron a resbalar por sus mejillas. Ricciardi y Maione se miraron. El sargento la consoló con tono paternal.

—Cuéntenos, señorita, estamos aquí para escucharla.

Por toda respuesta, Teresa depositó el envoltorio de papel de diario sobre su regazo y empezó a abrirlo. Sacó unos elegantes zapatos de hombre con la suela sucia, cubierta de manchas reseca, y los dejó sobre el escritorio de Ricciardi, perfectamente

alineados. Después levantó la vista.

—Sé quién mató a mi tía.

Las palabras de Teresa tuvieron un efecto paralizante. Los dos policías se miraron, observaron los zapatos y luego a Teresa. Ricciardi decidió romper el hechizo.

—¿Y quién ha sido?

Silencio en el despacho. Fuera, un furgón cruzó la plaza emitiendo una alegre serie de estallidos irregulares. Teresa vacilaba al borde de lo irrevocable, Maione y Ricciardi lo sabían. Una vez pronunciado ese nombre, no podría echarse atrás y nada volvería a ser como antes. Lanzó un profundo suspiro.

—Mi patrón, ha sido mi patrón. Ruggero Serra di Arpaja. El profesor.

Y empezó con su relato.

Todo había comenzado hacía más de un año. Teresa acababa de llegar de su pueblo con una maleta de cartón llena de cosas de las que después se fue desprendiendo, a medida que la familia que le daba empleo la civilizaba, como había dicho la señora. Cada quince días tenía derecho a una tarde libre, pero en los primeros tiempos había renunciado a ella, no quería arriesgarse a que la consideraran una ablandabrevas, la peor ofensa que podía recibir una criada.

La primera vez que salió del majestuoso edificio, buscó la dirección de su tía Carmela; su tía la había bautizado nada más nacer y, para la familia, había sido primero una vergüenza, después motivo de orgullo y, al final, una leyenda. Huyó de casa jovencísima en busca de fortuna, había sido la única en rebelarse a la dura ley hecha de trabajo y sumisión a la que estaban sometidas las mujeres de su pueblo. Su nombre solo se mencionaba en voz baja y de ella se contaban cosas horribles.

Cuando se encontró delante de aquella mujer anciana y enferma, en un primer momento, Teresa sufrió una decepción; pero después, mientras la escuchaba frente a una taza de leche caliente, descubrió que los relatos de la mitología rural se quedaban cortos. Su tía había conseguido ahorrar una auténtica fortuna, ¡y nada menos que echando las cartas! Algo que en su pueblo equivalía a lo que hace un saltimbanqui cualquiera en la feria mensual del ganado.

¿Y cómo lo había hecho? Explotando la ingenuidad de los ricos como sus patronos. Y a ella, que de la pareja para la que trabajaba tenía una imagen rayana en lo celestial, le pareció fantástico: esos grandes señorones que tenían el mundo en sus manos y hacían con él lo que les venía en gana, que disponían de automóviles, trajes, joyas, incluso de luz eléctrica, pues bien, ellos también estaban en manos de la cartomántica, como las marionetas manejadas por un titiritero.

En el curso de aquella tarde inolvidable, Carmela le reveló a su sobrina todos los detalles de su organización, sin omitir la ayuda de Nunzia, madre de la muchachita

subnormal, allí presente, que escuchaba con una sonrisa idiota y un hilo de baba colándosele por la comisura de la boca. Juntas se rieron de la estupidez de las personas que le llevaban a Carmela la fortuna a domicilio.

Al final de la tarde, tras haberle referido a su tía la vida de la familia Serra di Arpaja, Teresa se despidió y se marchó contenta, con la promesa de volver pronto.

Ésa misma noche, mientras esperaba el tranvía para regresar a casa de sus patronos, y en la semana siguiente, en la cabeza de Teresa se fue gestando una idea que no tardó en convertirse en un auténtico plan.

—Poner en contacto a la familia Serra di Arpaja con Carmela Calise —dijo Ricciardi.

—Sí, señor, eso mismo —asintió Teresa.

La muchacha, astuta y sensible, tenía el don de pasar inadvertida, gracias a su capacidad de mimetizarse a la perfección. De esa manera, en poco tiempo consiguió penetrar en la psicología de la pareja que le daba empleo, y no tardó en darse cuenta de la incompatibilidad entre ambos. El hombre era viejo y pagado de sí mismo, la mujer, hermosa y hambrienta de cariño.

—A cierta edad —le comentó a los dos policías—, la mujer, como las vacas, debe parir. De lo contrario, enloquece.

—Víctimas ideales para el engaño de la reconocida empresa Calise y Petrone —comentó Maione.

—Sí —reconoció Teresa.

Pero en esa ocasión, a saber por qué, la Calise no quiso que participara la Petrone. Le pidió a la muchacha que la informara de una sola cosa: cuándo iba la señora al teatro y de qué teatro se trataba. Era sencillo: Emma iba a todos con sus amigas, nunca se perdía un solo espectáculo.

Así, semana tras semana, Teresa le pasaba la información a Carmela, y esta le daba a Teresa algún dinero. La criada lo enviaba a su casa para comprar una granja donde vivir como una señora cuando regresara a su pueblo.

Emma no tardó en ir a ver a Carmela. Había caído en la trampa. Teresa no sabía cómo lo había conseguido su tía.

La vieja se convirtió en una obsesión para la señora. Iba a verla dos o tres veces al día. El chófer se quejaba de tener que recorrer los callejones del barrio de Sanità en el enorme coche negro; más adelante, ella empezó a ir sola, con su flamante descapotable rojo. Estaba tan eufórica que llegó incluso a contárselo a Teresa por la noche, cuando se hacía peinar por la criada antes de ir a dormir.

Sin embargo, había ciertos aspectos que a la muchacha se le escapaban: el del dinero, por ejemplo. Emma le había dicho que Carmela no aceptaba dinero, que lo único que conseguía era dejarle alguna gratificación a la portera. Para la señora aquello era una demostración de la honestidad de la cartomántica, una misionera de

los pies a la cabeza. No obstante, ella recibía la cantidad acordada. ¿Qué provecho sacaba entonces su tía? Teresa no se lo explicaba. Tampoco se explicaba por qué en los últimos tiempos Emma había pasado de la euforia a un estado de terrible postración; describió la alcoba de su patrona como sucia y desordenada. Comentó el detalle del vino y las vomitonas.

Habían pasado dos semanas desde que, oculta detrás de la puerta, había oído un violento altercado entre marido y mujer porque ella había regresado a casa al amanecer, algo que ocurría con mayor frecuencia. En esa ocasión, el profesor la había esperado levantado, en el recibidor, y le había propinado una bofetada con la mano abierta. Emma había reaccionado escupiéndole a la cara, tal y como hacían en su pueblo, refirió Teresa. Después salió corriendo hacia su alcoba, y tras ella fue Ruggero, que consiguió entrar y cerrar la puerta a su espalda.

Siguió un diálogo agitado, en el curso del cual él le prohibió a su mujer que siguiera visitando la casa de «esa vieja bruja», de lo contrario «ya se encargaría él de cerrarle para siempre esa cloaca que tenía por boca». Emma le contestó que él «no era hombre» y que «ni siquiera tendría fuerzas para llamar a aquella puerta». Lo insultó mofándose de su falta de virilidad y el marido salió de la habitación con lágrimas en los ojos, pasando delante de la muchacha sin verla. Como de costumbre.

En cuanto le fue posible, fue a ver a su tía para ponerla sobre aviso, pero ella se había limitado a sonreír y a decirle que no se preocupara porque tenía la situación bajo control. Entonces, aterrada por la posibilidad de perder su trabajo, dejó de ir a ver a su tía. Hasta que Emma, llorando desconsoladamente, le contó que se había enterado del delito por la prensa.

—Hay un detalle, comisario. El día anterior, el profesor había regresado muy tarde, casi al clarear el día. Estaba como loco, tenía el pelo revuelto, temblaba, lloraba. Él que siempre iba de punta en blanco como uno de los maniqués de via Toledo, estaba sucio y desaliñado. Se retiró a su habitación y cerró la puerta con llave. Y no volvió a salir durante mucho rato. Cuando entré para limpiar, los encontré —dijo indicando los zapatos alineados sobre el escritorio de Ricciardi—. A mí me parece que están manchados de sangre. De la sangre de mi tía. Sangre de mi sangre.

Ricciardi no apartaba los verdes ojos de la cara de la muchacha, que ahora estaba callada, serena como quien acaba de rezar el rosario. Ella se estremeció, como si despertara de un sueño. Miró a Maione, que estaba boquiabierto, de pie al lado de su jefe.

El sargento reaccionó a aquella mirada.

—¿Qué, quién se lo cuenta al dottor Garzo?

Fue Ricciardi quien se lo contó a Garzo en cuanto Teresa se marchó, temerosa de volver bajo el mismo techo que el asesino. El comisario y Maione la convencieron de que no corría ningún peligro hasta que hubiese una acusación formal, por el contrario, su ausencia habría alertado al profesor, permitiéndole buscar una coartada. Cuando todo concluyera, Teresa podría tomar posesión de la casa de Carmela o, si lo prefería, regresar a su pueblo.

Maione y Ricciardi fueron a despachar con su superior, disfrutando de antemano, no sin una pizca de maligna satisfacción al imaginar la cara de sorpresa del jefe de policía.

En cierto modo se llevaron una decepción. Tras referirle el relato de Teresa, y cuando Maione exhibió los zapatos del profesor como si se tratase de la ampolla con la sangre de san Genaro, Garzo apoyó la cabeza en el paño impoluto que cubría lo alto del respaldo de su sillón y cerró los ojos. Parecía dormido, pero lucía una preocupante mancha roja en el cuello, debajo de la cara exangüe.

Al cabo de un minuto abrió los ojos y sonrió.

—No es seguro que haya sido él.

—¿Cómo, dottore, que no es seguro que haya sido él? ¡Pero si la criada nos lo ha contado con todo lujo de detalles y hasta nos ha traído los zapatos manchados de sangre!

—Cálmese, Maione, y preste atención —y se puso a enumerar con los dedos—: la muchacha no vio al profesor matar a la Calise, tampoco lo oyó explícitamente declarar su voluntad de matarla. Además, no tenemos una confesión, pero sí contamos con una coartada; esa noche los Serra estaban cenando nada menos que en casa de su excelencia el gobernador civil. Por último, un par de zapatos cubiertos de costras no pueden considerarse la prueba de un delito. Podría tratarse de la sangre de un perro muerto, y eso, suponiendo que sea sangre.

Ricciardi asintió.

—Sin duda, dottore, es verdad, pero admitirá usted que Serra tenía un móvil, podemos contrastarlo fácilmente con otras declaraciones de los criados, y disponía de la ocasión, porque, según dijo el doctor Modo, a la Calise la asesinaron después de las diez de la noche, y a esa hora hacía rato que la cena en casa del gobernador civil había terminado. Además, su reticencia durante el interrogatorio...

Garzo bufó, irritado.

—Ésa reticencia es una percepción suya, Ricciardi. No olvidemos que se trata de una persona que, desde luego, no está acostumbrada a que la interroguen como a un delincuente cualquiera. No veo ninguna fisura en la situación del profesor si la comparamos con la de Iodice. Por un lado tenemos la acusación de una criada y un

ataque de ira, por el otro, una deuda que Iodice no podía pagar y un suicidio que vale tanto como una confesión. ¿Está seguro de que un tribunal condenaría a Serra?

Maione soltó un rugido sordo, como de león enjaulado. Ricciardi, por su parte, le daba vueltas al razonamiento de Garzo, que tenía su lógica. Necesitaba tiempo; en su fuero interno ardía la convicción de que entre Iodice y Serra di Arpaja este último tenía más números para ser el asesino, pero tal y como estaban las cosas, no podía continuar la partida.

—Entonces, dottore, ¿cómo piensa proceder?

Tal como el comisario había previsto, Garzo volvió a palidecer.

—¿Yo? ¿Y yo qué tengo que ver? Es usted el que está al frente de la investigación, ¿no? Usted dirá cómo piensa proceder.

Jaque mate, pensó Ricciardi.

—Cierto, dottore. Cierto. Verá, pienso que debemos seguir investigando, comprobar lo que ha dicho Teresa Scognamiglio, complementar la información en nuestro poder. Unos cuantos días más para aclararnos las ideas y poner a salvo a esta jefatura para que no salga mal parada.

Garzo tamborileó brevemente con los dedos en el escritorio.

—De acuerdo, Ricciardi. Le doy un día. En realidad, viendo la hora que es, le doy dos. Pero mañana por la tarde quiero una acusación, la prensa ha empezado a acosar al señor gobernador civil que, como ya sabrá, es alérgico a la presión.

Ricciardi asintió y salió del despacho, seguido de un Maione enfurecido.

Filomena cerró los postigos de la única ventana del bajo de vico del Fico, una luz débil se colaba por la claraboya encima de la puerta. Se sentó a la mesa, sonrió a las dos personas que la acompañaban y, con mano firme y gestos lentos, se quitó la venda.

Gaetano aspiró con fuerza y reprimió un gemido, las lágrimas comenzaron a surcarle la cara. Rituccia, cuya palidez resplandecía en la oscuridad, observaba tranquila y sin mudar la expresión.

Filomena recorrió la cicatriz con la punta de los dedos, siguiendo sus limpios bordes en relieve. Alargó la mano hacia el viejo fragmento de espejo que usaba para peinarse. Se miró largo rato. Después dejó el espejo y se acercó a su hijo para besarlo. Gaetano se tapó la cara con las manos y empezó a sollozar.

Rituccia se levantó, se acercó a la mujer y, con gesto solemne, le besó el costurón.

Maione despotricaba contra Garzo paseándose de un extremo al otro del despacho de Ricciardi, mientras su jefe callaba, de pie delante de la ventana.

—¡Lo que faltaba! ¿Ha oído lo que ha dicho el muy imbécil? ¡Tonto redomado, y

yo que creía que se había quedado dormido, y va y nos suelta ese discursito que parece que es el abogado del abogado! ¡De locos! ¡Claro, como el profesor de Santa Lucia es rico, seguro que es inocente, y el pobre de Iodice, pizzero roñoso, muerto de hambre, seguro que es el culpable! ¿Qué más quiere? ¡Si Teresa Scognamiglio, que lo oyó todo, nos lo ha contado con pelos y señales!

Ricciardi habló sin apartar la vista de la plaza que había debajo.

—Será todo lo imbécil que quieras, y seguramente está convencido de que fue el pobre Iodice, pero no ha dicho ninguna tontería. En realidad, en ambos casos solo disponemos de indicios. Los dos tenían un buen motivo para matar a la Calise. La ocasión de hacerlo también la tuvieron los dos. Y los dos la vieron muerta, así lo indican los zapatos de Serra di Arpaja y la letra de Iodice. Pero nosotros no estamos seguros de quién la vio morir.

Maione se detuvo. No quería rendirse a la evidencia de los hechos.

—Sí, pero Serra puede defenderse y Iodice, no, comisario. De manera que antes de echarle la culpa al muerto debemos asegurarnos de la inocencia del vivo. ¿O no?

Ricciardi siguió callado unos minutos más. Miraba por la ventana.

—Maione, ¿has pensado alguna vez en todo lo que se puede ver a través de una ventana? Se puede ver la vida. Se puede ver la muerte. Pero solo se puede ver, sin intervenir. Entonces, ¿quién es el hombre que mira? ¿Sabes quién es?

Maione escuchaba. Sabía que no era él quien debía contestar.

—El hombre que mira es el que no vive. Solo puede ver cómo pasa la vida de los otros y vivir a través de ellos. El que mira no consigue vivir.

Maione seguía escuchando. Y comprendió que Ricciardi ya no hablaba de la Calise, de Garzo, de Iodice ni de Serra di Arpaja, sino de sí mismo.

A pesar de no contar con una extraordinaria sensibilidad, el sargento se dio cuenta de que el humor del comisario, de por sí melancólico, se había hundido por completo tras el interrogatorio practicado dos días antes a una testigo, Enrica Colombo, que, ahora que lo pensaba, vivía en via Santa Teresa, en la misma calle que Ricciardi. A lo mejor se conocían; eso podría explicar el extrañísimo rumbo que había tomado el interrogatorio que él mismo se había visto obligado a dirigir, porque el hombre que debería haber formulado las preguntas optó por callar. Por callar y mirar.

El sargento se había criado en la calle, sabía cuándo convenía guardar silencio. No había nada que decir más que compadecer a su superior y amigo, guardando las distancias.

En el Café Gambrinus, sentado a la mesita de siempre, Ricciardi esperaba. Garzo le había dado poco tiempo, demasiado poco, obligándolo a hacer algo arriesgado. A él le gustaba planificar, dejar el menor espacio posible librado al azar. Conocía la importancia de la estrategia en su oficio. Pero en esta ocasión el tiempo escaseaba de verdad.

De modo que había telefoneado a casa de los Serra di Arpaja. Una medida desesperada, un farol.

Pero a veces, si bien raramente, los faroles permiten ganar la partida: Teresa atendió el teléfono y le dijo que sí, que la señora estaba en casa, y que intentaría pasarle la comunicación. La muchacha se cuidaría mucho de comentarle nada a Ruggero sobre aquella llamada. Y Emma había aceptado reunirse con él. La suerte ayuda a los audaces.

Sentado a la mesita del café, a través de la vidriera, Ricciardi observaba el trajín de ruedas, cascos y pies que pisaban las piedras de via Chiaia; la primavera escenificaba una mañana en la que la luz parecía provenir de abajo, el cielo era tan azul que dañaba los ojos y las mujeres parecían bailar al son de una música que solo ellas oían. Los hombres sonreían y saludaban quitándose el sombrero, los militares caminaban de dos en dos y lanzaban besos a las muchachas que aceleraban el paso, riendo, ocultas tras sus sombreros. Junto a un mendigo tirado en el suelo, Ricciardi vio a un niño que, a la altura de la pelvis, lucía una herida visible producida por la rueda de un carro; escupía sangre por la boca y el labio superior estaba curiosamente desalineado respecto del inferior, como vistos a través de un espejo deformante o un cristal mojado. A este lado de la amplia vidriera, Ricciardi oía la voz que decía: «Mi perrito se ha escapado». Se preguntó cansinamente dónde había ido a parar el perrito y si había encontrado otro amo.

—El comisario Ricciardi, supongo.

La voz sensual de Emma Serra di Arpaja lo arrancó de los abismos del alma. Se levantó de su silla y apartó de la mesa la otra para ayudarla a sentarse.

Notó enseguida la diferencia entre la persona modesta y reservada que había interrogado y la señora que ahora tenía enfrente y lo miraba, desenvuelta y segura, con divertida curiosidad. Ricciardi se preguntó si había sido por influencia del marido que Emma se exhibió con una personalidad mortificada o si se había limitado a interpretar un papel ante los dos policías; la cuestión era, reflexionó, que la verdadera era la que tenía enfrente.

Le preguntó qué deseaba tomar, ella le contestó que vino blanco. Ya de buena mañana, pensó Ricciardi. Para él pidió un café y una sfogliatella, como de costumbre.

La mujer rio. Una carcajada breve, tintineante.

—No teme engordar, ¿eh, comisario? Una sfogliatella de buena mañana. ¡Dios mío!

—¿Y usted no teme emborracharse de buena mañana?

Lo dijo deliberadamente, sabiendo que era maleducado y provocador. Quería dejar claro que no soportaba someterse a nadie y confirmar que a la señora le gustaba empinar el codo, como había referido Teresa.

Emma acusó el golpe, palideció, luego se puso colorada e hizo ademán de levantarse. Ricciardi no alargó la mano para retenerla.

—Si se marcha ahora, me sentiré autorizado a no hacerme cargo de su dolor.

La mujer volvió a sentarse con los ojos desorbitados.

—¿Qué dolor? No siento dolor alguno.

Ricciardi negó con la cabeza.

—Señora, los dos sabemos que lo que dijo usted ayer no es verdad. Nadie visita obsesivamente un lugar sin contar con un motivo poderoso. Tan poderoso para infundirle el valor necesario para enfrentarse al mundo entero; sin embargo, ayer tiró usted la toalla. Repitió la lección que le enseñaron, nada más. No la creí en ningún momento. Antes de insistir en que me diga la verdad, le pido que me cuente por qué mintió.

Emma miraba a Ricciardi sacudiendo la cabeza. Sus manos apretaban los brazos de la silla con tal fuerza que los nudillos estaban blancos como la cera.

—Yo... quería entender por qué vino a verme. Precisamente a mí. A casa de la Calise iba muchísima gente. Yo misma se la recomendé al menos a veinte de mis amigas. ¿Por qué precisamente a mí?

Ricciardi no quiso destapar sus cartas y decirle que el suyo era uno de los nombres anotados el último día en el cuaderno de la cartomántica. Decidió jugarse el todo por el todo.

—¿Por qué encubre a su marido, si ya no lo quiere?

Emma abrió los ojos como platos y se echó a reír. Primero en voz baja, con gesto sorprendido, después con mayor fuerza hasta que echó la cabeza hacia atrás, mientras las lágrimas se deslizaban por sus mejillas. Ricciardi esperó sin apartar la vista de ella, sin decir palabra. Algunos de los parroquianos de las otras mesas se volvieron a mirarlos, preguntándose qué habría dicho aquel hombre sombrío que fuera tan divertido para hacer reír así a aquella señora hermosa y elegante. Finalmente Emma recuperó la compostura.

—Disculpe, comisario. ¡Pero es graciosísimo! ¿Mi marido? ¿Encubrir a mi marido? Es lo último que haría. Mi marido se encubre solo, se pasa la vida encubriéndose. Y además ¿de qué debería encubrirlo? Es verdad, él me dijo lo que debía decir, cómo vestirme, incluso el tono que debía emplear ayer. ¿Y qué? Es abogado, uno de los mejores. Me encubría a mí misma, de sospechas absurdas. No a

él.

Ricciardi consideró llegado el momento de tender la trampa y mintió sin escrúpulos.

—Sin embargo, señora, tenemos motivos para considerar que su marido fue a casa de la Calise la noche en que murió. Alguien lo vio. Además, había restos de sangre en la suela de los zapatos que llevaba puestos.

Emma se quedó pasmada.

—Pero ¿no fue el pizzero del que hablan los diarios? ¿El que se suicidó? ¿Por qué iba mi marido a...? No, comisario..., lo descarto. Mi marido no tiene valor, está cargado de miedos. Nunca, jamás, bajo ningún concepto podría tomar semejante iniciativa. Él no reacciona. Él piensa. Ni siquiera reaccionó cuando... No reacciona nunca, se lo aseguro.

No era momento para pasar por alto las vacilaciones, pensó Ricciardi.

—Ni siquiera reaccionó... ¿cuándo? Déjese de insinuaciones, señora. No me haga pensar que está usted ocultando algo serio, de lo contrario no tendré miramientos. Créame.

Emma se mordió el labio inferior. Algo en el tono de Ricciardi le infundió miedo. Tras una prolongada reflexión, habló.

—Ni siquiera cuando lo dejé. Para siempre. Quería marcharme de casa.

—¿Y se lo dijo?

—Sí, se lo dije. Le escupí a la cara todo mi disgusto. Le dije el asco que me dan él y esta vida sin amor. Y él suplicó, lloró, un viejo como él llorando...

Ricciardi escrutaba la expresión de la mujer, había abierto los rincones más recónditos de sus pensamientos. Era el momento de insistir.

—¿Intentó disuadirla? ¿La amenazó o amenazó a otros, por ejemplo a la Calise?

Emma sonrió con tristeza.

—No. Ya se lo he dicho, no tiene valor. Entonces, al verlo arrodillado ante mí, sacudido por los sollozos, se lo dije.

—¿Qué le dijo?

—La verdad. Que estoy embarazada.

Había buscado un lugar a la sombra. Con el tiempo y la experiencia, Maione aprendió a mimetizarse con el paisaje. No como Teresa Scognamiglio, que contaba con el don natural de la invisibilidad; a él le faltaba el físico adecuado para eso, era grande, peludo y corpulento, además, ¿cómo desaparecer llevando uniforme? Sin embargo, con los años, a fuerza de vigilancias, seguimientos y acechos, algo de técnica había aprendido.

Bastaba con no perder nunca de vista a la persona para poder escapar a su mirada. Filomena caminaba con la cabeza gacha y nunca se miraba en el cristal de los escaparates. Sabía dónde trabajaba, ella misma se lo había dicho. Quedaba por aclarar si don Matteo De Rosa, famoso comerciante de telas que había heredado la tienda tras casarse con la que era considerada la mujer más fea y más rica de Nápoles, había perdido completamente la cabeza por Filomena tal como Nenita le había contado.

Oculto en el zaguán de un austero edificio de via Toledo, esperaba que ella terminara su turno y se quedara a solas con aquel hombre; quería ver cómo se comportaba él. Para aclararlo. No estaba obsesionado, no era eso. Pero le molestaban las zonas de penumbra.

A Costanzo, el camorrista, lo había descartado enseguida. En esa ciudad, los policías y los camorristas, a fuerza de enfrentarse, habían aprendido sus respectivos lenguajes. Maione sabía que el costurón era un signo inequívoco de traición, de adulterio. Todos los camorristas habrían desfigurado a la mujer amada de haber descubierto su infidelidad, pero no era ese el caso de don Luigi, felizmente casado y, además, con la hija del capo local de los Quartieri Spagnoli. Si hubiese hecho algo semejante, habría sido como cortarse el cuello él solito.

Así que no, él no había sido. Entonces, ¿quién?

El comerciante, quizá. Desde el borde del zaguán, Maione lo observaba en el interior de la tienda iluminada; era pequeño, gordito, afeminado, iba de tela en tela dando saltitos, sonriendo a las clientas como un imbécil. Un tipo así no tenía fuerza ni para afeitarse solo y mucho menos para desfigurar a una mujer.

Maione esperó pacientemente a que cerraran para ir a almorzar. Filomena saludó a De Rosa, que ni siquiera levantó la vista de la caja. Aunque estaba lejos, el sargento tuvo la impresión de que lo incomodaba la cicatriz de la mujer.

No, no había sido el comerciante.

Entonces, ¿quién?

Emma miraba a través de la vidriera, como hechizada por el fluir de peatones, automóviles y carruajes. El niño muerto notificó otra vez a Ricciardi de la fuga de su cachorro. En el café, a su alrededor, se oía un runrún difuso y en la otra sala, el

sonido de un piano evocaba un mayo pasado, rosas y cerezas.

La revelación del embarazo le abrió al comisario nuevos escenarios. Se trataba de un hecho irrevocable, de los que pueden impulsar a hombres y mujeres a cometer disparates.

—¿A quién más se lo contó?

Emma sonreía, melancólica.

—Solo a él. Y a la Calise, naturalmente. Cuando fui a verla la penúltima vez. Le leí yo el futuro, para variar.

—¿Por qué fue a contárselo?

—Para que me dijera qué hacer. Yo..., yo no decidía nada si ella no me autorizaba. Era una maldición, una locura. Ríase, comisario, pero para mí se había convertido en una obsesión. Intenté resistirme, obligándome a pensar que podía prescindir de ella. Y entonces, empujada por una mano invisible, regresaba siempre a aquel puerto maloliente, a sus dominios, para mendigar una orden. Ya no sabía vivir yo sola. O tal vez jamás llegué a vivir sola; primero mi madre, después mi marido y a continuación la cartomántica.

Ricciardi escuchaba con suma atención, bebiendo sus palabras.

—¿Y qué le dijo cuando le reveló que estaba embarazada?

Emma se pasó nerviosamente la mano por el pelo.

—Me preguntó de quién era el niño. No daba crédito, ¿cómo era posible que no lo supiera, ella que tanto sabía de todo el mundo? Sabía que no me dejaba tocar por mi marido desde hacía mucho tiempo. Que amo a un solo hombre. El que ella me negó.

El comisario se inclinó hacia adelante.

—¿Cómo el que le negó?

Emma empezó a llorar mientras hablaba.

—Éste hombre y la Calise entraron en mi vida al mismo tiempo. Y ella, a pesar de que nunca lo había visto, día tras día me empujó a conocerlo, a apreciarlo, a enamorarme. Y nuestro amor creció hasta llenar mi vida entera. ¿Ha estado alguna vez enamorado, comisario?

Ricciardi recordó fugazmente dos postigos cerrados y notó como si algo se le clavara en el corazón causándole un daño insoportable. Pestañeó una sola vez.

—Continúe.

—Debería haberme marchado con él. Estaba todo dispuesto, el dinero, la vida, todo. Soy rica, comisario. Dispongo de fortuna propia, prescindiendo de la de mi marido. Lo había puesto todo en orden y entonces llegó la noticia de mi embarazo. Qué felicidad, un hijo, yo, que ya no me lo esperaba. Un hijo fruto del amor, que sería guapo como el padre. Me fui corriendo a ver a la Calise, debía ser la primera en saberlo. Pero...

—Pero ¿qué?

—Pero las cartas fueron unívocas, nunca más volvería a ver a ese hombre. Como de costumbre, y siguiendo la regla principal, nunca, jamás podía contarle a nadie lo que ella me decía. De lo contrario, las desgracias más terribles se abatirían sobre mí, sobre él y sobre el niño. La obligué a repetir la lectura dos, tres, diez veces. Decía que las cartas no aceptan imposiciones, que era el destino, que así lo habían decidido las almas de los muertos.

Instintivamente, Ricciardi miró a través de la vidriera y vio al niño que, empecinado, seguía buscando al cachorro que se le había escapado. Le hubiera gustado decirle a la mujer que las almas de los muertos no deciden absolutamente nada. Se limitan a sufrir todo el tiempo que sobreviven a los cuerpos.

—¿Y usted?

—No temo por mí, comisario. Prefiero morir antes que volver a mi vida vacía. Y un solo instante con él habría valido todos los sinsabores. Él podría haber decidido por sí solo. Además, siempre me dijo que no creía en el destino. Pero el niño no me ha pedido venir al mundo. Nunca pensé en tener hijos. Creía que no había nacido para ser madre. Pero ahora que lo llevo dentro —se apretó el vientre con una mano, brevemente, como para aferrarse a algo—, se vuelve cada día más importante. Es mío, comisario. Es la cosa más mía que jamás he tenido.

Ricciardi asintió.

—¿Y qué hizo entonces?

—Lo que debía, comisario. Lo que la Calise me dijo que hiciera.

Cuando Ricciardi regresó a la jefatura seguía confundido. Las revelaciones de Emma resolvían algunas incógnitas y planteaban otras. Aparecía en escena una nueva figura, el amante de la señora. Resultaba entonces más comprensible la participación del eximio profesor, cuya reputación, en definitiva, dependía de lo que la Calise le decía a su esposa.

La propia Emma se colocaba, con todas las de la ley, entre los posibles asesinos: la dependencia absoluta, el límite a la libertad podían ser móviles perfectos para el delito, si bien la ferocidad y la violencia apuntaban a un origen masculino. Pero él había visto demasiados delitos despiadados cometidos por manos femeninas.

Seguía pensando que el profesor era el destinatario más probable de la sentencia de la Calise, oscura maldición sobre la recompensa que el destino entregaría, sin falta, a su asesino. Para él, Iodice era inocente, pero de ahí a demostrarlo había un largo trecho. Además, había escarmentado y sabía que, a veces, el Asunto lo desviaba de la verdad con más frecuencia de la que lo acercaba a la solución. Al verse cara a cara con la muerte, las personas sacan a relucir las emociones más extravagantes.

Maione llegó un tanto jadeante y se justificó de un modo confuso por no encontrarse en el despacho. Ricciardi se preocupó, como solía hacer cada vez con más frecuencia en los últimos tiempos. No obstante, si su subordinado no le pedía consejo, él no podía dárselo sin más. Se limitó a referirle lo que había averiguado tras la charla con Emma.

—Sí, comisario, ya he entendido cuál era el problema del profesor —y con los dedos hizo unos cuernos—, perder a la esposa y la reputación de una tacada. Pero si la Calise le impuso a la Serra que dejara al amante, entonces, ¿por qué la mató el profesor? En el fondo, los dos querían lo mismo, ¿no?

Ricciardi se apartó de la frente el mechón rebelde.

—No necesariamente. Es posible que Serra pagara a la Calise para que hiciese ese vaticinio y después, cuando tocó saldar cuentas, a lo mejor discutieron y él acabó matándola. También podría ser que él se hubiese enterado de la voluntad de Emma de no abandonarlo después de haber matado a la Calise. O simplemente que quisiera vengarse de la vieja por haber empujado a su esposa a los brazos del amante. O tal vez fue Emma quien quiso librarse de la dependencia que la ataba a la cartomántica. Todo es posible. Y también lo contrario de todo.

Maione tendió los brazos.

—Entonces, ¿qué hacemos, comisario? No podemos dejar que le echen la culpa al pobre Iodice, ¿verdad? Para colmo tenemos poco tiempo, un día escaso. ¿Cómo seguimos?

Ricciardi observaba pensativo el pisapapeles hecho con la esquirla de una bomba

que descansaba sobre su escritorio.

—Oye una cosa, ¿sabes cómo se llama el amante de la Serra? Me parece que es un actor, ¿no? Un actor de teatro.

—Sí, efectivamente, eso me dijo el portero de los Serra. No sé cómo se llama, pero puedo averiguarlo. Es de dominio público.

Ricciardi asintió.

—Bien, date prisa. Creo que esta noche vamos al teatro.

Filomena elegía unos guisantes en el carrito del verdulero, en el mercado del barrio de la Pignasecca. No era fácil: los muy duros podían estar verdes y dar poco sabor a la sopa, los blandos podían estar pasados y no resultar nutritivos.

Comenzaba a recuperar el placer de preparar la cena; Gaetano comía como un lobo cuanto le ponía en el plato. Rituccia, que se había mudado con ellos, no probaba bocado. Pero desde hacía un tiempo, pensó Filomena sonriendo para sus adentros, llegaba alguien más a la hora de la cena; alguien que manifestaba el placer de recibir las atenciones de una mujer.

Y ella volvía a sentirse mujer; mejor dicho, se sentía mujer por primera vez desde la muerte de su marido. Pensaba en él como en una especie de regalo recibido a cambio del costurón; la pérdida de la belleza que había sido su cruz, a cambio de los ojos enternecidos de un hombre que miraba su interior, sin detenerse en el aspecto. Como nunca antes. Sonriendo, Filomena se preguntó cuál sería la fruta preferida de Raffaele.

Lucia no se había levantado de la cama. Ni siquiera había abierto los postigos. Se había quedado tumbada, mirando el techo.

Sus hijos no sabían qué pensar; iban de aquí para allá y, preocupados, se asomaban a la puerta de su dormitorio para ver cómo estaba. En un momento dado, la más pequeña le preguntó: «¿Se encuentra bien, madre?». Contestó que sí, con una sonrisa forzada. Pero ¿se encontraba bien? No lo sabía.

Echaba de menos a Luca, claro. Pero también echaba de menos a su marido, y de tal modo que notaba en el pecho un fuerte dolor, tan fuerte que la dejaba sin aliento. Y echaba de menos a sus otros hijos, a los que veía a través del muro de cristal que, con los años, había ido levantando a su alrededor, pero a los que no conseguía tocar. Y también echaba de menos a Lucia, la mujer que reía, cantaba y hacía el amor, a esa que miraba la vida de frente. Tenía la sensación de haberse muerto y de observar el mundo desde el más allá, como un fantasma.

Le hubiera gustado dormir y soñar con Luca, verlo reír de aquella manera tan suya, oírlo decir: «Mamá, venga, levántese y vuelva a dirigir su vida como ha hecho

siempre. Sigue siendo usted la más hermosa del barrio, mi novia, vamos, que me está haciendo quedar muy mal». Sin embargo, cuando su sueño era agitado, doloroso, no soñaba, y cuando se despertaba estaba más cansada que antes de acostarse.

Desde el balcón le llegaban los ruidos de la calle, el canto de las lavanderas, los gritos de los vendedores ambulantes. A través de los postigos cerrados se colaba el soplo leve del aire fresco, lo notaba en la cara, le llegaba cargado de los perfumes de los campos del Vomero. Es primavera, pensó. Otra primavera.

Lucia se levantó de la cama y abrió de par en par los postigos. La luz la cegó un instante. Miró hacia abajo, cuatro plantas altas. Piedras sólidas, antiguas, las marcas dejadas a lo largo de cien años por los cascos de los caballos.

Vio pasearse a la hija de Assuntina, la mujer de Carmine, el carretero; iba con un muchacho moreno que llevaba un gorro marrón. Madre santa, pensó. Pero si parece que fue ayer cuando nació y su madre vendía agua sulfurosa por la calle, con la niña sujeta al cuello, y fíjate, ahí la tienes, del brazo de un muchacho, y dentro de nada estará casada y con hijos.

Lucia Maione decidió que estaba viva. Dio media vuelta y entró en casa, porque su sangre y la sangre de su sangre seguían fluyendo.

Aquél fue otro pequeño milagro anónimo de la primavera de mil novecientos treinta y uno.

La pizza del carrito que pasaba por la piazza Municipio le recordó a Iodice y su sueño. El almuerzo solitario de Ricciardi tenía, en general, esta variante, alternativa del café con *sfogliatella*, duraba apenas una exhalación y el comisario comía mientras pensaba en otra cosa. En el trabajo, en Garzo, en la investigación en curso. En Enrica.

En esa ocasión, sin embargo, al observar los hábiles movimientos del cocinero ambulante, el comisario trató de imaginar los pensamientos y las palabras del suicida, cuando todavía no era prisionero de su sueño y recorría las calles de la ciudad ajeno a todo, feliz. Tenía razón el doctor Modo: hay un momento exacto en que la propia muerte queda determinada. Y ese momento siempre es inevitable. El destino no ordena de antemano, no interviene. El destino no existe.

El bocado hirviente le llegó al estómago, acallando su estúpida queja. Rica, la pizza. Pobre Iodice, pobres sus hijos, pobre su mujer. Y pobre su madre que, a juzgar por el refrán mencionado antes de marcharse de su despacho, y que había abierto las nuevas líneas de investigación, sí creía en el destino.

Caminó un trecho por via Toledo. Las dos caras de la calle estaban a la vista: los grandes edificios antiguos de ventanas altas y amplios balcones, las entradas austeras vigiladas por porteros de librea. Nombres famosos y escudos de armas, siglos de historia transitados como en un paseo bajo la sombra de aquellos muros, año tras año. Della Porta, Zevallos Stigliano, Cavalcanti, Capece Galeota: construcciones duras y majestuosas, la sala grande de la ciudad. En la parte de atrás, el hormiguero de los Quartieri, callejones sin nombre donde bullían las pasiones y los delitos, esos que el régimen quería borrar remodelándolo, como si una plaza nueva o unas cuantas fachadas pudieran cambiar las almas.

Los niños salían del colegio, algún obrero y los profesionales regresaban a casa. Casi todas las tiendas estaban cerradas, la pausa del almuerzo tocaba a su fin. El aire estaba cargado de primavera.

Ricciardi detectaba el tufo del amor. La Calise trabajaba con el dinero y los sentimientos, raíces de todos los delitos. En esta ocasión, sin embargo, lo presentía, el amor era el asesino.

Mientras seguía andando pasó cerca de los solares en obras, vacíos a esas horas. Los pesados bloques blancos de las nuevas construcciones, los inestables andamios de madera, a medio montar. Y haciendo guardia, apenas sombras desvaídas, los dos muertos unos meses antes en accidente de trabajo. Ricciardi observó distraídamente que había uno nuevo: «Rachele, Rachele mía, me han empujado para que fuera contigo, espérame que voy contigo». Suspirando, trató de no retener aquella frase que, de todos modos, volvería a oír muchas veces. ¿Quién era Rachele? ¿La esposa,

la hermana? ¿Y el pobre infeliz que necesitaba compañía? ¿Se había caído o se había tirado? A saber. ¿Qué importancia podía tener ya?

Unos metros más adelante vio una pareja que caminaba a su encuentro, él cojeando con dos muletas, la pierna izquierda vendada de rodilla para abajo. Reconoció a Ridolfi, el viudo infeliz de la mujer que se había prendido fuego, devoto cliente de la Calise. Discutía acaloradamente con una señora insignificante, en apariencia de su misma edad, la cabeza gacha bajo un sombrero con velete.

Antes de que la mirada del hombre se encontrara con la suya, Ricciardi alcanzó a oírle esta frase: «Busqué también allí, te digo. Vete a saber dónde las habrá metido, la desgraciada. Ojalá arda en el infierno como ardió al morir».

Le temblaba la voz de rabia. Cuando vio a Ricciardi, su rostro se transformó en la máscara de dolor habitual, esa que la compasión exigía; con un gesto cómico y torpe se detuvo en precario equilibrio sobre una sola muleta y se quitó el sombrero.

Sin responder al saludo más que con una mirada inexpresiva, el comisario pensó que una muleta también podía ser una buena arma para cometer un delito; y si con una dislocación se puede pasear por via Toledo, también se puede llegar a un apartamento del barrio de Sanità.

Sin embargo, por más vil e hipócrita que fuera, el profesor Ridolfi también debía contar con un móvil para cometer un crimen.

Dio media vuelta y volvió sobre sus pasos; el tiempo apremiaba y todavía quedaba mucho por hacer.

Maione esperaba al comisario a la entrada del despacho.

—Buenas tardes, comisario, ¿ha comido ya? Pizza como siempre, ¿eh? Dichoso usted que tiene un estómago de hierro. Yo, si llego a comerme una pizza frita, después me tengo que ir derecho al hospital para que el doctor Modo me ingrese. Vamos a ver, ya tengo el nombre. Ésta ciudad es impresionante. Uno hace algo bueno, como por ejemplo, qué sé yo, atrapa a un criminal, y nadie se entera; pero si alguien le pone aunque sea una vez los cuernos al marido, un poco más y los vendedores callejeros de diarios lo anuncian a los cuatro vientos. En fin, que el hombre se llama Attilio Romor, y parece ser que es un joven apuesto. Actúa en una comedia de ese famoso, ¿cómo se llama...? Usted ya sabe a quién me refiero, aquí abajo, en el teatro dei Fiorentini. La función es a las ocho. Podemos pasarnos sin problemas, como usted quiera. Llegamos justo a tiempo, dice que mañana es la última representación, después se van a Roma.

Ricciardi lo pensó.

—La última representación. Mañana. Haremos lo siguiente, nos encontramos allí, a las ocho. Ahora nos vamos a casa a descansar un poco, que hoy se nos hará tarde.

Pero Maione no fue a su casa. Tenía que pasar por otro sitio y enseguida, debía quitarse un peso de encima de una vez para siempre.

En su alma sencilla y fuerte el desorden no tenía cabida; se había pasado toda la vida enfrentándose a sentimientos y emociones unívocos y directos, no sabía cómo manejarse frente a la duda.

Cuando llegó a vico del Fico, el sol acababa de ponerse. Filomena se sorprendió al verlo, pero no reprimió la sonrisa feliz. Se subió a toda prisa el chal para taparse la cara y ocultar la cicatriz, pues ya se había quitado la venda.

—Raffaele, qué sorpresa. No lo esperaba tan temprano. Quería prepararle algo de comer.

Maione hizo un gesto con la mano, como para indicarle que no hacía falta.

—No, Filomena, por mí no se moleste. Si me permite, quiero hablar con usted un momento. ¿Nos podemos sentar?

Una sombra de preocupación cruzó el hermoso rostro de la mujer; la expresión de Maione era distinta de la que le conocía. Parecía taciturno, decidido, como si sintiera un dolor sordo y lo atormentara un pensamiento.

En el cuarto de la planta baja, envuelta como siempre en la semipenumbra, estaba Rituccia, sentada a la mesa, ocupada en desgranar guisantes. Maione observó su expresión serena y distante, una viejecita de doce años.

Filomena le pidió que los dejara solos, la niña saludó con una leve inclinación de la cabeza y salió.

—Es una buena chica, pero desgraciada. Ha sufrido mucho, primero perdió a la madre, luego al padre. Gaetano y yo hemos pensado en tenerla con nosotros, por lo menos hasta que los parientes de su madre den señales de vida. Por ahora no ha venido nadie. ¿Le preparo un sucedáneo de café? No tardo nada.

Maione se sentó y dejó el sombrero encima de la mesa, delante de él.

—No, Filomena, no se moleste. Siéntese un momento que quiero hablar con usted.

La mujer se sentó, secándose las manos en el delantal. En sus ojos negros y profundos brilló una luz preocupada y expectante. Al sentarse, se quitó el chal de la cabeza. Maione le sonrió.

—Ésta casa y usted han hecho algo importante para mí estos últimos días. Saber que están y el trayecto hasta aquí me han devuelto las ganas de llegar al final del día. Se ha convertido usted en una buena y querida amiga, me sonrío y me alegro de su sonrisa. Pero, Filomena, soy policía. No es por el uniforme, que no es más que un envoltorio. Soy policía hasta la médula. No puedo convivir con la idea de que algo queda sin resolver y que usted está en peligro. Quien cometió este... este delito —dijo, indicando con un gesto vago la cara de ella—, puede regresar con intenciones todavía peores.

Filomena negó apenas con la cabeza y sonrió.

—Verá, Raffaele, para mí es usted algo nuevo en mi vida. Usted ve la persona que soy. Me he destapado la cara y descubierto la herida y usted ni me ha mirado. Ya nadie me mira como antes. Ni siquiera mi hijo. Pero usted, en cambio, me mira a los ojos sin apartar la vista. Acaba de decir que somos amigos, entonces hagámonos a la idea que no nos conocimos en estas sino en otras circunstancias.

Le tocó a Maione negar con la cabeza.

—No, Filomena. Entre amigos, entre personas que han aprendido a apreciarse, que hablan y tienen la alegría de verse, no se pueden dejar las cosas sin decir. Yo tengo que saber, Filomena. Con esta sombra entre nosotros no puede haber amistad.

Los ojos de Filomena se llenaron de lágrimas; en la mirada de Maione leyó una decisión que nunca le había visto.

Fuera, en el callejón, los niños jugaban con una pelota de trapo. Una mujer llamó a su hijo para cenar. En el fogón, el agua de la olla rompió a hervir.

La mujer se llevó la mano a la cicatriz y tocó sus bordes con los dedos, un movimiento que comenzaba a ser habitual.

—De acuerdo, Raffaele. No quiero perder su amistad. Y con el amigo es con quien quiero hablar. Esto no debe salir de mi casa, donde ocurrió todo. ¿Me da su palabra?

Maione asintió. Filomena no dejó de mirarlo fijamente a los ojos.

—Ha sido mi hijo.

La tata Rosa se sorprendió al verlo regresar tan temprano, cuando en la calle los últimos rayos de sol del atardecer todavía iluminaban las plantas altas de los edificios. Con gesto imperioso pretendió controlarle la temperatura, posándole la mano callosa sobre la frente.

Ricciardi no perdió el tiempo discutiendo; por su triste y consolidada experiencia sabía que la tata Rosa era imparable. Le contó que se sentía estupendamente, pero que esa noche debía trabajar hasta tarde y antes quería descansar un poco; de ese modo consiguió ahorrarse una jeremiada sobre los jerséis de lana y los riesgos que para la salud supone el clima de las estaciones intermedias, aunque tuvo que comerse la tortilla de macarrones que habían sobrado la noche anterior.

Tras dar cuenta del tentempié, dispuesto ya a afrontar los primeros embates del ardor de estómago, fue a la ventana. En casa de los Colombo, ahora conocía cómo se apellidaba la familia de enfrente, preparaban la cena. Vio pasar a Enrica. Fue un alivio ver que se encontraba bien, pero su expresión enfadada y triste lo deprimió.

De haber podido, le habría hablado de cuánto necesitaba contemplar, día tras día, sus movimientos, imaginar las palabras cuyo sonido no oía, ver los gestos serenos de su mano izquierda. De haber podido, habría borrado el embarazoso encuentro en la jefatura. Ni por un instante se le pasó por la cabeza que el estado de ánimo de Enrica tuviera el mismo origen que el suyo.

Había aprendido a vivir en aquella vida reflejada, él que era prisionero de su propia maldición.

Recordó que casi un año antes, en la planta de arriba de la que ocupaba la familia de Enrica, se había producido una desgracia: una joven esposa se había colgado tras ser abandonada por su marido. Amor perdido, vergüenza, humillación, a saber cuál habría sido la condena. La casa que hacía poco tiempo la había visto entrar feliz, del brazo de un hombre, la vio salir en brazos de cuatro, dormida para siempre. Desde aquel día las ventanas permanecían atrancadas.

Durante dos meses, antes de que el fantasma desapareciera, todas las noches Ricciardi había asistido a esta doble escena: debajo, el calor sereno y sonriente de una familia numerosa que festejaba la vida de un día cualquiera; arriba, en la órbita negra de una ventana sin luz, el cadáver ondulante de la esposa muerta. Las dos caras del amor, los dos extremos de la misma emoción.

Y mientras su dulce Enrica bordaba con la mano izquierda, la cabeza inclinada sobre el hombro derecho, en el cono de suave luz de la lámpara, la mujer muerta —el cuello estirado por la cuerda de un modo innatural, los ojos abultados y la lengua tumefacta colgando entre los labios abiertos— despotricaba contra el infiel desgraciado que sin tocarla la había matado.

Los brazos cruzados, oculto a la vista de ella por el anochecer, el comisario pensaba que el hombre al que le habían infligido la herida constantemente sangrante de la muerte ajena, no tenía derecho a soñar una vida como los demás; como la que contemplaba desde su ventana. El hombre que mira no vive, pero puede tratar de poner las cosas en orden.

«El Padre Eterno no es mercader que paga los sábados», habían dicho la madre de Iodice y Carmela Calise. Pero tarde o temprano acaba pagando.

Muy a su pesar se apartó de la ventana y cogió la chaqueta.

En la penumbra del bajo los ruidos del callejón llegaban amortiguados. Las palabras que Filomena acababa de pronunciar cayeron entre ambos como una bomba, pero el tono sereno y nítido de la mujer hicieron comprender a Maione que se trataba de una simple enunciación, no de una acusación.

—¿Y por qué? Su hijo, Gaetano..., ¿por qué hizo algo así?

Filomena sonrió; parecía una madonna de Rafael. Su voz dulce era la de una mujer que por fin se siente tranquila.

—Nací en una granja del Vomero. Éramos muchos hijos, pobres pero felices, aunque entonces no lo sabíamos. En una granja se desloma una a todas horas del día y de la noche, si no te deslomas, no comes, y si no comes, te mueres. Todo es simple. Pero nada es fácil, nunca.

»Una vez, cuando era pequeña, tendría yo unos siete u ocho años, empezaron a desaparecer las gallinas. Encontrábamos las plumas y rastros de sangre. No oíamos ruidos. Tal vez fuese un zorro o una garduña, dijo mi padre.

»Puso un cepo, de esos que al cerrarse atrapan al animal. Por la mañana encontramos una patita colgada del cepo. Solo la patita, negra, muy negra. Se veían las marcas de los dientes afilados y el suelo estaba sucio de sangre. El zorro se había arrancado la pata a mordiscos, poco a poco, sin hacer ruido. Nosotros dormíamos al lado del gallinero y no nos enteramos de nada.

»Mi padre me contó lo que había pasado, Raffaele: el zorro tuvo que elegir entre vivir sin una pata o quedar atrapado. Y había elegido.

»Yo llevo toda la vida viviendo con la pata atada, Raffaele. Y nunca he pensado que podría elegir la libertad. Incluso en vida de mi marido, en cuanto me quedaba sola siempre se me acercaba alguien, o con las manos o con las palabras. No es vida, créame. No es vida.

»Desde que Gaetano y yo nos quedamos solos, las cosas se volvieron insoportables; mi patrón quería echarme, otro desgraciado quería tomarla con mi hijo.

»Lo comentamos montones de veces, no veíamos la solución. Y entonces, una noche, vino Gaetano trayendo de la mano a Rituccia, la niña que ha visto usted, y me dijo: «Mamá, a lo mejor sabemos lo que hay que hacer». Y mientras hablábamos me

acordé de la patita negra colgada de la puerta del gallinero y de mi padre que negaba con la cabeza. Y me decidí. Pero yo sola no habría podido hacerlo. Cuatro veces levanté el cuchillo y cuatro veces lo bajé. Miré a Gaetano, no le dije nada. Lloraba El silencio que siguió tras el relato se volvió denso como la niebla cuando espesa. Maione tuvo la impresión de que oía latir su propio corazón, sentía una pena enorme por Filomena, por Gaetano, por Rituccia. También por sí mismo.

Después, su pensamiento fue para Lucia. Se la imaginó encerrada en una celda estrecha, una cárcel hecha de recuerdos; colgada de la pata, desde aquella maldita noche de hacía tres años. Y pensó: ¿por qué estoy aquí?

Se levantó y miró aquellos ojos espléndidos y desconocidos bañados en lágrimas y aquella hermosa sonrisa de Madonna. Y pensó que amaba a Lucia más que cuando la había visto en la fuente, con dieciséis años, mientras lavaba una sábana y cantaba; que desde entonces nunca había visto nada más hermoso, y que si tenía que morir, quería marcharse con la imagen de aquel rostro grabada en los ojos.

Saludó a Filomena con un hasta pronto que quería ser un adiós. Ella le dijo adiós, con la esperanza de que fuese un hasta pronto. Maione salió para regresar a la jefatura.

A penas habían pasado un par de horas, sin embargo, cuando volvieron a reunirse en el despacho de Ricciardi eran dos hombres muy diferentes de los que habían salido de allí.

El comisario se mostró taciturno, la mirada fija, la frente surcada por una arruga de dolor. El sargento, en cambio, parecía haber disuelto el nudo que le impedía respirar. Parecía haberse tranquilizado, como si se hubiese quitado un peso de encima, aunque se lo veía algo triste. Le había confiado a un muchachito, amigo de su hijo, con el que se cruzó en los callejones, el encargo de avisar a Lucia de que llegaría tarde porque estaba de servicio. Una antigua costumbre que debía recuperar, pero había insistido para que el mensajero se acordara y se lo hizo repetir varias veces, que no comería fuera. Tenía ganas de estar en casa.

La ventana estaba abierta y entraba la brisa salobre. Como era de esperar, Ricciardi estaba asomado y miraba fuera.

—Quiero saber quién la mató, a la Calise. Quiero saberlo y quiero saber también por qué. No solo por trabajo, me refiero. Quiero saber si fue por dinero o por pasión.

Maione asintió a espaldas de Ricciardi. Y dijo lo que pensaba:

—Yo también quiero saberlo, comisario. Porque era una pobre vieja y la mataron, y después la patearon por toda la habitación. Y porque, aunque fuese usurera y estafara a la gente con las cartas, tenía derecho a respirar como todo el mundo. Y porque soy policía.

Ricciardi se dio media vuelta y miró a Maione a los ojos.

—Sí, Maione. Somos policías. Vayamos a hablar con ese actor.

Durante el breve trayecto examinaron la situación.

—Por el puro gusto de analizar el tema, comisario, y de paso vamos charlando. Pongamos que el profesor no acepta que lo abandonen y tampoco perder el dinero de su esposa que, al parecer, tiene mucho. Pongamos que va a ver a la Calise, le paga y ella le dice a la señora que tiene que terminar lo suyo con el actor. Pongamos que cuando va a saldar cuentas, discuten y el profesor pierde la cabeza. O mejor aún, la Calise quiere más dinero y lo chantajea porque sabe muchas cosas de él.

Ricciardi asintió sin dejar de andar.

—Y pongamos que Iodice no puede pagar y está desesperado. Que la Calise amenaza con arruinarlo, quitarle el negocio, dejarlo en la calle sin nada y sin poder alimentar a sus hijos.

Maione negó con la cabeza y dijo:

—No, comisario, no. Un padre de familia se lo piensa antes de buscar su ruina. Porque, sin necesidad de matar a nadie, encontrará la forma de llevar el pan a su casa,

aunque pierda el negocio. Pero si pierde la cabeza, entonces, sus hijos no solo pierden el pan sino también el honor. No fue Iodice, estoy seguro. Verá, me inclino más bien por pensar que fue la señora, tan cargada de emociones ella, y que lo hizo por eliminar a quien obstaculizaba su amor.

—Sí. Y tal vez pudo ser el querido Passarelli, el hombrecito con la madre nonagenaria y la novia sesentona, que no quería tener cerca a otra vieja. O Ridolfi, que fingió caerse por las escaleras. Pudo haber sido cualquiera, esa es la verdad. Aún tenemos para rato.

Maione sonrió.

—Sí, pero mi candidato sigue siendo el profesor: no nos olvidemos de Teresa y de los zapatos. Para mí que fue él.

Ricciardi se encogió de hombros.

—Yo no me olvidaría de las señoras, ojo. Acuérdate de que Modo dijo que una mujer fuerte y joven habría podido provocar las mismas lesiones que un hombre. A mí, por ejemplo, no me haría ninguna gracia tener que vérmelas con el genio de la Petrone o el de la señora Serra.

Ya estaban delante del teatro, y había más gente de la que esperaban. La comedia llevaba tiempo en cartel, era un día laborable, pero la fama del director teatral estaba en alza; era evidente que eso del boca a boca funcionaba a la perfección. Por otra parte, se trataba de la penúltima representación antes de que la compañía viajara a Roma, en una palabra, reinaba un ambiente de alegre expectación.

Tras identificarse, Ricciardi y Maione le pidieron al acomodador que les indicara la entrada de artistas. Dentro del teatro, en el estrecho pasillo al que daban las puertas de los camerinos, se cruzaron con actores y actrices ataviados para la función, en cuyos rostros se reflejaba el nerviosismo previo a la representación. Hablaban entre ellos agitadamente, pero guardaron silencio cuando a una de las puertas se asomó un hombre al que Maione reconoció por una foto publicada en el diario: era el director e intérprete principal.

El hombre llevaba la cara empolvada de blanco y dos manchas de colorete en los pómulos, el cuello levantado, según la moda de hacía diez años, la corbata ancha y de colores, la chaqueta con un remiendo bien visible en el costado. Pese a sus ridículos ropajes, la expresión era sombría: el bigotito y los labios finos, las cejas arqueadas bajo la frente amplia partida por una única arruga vertical. El sargento había leído que apenas tenía treinta años, pero visto así de cerca, le pareció bastante más viejo.

Mirándolos fijamente, se dirigió a un hombre más bajo, de aspecto alegre, que se le parecía vagamente.

—¿Son amigos tuyos estos señores? ¿Qué pasa, ahora también te dedicas a dejar que los extraños se metan entre bastidores? ¿Es que vas a organizar una de tus partidas de cartas en el camerino?

Abrió los brazos y, dirigiéndose al grupo de actores que esperaba cerca, el otro contestó sonriendo y volviendo los ojos al cielo.

—¡La culpa es de Peppino, claro está! ¿De quién iba a ser si no? Peppino tiene la culpa de todo, incluso de que llueva. Pues no, yo a estos señores no los conozco. Es la primera vez que los veo. Pero si me lo mandas, la partida de cartas la organizo sin problemas. Será más divertido que escucharte a ti, que no haces más que quejarte de todo.

La tensión se hizo palpable y el director teatral cerró bruscamente la puerta de su camerino. Peppino, tal como se había presentado, se encogió de hombros, bufó y se dirigió a los dos policías.

—Sabrán disculparlo. Cuando la institutriz nos daba clases de buenos modales, mi hermano siempre se ponía enfermo. Ya me dirán ustedes en qué puedo servirles.

Maione hizo ademán de contestar, pero Ricciardi le posó la mano en un brazo.

—Somos... amigos del señor Attilio Romor. ¿Sabe dónde podemos encontrarlo?

Peppino lanzó una estruendosa carcajada.

—¡Ésta sí que es una buena noticia! ¡Romor tiene amigos que no llevan faldas! Entonces les deberá dinero. Por favor, lo encontrarán ustedes en el camerino del fondo del pasillo. El más alejado del de mi hermano.

Y negando con la cabeza fue hacia la entrada del escenario.

Ricciardi y Maione se dirigieron en dirección opuesta.

Romor apenas había acabado de prepararse.

Era un joven alto, de los que saben que gustan a las mujeres; dos muchachas que pasaban delante de la puerta de su camerino cargadas de trajes de escena se dieron un codazo e intercambiaron un comentario al oído.

En apariencia, el hombre no se percató, o tal vez estuviese acostumbrado. Los hizo pasar con educación.

No pareció sorprenderse cuando supo quiénes eran, su mirada abierta y sincera no delataba preocupación alguna. Fue Maione quien le hizo las preguntas.

—Señor Romor, estamos al corriente de su..., de su estrecha amistad con una señora casada. Estamos investigando un desgraciado hecho ocurrido hace unos días y quisiéramos hacerle unas preguntas.

Romor sonrió dejando al descubierto una perfecta dentadura. Los miraba a los ojos y en absoluto se sentía incómodo.

—Sí, la señora es amiga mía, comisario. Una queridísima amiga. Pensamos incluso en irnos a vivir juntos. Estoy al tanto de..., del desgraciado hecho, me enteré de lo ocurrido a la cartomántica porque Emma me hablaba a menudo de ella. No la he conocido nunca, pero sé que estaba muy unida a ella. Estoy a su disposición.

Maione y Ricciardi intercambiaron una rápida mirada.

—¿Se iban a ir a vivir juntos? La señora ha declarado que ya no quería dejar a su

marido.

El actor sonrió con gentileza.

—Sargento, mi Emma es una persona muy sentimental y, por eso, muy influenciable. Al encontrarse ante una decisión de semejante calado, es lógico que la asalte todo tipo de incertidumbres. Hace unos días, su marido vino una noche a verme. Me esperó a la salida del teatro y me ofreció dinero para que dejara a Emma. Yo, naturalmente, no acepté, no soy un hombre que se deja comprar; el dinero no me importa, tengo mi trabajo. Incluso me amenazó, dijo que me arruinaría, que hablaría con el director de la compañía. Pero si ha visto el espectáculo, ya sabrá usted que no podría odiarme más de lo que ya me odia. Sé que al vencer el contrato tendré que buscarme otra compañía. Por suerte este es un buen momento para el teatro y trabajo no falta. Algo encontraré.

—¿Y cómo respondió a las amenazas de Serra?

Romor se rio a carcajada limpia.

—Pues así, carcajeándome. No hay manera de convencerme. Le aseguro que ella no puede vivir sin mí. Le revelo un detalle, esperamos un hijo. Y un hijo, comisario, es algo importante, irrevocable. Un hijo une a una pareja para siempre, y así será entre Emma y yo.

—¿Estaría dispuesto a repetir esto que dice en presencia de los Serra?

Los Serra. Una pareja institucionalizada, una familia. Ricciardi apreció la forma en que Maione provocaba una reacción de Romor; si el hombre llegaba a captar que lo excluían, que no tenía posibilidad de recuperar su relación, se mostraría reticente y preocupado. Pero no fue así. Sonrió sin apartar la vista del comisario, pero contestando a Maione.

—Sargento, es algo que ya tenía intención de hacer. Conozco a mi Emma, es maravillosa y sumamente sensible. Estoy seguro de que cuando me vea no tendrá dudas y elegirá el amor antes que la árida convención social de la que ahora es prisionera. Confío en poder demostrarlo muy pronto. Habíamos decidido marcharnos tras la última representación en Nápoles, precisamente mañana por la noche. Todavía no he perdido las esperanzas de que, después de reflexionar, Emma respete nuestra cita y pase a recogerme por el teatro.

Ricciardi clavó la mirada en la del actor y este se la sostuvo.

—Una última cosa, Romor, según usted, ¿quién mató a la Calise?

El hombre adquirió una expresión triste.

—¿Cómo saberlo, comisario? No la conocía. Pero creo que una mujer que vive engañando a los demás y, por lo que he leído, haciendo también de usurera, no debe excluir la posibilidad de terminar de esa forma. No se me olvida que Emma era esclava de esa obsesión, no podía vivir sin que la Calise la orientara con sus sentencias. Pero debo decir que, cuando vino a amenazarme, el marido de Emma me

pareció dispuesto a todo. Si tuviera que mencionar a alguien...

De regreso a la jefatura de policía, Maione reflexionaba en voz alta:

—A mí ese tipo me parece un perfecto cretino. Le gustan las mujeres, sabe que gusta, y se cree que siempre será así. En mi opinión, más le hubiera valido aceptar el dinero del profesor, porque de la relación con Emma no va a sacar nada.

Ricciardi estaba concentrado en sus pensamientos.

—Ten en cuenta lo del hijo. El profesor estaría más que dispuesto a reconocerlo, suponiendo que sepa que su mujer está embarazada. ¿Pero ella? A mí me pareció muy implicada. En fin, que son cuestiones que no nos atañen. Lo que me gustaría saber es a quién le interesaba matar a la Calise. Y ya no nos queda tiempo. Por cierto, tengo una idea.

—¿Qué idea, comisario?

—La idea de que mañana por la noche la señora Serra no resistirá la tentación de ir al teatro a disfrutar por última vez de la comedia que tanto le gusta. Por la tarde, te darás un paseo e irás a ver a tu amigo el portero, entérate si la señora manda preparar el coche o pide disponer del chófer para ir al teatro.

Maione parecía perplejo.

—¿A casa de los Serra? ¿Y antes no debemos informar al imbécil de Garzo?

Ricciardi sonrió.

—No. Ha dicho que la investigación es cosa mía y hago lo que me parece. Total, hoy es el último día del plazo. Si no conseguimos nada, verás cómo el pobre Iodice cargará con el crimen y en paz. A ver si conseguimos desenmascarar al profesor.

Cuando se quedó solo, Attilio sonrió al espejo del camerino. Las cosas iban tomando buen cariz; obligaría a Emma a enfrentarse a su responsabilidad.

Estaba convencido de que, al verse entre la espada y la pared y sin la obligación de guardar las apariencias, ella elegiría vivir su amor. Por otra parte, ¿por qué se había empeñado tanto el marido en convencerlo de que la dejara? Porque sabía que Emma lo amaba. Con las mujeres nunca se había equivocado y en esta ocasión tampoco iba a hacerlo.

Confiaba en que al día siguiente su mamá también fuera al teatro. A disfrutar de la última representación. La del triunfo.

Te vas a casa en compañía del trabajo y no haces más que pensar en la investigación, en la galería de rostros, sensaciones, tonos de voz. Caminas, pisas las piedras, hueles la brisa ligera del bosque lejano. Y piensas en las palabras que has oído y que debes

ordenar.

Caminas entre las escasas personas vivas que regresan a casa, pegándose a las paredes, y entre algún que otro muerto que te mira, rezumando dolor por las heridas. Caminas sin mirar, dando pasos de extraño por este mundo. Subes las escaleras, abres la puerta, oyes la respiración cansada de la vieja tata que duerme serenamente. Te desnudas, la noche y tú sois una sola cosa, piensas que esta noche no, que no irás. Te acostarás y encontrarás el sueño. Mejor dicho, él te encontrará a ti y te arrastrará durante unas horas por un territorio de paz ilusoria, unas pocas horas.

Pero no hay manera; te acercas a la ventana. Quizá esté bordando otra vez y, sin percatarse, a su manera, te salude, y de ese modo te transporte dulcemente hasta tu mundo de los sueños sin sueños.

Pero no hay manera; tu mirada se encuentra con los postigos cerrados. Nadie te habla.

Vas al encuentro de la noche y sabes que, en la oscuridad, tus ojos buscarán en vano la paz. Buscabas descanso. Pero no hay manera.

Sube por el callejón, a paso lento y pesado, cargando sobre los hombros el día, la semana, la vida. Sube por el callejón y se siente más solo que nunca cuando le viene a la cabeza la imagen de toda esa gente que busca amor y encuentra odio, rencor, rabia. Sube por el callejón sin mirar a su alrededor, esta vez quizá no lo detendría ni siquiera un grito. Ésta noche le cuesta mucho andar. Ésta noche quiere paz.

La brisa que sopla desde el mar, y le acaricia los hombros, lo acompaña, ayudándolo a afrontar la cuesta. Viene cargada con la promesa del verano; tal vez la cumpla. Aunque a saber cuántos morirán antes.

Mañana habrá un culpable, pero esta noche permanecerá ajeno a todo, durmiendo, o quizá dormido para siempre. Quizá víctima y verdugo bailan bajo la luna, en algún claro encantado del bosque, en compañía de los otros muertos. Quizá la víctima y el verdugo intercambian sus papeles, en el sueño todo está permitido.

Reinan la angustia y la soledad en los cuartos que antes llenaba la sonrisa de ella y que ahora están desiertos.

Recordarla, su sonrisa resucitada, la mano, la caricia, el contacto olvidado. Imaginar que con la mano roza su cara, ver sus ojos azules, los mismos que lucía en la fuente, a los dieciséis años.

Durante la cena, él intenta hablar, ella se lo impide posando un dedo sobre sus labios. Y después se toman de la mano y se van a dormir. Ella le abre la puerta del cuerpo y del alma. Quizá ha sido un sueño, un regalo de la noche, de la luna detenida entre las almas. Quizá el aire cumpla su promesa y quizá él renazca en ese perfume.

Se duerme con la vida entre los brazos, su vida, acurrucada en su pecho. Oye una respiración desconocida y familiar al mismo tiempo.

La luz del amanecer se encontró con Ricciardi y Maione, sabedores de que ese sería el día decisivo. Para la memoria de Tonino Iodice y el honor de sus hijos; para la paz del alma de Carmela Calise; para la reputación de la familia Serra di Arpaja; para el bienestar y tal vez la carrera de Attilio Romor, actor con un futuro brillante y un presente difícil; para el apellido y el destino del hijo de Emma.

Un día decisivo gracias también a la certeza de haber resuelto un misterio en un mundo en el que, por real decreto, ya no podía haber misterios, ni sangre, ni asesinados.

Cumpliendo con las órdenes de Ricciardi, Maione se presentó en el palacete de los Serra poco antes del almuerzo. Esperó a que el portero se hubiese retirado de su garita y entró, protegido por las sombras, para no ser visto desde los balcones de la planta noble.

Supo que la señora iría al teatro sin el chófer, pues le había pedido al portero que le preparara el coche nuevo, ese extraño vehículo de color rojo, y que le llenara el depósito de gasolina. El hombre empezó a quejarse de que siempre le tocaba hacerlo todo, mientras Maione asentía, paciente, aunque en el fondo lo encontraba insoportable. Poco después se enteró de un detalle que le pareció sumamente interesante: el profesor también le había preguntado al portero si sabía qué planes tenía la señora, y después le había pedido que avisara al chófer, porque él también iba a salir esa noche. Para ir al teatro, había añadido. ¿No era absurdo tanto derroche? Dos personas que iban al mismo teatro, a la misma hora. Y en dos coches distintos.

Cuando Maione le transmitió toda la información, Ricciardi hizo una mueca. En el teatro. Una vez más, las pasiones auténticas y las simuladas se confundían. A saber cuáles serían las más ruidosas.

En el teatro. Sería allí donde se atarían todos los cabos. Pues muy bien, que sea en el teatro. Allí estaremos, pensó. Le pidió a Maione que organizara un pequeño grupo de paisano, cuatro hombres en total, para situarlos en varios puntos de la sala y en la salida. Uno de ellos debía sentarse al lado del profesor sin que este se percatara, para prevenir cualquier reacción temeraria.

—¿Y usted, comisario? ¿Qué hará?

Inesperadamente, Ricciardi esbozó una sonrisa y se apartó el mechón de la frente con un gesto brusco de la mano. Le brillaron los ojos bajo la luz del sol poniente.

—Tengo que ir a recoger a una señorita. Ésta noche iré acompañado al teatro. Ocúpate de que me dejen dos entradas en la taquilla.

Nunzia Petrone no daba crédito a sus oídos. No se fiaba por naturaleza, y menos de un policía. Le pareció una petición absurda, casi una broma, pero no percibió rastros de alegría en los ojos del comisario.

—¿Antonietta? ¿Y por qué? ¿Para qué la necesita?

De pie, con las manos en los bolsillos del sobretodo, el mechón cubriéndole la frente, Ricciardi la miraba a los ojos.

—Porque tal vez ella estuvo presente cuando mataron a la Calise. Usted misma me dijo que se había quedado una hora más en su casa la noche que la mataron. Y si el asesino se hubiese dado cuenta, probablemente también la habría matado. Tal vez, si su hija ve a alguien, nos puede ayudar a reconocerlo. Tal vez.

La Petrone miraba a su alrededor con sus ojitos, como buscando ayuda entre los pobres utensilios de su cocina.

—Pero Antonietta no entiende nada, comisario. Habla siempre sola, como si viera personas que nosotros no vemos, niños con los que juega en su imaginación. Ella es... simple, ya la ve usted. ¿Qué espera de ella, pobrecilla?

Ricciardi se encogió de hombros.

—Es un intento. Un intento nada más. Pero le prometo que no le ocurrirá nada. Yo estaré a su lado todo el tiempo. Y se la traeré de vuelta tal como me la llevé. Así de paso se divierte, no deja de ser una velada en el teatro.

Ricciardi se vio entonces bajando del barrio de Sanità hacia el teatro dei Fiorentini, caminando al lado de la muchacha que arrastraba los pies, mientras con la mano derecha junto a la boca seguía murmurando su cantilena. A su paso todos callaban y se apartaban.

Las sombras de la noche fueron engullendo poco a poco la calle, y las luces todavía no se habían encendido. Era la hora en que los sueños se materializan.

Como siempre, al comienzo de via Toledo, Ricciardi miró de reojo a los muertos. Antonietta sonrió y los saludó.

El comisario se estremeció al ver a la muchacha detenerse y acariciar al fantasma de un niño con la cabeza hundida, tal vez a causa del atropello de un tranvía, la piel ensangrentada y desnuda del tórax surcada por el bramante que le sujetaba los pantalones. Curiosamente, el gorro seguía firme sobre su cabeza, por lo menos en la mitad intacta, mientras que en la otra mitad se apoyaba en el trozo de cráneo blanco y en el cerebro putrefacto que quedaba al descubierto.

Los viandantes vieron a la muchacha tender la mano en el vacío y no hicieron caso. Ricciardi la vio acariciar un brazo sacudido por los espasmos de la muerte, mientras a través de los dientes rotos oía el grito desesperado del niño que pedía

ayuda.

«¡Ayúdeme, madre!», repitió Antonietta, abstraída. Ricciardi la empujó suavemente por la espalda y ella siguió andando sin volverse.

Más adelante, a la altura de las obras de los nuevos edificios blancos, entre los empleados que regresaban a sus casas y las mujeres que volvían de la compra, aparecieron uno tras otro los obreros fallecidos en el trabajo. Ricciardi avanzó con la cabeza gacha, mientras Antonietta los saludaba alegremente con la mano regordeta, sin distinguir a los vivos de los muertos y sin que ni los unos ni los otros reparasen en ella. Quizá los verdaderos fantasmas fuesen ellos dos, invisibles para todos.

Antonietta le lanzó un beso al muchacho y al viejo que habían muerto juntos; pero cuando se encontraron delante de un muerto reciente, el que llamaba a una tal Rachele y le decía que lo habían empujado para que fuera con ella, la muchacha se paró en seco y se ocultó detrás de Ricciardi. ¿Qué has sentido esta vez?, se preguntó él. ¿Qué emoción distinta? Entonces sientes y oyes más que yo. En ese momento experimentó por la muchacha un sentimiento de pena infinita y le acarició la cara. Ella le sonrió y continuó andando.

Aunque siguió mirando hacia atrás y estremeciéndose ligeramente.

Sentado ante su escritorio, Ruggero Serra di Arpaja contemplaba la primavera que asomaba a su balcón. Las cortinas de seda ondeaban hacia él, para volver luego a su sitio, como si la brisa jugara a invitarlo a salir. El aire olía a mar y a flores nuevas.

El sol se ponía detrás de la colina de Posillipo y sus rayos llenaban la habitación de una luminosidad que lastimaba los ojos cansados del hombre. Había pasado otra noche sin poder dormir. Otro día de espera.

Unas emociones desconocidas, descubiertas tras una vida recorriendo las sendas marcadas por la condición social, se habían enseñoreado de sus decisiones. Últimamente había hecho cosas que jamás habría imaginado y conocido una parte de sí mismo cuya existencia ignoraba.

En un momento tan crucial, esa misma mañana había tratado de guardar las formas: el traje oscuro, la camisa perfectamente planchada, bien afeitado y peinado. Solo los ojos, escudados tras las gafas de montura de oro, revelaban el tormento de su alma. El anuncio del embarazo, que Emma le había hecho tras una noche de reivindicaciones e insultos recíprocos, llevaba la marca de la redención y de lo irrevocable. Después de esa noticia, nada volvería a ser como antes.

El sol le había traído una nueva y extraordinaria certeza: amaba a su mujer y sin ella la vida no tenía ningún valor. Que lo detuvieran, que lo denigraran, que expusieran su reputación a la curiosidad de sus supuestos amigos; si Emma lo abandonaba, ya nada de eso tendría importancia.

Sin apartar la mirada de la primavera indiferente, abrió el cajón de su escritorio y sacó el revólver. Ya había comprobado que estuviera cargado. No pasaría una noche más, una primavera más sin amor.

Se puso el sobretodo. Vamos al teatro, pensó.

A ver la última representación.

Sentada delante del espejo, Emma trataba de disimular con polvos compactos el cansancio de la noche insomne. No soportaba que Attilio la viera menos hermosa que de costumbre.

Sabía que al asistir al teatro transgredía las férreas normas de la Calise. Pero ¿de veras podía decidir el destino de los demás una mujer que no había sabido prever su propia muerte? ¿Y si se hubiese equivocado desde el principio, si la hubiese condenado a la infelicidad por error?

Trató de distraerse saboreando de antemano la desbordante emoción del encuentro con Attilio, el eco de su amor, la pasión y la ternura a las que se había acostumbrado.

Había mandado que le prepararan el coche, pero el equipaje todavía no; faltaban pocas horas para el encuentro y no sabía aún qué iba a hacer. Jamás había decidido nada, y ahora se le exigía que sola, sin ayuda, tomara la decisión más importante.

Un nuevo sentimiento, tal vez la protección que llevaba en el vientre, la dominaba y la turbaba. Todo el egoísmo que albergaba en su interior, y que había sido el motor de su vida, de su relación con Attilio, de su intolerancia frente al mundo, había desaparecido. Iba a ser madre. Era como si toda su existencia se concentrara solo en eso y ahora viviese las cosas de un modo profundamente distinto al que había imaginado. Se sentía muy alejada de sus amigas, que se habían limitado a dar a luz y a dejar a sus hijos, como si de una molestia necesaria se tratase, en manos de un ejército de nodrizas e institutrices.

Sentía un vago sentimiento de compasión por Ruggero, en cuyos ojos trastornados había captado un dolor sincero; pero estaba convencida de que era el asesino de la Calise y, por el bien de su niño, debía separarse de él y de su infausto destino.

Se dejaría guiar por su corazón, pensó. Decidiría después de ver a Attilio salir a escena con ese porte regio que tan bien conocía. Iré al teatro.

A ver la última representación.

Ricciardi y Antonietta se sentaron en la platea, ocuparon dos butacas laterales próximas al escenario. El comisario deseaba que la muchacha viera bien las caras de Romor y de los Serra, con la esperanza de que Ruggero estuviese cerca de su esposa que, como siempre, había reservado el palco de primera fila, el más cercano al escenario.

No sabía bien qué esperar: un movimiento en falso, una reacción errónea. Había descubierto al culpable, pero los elementos con que contaba eran meramente indicios, no tenía ninguna prueba.

Solo podía confiar en que el asesino cometiera un error o que Antonietta, la única testigo posible, lo reconociera, aunque sabía que la demencia de la muchacha impediría utilizar su testimonio en un tribunal. Pero podía ser suficiente para hacerle perder la cabeza al homicida. Lo había visto en más de una ocasión.

Hundiendo la cabeza entre los hombros, trató de confundirse en la penumbra de la platea. Al entrar había reconocido a Camarda, Cesarano y Ardisio, tres de los hombres de la brigada de Maione, que iban de paisano y estaban estratégicamente situados. El sargento mismo se había colocado debajo del escenario, en la segunda fila, camuflado por el sombrero y el cuello levantado del abrigo. Ricciardi miró hacia el palco justo cuando entraba Emma, más hermosa que nunca, aunque sus ojos delataban incertidumbre, dolor, cansancio. Estaba sola.

Al cabo de unos minutos, en la sombra, de pie, detrás de ella el comisario vio una

silueta indistinguible. El profesor, pensó. Maione le hizo una seña disimulada a Camarda, que asintió y abandonó la sala. Ricciardi comprendió que el sargento había enviado al policía a vigilar la puerta del palco, para que estuviera listo en caso de que los acontecimientos se precipitaran. No era manco, Maione. Ni cojo ni manco.

Se atenuaron las luces y se oyó aplaudir al público. Los actores estaban preparados, tanto los situados detrás del telón, como los que se encontraban en la sala. Todos preparados.

Para la última representación.

La comedia arrancaba con un monólogo del protagonista. Ricciardi reconoció al hombre que la noche anterior había reprendido bruscamente a su hermano. Pese a que su atención estaba en otra parte, el comisario percibió el magnetismo que emanaba del actor, y que, de inmediato cautivó al público. Antonietta miraba fijamente al frente, sin dejar de bisbisear palabras sin sentido. La luz del escenario caía sobre la platea permitiendo que Ricciardi viera a Emma y a Ruggero. La mujer se aferraba a la barandilla, las manos pálidas, la cara turbada y expectante; su marido parecía una máscara, tenía la cara inexpresiva de un maniquí.

Al concluir el monólogo, entró la actriz protagonista, una mujer excepcionalmente fea, pero con un enorme talento. Ricciardi dedujo que se trataba de la hermana del director teatral, se le parecía mucho, y distraídamente pensó que una compañía de teatro familiar debía suponer un gran ahorro. El público se divertía, el dúo era brillante, el ritmo bueno, los diálogos breves y mordaces; todos se reían menos los Serra, los policías y Antonietta, perdida en quién sabe qué visiones.

En un momento dado, en cuanto terminó el intercambio de réplicas, Romor salió a escena. El protagonista lo recibió con una frase sarcástica que provocó una estruendosa carcajada del público. Ricciardi recordó la alusión del actor a la antipatía que le profesaba el hombre, y se dio cuenta de que así era. Delante del comisario, sin la mínima consideración por sus acompañantes, tres muchachas comentaron algo entre susurros y rieron nerviosamente; se notaba que Romor tenía sus seguidores. Cuando se hizo otra vez el silencio, el actor dio un paso al frente y se disponía a declamar su réplica cuando ocurrió algo inesperado.

Ya entre bastidores, mientras esperaba el momento de entrar en escena, Attilio se había dado cuenta de que el palco de primera fila volvía a estar ocupado. Hacía tiempo que no ocurría y se había acostumbrado a la incertidumbre, la duda, la soledad. Como un cordero preparado para el sacrificio, noche tras noche se veía obligado a soportar las burlas del maldito director teatral, sin tener la posibilidad de reaccionar, ni de vengarse.

Pero esa noche, precisamente en la última representación, Emma había vuelto. La había visto, y estaba sola, sin una amiga que le hiciera de tapadera. Aquello solo podía tener una lectura: que había decidido respetar el compromiso, reunirse con él y emprender una nueva vida, sin más miedos ni convencionalismos. Salió a escena exultante. Que aquel payaso presuntuoso tuviera su última satisfacción, a él ya no le importaba.

Al entrar Attilio, Emma se inclinó por encima de la barandilla del palco, miraba el escenario pero, más que nada, miraba dentro de sí misma. Buscó el eco de la pasión que le había parecido notar apenas un cuarto de hora antes. No sintió nada. El hombre al que había amado más que a ningún otro le pareció de pronto un desconocido. Vio con claridad que para ella ya no significaba nada, y en un instante comprendió que su historia no tendría futuro. Se preguntó si la Calise no habría visto precisamente eso la última vez que le echó las cartas; y en el momento en que pensaba en la Calise, oyó su voz en la platea. A sus espaldas, Ruggero dio un paso al frente y se llevó la mano al bolsillo del sobretodo.

En un primer momento Ricciardi creyó estar viendo una visión. Procurando no perderse las reacciones de Emma y todos los movimientos de Ruggero, dejó de prestar atención al escenario y la platea. El público esperaba en silencio la réplica, los actores fingieron un momento de incomodidad tras la entrada de Romor. Y de pronto se oyó clara una voz que él reconoció inmediatamente como la del fantasma de la Calise. Se volvió de golpe y se quedó helado al ver ante sí aquella espantosa imagen.

Antonietta se había puesto en pie. Encorvada hasta menguar de estatura, las piernas se le torcieron un poco, la cabeza se le inclinó en un ángulo anormal, la mano izquierda le colgaba inerte al costado del cuerpo, la derecha esbozó un gesto indeciso, como si quisiera apartar a alguien o alejar algo de sí. Su expresión obtusa había adquirido un aire melancólico, parecía a merced de un terrible recuerdo.

De su garganta brotó un sonido ronco; ni siquiera Ricciardi, acostumbrado a todos los horrores, olvidaría jamás las palabras que salieron con toda claridad de la boca deforme de la muchacha que jamás había dicho nada inteligible.

—El Padre Eterno no es mercader que paga los sábados.

Todos los espectadores se volvieron hacia la muchacha. Se oyeron incluso aplausos aislados de quienes creyeron que formaba parte de la representación. Los actores en escena se miraron sorprendidos.

Romor avanzó, entrecerrando los ojos y haciendo visera con una mano para protegerse de las luces de los focos y ver mejor la platea. Y preguntó:

—¿Mamá? ¿Eres tú?

Petrificado, Ricciardi observaba el fantasma de la vieja, recreado a la perfección por Antonietta, notó una opresión en los pulmones y por la boca expulsó el aire en un soplo.

Se oyó un grito desgarrador, una voz estridente de niño desesperado. Attilio bajó del escenario hecho una furia, los ojos fuera de las órbitas, el labio superior contraído en un rictus que dejaba al descubierto unos dientes de lobo famélico.

—¡Maldita, tú no eres mi madre!

Maione se levantó de su asiento con sorprendente agilidad y se lanzó a las piernas del actor provocando su caída. No obstante el peso considerable del sargento, el hombre siguió arrastrándose hacia la muchacha, con las manos como garras y un rugido que, desde el pecho, le salía por la boca torcida. Por su parte, Antonietta lo miraba fijamente sin dejar de repetir la última frase de la Calise. Solo cuando Ardisio y Cesarano intervinieron, Attilio se quedó quieto y se echó a llorar.

No me vengan a contar ahora que esa es mi madre. Maldita bruja, puta asquerosa. No me digan que esa es sangre de mi sangre.

Yo de mi madre me acuerdo. Sería más vieja que las madres de los demás niños del instituto, pero era la más inteligente. Me decía que tenía que trabajar, que no podía estar conmigo. Pero te lo daré todo, tú tendrás más que los otros niños, que tienen una sola muda de ropa, un solo lápiz, un solo cuaderno. En cambio yo... A mí mi mamá me llena de ropa. ¿Y saben por qué? Porque soy guapo.

Gusto a las monjas, gusto a la maestra. Me importan un pepino mis compañeros que aquella vez me encerraron en el lavabo y me dieron una paliza, pero me pegaron en el cuerpo, no en la cara, si no, se hubiera notado y los habrían castigado. Me importa un pepino.

A medida que iba creciendo y haciéndome mayor y más guapo, mi mamá me daba más cosas. Me decía que solo me tenía a mí, que yo debía tener de todo. Y yo quería de todo, porque uno se acostumbra a las cosas hermosas. Y cuando yo quería algo, mi mamá me lo daba. Me decía que había nacido por casualidad, ni ella sabía bien cómo, unas veces mi padre era un marinero que se había ido, otras veces, si me había portado bien, era un noble, y otras, si la hacía enojar, era un puerco y un borrachín. Ésa es mi mamá.

Soy grande y quiero ser actor. Porque soy guapo, ¿lo he dicho ya? Y sé cantar y bailar. Y si dicen que no, es porque son unos envidiosos, ellos son peores que yo. Mamá dice que no tengo que contarle a nadie que soy su hijo; si no, no pagan, si no, ella no puede darme dinero. Voy a verla a escondidas, por la noche, así ella me dice qué tengo que hacer. El dinero..., a saber de dónde sale. Me dice mamá que la portera, la madre de la imbécil, ahorra el dinero para dejárselo a la imbécil. Por eso le dijo a esa que las dos eran iguales, que cada una velaba por su hijo. Pero esa no lo entendió, a lo mejor es imbécil como su hija. Yo no, yo soy guapo, mamá me mira y me sonrío. Y me dice lo que tengo que hacer, lo que tengo que decir.

Así que no vengan ahora a decirme que mi madre es una bruja.

Me acuerdo de lo que mamá me dijo. Y lo hago, palabra por palabra. Cuando no puedo hablar con ella, me confundo. Y me equivoco.

Con Emma hice todo lo que mi mamá me dijo. Tardó mucho en encontrar una señora adecuada. Y entonces, un buen día me dice que la ha encontrado, que se la ha mandado una prima mía que no conozco, que ni siquiera sabe que existo. Y como siempre, mamá lo preparó todo, hasta el mínimo detalle. Y me dijo dónde debía ir y qué debía decir. Y que tuviera más cuidado que nunca, porque Emma no debía descubrir jamás que yo era yo, o sea, el hijo de mi mamá. Porque ya lo saben, una madre es única, si necesitas ayuda está ella para dártela. ¿Para qué sirven si no las

madres?

Entonces voy y me convierto en el amor de Emma. Sé hacerlo, me sale espontáneamente. Todas las noches voy a casa de mamá, me deja la puerta abierta, subo las escaleras cuando la portera ya ha apagado la lámpara, lo veo desde la calle. Y me dice qué tengo que hacer. Emma se enamora, ya no puede vivir sin mí. Me acuesto con ella, me gusta. Mamá lo organiza para que Emma deje arreglado lo del dinero y lo del viejo y estúpido del marido, lo vamos a dejar en cueros, me dice mamá, esta vez la partida de cartas la ganamos nosotros. Y nos largamos con todo el dinero, dice mamá.

Según mamá, Emma es una mujer-hombre, que conduce y fuma, y que puede tener un accidente con su coche rojo. Por ahora, consigamos el dinero y larguémonos. Lo del accidente ya se verá.

Pero una noche Emma viene al teatro, llorando como una Magdalena. Me dice que se terminó, que no podemos vernos más. Yo no sé qué decirle, mamá es la que me cuenta estas cosas. Tengo que ir a verla, pero ese día no puedo porque la portera no apaga la lámpara, la hija imbécil se ha acostado tarde. Voy al día siguiente y le pregunto a mamá qué pasa. Ella me lo explica, y muy bien, ya lo verán, mi mamá es muy inteligente. Nosotros somos así, perfectos. Yo soy guapo y ella, inteligente.

¿Y saben con quién me encuentro? Con esta vieja bruja. Se parece a mi mamá, pero no es ella, porque en lugar de hablar de mí, que soy su hijo, empieza a hablar del hijo de Emma. Que si conmigo no lo consiguió, a lo mejor con el niño sí podrá hacer que sea rico y lleve un apellido importante. Y yo le digo a mamá, a la bruja, le digo: ¿y por qué yo no puedo tener un apellido importante? ¿No puedo yo llegar a ser rico y famoso? Y ella me dice que no, que tarde o temprano el destino te la devuelve. Que quien hace el mal, tarde o temprano, lo recibe de Dios.

Y me dice, a mí, justamente a mí, que el niño es más importante, que mi padre se lo ha dicho en sueños. ¿Lo comprenden? ¡Mi padre! ¡En sueños! ¿Y ahora me vienen a decir que es mi madre? ¿La que me puso otro apellido para criarme y hacerme famoso? ¡No! ¡Ésa no es mi madre!

Y entonces le pregunto qué habrá para mí. Ésta vez nada, me dice. Y me lo dice llorando. A lo mejor el día de mañana. Cuando encontremos a otra como Emma, Nápoles está llena de mujeres ricas y aburridas que buscan un amante que mantener. El Padre Eterno, dice, no es mercader que paga siempre los sábados.

Y entonces la eché, a la bruja, la eché porque estaba metida dentro de mi madre. Le partí la cabeza para que saliera el mal. Y después la pateé por toda la habitación. Maldita bruja. Ésa sangre, toda esa sangre, no era sangre de mi sangre. Mi madre nunca pensó en nadie más que en mí: no podía ser ella, si prefería a un bastardo que todavía no había nacido. Y yo ahora espero, ya verán: tarde o temprano mi mamá vuelve y lo arregla todo. Ella sí que es sangre de mi sangre.

Requirió su tiempo hacer comprender a Garzo lo ocurrido. Lo encontraron jadeando en el patio de la jefatura, acompañado por Ponte, que lucía una cara más angustiada de lo habitual, convocado tras la noticia de la detención de Romor ocurrida poco antes. No era el único: un grupo de personas se había reunido en la calle, delante del portón, para ver al actor asesino que había hecho que suspendieran la representación de la comedia en el Fiorentini.

El subjefe de policía demostró una capacidad mímica que Ricciardi no sospechaba: en pocos segundos pasó de la preocupación al alivio, después al asombro cuando vio a los Serra di Arpaja, que habían seguido a la patrulla en el mismo coche, y luego a la ira cuando lanzó una mirada al comisario.

Maione resolvió la situación con brillantez mientras seguía sacudiéndose los pantalones tras el forcejeo con el asesino.

—Todo en orden, dottore. El señor que aquí ve es el culpable del homicidio de la Calise. Debemos agradecer al profesor y a la señora, que fueron al teatro expresamente para ponerlo entre la espada y la pared.

Garzo hizo gala de un nuevo y repentino cambio de expresión, mostrándose visiblemente satisfecho. Con una leve inclinación ante los Serra y sin abandonar su circunspección, se dirigió a los dos policías.

—Ricciardi, Maione, pasemos a mi despacho. Después saludaré a los señores Serra di Arpaja, si tienen la bondad de esperar un momento.

Perfecto en la forma, como siempre, pensó Ricciardi no sin cierta admiración. El comienzo de la conversación fue acalorado, Garzo quería saber por qué, pese a haber dado órdenes de que todo contacto con los Serra di Arpaja debía hacerse exclusivamente por intermediación suya, se los había encontrado en el patio de la jefatura a esas horas de la noche. ¡Implicados en una operación de la policía, además! ¿Y si el profesor, o peor aún, si la señora hubiese resultado herida?

Con una calma olímpica, Ricciardi contestó que todo había sido planificado precisamente con el fin de exculpar al profesor, que había estado de acuerdo con él en que acusar a Iodice habría supuesto, incluso ante la prensa, mantener una implicación teórica de su familia en el delito de la Calise. Un suicida no era, como ya se sabía, un reo confeso; y la visitante más asidua de la muerta había sido, sin lugar a ninguna duda, la señora Serra di Arpaja; eso lo sabían todos. Y dado que en el curso de un interrogatorio Ricciardi se había convencido de que Romor, el amante de Emma, sabía más de lo que decía, pensaron que si lo sometían a un estado de máxima tensión, podía traicionarse. Como había ocurrido después.

Maione y Ricciardi habían preparado toda la puesta en escena esa misma mañana, mientras los primeros rayos de sol iluminaban la plaza a la que daba su despacho y

los obreros se dirigían a los coches de línea que los llevarían a las fábricas, en Bagnoli. No tenían un segundo plan. Confiaban en que el primero saliera bien.

¿Y qué había dicho el tal Romor durante el interrogatorio? ¿Por qué, preguntó Garzo, Ricciardi había sospechado?

El comisario describió con sinceridad la conversación que mantuvo la noche anterior con Attilio. Le contó que el actor sabía que la Calise había sido asesinada de noche, detalle no publicado en la prensa. Y que la Calise tenía tendencia a hablar con refranes, pese a que Emma no le había comentado nada. ¿Y cómo lo sabía Ricciardi?

En la mente del comisario surgió la imagen del cuello roto, el hundimiento del cráneo, la estela de sangre. Pero fue al volver a oír la voz de Antonietta cuando sintió un estremecimiento. Se lo había contado la Petrone, dijo. Notó la mirada breve de Maione en la nuca y esperó que el sargento no le pidiera luego explicaciones.

Garzo quedó por fin satisfecho. Sonrió y dijo: «Bien hecho. Ésta vez también lo hemos conseguido. Y con todos los méritos. De no haber sido por el estrecho plazo que os impuse, todavía estaríamos aquí dando vueltas en círculos y perdiendo el tiempo con la idea de que el culpable era Serra di Arpaja. Sois hábiles, por descontado, pero necesitáis que alguien os guíe».

Sin mirarlo, Ricciardi previo la reacción vehemente e indignada de Maione, se apresuró a ponerle la mano en el brazo y pidió permiso para retirarse a redactar el atestado con la confesión de Romor. Garzo se levantó gallardamente y, envuelto en el perfume de flores frescas que nunca faltaban en su escritorio, salió a recibir a los Serra di Arpaja.

—Comisario, le traigo saludos de las señoras Iodice. Estaban ahí fuera, entre la multitud, pero ya sé que estas cosas no le gustan, y les dije que podían marcharse, que usted estaba ocupado. La esposa de Iodice dijo que es usted un santo, que desde el otro mundo el alma de su marido lo bendice, etcétera, lo de siempre. La madre le desea que se mejore, porque le parece que está usted enfermo o que tiene un dolor, y dice que el Padre Eterno ayuda a la gente como usted, si se deja ayudar.

Ricciardi hizo una mueca, sin dejar de mirar por la ventana de su despacho.

—Gracias por evitarme otra lección. Ya hemos tenido bastante destino por hoy, ¿no te parece? Hazme caso, el destino no existe. Solo existen los hombres y las mujeres, y la valentía de vivir o de quitarse la vida, como hizo Iodice. Y existe quien vive sumido en la inconsciencia, dejándose llevar por la corriente. Eso es lo que existe.

Maione negó con la cabeza.

—Es una pena que tenga que oír esas cosas de usted, comisario. Ni la solución del caso, ni que un loco desgraciado acabe en el manicomio para criminales lo hacen sonreír.

Ricciardi se volvió.

—¿Sabes qué es lo único que le puedes quitar a alguien que vive mirando por la ventana? ¿Lo sabes?

—No, comisario. ¿Qué?

Un leve suspiro.

—La ventana, Raffaele. Puedes quitarle la ventana.

Garzo se sintió aliviado, y mucho, por la actitud del profesor y su esposa. Se los veía mustios, exhaustos. Probablemente, pensó el subjefe de policía, presenciar una escena tan violenta había sido más atroz de lo que podían esperar. Pero no tardarían en olvidar.

En realidad, quería asegurarse de que el influyente académico no planteara posibles quejas ante las instituciones que solía frecuentar; de ser así, procuraría desmarcarse de la iniciativa de Ricciardi que, de lo contrario, habría hecho suya para atribuirse el mérito.

Serra di Arpaja, por su parte, solo quería marcharse deprisa y empezar a olvidar. Ante el estallido de violencia de Romor, su esposa había retrocedido en el palco y chocado con él que, en ese momento, avanzaba para protegerla. Ella se le había acercado y había estrechado su mano. No era mucho, solo el principio. Utilizó el pañuelo que se sacaba del bolsillo para secarle las lágrimas.

El bolsillo en el que también llevaba la pistola y el peso de la decisión que había tomado: si Emma se hubiese decidido a marchar con Romor, él se habría pegado un tiro en la sien, delante de ella. Y después ya se vería si esos dos iban a poder construir una nueva vida regada con su sangre. Era el gesto extremo que había programado, después de haber agotado todas las demás vías. Recordó la visita a la Calise, para convencerla de que liberara a Emma de su obsesión. Recordó la puerta abierta, toda la sangre en el suelo, la fuga precipitada con la esperanza de que nadie lo hubiese visto entrar, la certeza de que todo había terminado, de que ya no había esperanzas.

Ahora, sin embargo, él y Emma tendrían un hijo; por el bien del niño quizá ella volviese a apreciar la seguridad que solo él y su matrimonio podían ofrecerle.

La señora Serra di Arpaja estaba con la cabeza en otra parte, pensaba en los días pasados con la preocupación de no poder vivir sin un hombre que había resultado estar loco. Dudaba de sí misma, de su capacidad de juicio. Con su tragedia, la Calise y su hijo le habían enseñado hasta qué punto la maternidad podía producir daños devastadores.

Se acarició el vientre, mientras aquel funcionario pelmazo cuyo nombre no recordaba no paraba de cotorrear con su marido sobre algún conocido común. ¿Y si el niño heredaba las taras de su padre? ¿Y la actitud de la abuela había sido un acto de amor o de extremo egoísmo?

Fue como un rayo. Emma se dio cuenta de pronto de que la sangre de la vieja, derramada con tanta violencia, era la sangre del niño que llevaba en el vientre. En cierta manera, sangre de su sangre.

Quizá sus preguntas sin respuesta, reflexionó, fueran la pena que debía cumplir. Una condena a perpetuidad.

Cuando concluía una investigación a Ricciardi le quedaba en el alma una sensación de vacío. Se pasaba días y días pensando únicamente en el delito, oyendo la llamada del muerto, dándole vueltas a las posibles soluciones. Aunque se lo propusiera, el comisario no descansaba nunca. El crimen era como un ruido que se convertía en la música de fondo de su existencia, como las ruedas de un tren o el ritmo de los cascos de un caballo que, al cabo de un rato, dejan de oírse.

Al resolverse el enigma quedaba un cráter alrededor del cual él se movía circunspecto, porque con la solución perdía el motivo de distracción que le permitía mantener a raya su soledad. Entonces se refugiaba en la ventana y contemplaba el milagro cotidiano de una mano izquierda que bordaba o preparaba la cena, soñaba con una vida distinta, fantaseaba con ser diferente, alguien que, asomado a la ventana, conversara con los vecinos o saludara a los viandantes.

La Petrone fue a recoger a su hija, que recuperó sus rasgos de retrasada: la sonrisa boba y los ojos apagados, el hilo de baba colgando de la boca entreabierta, la mano aferrada a la de su madre y los andares fatigosos. Ricciardi envidiaba a la muchacha, que no se enteraba de la maldición que arrastraba. Para ella, los vivos y los muertos habitaban juntos en un mundo extraordinario.

La solución. Para el hombre que mira no hay solución.

En cuanto al caso de la cartomántica, pensó que la solución se le había ocurrido cuando la Petrone le refirió lo que la Calise le había contestado al preguntarle qué hacía con el dinero: «Tú y yo —le había dicho a la portera que quería asegurarle un futuro a su hija—, no somos tan distintas». Ella también tenía un hijo. Un mensaje para Ricciardi, por boca de su socia en el negocio.

Mientras miraba por la ventana de su despacho, tratando de olvidar la montaña de impresos que le quedaban por rellenar, pensó en su madre. En el sueño en el que la había visto, en su enfermedad, en sus nervios incurables. ¿Qué enfermedad tenías, mamá? ¿Qué veías fuera, en los campos, en la calle, por qué vivías encerrada en una habitación, obligada a guardar cama? ¿Qué llevabas en la sangre, mamá? ¿Qué más me has dejado aparte de estos ojos que parecen de vidrio?

Ricciardi se estremeció al notar la brisa fría, gentileza de la primavera.

Sangre de mi sangre, pensó.

Maione se sentía ligero. Lo cual, dicho de un pedazo de hombre de más de cien kilos, es mucho decir. De premio había conseguido medio día libre, como todas las veces que una investigación llegaba a buen puerto, y esta vez tenía la sensación de que sería un medio día realmente hermoso.

Cuando se cerraba una investigación, el alma se quitaba un peso de encima. Una

vez más podía mirar el mundo de frente, no había ningún delito que perseguir, ni nada torcido que enderezar. Y sus manos, su pecho, su cabeza seguían llenos de la noche de primavera que Lucia le había regalado, sonriendo sin hablar. Tenía razón, como de costumbre, pensó. Era el tiempo de las caricias.

Sin embargo, ahora tenía ganas de hablar con ella. Y al llegar a casa a una hora desacostumbrada de la tarde, abrazó a su mujer y a sus hijos y se vistió de paisano; en su caso, el atuendo se componía de una vieja camisa de algodón grueso, unos tirantes gastados con los que se sujetaba unos pantalones de paño, y un par de botas desfondadas a las que jamás renunciaría. Jugó con sus niños, felizmente desorientados por la nueva atmósfera que se respiraba en casa, echó una siestecita y luego se sentó en la cocina a contemplar el maravilloso espectáculo de su esposa, la mujer más guapa del universo, que desgranaba judías y partía macarrones.

Ella sonrió sin mirarlo y le tendió un puñado de vainas llenas: «A ver si haces algo, para variar», le dijo. Él también sonrió y se puso a desgranar las judías metiendo el pulgar en el bol.

Lucia se detuvo, lo miró y le dijo: «Cuéntame».

Y él le contó.

Ricciardi terminó de rellenar la montaña de impresos que marcaban el fin de una investigación. Guardó la pluma, cerró el tintero. La noche había ganado. El cono de luz de la lámpara alumbraba un escritorio desnudo. La obra ha terminado, pensó. Es la hora.

Echó una última mirada a su alrededor, se detuvo y prestó atención al silencio tras su puerta. Él era el último. Debía marcharse.

Salió y cerró la puerta.

Se encontró al aire libre. El tiempo era perfecto. La primavera brincaba a su alrededor, tratando de captar su atención. Pero el hombre que miraba y veía a los muertos no podía notarla.

Para casa. Y ya sin ningún derecho a soñar contigo, amor mío.

Y Maione empezó a hablar, tras años sin hacerlo, poniendo en ello el corazón y la mente.

Lucia se enteró entonces de la historia de una pobre vieja salvajemente asesinada y la de una hermosísima mujer marcada, y sintió pena y espanto. Después vio al hombrecito del mechón de cabellos peinados con primor, el que tenía una novia sesentona y una madre inmortal, y rio hasta que se le saltaron las lágrimas; y se imaginó a la mujer noble, rica y sin amor y sintió pena por ella; y al marido mayor, respetable y triste, y también sintió pena por él.

Conoció a una mujer gorda, de ojos pequeñitos que, tras toda una vida de honradez, decidió dedicarse a la estafa, y negó con la cabeza en señal de desaprobación; pero supo que tenía una hija retrasada, testigo de a saber qué infierno, y entonces la compadeció. Siguió la evolución de la mente enferma de un actor narcisista y, una vez más, sintió espanto; vio una niña pálida, de ojos grandes y viejos, sin madre ni padre, y lloró por ella. Con un gesto de censura reprobó al camorrista que amenazaba y al comerciante libidinoso, ambos con la sangre envenenada por la belleza.

Y escrutó los ojos de su marido cuando le habló de la mujer que había decidido cortarse la pata y dejarla en el cepo, para volver a ser dueña de su vida y de la de su hijo; le pareció oír que vibraba una cuerda, esa que ella creía solo suya. Pero él le sonrió, le acarició la cara y exclamó: «¡Por todos los santos, qué guapa eres!».

Conoció a un pizzero alegre y feliz, y vio que de su pecho manaba a borbotones la sangre y con ella se iban también el orgullo y el amor por sus hijos, y lloró por él y por sus tres pequeños. Luchó al lado de la esposa y la madre del pizzero para salvar su nombre, y con ellas saboreó la victoria.

Una vez más comprendió lo que son los hijos, hijos que cortan rostros, que matan a patadas, que esperan la muerte de su madre para poder casarse; y madres que mienten, roban, estafan por sus hijos. Que por ellos renuncian al amor y a la vida, a la belleza, a los sueños.

Por último, observó al hombre que miraba por la ventana. Supo de la grieta en la coraza, se enteró del descubrimiento del amor imposible del comisario, el que había encontrado al asesino de su Luca. Se acordaba de él, en medio de la niebla del dolor, en el funeral: los ojos verdes, transparentes, y dentro de aquellos ojos su mismo sufrimiento.

El destino recorre caminos desconocidos, pensó. Y también pensó que a veces al destino hay que ayudarlo.

Apretó los labios. Y luego sonrió al amor de su vida, al padre de sus hijos, vivos y muertos.

En la oscuridad de su habitación, Enrica trataba de recuperar la serenidad. No conseguía dejar de llorar. La humillación, la ofensa, la rabia. No eran suyos esos sentimientos, le eran desconocidos, y por eso no sabía combatirlos. Se odiaba con toda el alma.

Su familia no intentaba mellar siquiera su soledad. La discreción de la muchacha era una barrera que nadie se atrevía a derribar.

La ventana de la cocina la aterrorizaba, pero le resultaba un suplicio mantenerse apartada de ella; cada día echaba más en falta aquellos dos ojos verdes en la oscuridad.

Oyó que llamaban suavemente a su puerta. Dijo que no tenía hambre.

Era su madre; repitió su negativa.

—Hay alguien que pregunta por ti. Insiste. Dice que es importante.

Salió a ver quién era. Se encontró con una hermosa señora a la que no conocía: rubia, con los ojos color cielo. Llevaba un chal negro y debajo un bonito vestido floreado. La mujer le sonrió, se fijó en sus ojos hinchados por el llanto y le dijo:

—Buenas tardes, señorita. Me llamo Lucia Maione.

El comisario Luigi Alfredo Ricciardi apenas había probado la comida. Tampoco había contestado a las preguntas preocupadas de la tata Rosa. Hundido por la tristeza, había escuchado la música que, desde salones lejanos, llegaba a través de la radio, pero esa noche no había bailarines, y la música sonaba en balde.

Era tarde, pero no tenía el valor de retirarse a su celda sin luz para encontrarse más solo que nunca.

Se desvistió y se puso la camisa de dormir. Mecánicamente. Podría haber tenido cien años, o incluso no haber nacido nunca.

No pudo evitar echar un vistazo antes de apagar la luz. Y sintió el corazón abrirse otra vez.

Tras la ventana, al otro lado de la calle, una muchacha con los ojos anegados en lágrimas y el bastidor en la mano miraba en su dirección.

Allá en lo alto, haciendo equilibrios en el tejado, la primavera revoloteaba riendo.

Agradecimientos

Ricciardi existe gracias a Francesco Pinto y Domenico Procacci, que apoyaron la idea. No obstante, el comisario también le debe mucho a la gran competencia de Manuela Maddamma y Marinella Di Rosa, a las intuiciones de Antonio y al apoyo de Michele; al profesor Giulio Di Mizio y a su mirada sobre la muerte, profesional y cercana. Y a Giovanni y Roberto, alegres fundamentos de cada una de sus tristes historias.

El autor, por su parte, debe agradecer una vez más, de todo corazón, únicamente a la dulce propietaria de su deseo de escribir: Paola.



MAURIZIO DE GIOVANNI nació en Nápoles en 1958 ciudad en la que actualmente vive con sus hijos y su esposa Paola, fiel colaboradora.

Trabajaba como empleado de banca cuando con casi 50 años se apuntó a un curso de creación literaria humorística. Sus compañeros enviaron uno de sus relatos al concurso literario Tiro Rapido, patrocinado por Porche y celebrado en el Gran Café Gambrinus de Nápoles. Mientras estaba sentado pensando en qué escribir, una mujer se asomó a la ventana, sólo él la vio. Así nació Ricciardi un hombre que puede ver lo que los otros no ven. En principio como protagonista de un cuento ambientado en Nápoles cuando corrían los años 30 del siglo pasado, y el éxito de estas pocas páginas fue tan rotundo que el autor siguió trabajando.

Admirado por la crítica y el público italianos, y conocido ya en muchos países europeos, Maurizio de Giovanni es uno de los valores emergentes de la novela negra europea, digno compañero de Camilleri y Vázquez Montalbán.